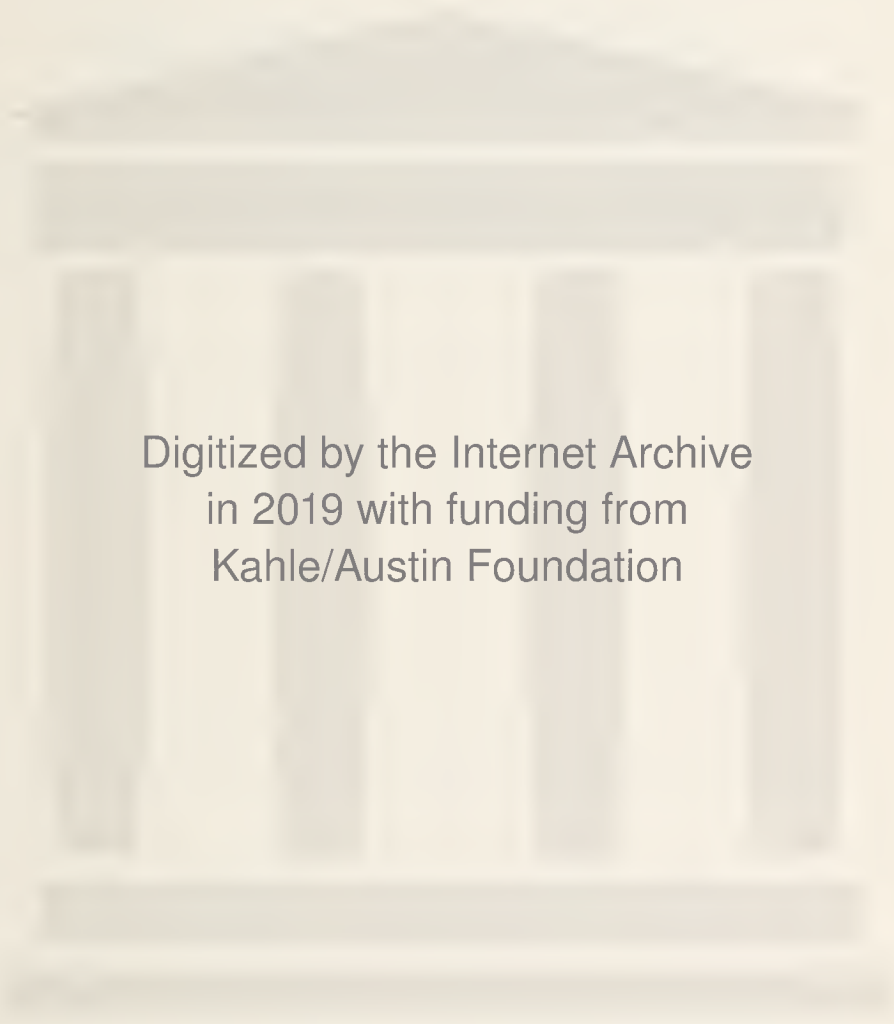


Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/ortegaygassetylo0000abel

Ortega y Gasset y los Orígenes de la Transición Democrática

José Luis Abellán

Ortega y Gasset y los Orígenes de la Transición Democrática

Thomas J. Bata Library
TRENT UNIVERSITY
PETERBOROUGH, ONTARIO

ESPASA

ESPASA FÓRUM

Directora: Pilar Cortés
Editora: Olga Adeva

© José Luis Abellán García-González, 2000
© Espasa Calpe, S. A., 2000

Diseño de cubierta: Tasmanias
Ilustración de portada: José Ortega y Gasset, Archivo Espasa Calpe
Ilustraciones de interior: José Luis Abellán, Prensa Española y Archivo Espasa Calpe
Fotografía del autor: Juan Miguel Sánchez Vigil
Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín

Depósito legal: M. 4.559-2000
ISBN: 84-239-9756-1

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid

A todos aquellos
que en el año 1956
coincidimos en la
cárcel de Carabanchel.

Índice

Prólogo 13

I

Hacia una biografía del protagonista (1883-1945)

1. Nacimiento y familia (1883-1904) 19
2. Infancia y adolescencia 24
3. Las vacaciones escolares: El Escorial y Guadalajara. Afición a los toros. Otras aficiones: la tertulia 32
4. Primeros años de vida pública 37
   Viajes a Alemania, 38.—El profesorado como vocación, 41.—Una boda singular, 44.—La instalación definitiva en Madrid, 46.—Ortega y los del 98, 48.—La Residencia de Estudiantes, 51.
5. Los vaivenes del político 53
   La Liga de Educación Política, 55.—La incidencia del socialismo: amistad con Maeztu, 57.—De los años de la Gran Guerra a la dictadura de Primo de Rivera: viraje hacia la República, 63.—Agrupación al Servicio de la República, 67.
6. La Argentina y el descubrimiento de América 70
   El primer viaje: descubrimiento del filósofo, 70.—Las

amistades femeninas, 73.—El segundo y tercer viaje, 75.—Los viajes proyectados: Puerto Rico, 83.—Otros viajes proyectados, 86.

7. La «Revista de Occidente» 90
La fundación de la revista, 90.—La influencia del filósofo: ampliación de su radio de acción, 93.

8. La Segunda República 98
La aportación orteguiana al advenimiento de la República, 98.—El entramado periodístico de su actuación política, 102.—Las *Obras Completas*: segunda navegación, 104.—La Escuela de Madrid, 108.—El deterioro de la vida política, 114.

9. La guerra civil y sus consecuencias 118
Años de incertidumbre e indecisión, 118.—Las reacciones políticas ante la contienda, 121.—El tercer viaje a Argentina, 125.

10. Años de destierro 128
La difícil elección: Buenos Aires y las turbulencias americanas, 128.—La llamada de la vieja Europa: dura reacción del exilio, 131.—La residencia en Lisboa, 135.

Apéndices

1. Liga de Educación Política (Relación de miembros fundadores) 139
2. Sobre una deserción. Carta a Alfonso Reyes, de Guillermo de Torre 141

II
La década ominosa
(1945-1955)

1. Un semidestierro 147
El regreso a España, 147.—La operación monárquica, 150.

2. La reacción ante la filosofía universitaria del interior 154
La opción europea: un libro singular, 154.—La ideologización de la filosofía, 158.—La circunstancialidad del texto, 161.

3. Un reto al régimen: Instituto de Humanidades 165
Un proyecto de autonomía, 165.—El Instituto de Huma-

nidades, 167.—La decepción de Ortega: depresiones, 172.

4. El proyecto europeo 175
El reencuentro con Europa, 176.—1949: un interregno. El bicentenario de Goethe, 180.—La residencia en Alemania, 184.

5. Los últimos años 188
Los veraneos vascos, 188.—El reconocimiento internacional: final de una vida, 192.

Apéndices

1. Carta de José Ortega Spottorno a su padre con motivo de la jubilación de este 197
2. Cartas de Ortega y Gasset a su amigo Ignacio Zuloaga 198
3. Boletín del Instituto de Humanidades 200
4. Artículo necrológico de Martin Heidegger sobre Ortega y Gasset 205
5. Carta de Ortega y Gasset a Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico 207

III

La muerte de Ortega y Gasset y los orígenes de la transición (1955-1975)

1. La muerte de Ortega y el nacimiento de una generación 211
2. Catolicismo y orteguismo. La pugna religiosa en un régimen confesional 228
3. La crisis de 1956 244
4. Una caracterización de la generación del 56 266
5. La marginación de una generación 296

Apéndices

1. Carta de los hijos de Ortega y Gasset a *ABC,* (28 de mayo de 1975) 313
2. Informe secreto de la Policía sobre el Congreso de Es-

critores Jóvenes y el Homenaje a Ortega y Gasset 314
3. Manifiesto de los estudiantes de la Universidad de Madrid (1 de febrero de 1956) 322
4. Nota de la Dirección General de Seguridad (25 de febrero de 1956) 325
5. Romance de los estudiantes presos 327
6. Escrito de los estudiantes de la Facultad de Derecho (27 de febrero de 1956) 329
7. Llamamiento de estudiantes universitarios a la opinión pública (16 de marzo de 1956) 333
8. La conjura tiene nombres propios (Reportaje) 334
9. Auto de procesamiento y decreto de incomunicación al autor del libro y otros encartados 353
10. Imposición de un correctivo militar al autor del libro.. 354
11. Informe secreto de la Policía sobre los grupos de oposición política al régimen de Franco surgidos durante los sucesos universitarios de 1956 355

EPÍLOGO 365

Prólogo

Todos somos protagonistas de nuestra propia vida, pero hay algunas personas que lo son también para los demás; esto ocurre, de modo primordial, en el caso de los grandes personajes históricos. Precisamente, son históricos por eso, por haber afectado, con su presencia y con su acción, a la vida colectiva de la sociedad. Pero además se da la circunstancia de que ese protagonismo admite grados, según que esa influencia sobre la sociedad ocupe un mayor o menor espacio: local, nacional o universal. La graduación puede medirse a su vez por la esfera en que el protagonismo se dé; un matemático célebre será protagonista en el mundo de la matemática, mientras que un político que llegue a Jefe de Estado extenderá su protagonismo al conjunto de su nación y a todos los hombres que en ella viven.

La dimensión del protagonismo también puede medirse cuantitativamente, puesto que todos en mayor o menor medida vivimos inmersos en la sociedad, hasta el punto de que algunas personas pueden quedar sumergidas en ella, anulando por completo todo protagonismo. Este caso extremo es difícil que se dé, pero en cambio los grados intermedios abundan, mientras que el extremo inverso —es decir, el de un protagonismo absoluto— tampoco puede darse, a menos que nos escapemos de la escala humana.

La figura de José Ortega y Gasset, que abordamos en este libro, constituye un caso de protagonismo indudable en la esfera de la filosofía y, dentro del ámbito español, en el amplio mundo de la cultura. Esto nos parece un aserto indiscutible, a pesar de lo cual no han faltado intentos de aminorar ese protagonismo hasta hacerlo desaparecer. Del ámbito de la filosofía, por ejemplo, cuando se pretende que Ortega es solo un escritor brillante; del mundo español, cuando se le considera absorbido, en la última década de su vida, por la dictadura franquista.

A recuperar el protagonismo de Ortega en todo su esplendor pretendemos contribuir con este libro. En primer lugar, atendiendo al conjunto de su vida y no exclusivamente a una parte de ella. En segundo lugar, situando al pensador en las coordenadas intelectuales de su biografía, lo que permitirá entender desde una perspectiva más justa sus humanas flaquezas o debilidades, sobre todo en los años de la dictadura franquista. En tercer lugar, haciendo ver cómo la victoria que no tuvo en vida vino a obtenerla después de muerto, por las consecuencias político-sociales de su deceso. En este sentido, Ortega recupera la figura del Cid Campeador, ganando batallas tras su muerte. Así supo verlo un escritor argentino, que llegó a escribir lo siguiente: «Vendrá el fracaso de la República y el fracaso de Ortega en el propósito de rectificarla. Vendrá la guerra civil "con su millón de muertos" [o sus 300.000, como afirma Marías luego de recientes investigaciones]. Vendrá el régimen franquista, autoritario y sin posibilidad de persistencia. Vendrá el ostracismo definitivo de Ortega, que perdurará hasta su muerte, aun después de su retorno físico a tierra española. Pero vendrá también, como un triunfo póstumo de Ortega, como si fuera un Cid Campeador —de aquel Ortega de la pedagogía social y de la educación política—, la reconciliación de los españoles. El triunfo de la sensatez y del consenso y de la transición hacia la vida civilizada. El triunfo de la

cultura sobre la ignorancia. El triunfo de la paz sobre la violencia. El triunfo de la libertad sobre el despotismo. El triunfo de la decencia sobre la suciedad. El triunfo de la pedagogía social del joven Ortega [1].»

Aquí pretendemos ilustrar esta tesis, haciendo ver que Ortega y Gasset influyó a raíz de su muerte, y en parte como consecuencia de esta, en la trayectoria sociopolítica de la historia española. Toda la tercera parte del libro está dedicada a ese fin, aportando documentos y análisis que acrediten dicha tesis, con lo cual no solo hacemos también algo de autobiografía —en la medida en que el autor participó en determinados sucesos—, sino que con ello creemos hacer justicia al filósofo en una etapa particularmente polémica y conflictiva de su vida. Y con ello reafirmamos una convicción que ya es antigua en nosotros: Ortega ha sido también —y en medida muy considerable, difícil de evaluar— protagonista de nuestra propia vida.

J. L. A.

[1] Mario Justo López, «La formación cívica a través de Ortega y Gasset», en VV.AA., *En el centenario de José Ortega y Gasset,* Ius, Fundación para la Investigación de las Ciencias Jurídicas, Buenos Aires, 1983, pág. 109.

I

HACIA UNA BIOGRAFÍA DEL PROTAGONISTA (1883-1945)

1
Nacimiento y familia (1883-1904)

El ambiente familiar que antecede al nacimiento de nuestro filósofo no podía ser más favorable para el estímulo intelectual. El abuelo paterno, José Ortega y Zapata, nacido en Valladolid, había sido juez en la isla de Cuba, pero al regresar a España pone su pluma al servicio del partido moderado, inaugurando una saga de periodistas, entre los cuales el padre de nuestro filósofo, José Ortega y Munilla (1856-1922), ocupará un lugar de gran relieve; precisamente este había nacido en Cárdenas (Cuba), durante la estancia de su padre en la isla, lo que no dejará de tener su significación posterior. El otro abuelo, el materno, Eduardo Gasset y Artime (1832-1884), tampoco fue ajeno al periodismo, pues, aunque ocupó esporádicamente el puesto de ministro de Ultramar bajo el reinado de Amadeo de Saboya, donde destacó fue en el ramo periodístico, sobre todo con la fundación de *La Ilustración,* avanzada publicación en el uso de elementos gráficos, en el que colaboraron artistas y dibujantes punteros de la época, como Valeriano Bécquer; se casó con una malagueña, Rafaela Chinchilla, de la que tuvo cinco hijos, entre ellos a Dolores Gasset y Chinchilla (Pontevedra, 1860-Puente Genil, Córdoba, 1939), madre de nuestro filósofo.

José y Dolores se casaron en Madrid, el 9 de junio de 1881; el segundo hijo, José Ortega y Gasset, que es nuestro protagonista, nació el 9 de mayo de 1883. La Restauración estaba en su primera época, pues Alfonso XII no morirá hasta dos años más tarde. Por eso la primera infancia del futuro filósofo se desarrollará durante la Regencia de María Cristina de Habsburgo. El cuadro frívolo de aquellos años servirá de telón de fondo a sus juegos infantiles y de algún modo quedará marcado en su rutina: «Una inconsciencia punto menos que infantil regía el ir y venir apasionado de los españoles en relación con las cuestiones que suscitaban la actualidad inmediata. Nadie miraba a lo lejos. Inconsciencia y optimismo. Pasada la batahola de la revolución y la República, salvado el momento difícil de la muerte de Alfonso XII y sumido el país en enorme calma chicha, el gran niño que era España se entretenía en discutir a propósito del crimen de la calle de Fuencarral, o, poco más tarde, del submarino inventado por Isaac Peral. El cuadro de nuestros grandes hombres, para mayor felicidad, estaba cubierto dos veces. De aquí que los españoles se permitiesen el lujo de tener dónde elegir, cifrando su fe en el ídolo público de alguna de las dos series puestas en juego, para satisfacción de toda necesidad banderiza: o Cánovas o Sagasta; o Galdós o Pereda; o Calvo o Vico; o Lagartijo o Frascuelo... Libres de cuidados, las gentes se consagraban a sus ocios predilectos. Triunfaban, con los toreros y los cantantes de ópera, los oradores, los poetas fáciles y los prosistas amenos. Los artículos de fondo sonaban muy bien, y las novelas se multiplicaban con lozanía sin precedente... Mucho énfasis en torno. Artículos brillantes de Julio Burell. Cuadros de historia. Dramas de Echegaray. Ripios punzantes de Salvador María Granés. Como el glotón y el sátiro en las piezas cómicas de la época, la patrona y la suegra, el cesante y el maestro de escuela... Caricaturas de Mecachis y de Cilla. Buen humor en todas partes... Eusebio Blasco envía desde

París crónicas llenas de españolería. Versos castellanos de Grilo. Peña y Goñi alterna la crítica musical y la taurina. Palmas al Guerra. Wagner está a punto de llegar. Las muchachas de talle de avispa y mangas de jamón cantan habaneras. Chotis de Chueca en los organillos. Pronto se convertirá su *Marcha de Cádiz* en himno nacional... ¡Dichosa edad y años dichosos aquellos!» Esta amable página de Melchor Fernández Almagro nos revela todo el ambiente contra el que Ortega y Gasset se va a levantar después con frases muy severas: «La Restauración, señores, fue un panorama de fantasmas, y Cánovas el empresario de la fantasmagoría... Orden, orden público, paz..., es la única voz que se escucha de un cabo a otro de la Restauración. Y para que no se altere el orden público se renuncia a atacar a ninguno de los problemas vitales de España, porque, naturalmente, si se ataca un problema visceral, la raza, si no está muerta del todo, responde dando una embestida, levantando sus brazos, su derecha y su izquierda, en fuerte contienda saludable[1].»

La crítica de la Restauración en su «Vieja y nueva política», no es óbice para reconocer que Ortega y Gasset es biográficamente un producto de ella, pues no podría ser de otra manera con sus antecedentes familiares. El padre, además de periodista, fue también reconocido novelista, aunque en su actividad profesional predominó la dedicación periodística; fue redactor de numerosos periódicos —como *La Iberia, La Patria, El Debate, El Parlamento, El Conservador, La Ilustración Artística, La España Moderna* y el *ABC*— y estuvo al frente de la Sociedad Editorial de España, entidad que explotaba varios diarios de provincias y los madrileños *El Liberal, El Heraldo, La Semana Ilustrada* y *El Imparcial;* este último había sido fundado en 1867 por el otro

[1] Pedro Laín Entralgo, *La generación del 98,* Espasa Calpe, Madrid, 1947, págs. 46 y 47.

abuelo del filósofo, Eduardo Gasset, circunstancia que seguramente propició que su padre trabajase en él a partir de 1879, dirigiendo la sección literaria de *Los Lunes de «El Imparcial»,* goloso espacio de colaboración que se disputaban todos los escritores de la época. Desde 1910, Ortega Munilla se convertirá en director de todo el diario, participando además en la vida política del país como fundador de la Asamblea Reformista de la Instrucción Nacional y como diputado a Cortes.

El matrimonio José Ortega Munilla y María Dolores Gasset tuvo además de José, otros tres hijos: Eduardo, Rafaela y Manuel. Eduardo, el primogénito, tuvo participación activa en la política y fue diputado republicano; vivió en el exilio, en Caracas, hasta su muerte en 1965; es autor de un interesante libro, *Monodiálogos de don Miguel de Unamuno* (Nueva York, 1958). Rafaela murió soltera en 1940. Manuel, ingeniero de Minas, murió en Madrid en 1965. Ninguno, sin embargo, iba a destacar tanto como José, que estaba destinado a cambiar el rumbo de la filosofía en España.

Un dato curioso para reconstruir el ambiente familiar es el de las casas en que vivió la familia. Los Ortega eran dados a cambiar de piso, lo que en la época era bastante frecuente. El nacimiento de José les coge en la madrileña calle de Alfonso XII, 4, aunque muy pronto se trasladarán a la calle de Santa Teresa, 8, donde Manuel, el hermano que sigue a nuestro filósofo, sitúa los primeros recuerdos de los cuatro hermanos. Tengamos en cuenta que entre el 11 de abril de 1882 y el 9 de septiembre de 1885 nacen todos ellos, dándose por ello la circunstancia de que Eduardo solo le lleva un año a José, mientras que Rafaela y Manuel le siguen en los dos consecutivos a 1883. El más pequeño admira profundamente al futuro filósofo, como puede verse en el libro que le dedica con el título *Niñez y mocedad de Ortega* (1964); nos cuenta en este cómo a partir de 1893 se ins-

talan en otro piso en la calle Goya, 6, donde conviven todos en armonía; de allí saldrá el filósofo para casarse en 1910. Las vacaciones les llevarán a El Escorial, unas veces, o a las fincas que tienen los tíos maternos en Guadalajara, otras.

Las casas en que vivió forman parte del paisaje orteguiano, y no deben ser despreciadas; constituyen lo que podemos llamar una «geografía del pasillo», porque Ortega era —al decir de su hermano— «muy pasillero», único rasgo fraterno del que ha podido contagiarse, nos dice humorísticamente. Sabemos, desde luego, que Ortega pensaba andando, y que muchos de sus ensayos se originaron en el vaivén de sus largos recorridos domésticos. Este es un aspecto en el que insiste también la hija del filósofo, Soledad Ortega Spottorno, al escribir las memorias de su padre; dice así: «Hay otro lugar de la casa que juega un papel importante en la vida que nos ocupa: el pasillo que corre de un extremo a otro de la vivienda paralelamente a las habitaciones a las cuales da acceso independiente. Mi padre recorre este pasillo una y otra vez, absorto en su pensamiento. En su vida excesivamente sedentaria representaban sin duda estos paseos caseros una forma de ejercicio, y, así, toda su vida buscará casas de pasillos largos —muy en contra de los cánones arquitectónicos hoy al uso— donde poder practicar ese deporte corredoril. Él mismo llegó a sentir curiosidad, en un momento dado, por calcular qué distancia podía llegar a recorrer cada día en su repetido deambular, y se compró un podómetro: siento no recordar las cifras que arrojó el aparatito, pero sí sé que se contaban en kilómetros[2].»

[2] *José Ortega y Gasset. Imágenes de una vida,* precedidas de un relato de Soledad Ortega, Ministerio de Educación y Ciencia/Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 1989, pág. 33.

2
Infancia y adolescencia

La residencia en Madrid fue alternada a partir de 1889 con largas temporadas invernales en Córdoba, donde el padre construyó un chalé que, con el paso del tiempo, pasaría a manos del torero Manolete. El motivo fue la delicada salud de Dolores, que desde 1885 empezó a padecer desfallecimientos del corazón y fuertes palpitaciones; como le dijo el ilustre Charcot, entonces eminente neurólogo de la Salpetrière, a quien consultaron durante su visita a la Exposición Universal de París, «*Vous êtes, une femme épuisée pour les accouchements*». No le faltaba razón. El hecho es que las estancias en Córdoba, combinadas con las permanencias en un colegio de Málaga, determinan en Ortega una fuerte influencia andaluza, a la que sin duda no es ajeno el origen cubano del padre. Sin duda aquellas temporadas cordobesas impresionaron a la extremada sensibilidad del filósofo, que dedicará uno de sus primeros artículos a «Las ermitas de Córdoba» (1904).

Las primeras letras las aprendió José Ortega y Gasset con don Manuel Martínez, asistiendo poco después al colegio de don José del Río y Labandera, inspector de enseñanza primaria y regente de una escuela en la calle Triteros, 11, de Córdoba; durante las estancias invernales en aquella ciu-

dad allí asistieron los dos hermanos mayores, hasta su ingreso en el colegio malagueño. Su hermano Manuel menciona también a un cura llamado don Valentín y habitante de la cercana a Santa Teresa calle Pelayo, que —según dice en su libro— «debió de ser el primer responsable de la cultura de los míos»[3]. Nos recuerda también cómo su hermano leía con fruición el Juanito, la famosa enciclopedia infantil de la época: «este libro, especialmente, dejó en su espíritu una huella de simpatía pintoresca, que asomaba en sus tertulias, siempre que se tocaban temas de este linaje»[4].

En septiembre de 1891, los dos hermanos Eduardo y José ingresan en el colegio de San Estanislao de Kostka, en Miraflores de El Palo (Málaga), donde cursarán los estudios de segunda enseñanza. Hemos conseguido una hoja de convocatoria para un ejercicio de declamación, ante el obispo de Málaga, don Juan Muñoz Herrera, el día 12 de abril de 1896, que prueba la activa participación de ambos hermanos en semejantes actos; el lector puede verlo en la correspondiente ilustración.

De todas las enseñanzas recibidas, las más duraderas y sólidas serán las del padre Gonzalo Coloma, de quien recibió clases extraordinarias de latín y griego, con gran aprovechamiento, aunque en general podemos decir que su dedicación fue magnífica en todos los cursos, sin que nunca conociese nota inferior al sobresaliente. En un ensayo de 1910, Ortega ha recordado estos años de estudio en Málaga, al comentar la novela *A.M.D.G.,* de Pérez de Ayala, con cuyo héroe, Bertuco, se siente identificado. «Lector —dice—, yo he sido durante seis años *emperador* dentro de una gota de luz, en un imperio más azul y esplendoroso que la tierra de los mandarines. Desde aquel tiempo, claro está, mi vida

[3] Manuel Ortega y Gasset, «Niñez y mocedad de Ortega», *Clave,* Madrid, 1964, pág. 35.

[4] Ibídem.

significa una total decadencia, y mis afanes democráticos acaso no sean otra cosa que una manera del despecho» *(OC,* I, 532). Se extiende después sobre la nefasta pedagogía de los padres jesuitas, cuyas enseñanzas sigue hasta el final del bachillerato. Al identificarse con el héroe de Pérez de Ayala en *A.M.D.G.* hace las siguientes observaciones: «Apenas entra Bertuco en el colegio escucha de labios de aquellos benditos padres una palabra feroz, incalculable, anárquica: los nuestros [...] los *nuestros* no son los hombres todos: los *nuestros* son ellos solos...» «En cambio, estudios un poco más serios, meditaciones más rigurosas le harán insoportable el recuerdo de los nuestros...» *(OC,* I, 534).

En el despego hacia el Colegio parece que influyeron otros motivos más personales. Según testigos, durante las lecturas que se hacían en el gran comedor figuraban con frecuencia textos de la prensa ultramontana: *El Siglo Futuro, La Lectura Dominical* y otros de la misma tendencia en que se aludía con frecuencia a *El Imparcial,* —dirigido por Ortega Munilla y acorde con el espíritu liberal y escéptico de este— en forma poco amable, si no claramente hostil. Eduardo y José se sintieron, desde luego, ofendidos, y a partir del cuarto año de bachillerato decidieron abandonar la institución. Eso explica que 1897, último año de sus estudios de enseñanza media, lo hicieran por libre, y «a trancas y barrancas» obtuviera José el título de bachiller el 23 de octubre del mismo año en el Instituto de Málaga.

En noviembre de 1897, José marcha a Bilbao para ingresar en el internado de los Estudios Superiores de Deusto, e iniciar allí las carreras de Filosofía y Derecho. Es posible que en el traslado a Bilbao influyera el deseo de la madre de apartarle de unos incipientes amoríos que se juzgaron precipitados o inoportunos, pero es claro que en la decisión influyó también de manera definitiva que el padre Gonzalo Coloma —por el que Ortega había manifestado predilección en Málaga— hubiera pasado a Deusto,

donde enseñaba la asignatura de Metafísica. Otros profesores fueron también E. Ugarte de Ercilla, de Historia de España, y F. Echeverría, de lengua griega; pero sin duda el que más influyó en él fue Julio Cejador, también de lengua griega, de quien nuestro filósofo ha dejado escrito lo siguiente: «Es don Julio Cejador uno de los hombres que más amo y respeto entre mis compatriotas; fue mi maestro de griego en la triste fecha de 1898 y luego lo ha seguido siendo de muchas e importantes materias durante los largos años de nuestro común trato. Yo siento hacia él esa emoción de amorosa distancia que conviene a un discípulo frente a su maestro» (*OC,* I, 164). Del curso 1897-1898 que siguió en Deusto «salió definitivamente decepcionado», según el juicio de su hermano Eduardo, el cual añade lo siguiente: «El padre Cejador fue expulsado aquel año de la Compañía de Jesús y ahorcó los hábitos[5].» El hecho es que el 13 de mayo de 1898 Ortega presentó sus exámenes ante un tribunal de la Universidad de Salamanca en el que figuraba como vocal Miguel de Unamuno, siendo presidente Santiago Martínez, decano, y José Banqué, secretario.

Sin duda durante estos años entre Málaga y Bilbao hay que situar la crisis religiosa de Ortega, que, a partir de entonces se autocalificará de «acatólico» —y lo hará muchas veces—, lo cual no quiere decir ateo o anticlerical, sino hombre sencillamente apartado de la vía muerta en que la Iglesia católica ha entrado, según su parecer. Por el contrario, se siente próximo a la postura de los modernistas, como lo indica en 1908, comentando la novela de Antonio Fogazzaro; dice entonces:

[5] Eduardo Ortega y Gasset, «Mi hermano José», *Cuadernos Americanos,* núm. 3, julio-agosto 1956, México, pág. 202.

> Esta fórmula del futuro catolicismo, predicada en *El Santo,* nos hace pensar a los que vivimos apartados de toda Iglesia: si fuera tal el catolicismo, ¿no podríamos nosotros ser también algún día católicos? ¿No podríamos gozar de esas blandas albricias con que obsequia la fe a quien visita? Son estas albricias un consuelo plenario para la grande melancolía y una disciplina más prieta para la voluntad; ¿no han de ser apetecibles?
>
> Nunca olvidaré que cierto día, en un pasillo del Ateneo, me confesó un ingenuo ateneísta que él había nacido sin el prejuicio religioso. Y esto me lo decía, poco más o menos, con el tono y el gesto que hubiera podido declararme: Yo, ¿sabe usted?, he nacido sin el rudimento del tercer párpado. Semejante manera de considerar la religión es profundamente chabacana. Yo no concibo que ningún hombre, el cual aspire a henchir su espíritu indefinidamente, pueda renunciar sin dolor al mundo de lo religioso; a mí, al menos, me produce enorme pesar sentirme excluido de la participación en ese mundo *(OC,* I, 431).

El hecho es que en 1898 Ortega ha roto con el mundo de los jesuitas y traslada su expediente académico a la Universidad Central de Madrid, donde simultanea la carrera de Filosofía con algunas materias de Derecho; sus calificaciones en los primeros años son algo peores que las anteriores, pero en los cursos posteriores vuelve a alcanzar las notas máximas. He aquí el recuerdo que años más tarde nos legará de la Universidad madrileña: «una realidad tristísima; un edificio sucio y sin fisonomía, unos hombres solemnes que, repitiendo unas palabras muertas, propagan en las nuevas generaciones su ineptitud y su pesadumbre interior; unos muchachos escolares que juegan al billar, piden ruidosamente el punto y son dos veces al año clasificados en aprobados y suspensos». Y, en resumen, acaba considerando como «categoría del achabacanamiento» «esa atroz ver-

güenza nuestra de la calle Ancha» (*OC,* I, 125); para terminar su artículo con esta hórrida descripción: «En nuestra Universidad fantasma la sombra de un profesor pasa lista sañudamente a las sombras de unos estudiantes» (ibídem, pág. 127).

El abandono definitivo de los estudios de Derecho debió de hacerse hacia 1903, según conjetura de su hermano Manuel. El cambio de rumbo, que indudablemente contrariaba los deseos de la familia, exigió la intervención oficiosa del padre Gonzalo Coloma, que había seguido siendo buen amigo de Ortega tras su salida de Deusto. «Con esta mediación —nos dice Manuel Ortega y Gasset—, inspirada en el hondo afecto que profesaba a Pepe el padre Gonzalo, quedó nobilísimamente clausurado el ciclo de las relaciones entre el religioso y mi hermano, que habían durado once años [6].» Es posible que la memoria le falle al hermano, porque la realidad es que desde el curso 1899-1900 dejamos de encontrar rastros académicos en sus estudios de Deusto.

Otra de las influencias decisivas que Ortega recibió durante sus años de estudiante fue la de Joaquín Costa, «el celtíbero cuya alma alcanza más vibraciones por segundo», de quien ha dejado escritas palabras de reconocimiento suficientemente explícitas: «Su libro *Reconstitución y europeización de España* ha orientado durante doce años nuestra voluntad, a la vez que en él aprendimos el estilo político, la sensibilidad histórica y el mejor castellano. Aun cuando discrepemos en algunos puntos esenciales de su manera de ver el problema nacional, volveremos siempre el rostro reverentemente hacia aquel día en que sobre la desolada planicie moral e intelectual de España se levantó señera su testa enorme, ancha, cuadrada —como un castillo—» (*OC,* I, 521).

[6] Manuel Ortega y Gasset, op. cit., pág. 84.

De las amistades personales de aquellos años, hay dos que no pueden faltar: Francisco Navarro Ledesma y Ramiro de Maeztu. El primero, oscuro catedrático de Instituto, autor de una interesante biografía, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra,* fue para Ortega su amistad juvenil, o —como él diría— «mi aventura», explicando el significado de ello con estas entrañables palabras: «Tú, señor lector, leerás esta frase con indiferencia, pero es que tal vez no sepas qué hacecillo de abrojos y de amarguras, qué respiradero de inquietudes, qué cúmulo de anhelos dolientes, de dubitaciones, de tanteos desesperados, de ambiciones imposibles, constituye eso que llamaríamos el alma de un español de veinte años» *(OC,* I, 60). Navarro Ledesma, sin embargo, murió muy joven, en 1905, y de la amistad no se han conservado más que un puñado de cartas intercambiadas entre ambos.

El lector puede obtener extraordinaria fruición de la lectura de estas cartas, recogidas en el volumen *Cartas de un joven español* (1991), que editó la hija del filósofo; con el tratamiento distanciado que da el usted, propio de quien era quince años más joven, podemos constatar el afecto, la admiración y el respeto de lo que fue una auténtica amistad intelectual.

La amistad con Maeztu pasa por períodos que van de un reconocimiento y una admiración sinceros hasta el rompimiento total en los años de la República, cuando Maeztu funda Acción Española. Si la amistad fue muy fuerte en los primeros años, ya en 1908 escribe Ortega hablando de su amigo: «leyendo esto me he puesto a recordar los tiempos, no muy lejanos, en que, unidos por estrecha amistad, íbamos a lo largo de estas torvas calles madrileñas como un hermano mayor y un hermano menor, entretejiendo nuestros puros y ardientes deseos de acción ideal. Y no acierto a comprender cómo aquella no rota fraternidad ha venido cayendo tanto que hoy me hace usted decir y pensar cosas tan

ineptas» (*OC,* I, 439). En 1910, en un brindis de homenaje a Maeztu, Ortega confiesa que fue Maeztu «quien le infundió su inclinación a los estudios de filosofía»; en 1914 todavía Ortega le dedica la primera edición de *Meditaciones del Quijote,* «con un gesto fraternal»; a partir de la segunda edición del libro, en 1921, la dedicatoria deja de aparecer.

3
Las vacaciones escolares: El Escorial y Guadalajara. Afición a los toros. Otras aficiones: la tertulia

Los acontecimientos que un niño sensible y receptivo, como era Ortega, vive durante sus vacaciones pueden ser tan formativos o más que las influencias ejercidas desde la escuela. Así ocurre con las temporadas veraniegas que los Ortega pasan en El Escorial. El padre había alquilado allí en 1887 una de las llamadas Casas de Oficios, situadas en el entorno del Monasterio, y es precisamente durante una de esas estancias veraniegas cuando nuestro filósofo aprende a leer bajo la guía de Manuel Martínez, el preceptor que regentaba la escuela del pueblo, el cual, asombrado por la vivacidad de su alumno, dice: «Es el niño más inteligente que he tenido en toda mi vida de maestro. A veces me da la impresión de que por sí solo sabe las cosas que voy a enseñarle.»

Desde entonces El Escorial formará parte de las vivencias entrañables y entrañadas de su biografía intelectual. Allí escribirá durante el curso 1914-1915 su primer libro, *Meditaciones del Quijote* (1914), enmarcado en el paisaje de La Herrería, que envuelve a la ciclópea mole; toda la «teo-

ría de la perspectiva» como parte esencial de su filosofía se inscribe en las reflexiones que le inspira ese magnífico bosque. Allí pasará muchas vacaciones, y desde entonces El Escorial y Ortega se hacen inseparables. «Nuestra gran piedra lírica», es la expresión con que alude frecuentemente al Monasterio, que formará desde entonces parte de su geografía más íntima.

Un paisaje que igualmente formará parte de su geografía sentimental es el de la provincia de Guadalajara, donde su tío José Gasset tenía una finca de caza llamada «Encinas Viejas», donde también se daba el ganado vacuno. Nos cuenta su hermano Manuel que allí debió de iniciarse el filósofo en la afición tauromáquica, pues recuerda cómo le dio lances a un becerrete llamado *Vinagre,* aunque el episodio terminará en una desafortunada costalada del incipiente aficionado. También recuerda Manuel que «mis hermanos iban a los toros con mi padre», lo que en la mente reflexiva de José había de llevarle no solo a la práctica taurina, sino a convertirlo en tema de estudio y filosofía, como se aprecia en su prometido ensayo «Paquiro, o de las corridas de toros», que nunca llegó a escribir[7]. El interés y la preocupación por los toros fue permanente a lo largo de su vida, y tenemos constancia escrita de ello en el epistolario mantenido con José María de Cossío a raíz de la edición del primer tomo de la enciclopedia sobre *Los Toros,* publicada por este. Hay una carta inédita fechada en Lisboa el 30 de diciembre de 1943, en la que le agradece el envío, elogia grandemente la obra y le promete una larga conversación sobre la misma, ya que —según dice— «considero impertinente hacerle aquí una lista de mis observaciones y *desiderata*». Sin embargo, existe otra carta que reproduce muchos párrafos de esta y que sin duda constituyó una primera redacción que le salió espontánea tras la lectura del libro, en la que se

[7] Manuel Ortega y Gasset, op. cit., pág. 36.

explaya en esas observaciones críticas, que luego sin duda no juzgó oportuno enviar. La segunda carta, que lleva la misma fecha que la anterior, no está firmada; probablemente al darse cuenta de la extensión que iba tomando, decidió interrumpirla y limitarse a un agradecido acuse de recibo, pero hay en ella un párrafo que da idea de la fruición con que leyó la obra; dice así: «Comprenderá la emoción con que he visto todo esto, pues sobre la que la materia me produce hay el sentirme así como el abuelo de esta gran obra[8].»

Las estancias en la finca de Guadalajara le van a familiarizar también a Ortega con las tierras de La Alcarria. Allí toma cuerpo Rubín de Cendoya, «místico español» con el que Ortega se identifica. Aquellos primeros contactos juveniles con las tierras de la meseta superior de Castilla quedarán acendrados durante los tres veranos de 1911 a 1913 en que el matrimonio descansa en la pequeña población de Sigüenza con sus consuegros de una y otra rama. Entre el 22 y el 28 de agosto del último de los años citados, el filósofo reconvertido en místico recorre aquellos lugares: de Sigüenza y Berlanga de Duero a Horna y Medinaceli, va sacando el jugo de la misteriosa tierra en compañía de Rodrigálvarez, «un vaquero de Sigüenza que se ha prestado a conducirme por los senderos de esta tierra»[9]; hasta hace pocos años cualquier caminante que pasase brevemente por Sigüenza podía saludar a Rodrigálvarez, que vivió hasta edad muy longeva.

La hija del filósofo, Soledad Ortega, alude a aquellas convivencias veraniegas entre matrimonios tan dispares —los

[8] Hay otra carta anterior de Ortega, fechada en Buenos Aires el 8 de mayo de 1940, dirigida a Cossío y en la cual le responde a la petición que este le había hecho para prologar su obra. Las tres cartas se reproducen en «Apéndice», aunque lo que cita más extensamente en el texto apareció también en las *Obras Completas* (t. IX, págs. 471-473).

[9] *Obras Completas,* t. II, pág. 45.

Ortega Munilla-Gasset, por un lado, y los Spottorno-Topete, por otro—, admirándose del grado de civilidad que suponían. A nosotros nos admiran las bellas páginas que aquellos días inspiraron a Ortega, publicadas con el título: *Tierras de Castilla. Notas de andar y ver,* en las que nos deja testimonio del momento dubitativo del filósofo. Al contemplar la catedral de Sigüenza, con su doble carácter de fortaleza y de templo, reflexiona así: «No se sabe qué preocupaba más a sus constructores: si ganar el cielo o no perder la tierra. Esta indecisión a que me invita el par de torres bárbaras que ahora veo coronar el municipio seguntino es muy de mi sabor. Vivimos entre antítesis: la religión se opone a la ciencia, la virtud al placer, la sensibilidad fina y estudiada al buen vivir espontáneo, la idea a la mujer, el arte al pensamiento... Alguien, al ponernos sobre el planeta, ha tenido el propósito de que sea nuestro corazón una máquina de preferir. Nos pasamos la vida eligiendo entre *lo uno o lo otro.* ¡Un penoso destino! ¡Prolongada, insistente tragedia! Sí, tragedia: porque preferir supone reconocer ambos términos sometidos a elección como bienes, como valores positivos. Y aunque elijamos lo que nos parece mejor, siempre dejamos en nuestra apetencia un hueco que debió llenarse con aquel otro bien pospuesto [10].»

Antes de terminar este capítulo me parece que debo dedicar atención a otra afición, quizá la más permanente que tuvo Ortega a lo largo de su vida: la afición a la tertulia, sin la que literalmente no podía vivir. Dice su hermano Manuel que «se dio cuenta Ortega muy temprano de que para difundir una idea entre las gentes no había más remedio que encantarles. Y comenzó muy pronto a llenar con su habla mágica los recintos en que se congregaban los devotos del entendimiento. Eran, primero, auditorios recogidos, gentes del medio universitario y de sus alrededores más afines. La

[10] *Obras Completas,* t. II, pags. 45 y 46.

belleza de la dicción soberana de Ortega, lo apretado e incisivo de su clara dialéctica fueron ensanchando los cuadriláteros y atrajeron a ellos a los *dilettanti* del intelecto y fueron acercándose los *snob* de buena ley, graciosos capiruchos de tarde que cubrían sendos rostros femeninos de estimable belleza... Oír a Ortega fue durante algún tiempo grato menester semanal que se aguarda con ilusión. Y el orador va contando a sus gentes el largo idilio del pensamiento» [11]. Pero de todos esos ámbitos en que se requiere la presencia del otro, ninguno más necesitado y querido que el de la tertulia; así lo reconoce también Manuel: «Cuidaba su tertulia con lujo de expedientes, porque la necesitaba como sustitutivo de la tribu, de la paridad sujeto-auditorio, que era su ambiente vital [12].» Por eso, precisamente porque *la necesitaba,* sufrirá tanto cuando las circunstancias le impidan tenerla. Entre esas innumerables tertulias gozará de imperecedera fama la que en torno a la *Revista de Occidente* hizo funcionar el filósofo en los locales de la publicación desde que se fundara en 1923; a ella dedicaremos más atención cuando en este libro llegue cronológicamente el lugar oportuno.

[11] Manuel Ortega y Gasset, op. cit., pág. 14.
[12] Ibídem, pág. 19.

4
Primeros años de vida pública

En 1902 Ortega hace su aparición en la vida pública con un artículo titulado «Glosas» y publicado en la revista *Vida Nueva*. La estructura básica política y religiosa de su entramado intelectual está ya claramente asentada. Y la situación española, que ha cambiado mucho en los últimos años, sigue siendo muy insatisfactoria. En ese mismo año Alfonso XIII es declarado mayor de edad y sube al poder; se casa con la reina María Victoria Eugenia en 1906 y sufre el famoso atentado de Morral en la calle Mayor. Se inicia una nueva etapa política en la que Maura va a desempeñar un importante papel. Será la época de los primeros movimientos sociales de gran repercusión, que habrán de culminar en la *Semana Trágica* barcelonesa y el fusilamiento del anarquista Ferrer; la inquietud aumenta con el envío de tropas a Marruecos. En lo cultural, la generación del 98 empieza a publicar sus libros más importantes; en Europa, Husserl funda la fenomenología, y Freud, el psicoanálisis. Ortega sigue publicando algunos artículos, al tiempo que realiza sus primeras tareas docentes, dando clases de literatura en colegios particulares madrileños, conseguidas por intervención de su amigo Navarro Ledesma. El 15 de diciembre de 1904 presentó su examen de doctorado con una tesis sobre *Los*

terrores del año 1000. Crítica de una leyenda, que publicó en 1909, aunque después no se ha incluido en las *Obras Completas.*

Viajes a Alemania

La primera década del siglo XX está marcada para Ortega por sus viajes a Alemania, que dejarán una huella definitiva en su formación. El 9 de abril de 1905 se inscribe en la Universidad de Leipzig, en una estancia que se prolonga hasta el 2 de noviembre de ese mismo año, como consta en el certificado que obtuvo. Probablemente se dirigió allí atraído por Guillermo Wundt, aunque sabemos que siguió cursos con Teodoro Lipps y con Hermann Mirsch; con este estudió griego, lengua de la que adquirió gran dominio. El esfuerzo sin duda más importante lo dedicó al estudio del alemán, sobre el cual le dice a su madre en carta del 21 de mayo: «De alemán... regular nada más, pero es curioso: en las clases me entero ya perfectamente y espero en unos días entender a los profesores como si hablaran en francés. Y, en cambio, la lectura de los libros me cuesta aún mucho, mucho trabajo. Ya hablo con cierta decisión [13].»

Desde luego no encontró en Leipzig lo que quería. «Yo fui a Alemania —escribe años más tarde— para henchir de idealismo algunos tonelillos, y nunca olvidaré los trabajos que me costó dar con el manantial» (*OC,* X, 24). Por eso vuelve a Madrid, donde gestionará una beca para estudiar en Berlín algo sobre «Prehistoria del criticismo filosófico», lo que conseguirá por Real Orden del 6 de junio de 1906. Antes dio un paseo por Nuremberg, Múnich y Colonia, tomándose además tiempo para redactar una me-

[13] *José Ortega y Gasset. Cartas de un joven español,* edición de Soledad Ortega, Ediciones El Arquero, Madrid, 1991, pág. 149.

moria con el título de *Descartes y el método trascendental,* en la que da cuenta de los progresos realizados en su estancia alemana.

El 17 de noviembre de 1906 nos encontramos con que Ortega ha abandonado Berlín y lo ha sustituido por Marburgo, pues esta es la fecha de ingreso en dicha Universidad. Allí encuentra al gran Hermann Cohen, con el que seguirá un curso titulado el «Sistema kantiano: ética y estética», al mismo tiempo que otros dos con Paul Natorp sobre «Psicología general» y «Pedagogía general». En Marburgo permanecerá hasta el 2 de agosto de 1907, dándole tiempo a matricularse con Cohen en un curso sobre «Historia de la filosofía moderna»; la estancia en esta ciudad va a ser definitiva para su formación filosófica, como lo reconoció en 1924 cuando al cumplirse el centenario de Kant escribe: «durante diez años he vivido dentro del pensamiento kantiano: lo he respirado como una atmósfera y ha sido a la vez mi casa y mi prisión» *(OC,* IV, 25). Hay que recordar que en esa prisión entró por Marburgo y salió en El Escorial; por eso escribe en 1915: «Por circunstancias personales yo no podré mirar nunca el paisaje de El Escorial sin que vagamente, como la filigrana de una tela, entrevea el paisaje de otro pueblo remoto y el más opuesto a El Escorial que quepa imaginar. Es una pequeña ciudad gótica, puesta junto a un manso río oscuro, ceñida de redondas colinas que cubren por entero profundos bosques de abetos y de pinos, de claras hayas y bojes espléndidos... En esa ciudad he pasado yo el equinoccio de mi juventud: a ella debo la mitad, por lo menos, de mis esperanzas y casi toda mi disciplina. Ese pueblo es Marburgo, de la ribera del Lahn» *(OC,* II, 558-559). En Marburgo, Ortega se empapará de neokantismo, llenará esos «tonelillos de idealismo» que venía buscando, a través de las clases y los seminarios de dos de sus más importantes representantes: Hermann Cohen y Paul Natorp. Pero se empapará, sobre todo y principalmente, de germanismo, de

cultura alemana, que luego trasladará a España. En otro lugar ha recordado sus conversaciones con algunos de los jóvenes filósofos alemanes que entonces empezaban a trabajar: «Con Nicolai Hartmann, con Paul Scheffer, con Heinz Heimsoeth he discutido sobre Kant y sobre Parménides; muchas veces a medianoche, en paseos sobre el camino nevado, que terminaban junto al paso a nivel, mientras cruzaba monstruoso el expreso de Berlín, cuyos faroles rojos ensangrentaban un momento la nieve intacta» *(OC,* VIII, 20). De Nicolai Hartmann ha recordado su amistad, su afición al violonchelo, mientras Ortega le escucha, a sus veintidós años, en una humilde buhardilla de Marburgo, «allá en lo más alto de la empinada ciudad».

Habrá todavía un tercer viaje a Alemania en 1911, después de haberse casado y obtener una cátedra universitaria el año anterior. Ortega no ocupó, pues, inmediatamente este puesto, ya que consideró que tenía que perfeccionar sus conocimientos filosóficos, y eso le decide a marchar en enero de 1911 a Marburgo. Antes hizo un breve viaje a Italia, visitando Bolonia y Florencia, pero a principios de año está ya otra vez en su refugio marburgués, donde se instalará en la Schwannallee, 44. Allí nacerá su primer hijo, al que pondrá el nombre de Miguel Germán; si con este quería significar su admiración por Alemania, lo de Miguel lo ha dejado también claramente expresado: «Nació en un mayo florido, el día de San Germán. Por esta razón le llamé Miguel Germán. Miguel es el nombre del alemán vegetal que vive todavía en la tierra y de la tierra, ese tipo del hombre labriego que es el humus del que se nutre toda nación... Miguel es el nombre de lo que hay antes del hombre y después del hombre» *(OC,* VIII, 26-27). Pero a continuación añade algo que le era irrenunciable como español: «Miguel es también el nombre de un viejo amigo mío, de un español profundo y pobre, que anduvo por los caminos del mundo ocultando bajo la sonrisa más cortés el corazón más dolori-

do. Pero tal vez ustedes tengan algunas noticias de él: ese Miguel es Miguel de Cervantes» *(ibídem).*

En Marburgo, sin duda trató con asiduidad a Hermann Cohen; en 1915 recuerda que «hace unos cuatro años pasé un estío en ese pueblo gótico junto a Lahn. Estaba entonces Hermann Cohen, uno de los más grandes filósofos que hoy viven, escribiendo su *Estética.* Como todos los grandes creadores, es Cohen de temple modesto, y se entretenía discutiendo conmigo sobre las cosas de la belleza y del arte. El problema de qué sea el género "novela" dio sobre todo motivo a una ideal contienda entre nosotros. Yo le hablé de Cervantes. Y Cohen entonces suspendió su obra para volver a leer el *Quijote.* No olvidaré aquellas noches en que sobre los boscajes el alto cielo negro se llenaba de estrellas rubias e inquietas, temblorosas como infantiles entrañuelas. Me dirigía a casa del maestro, y le hallaba inclinado sobre nuestro libro, vertido al alemán por el romántico Tieck. Y casi siempre, al alzar el rostro noble, me saludaba el venerado filósofo con estas palabras: "¡Pero, hombre!, este Sancho emplea siempre la misma palabra de que hace Fichte el fundamento para su filosofía". En efecto: Sancho usa mucho, y al usarla se le llena la boca, esta palabra: "hazaña", que Tieck tradujo *Tathandlung,* acto de voluntad, de decisión» *(OC,* II, 559). Podemos estar seguros de que Ortega dice toda la verdad cuando asegura en ese mismo escrito que a Marburgo debe «la mitad de mis esperanzas y casi toda mi disciplina».

El profesorado como vocación

Ahora bien, junto a su formación filosófica, obtenida fundamentalmente en Alemania, Ortega no descuida el ámbito español, donde se dispone a ejercer un claro liderazgo intelectual. Por ello aprovecha a fondo el lapso entre el se-

gundo y el tercer viaje. Y así en 1907, cargado con todo su bagaje germano, Ortega, de vuelta en Madrid, va a iniciar una intensa actividad de publicista, de profesor, de polemista. Sin dejar su asidua colaboración en *Los Lunes de «El Imparcial»,* interviene en la fundación de la revista *Faro,* cuyo primer número salió en febrero de 1908, y en la que se agruparon casi todos los escritores del 98. Muchos de sus artículos son de carácter polémico. Primero polemiza contra el ministro La Cierva, empeñado en la reforma de las costumbres públicas, a lo que Ortega contrapone la reforma del carácter nacional. En 1908 la discusión surge con su amigo Maeztu en torno a la prioridad —«¿hombres o ideas?»— conveniente para la resolución del problema nacional. Más tarde discutirá con Maura y Gamazo en torno al liberalismo español, y en 1909 arremete contra Menéndez Pelayo por haberse este opuesto a la enseñanza laica. Ese mismo año interviene en la fundación de la revista *Europa.* Un acontecimiento de esta época (1908) es su participación en el Congreso Científico de Zaragoza, organizado por la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. En ella utilizó Ortega su estudio *Descartes y el método trascendental,* que había traído como justificación de su primera estancia alemana en Leipzig, y al que añadió, para presentarlo a dicho congreso, una breve introducción.

De todas las polémicas que en estos años mantuvo Ortega, la más resonante fue el famoso ataque a Unamuno que aquel publicó en *El Imparcial* (27 de septiembre de 1909) con el título «Unamuno y Europa, fábula», contestación a una carta privada del rector de Salamanca aparecida por indiscreción en el diario *ABC,* en el que arremetía don Miguel contra «los papanatas» del europeísmo. La desviación «africanista» de don Miguel de Unamuno frente al sentido europeo de Ortega, que veía en el europeísmo la solución al problema español, era el fondo objetivo de aquella polémica, bajo la cual latía un mutuo respeto y admiración. Ese

mutuo reconocimiento, que tuvo su origen en las primeras cartas cruzadas entre ambos en 1904, se extiende hasta los últimos días de don Miguel, en que este recalaba con frecuencia durante sus estancias en Madrid en la tertulia de la *Revista de Occidente*. Por lo demás, la filosofía de Ortega no puede entenderse sin el antecedente unamuniano; los problemas eran los mismos, aunque las soluciones fuesen a veces distintas; para citar un ejemplo: no se puede entender bien la idea de la «razón vital» orteguiana si antes no se ha reparado en lo que en Unamuno era lucha entre la razón y la vida. Y así en otros muchos puntos.

La profesión de Ortega era la enseñanza y es en ese campo donde va a empezar a obtener sus éxitos más importantes. Una Real Orden le nombra en junio de 1908 profesor de la Escuela Superior del Magisterio en las cátedras de Psicología, Lógica y Ética, a propuesta unánime de cuatro centros: la Junta Central de Primera Enseñanza, la Real Academia de Ciencias Políticas, el Consejo de Instrucción Pública y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. En 1910, dos años más tarde, muere Nicolás Salmerón, con lo que queda vacante la cátedra de Metafísica de dicha Universidad Central. Se presenta a las oposiciones y las gana, siendo nombrado catedrático el 25 de noviembre de 1910, a los veintisiete años de edad. Los periódicos dan amplia y jubilosa información de la noticia de lo que uno de ellos considera «día de fiesta mayor para la ciencia y la pedagogía españolas». El tribunal calificador estuvo formado por los siguientes miembros: Eduardo Sanz y Escartín (presidente), Francisco Fernández y González, José de Castro y Castro, Luis Simarro, Adolfo Bonilla y San Martín, José Caso y Blanco, Alberto Gómez Izquierdo (sacerdote, y único voto en contra de la propuesta). El Consejo de Instrucción Pública, por Real Orden de la fecha señalada abajo, concede el nombramiento, lo cual no va a impedir que continúe sus clases en la Escuela Superior de

Magisterio, aunque sin percibir sueldo alguno. La Real Orden en que esa eventualidad se aprueba dice así: «Nombrado el profesor de Psicología, Lógica y Ética de la Escuela Superior de Magisterio, don José Ortega y Gasset, en virtud de oposición, catedrático de Metafísica de la Universidad Central, y teniendo en cuenta el perjuicio que se irrogaría a los alumnos a quienes venía explicando en dicha Escuela, S. M. el Rey (Q. D. G.) ha tenido a bien aceptar el ofrecimiento del señor Gasset de seguir desempeñando la citada asignatura sin percibir sueldo asignado a la misma y hasta nueva resolución.»

Los cursos que dio en la citada Escuela Superior de Magisterio le acreditaron como inigualable profesor; su incondicional alumna María de Maeztu así lo significa: «La palabra del maestro, clara, precisa, elegante, produce una extraña emoción. Los alumnos intentan tomar notas en sus cuadernos, mas al punto quedan absortos, detenida la pluma en el papel ante la maravilla de aquella exposición filosófica, vestida con una gran riqueza de imágenes y metáforas.» Otros alumnos que certifican la misma opinión serán Gloria Giner, María Ontañón y Ramón Carande.

Una boda singular

Hemos mencionado de pasada en el apartado anterior que Ortega se había casado, antes de emprender su tercer viaje a Alemania, con Rosa Spottorno y Topete. En efecto, la boda tuvo lugar el 7 de abril de 1910 y se celebró en el oratorio privado que los Spottorno tenían en su domicilio de la plaza de Colón, 2 (lo que hoy son las Torres de Jerez). La celebración en la más estricta intimidad tuvo una singularidad, y es que se trataba de un matrimonio mixto: la esposa se casaba por lo católico, mientras que el marido lo hacía por lo civil, aun cuando se comprometía a que sus hijos se edu-

casen en el catolicismo. Con ello dejaba constancia expresa de lo que años después diría en las Cortes republicanas: «Yo, señores, no soy católico, y desde mi mocedad he procurado que hasta los humildes detalles oficiales de mi vida privada queden formalizados acatólicamente» *(OC,* XI, 409). La misma razón explica que en la partida de nacimiento del primer hijo se explicitase su «disidencia» religiosa; dice el citado documento: «Fe de nacimiento número 358 en Marburg, 3 de junio de 1911. Ante el infrascrito, empleado de la Oficina del Registro Civil, compareció el profesor don José Ortega y Gasset, doctor en Filosofía, residente en Marburg, en la Schwanallee, 44, de religión disidente y cuya personalidad es conocida, y declaró que su legítima esposa, doña Rosa Spottorno y Topete, de religión católica, habitante en compañía del declarante, había dado a luz en Marburg, Deutschlandstrasse, 27, a un niño que nació el día 28 de mayo de 1911, a la una y cuarto de la tarde, que recibió los nombres de Miguel Germán.»

Ortega no fue nunca anticlerical —y dejó constancia de ello al rechazar semejante calificativo—, pero le interesaba sobremanera mantener una neutralidad religiosa de la que se nutría su propia filosofía. ¡Bien caro habría de costarle semejante actitud, como veremos algunos capítulos más adelante!

La luna de miel la pasó en El Escorial modestamente, pues ya estaba preparando por esas fechas el tercer viaje a Alemania. No obstante, tiene tiempo para alquilar un piso en la calle Zurbano, 22, a donde volverá en 1913. Antes hablamos de la importancia que tenía el domicilio para el filósofo, dada su adhesión a la «geografía del pasillo»; por eso conviene quizá dejar constancia de los sucesivos domicilios que Ortega tuvo en Madrid, antes de salir al exilio. Tras el de la calle Zurbano se traslada en 1918 a la calle Serrano, 47, donde permaneció hasta 1931, en que vuelve a trasladarse a la calle Velázquez, 120; tampoco duró en esta mucho tiempo, pues en 1934 se trasladó a la colonia de El Viso

(Serrano, 161), única que consiguió tener en propiedad. No llegó, sin embargo, a disfrutarla mucho, dado que en 1936 tuvo que salir precipitadamente de España.

La instalación definitiva en Madrid

A la vuelta de su tercer viaje a Alemania, Ortega continúa sus actividades profesorales y de publicista. En 1913 es secretario del Congreso Científico de Madrid, organizado por la Asamblea para el Progreso de las Ciencias. Ortega queda encargado del discurso inaugural y presenta además un trabajo titulado *Sensación, construcción, intuición.*

Por esta época su incansable actividad y, en no escasa medida, sus magníficas dotes de orador le dan un prestigio extraordinario, desmedido en un joven de veintinueve años que no ha publicado todavía un solo libro. Ortega y Gasset se ha convertido en una figura pública de relieve e influencia incalculables para su edad. Alguien le llamará «el tipo perfecto del pensador»; Machado dedicará un poema al «joven meditador», y Federico de Onís —el más explícito—, escribirá lo siguiente: «José Ortega y Gasset, con más años delante y menos obra detrás [habla de los catedráticos que "honran al profesorado español": Unamuno y Menéndez Pidal, entre otros], pero que ya no es, para los que hemos asistido a su cátedra y seguido el curso de sus explicaciones, tan solo una esperanza, sino la capacidad más fuerte y original que en filosofía hemos tenido desde hace mucho tiempo y el creador de toda una nueva visión de los problemas nacionales. Puede decirse que nace en él el pensador, cuyas ideas originalmente concebidas y bellamente expresadas... radican en lo más central, tanto del problema de Europa como del problema de España. También en su alrededor se ha formado un núcleo, cada día creciente, de jóvenes en cuyo espíritu se entrelazan dos anhelos como algo inse-

parable: poseer la cultura europea y realizar la salvación de España [14].»

La popularidad de Ortega era ya inmensa y de ella nos ha quedado constancia en los testimonios de Alberto Jiménez, María de Maeztu, Manuel García Morente, José Moreno Villa, Pío Baroja, Alfonso Reyes. Por eso pudo su amigo Pérez de Ayala sacarlo en la novela *Troteras y danzaderas* con el nombre de Antón Tejero, en la que hace de él un retrato tan gráfico que no resistimos la tentación de reproducirlo: «Antón Tejero era un joven profesor de Filosofía, con ciertas irradiaciones de carácter político, y había arrastrado a la zaga de su persona y doctrina incipiente mesnada de ardorosos secuaces. Aunque sus obras completas filosóficas no pasaban todavía de un breve zurrón de simientes de ideas, habíale bastado tan flojo bagaje para granjearse la admiración de muchos, la envidia de no pocos y el respeto de todos, sentimiento este último de mejor ley y más difícil de inspirar que la admiración. Filósofo al fin, en ocasiones era demasiadamente inclinado a las frases genéricas y deliciosamente vanas. Era también muy entusiasta, y, como toda persona entusiasta, carecía de la aptitud para emocionarse. De talentos literarios nada comunes, propendía a formular sus pensamientos en términos donosos, paradójicos y epigramáticos, por lo cual se le acusaba en ocasiones del defecto de oscuridad... La admirable pureza intelectual de Tejero transparecía en sus ojos, de asombrosa doncellez y pureza, sobre los cuales las imágenes de la realidad resbalaban sin herirlos. Contrastaba con la doncellez de los ojos una calvicie prematura, la forma y el tamaño del cráneo, entre teutónicos y socráticos; la armazón del cuerpo, chata y ancha; los pies, sin ser grandes, producían una ilusión de aplomo mecánico, de tal suerte que la figura parecía descansar sobre

[14] Federico de Onís, *Ensayo sobre el sentido de la cultura española,* Madrid, 1932, pág. 46.

recia peana. Trataba a todo el mundo con magistral benevolencia, y la risa con que a menudo irrigaba sus frases era cordial y translúcida [15].»

Ortega y los del 98

Esta temprana edad social de Ortega le llevó a relacionarse con algunos de los miembros de la generación del 98, hombres, en general, mayores que él, pero con los que compartía la afición a viajar y descubrir los paisajes de España. Algunas veces solo; otras, acompañado por Baroja, Azorín, y más adelante por Pérez de Ayala o Marañón, Ortega ha recorrido nuestra Península con una devoción casi religiosa. De ello nos ha dejado constancia en esas bellísimas «notas de andar y ver» que andan esparcidas por sus obras. La emoción que le invade en estas ocasiones —por ejemplo, en las tierras del autor de Mio Cid— le lleva a adoptar el seudónimo de Rubín de Cendoya, «místico español», hombre, al decir de su autor, «tan manso y espiritual que podía pasarse una semana alimentado por el canto de una cigarra». En estas descripciones de panoramas españoles encontramos algunas de las más bellas páginas de Ortega, donde la emoción del paisaje y de la patria se imbrican hasta el punto de hacerse indiscernibles. «¡La gran delicia, rodar por los caminitos de Castilla!», exclamó una vez a la vista de la llanura inmensa. «Tierra de Campos. Mieses, mieses maduras. Por todas partes oro cereal que el viento hace ondear marinamente. Náufragos en él los segadores, bajo el sol tórrido, bracean para ganar la ribera azul del horizonte» (*OC,* II, 415).

[15] Ramón Pérez de Ayala, *Troteras y danzaderas,* Madrid, 1930, pág. 130.

¿Quién no recuerda ese maravilloso «viaje sentimental» en que Rubín de Cendoya, en alas de una mula torda, de altas orejas inquietas, acompañado por Rodrigálvarez —personaje real, cuya existencia he comprobado—, recorre las tierras que el Cid cabalgó un día? Sigüenza, con su catedral —«toda oliveña y rosa a la hora del amanecer»—, va a servir de centro a una excursión por pueblos meseros y evocadores de Sierra Ministra: Berlanga de Duero, Barahona de Brujas, Paredes de Sigüenza, Miedes, Barcones, Atienza, Horna, Medinaceli —«patria del cantor de *Mio Cid...,* magnífica alusión de heroísmo lanzada sobre seis leguas a la redonda»— *(OC,* II, 49).

¿Y la famosa excursión a la Sierra de Gata, con Baroja, que en Coria —«ciudad inverosímil, sombría, torva e inmóvil como un susto en medio de un camino»— tropieza con la gramática, al corregir las pruebas de una de sus novelas, e interrumpe la conversación de sus amigos, lleno de perplejidad, para saber si se debe decir: «¿Avinareta bajó de zapatillas, o bajó con zapatillas, o bajó a zapatillas...?» *(OC,* II, 78).

Más interés tienen indudablemente la comparación entre el paisaje asturiano y el leonés, y sus reflexiones al pasar por pueblos como Leitariegos, Pajares, Piedrafita, El Pontón, o esas «ideas de los castillos», que se le ocurren a la vista de sus barbacanas inmensas, que se le adelantan a Ortega en sus recorridos castellanos; pero aquí ya se mezclan la vena filosófica y la poética de nuestro autor para dar algunos de sus frutos más logrados.

En cualquier caso, el paisaje más permanente, que servirá de fondo a esta primera etapa del pensador, será el de El Escorial, «nuestra gran piedra lírica», donde escribirá su primer libro importante, *Meditaciones del Quijote,* en cuyas páginas resuena trémula la fronda de La Herrería, como en otros escritos se palpan plásticamente La Granjilla o el Guadarrama, al fondo.

Meditaciones del Quijote representa el espaldarazo definitivo de entrada de Ortega en la vida pública, con todas sus consecuencias. Unos meses antes —el 23 de marzo de 1914—, había pronunciado en el teatro de la Comedia su conferencia «Vieja y nueva política», que representa una crítica despiadada de la Restauración, a la vez que un programa de acción política basada en dos directrices esenciales: liberalismo y nacionalización. Pero esto pertenece ya al ámbito de su actuación propiamente política y le dedicaremos apartado independiente.

Estas excursiones aumentaron a raíz de la compra de un automóvil, que le daba independencia y le permitía viajar con la familia. Hacia 1923 debió de comprarse el Metallurgique belga, que, conducido por el fiel mecánico Lesmes Jaureguiberría, le permitió hacer numerosos viajes; muchos de ellos con su hijo mayor, Miguel, que en un momento de su biografía paterna se expresa así: «El amor de mi padre a España fue la raíz más honda de su vida. Por eso dedicó lo mejor de ella a conocerla, palmo a palmo, por todos los medios posibles: a pie, en caballería, en ferrocarril o en automóvil. Todavía en los últimos meses de su existencia, aquel afán permanecía vivo, y puede decirse que del último verano, en que realizó un viaje a Asturias y Santander, regresaría para ingresar en la clínica, ya herido de muerte. Esa afición a los viajes por España la compartí con él desde los años de la niñez y ha sido para mí, entonces y ahora, el mayor goce de cuantos la vida me ha dado [16].»

El coche se lo había comprado de segunda mano al marqués de Foronda, pero en 1926 ya lo había vendido, cambiándolo por un modelo francés de la marca Georges Irat, y más tarde, en los años treinta, por un Chevrolet. Este fue requisado por el Gobierno republicano durante la gue-

[16] Miguel Ortega Spottorno, *Ortega y Gasset, mi padre,* Ed. Planeta, Barcelona, 1983, pág. 103.

rra civil, y después Ortega ya no volvió a tener coche propio durante el resto de su vida.

La Residencia de Estudiantes

En 1910, el mismo año de su fundación, empieza la colaboración de Ortega con la Residencia de Estudiantes, famosa institución que surgió al calor del espíritu de don Francisco Giner de los Ríos y de don Manuel B. Cossío. Ortega asiste al nacimiento de la misma como vocal del Patronato, y desde entonces su colaboración no se interrumpió hasta los últimos días de su estancia en España, antes de la guerra civil. Allí tuvo lugar su primera tertulia, a la que asistía todos los días un poco antes de la hora de comer; más tarde esa tertulia será sustituida por la de la *Revista de Occidente.*

Aunque desde su plataforma social de hombre de mundo le gustaba hablar a Ortega con cierto dejo irónico de «los pobrecitos de don Francisco», la realidad es que sentía un profundo respeto por la personalidad y la obra de aquellos hombres singulares. Es, sin duda, la mutua inquietud pedagógica lo que más unía a aquellos dos personajes geniales, tan dispares en tantos aspectos, como lo demuestra el hecho de haberse publicado en el *Boletín* de la Institución Libre de Enseñanza una conferencia de Ortega, «La pedagogía social como programa político», que en 1909 había pronunciado en la famosa, y de digno recuerdo, sociedad bilbaína El Sitio. Es ya bien significativo también el gesto orteguiano de entregar a la Residencia, para publicación, su primer libro, *Meditaciones del Quijote,* que apareció como primer volumen de la sección de Ensayos, que en 1914 empezó a publicar la Institución. Por lo demás, Alberto Jiménez Fraud, director de la Residencia durante todo el tiempo de su no muy larga vida, ha recordado las intervenciones de

Ortega en la vida social de la casa, donde con motivo de las fiestas anuales solía pronunciar discursos o conferencias; de algunas de ellas nos ha dejado testimonio escrito José Gaos, el conocido discípulo de Ortega, en su libro *Confesiones profesionales,* de donde extraeremos otros recuerdos y testimonios a lo largo de nuestra biografía.

5
Los vaivenes del político

Tras la derrota frente a Estados Unidos en 1898, España había quedado reducida —en el decir de Ortega— «a su mínima expresión». No era un destino cómodo, pero era una circunstancia inexorable que se imponía a cualquier hombre culto y responsable. Por eso dice Ortega de sí mismo: «Yo tengo que ser, a la vez, profesor de la Universidad, periodista, literato, político, contertulio de café, torero, "hombre de mundo", algo así como párroco y no sé cuántas cosas más [17].» Y es que hay un problema prioritario que plantearon ya los hombres de la generación del 98 y que se hace ineludible; es el problema mismo de España, que Ortega, consciente de ello, enuncia así: «El español que pretenda huir de las preocupaciones nacionales será hecho prisionero de ellas diez veces al día y acabará por comprender que para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar es España el problema primero, plenario y perentorio [18].»

Desde este planteamiento, es obvio que Ortega no podía eludir una cierta intromisión en la política, aunque fue-

[17] «Prólogo para alemanes», *OC,* VIII, 16.

[18] «La pedagogía social como programa político», *OC,* I, 507; reproducido en «Prólogo para alemanes», *OC,* VIII, 57.

ra en tensión permanente con su vocación de filósofo. De hecho, su vida constituye un continuo vaivén entre una y otra dedicación, lo que, por otro lado, era a su vez reflejo del inevitable carácter hamletiano de todo intelectual; él mismo, que sin duda conocía bien su temple temperamental, dice hablando de sí: «El lector debe hacerse cargo de que trata con un hombre cuya timidez es tan grande como su audacia y que avanza por la vida con un incómodo ritmo de impulsiones y frenazos [19].» El resultado es que encontramos en su vida temporadas —nunca demasiado largas— en que prevalece casi de forma exclusiva y absorbente su dedicación a la política. Estas temporadas, a las que dedicaremos atención en este apartado, fueron inmediatamente seguidas con otras en que corta de modo radical con esa actividad pública. En 1916, después de su entusiasta liderazgo en la Liga de Educación Política, fundada en 1913, Ortega pone en marcha el proyecto de *El espectador,* en el cual encontrará un refugio de soledad y aislamiento meditativo hasta 1934, año del octavo y último tomo. Al principio del tomo I tranquiliza a un lector, a quien no le acaba de satisfacer esa retirada de la política, con estas palabras: «La vida española nos obliga, queramos o no, a la acción política. El inmediato porvenir, tiempo de sociales hervores, nos forzará a ella con mayor violencia. *Precisamente por eso yo necesito acotar una parte de mí mismo para la contemplación* [20].» Recordemos que esto está escrito en pleno fragor de la Primera Guerra Mundial, cuando el mundo intelectual español lo protagonizaba el agresivo enfrentamiento entre «aliadófilos» y «germanófilos». Una consideración similar viene a hacer cuando al fundar en 1923 la *Revista de Occidente* en su declaración de «Propósitos» inicial dice: «De espaldas a toda política, ya que la política no aspira a

[19] «Prólogo para alemanes», *OC,* VIII, 57.

[20] «Confesiones de *El Espectador*», *OC,* I, 15.

entender las cosas, procurará esta Revista ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana» (*OC,* VI, 314). En 1932, tras dos años de intensa vida política, Ortega vuelve a repetir la cantinela: necesidad de un reducto íntimo en que recluirse para ejercer la meditación en profundidad; de aquellos años de silencio político van a nacer algunos de sus textos más significativos: *Goethe desde dentro* (1932), *En torno a Galileo* (1933), *Historia como sistema* (1935).

Pero, convencido como estaba de que «la política o pensamiento de lo útil es una saludable fuerza de que no podemos prescindir», no dejará de intervenir en política, incluso en aquellas épocas en que parecía haber renunciado a ella; de sus actuaciones más importantes dejaremos aquí constancia.

La Liga de Educación Política

El año 1913 puede considerarse el de su plena irrupción a la vida pública, y dadas las premisas que hemos visto, no puede extrañarnos que esa irrupción tenga un carácter político. Los que en el capítulo anterior hemos llamado «primeros años de vida pública» tienen el carácter de inicio y primeras armas para crear una plataforma de acción en profundidad. Esta va a tomar cuerpo con la fundación de la Liga de Educación Política, un organismo cuya intencionalidad queda expresada en el nombre mismo.

En el bagaje cultural que Ortega había traído de Alemania brillaba la idea de la importancia de la educación para resolver el problema español; de ello nos deja constancia unos años antes en su conferencia dada en la sociedad El Sitio, de Bilbao, el 12 de marzo de 1910, con el título de «La pedagogía social como programa político». Parte en ella de la convicción de que «España no existe como nación», lo cual a su vez es producto de «tres siglos de error y

de dolor». Naturalmente esto convierte a España en un problema político, que se convierte en algo perentorio: «Necesitamos transformar a España: hacer de ella otra cosa distinta de lo que hoy es» *(OC,* I, 507). Ahora bien, eso es el fin de una educación concebida como pedagogía social, puesto que el individuo solo y aislado no existe más que como abstracción; este era el principio de la citada pedagogía, tal como lo había aprendido en su maestro Paul Natorp, el cual había escrito: «El concepto de la pedagogía social significa el reconocimiento capital de que la educación está socialmente condicionada en todas sus direcciones esenciales, mientras por otra parte una organización verdaderamente humana de la vida social está condicionada por una educación conforme a ella de los individuos que la componen» *(OC,* I, 515). Por supuesto que esto implica a su vez un reconocimiento de la unidad de la especie humana por encima de la división entre ricos y pobres o cultos e incultos; esto último es todavía más grave que aquello, y por eso dice: «la pedagogía social que exige la educación por y para la sociedad, exige también la socialización de la educación. Estimo que los partidos obreros se olvidan un poco de la escuela única» *(OC,* I, 518). En este párrafo inciden a la vez su socialismo y la reacción contra él; más adelante lo veremos más claro. De momento, se limita a hacer ver que España necesita del socialismo en la educación, pero que eso requiere al mismo tiempo introducir el principio de la europeización.

Estas ideas expuestas en 1910 indican que para esa fecha Ortega ya tenía madura su posición con respecto al problema español, aunque en realidad no van a adquirir plena expresión pública hasta que en 1913 funde la Liga de Educación Política y, sobre todo, la dé a conocer al gran público con su conferencia «Vieja y nueva política», pronunciada en el teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914.

La incidencia del socialismo: amistad con Maeztu

Las dos ideas básicas del pensamiento político orteguiano son las de europeización y socialismo. La primera estaba tomada del programa de Joaquín Costa y ha sido suficientemente estudiada por la crítica; dedicaremos, pues, atención al socialismo, que ha sido habitualmente desconsiderado por quienes se han ocupado de su obra.

Que Ortega se adscribió al socialismo durante los primeros años de la segunda década del siglo parece ofrecer pocas dudas. En la conferencia de Bilbao, ya citada, dice: «Es hoy una verdad científica adquirida para *in aeternum* que el único Estado social moralmente admisible es el socialista: si bien no he de afirmar que el verdadero socialismo sea el de Carlos Marx» *(OC,* I, 518). Si esto lo afirmaba en 1910, en 1913, al fundar la Liga, es todavía más explícito; declaraba entonces: «Creemos que nuestra Asociación marchará junto al socialismo sin graves discrepancias» *(OC,* I, 303). En el mismo año, y en la fecha simbólica del 1 de mayo, Ortega hace una verdadera declaración de principios sobre sus convicciones socialistas escritas en el número de *El Socialista,* publicado ese día; dicen así: «El Socialismo es una realidad tan profunda que contiene en sí varios pisos o estratos y sería empequeñecerlo creer que todo él se reduce a uno solo de ellos. El estrato del Socialismo que más se ve porque ocupa la superficie es el Partido Socialista. Bajo este, ya un poco más repuesto a la mirada de la muchedumbre, se halla el Socialismo como teoría socialista, como proyecto ideal de reforma humana. No conviene, en mi entender, confundir estos dos órdenes de Socialismo, so pena de renunciar al valor incalculable que encierra el Socialismo en su integridad. El Partido Socialista es el instrumento del Socialismo, y está constituido por no pocas afirmaciones que le son tal vez necesarias, pero que huelgan en el Socialismo como proyecto de solución a las enfermedades actua-

les de la sociedad. Así, el Partido Socialista pone al frente de su ideología la lucha de clases, que el Socialismo, es decir, la organización socialista de la comunidad, comienza por excluir. Hay, pues, de un lado el Socialismo como idea política, y de otro el Socialismo como táctica consciente de unos hombres férvidos para llevar aquella al triunfo. Pero aún hay otra tercera calidad en el Socialismo. Así como el Partido Socialista es solo un medio para la organización socialista del mundo, es esta a su vez un medio, una táctica que sigue la historia para obtener ciertos resultados maravillosos, acaso no previstos hoy por los proletarios militantes. Y como el Socialismo puede irse sin desdoro por cien caminos distintos, yo no vacilo en declarar que la sospecha de esos resultados maravillosos ha sido quien, en definitiva, me conquistó años hace para el Socialismo» *(OC,* X, 238-239).

Ahora bien, en esta adscripción al socialismo, que luego matizará Ortega desde distintos ángulos, nos interesa ahora resaltar dos influencias que en aquel momento fueron decisivas en su pensamiento. La primera de Fernando Lasalle y el llamado «socialismo de cátedra» que había recibido de su época neokantiana; se declara en una conferencia sobre aquel personaje contra la ortodoxia del partido socialista, rechazando su carácter proletario e internacionalista: «El día en que los obreros españoles abandonaran las palabras abstractas y reconocieran que padecen, no solo como proletarios, sino como españoles, harían del Partido Socialista el partido más fuerte de España. De paso harían España. Esto sería la nacionalización del socialismo; quiero decir, el socialismo concreto frente a un socialismo abstracto que solo es eficaz cuando se confunde con los confusos movimientos radicales. Porque todas las gentes de Europa van hacia una internacional bienaventuranza; pero cada cual ha de echar a andar sobre el pie y desde el sitio en que le coja. Lo internacional no excluye lo nacional, lo incluye» *(OC,* X, 206).

La actitud jurídico-reformista de dicha posición se completa con la que le viene del fabianismo, a través de su amigo Ramiro de Maeztu. Esto nos dará pie para hablar también de la amistad entrañable que mantuvo con este hombre, y sin la cual no se entienden ciertos aspectos de la obra orteguiana.

La relación entre ambos personajes se inició en 1902 a raíz de las conferencias impartidas por Maeztu en la Escuela Superior de Artes e Industrias de Vigo, dirigida por Ramón Gasset Chinchilla, tío del madrileño; allí se encontraba Ortega, y debió de quedar impresionado por las conferencias del ilustre vitoriano por lo que dice en una carta a su padre del 9 de agosto. Maeztu, nacido en 1874, era casi diez años mayor que su admirador y amigo. En 1905 Maeztu se traslada a vivir a Londres como corresponsal de *La Correspondencia de España,* pero para esa época la amistad ha fraguado cordialmente en un sentimiento de fraternidad al que se alude con frecuencia en los artículos polémicos cruzados entre ambos; en 1908 Ortega alude a sus «corazones fraternales»[21], sentimiento que se mantiene en 1914, cuando al publicar su primer libro, *Meditaciones del Quijote,* lo dedica: «A Ramiro de Maeztu, con gesto fraternal.» La diferencia de edad, sin embargo, le daba un ascendiente a Maeztu que reconoce Ortega sin ambages cuando explícitamente le habla de «la influencia que usted ejerce siempre sobre mí»[22]. Cuando polemizan el mismo año de 1908 sobre la mayor o menor importancia de los hombres o las ideas en la regeneración de España, Ortega le reprocha a su amigo el hacerle decir cosas ineptas, aunque aceptando siempre la diferencia de edad en detrimento suyo; así lo ex-

[21] «Sobre una apología de la inexactitud», *OC,* I, 117.

[22] Citado por E. Inmann Fox, *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898),* Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1988, pág. 339.

presa: «En esta cuestión de si son más importantes las ideas o los hombres me asigna usted un papel lamentable y además un poco ridículo: según mis opiniones —dice usted—, habría que creer que andan solas las ideas. Leyendo esto me he puesto a recordar los tiempos, no muy lejanos, en que, unidos por estrecha amistad, íbamos a lo largo de estas calles torvas madrileñas, como un hermano mayor y un hermano menor, entretejiendo nuestros puros y ardientes ensueños de acción ideal. Y no acierto a comprender cómo aquella no rota fraternidad ha venido cayendo tanto que hoy me hace usted decir y pensar cosas tan ineptas. No, querido Ramiro; el intelectualismo (?), el idealismo que yo defiendo, no llevan a creer que las ideas andan solas» *(OC,* I, 439).

La valoración intelectual de Maeztu por parte de Ortega es tan grande que en 1906, en carta a su novia Rosa, le coloca —junto a Unamuno y él— entre las únicas tres personas inteligentes que hay en España[23]. Ahora bien, lo que nos interesa destacar aquí es cómo esa influencia se tradujo en la aproximación de Ortega al socialismo fabiano, en cuyos círculos había entrado Maeztu durante su estancia en Inglaterra. La idea de la *Fabian Society* era constituir una minoría intelectual que preparara a la sociedad para una paulatina difusión del socialismo; esta sin duda era la misma pretensión de Ortega al fundar la Liga de Educación Política.

Es un hecho que Ortega se fue acercando al socialismo, llegando a participar en los congresos de agosto de 1908 y de septiembre de 1912. Durante esos años se generó en él una intensa admiración por Pablo Iglesias, que se expresa públicamente con ocasión de haber sido elegido aquel representante del pueblo en los comicios de mayo de 1910, y

[23] *Cartas de un joven español,* edición de Soledad Ortega, Ediciones El Arquero, Madrid, 1991, pág. 483.

lo expresa con ditirambos de este calibre: «Los cuarenta mil votos que han elevado a Pablo Iglesias hasta la representación nacional significan cuarenta mil actos de virtud. Merced a ellos las urnas ciudadanas se han purificado: dentro de sus paredes de vidrio han solido albergar los crímenes más graves que puede cometer el hombre moderno, hasta el punto de desacreditar esta espiritual materia arenosa que un tiempo fue usada como emblema de pureza. Hoy vuelve a su honor de vidrio: los votos de Pablo Iglesias han henchido las urnas de virtudes teologales. [...] No extrañe que al escribir de este hombre oriundo del gremio de cajistas soliciten en tropel la pluma palabras del vocabulario religioso y místicas comparaciones. Pablo Iglesias es un santo. ¿Cómo pretender cerrar la comunión de los bienaventurados a este tipógrafo? Pablo Iglesias se ha ejercitado hasta alcanzar la nueva santidad, la santidad enérgica, activa, constructora, política a que ha cedido el paso la antigua santidad quietista, contemplativa, metafísica y de interna edificación. [...] Si hoy consideramos como aspiración profunda de la democracia hacer laica la virtud, tenemos que orientarnos buscando con la mirada, en las multitudes, los rostros egregios de los santos laicos. Pablo Iglesias es uno; don Francisco Giner es otro; ambos, los europeos máximos de España. [...] Cuarenta mil españoles mayores de edad han mostrado que aún creen que hay en España un justo; por tanto, que aún tienen salvación. He ahí la primera de las virtudes teologales: la fe» *(OC,* X, 139-140).

La exaltación de Pablo Iglesias le lleva a Ortega a reafirmar su fe personal en el credo socialista, lo que deja escrito con toda claridad: «Hoy el socialismo se ha apoderado de nosotros, domina nuestros razonamientos, orienta nuestros instintos municipales, constituye el fondo de todas nuestras combinaciones ideológicas. Hoy ya quien no sea socialista se halla moralmente obligado a explicar por qué no lo es o por qué no lo es sino en parte. El socialismo es

una ciencia, no una utopía ni una grosería; merced a él los problemas políticos actuales son susceptibles de solución. El equilibrio público se halla roto; las viejas instituciones asisten, puestas en crisis durísimas, a su propia suplantación. Entretanto, el socialismo muestra la posibilidad científica de nuevas instituciones, de una organización estable de los nuevos instintos humanos: es la única esperanza abierta en la política. Por consiguiente, la segunda de las virtudes teológicas. A mí se me ha hablado de cierto socialismo hasta en los despachos de las autoridades eclesiásticas: dígolo en su honor. Las bases del socialismo no se discuten ya, verdaderamente: se disputa solo del más o del menos, reconociendo en él la idea organizadora de la Justicia. Y Justicia ¿qué es sino la exactitud aplicada a lo caritativo, la matemática de la caridad, tercera de las virtudes teologales, que han llenado el domingo último las urnas del Municipio madrileño?» (*OC,* X, 141-142).

La vuelta de Maeztu a Madrid por esas mismas fechas —diciembre de 1910— ha reafirmado la amistad entre ambos; incluso se da la circunstancia de que Maeztu llame a su amigo «maestro», reconociéndole cierta influencia sobre él. Ambos están de acuerdo en que es urgente educar en España a una minoría de intelectuales, y a ello dirigen sus esfuerzos. En esta línea se acercarán ambos al Partido Republicano Reformista, formado en 1912 por Melquiades Álvarez y Gumersindo de Azcárate; allí se defiende la accidentalidad de las formas de gobierno y un socialismo intervencionista, credos ambos recogidos del fabianismo. Esas ideas fabianas pasarán después al prospecto de la Liga de Educación Política escrito por Ortega en 1913, llegando a fundarse esta en el seno del Partido Reformista, en el que militaban no solo Ortega, sino Morente, Castro, Onís y Azaña. En un telegrama fechado en Londres el 22 de octubre de 1913, Maeztu presta su adhesión al contenido del prospecto. La amistad continúa en 1914, pero hacia el año siguiente empieza a no-

tarse un distanciamiento que acabará en ruptura. Sin duda la aproximación de Maeztu al grupo *The New Age* y su creciente fervor religioso impulsaron esa separación. En 1908 escribió Ortega un párrafo que puede explicar ulteriores discrepancias; le decía allí a Maeztu: «La sociedad no tiene otro camino que la ciencia: la fe solo lleva a creer. Benditas nos son las buenas intenciones; pero preferimos los buenos métodos[24].» El hecho es que en 1921 —fecha de la segunda edición de *Meditaciones del Quijote*— la dedicatoria a Maeztu ha desaparecido.

De los años de la Gran Guerra a la dictadura de Primo de Rivera: viraje hacia la República

Como dijimos arriba, en marzo de 1914 Ortega pronuncia su conferencia «Vieja y nueva política», que fue el acto fundacional de la Liga de Educación Política, pero en septiembre del mismo año comienza la Primera Guerra Mundial, lo que desbaratará muchos de los planes formulados allí. España se declara neutral en el conflicto, lo que le concede cierta tranquilidad a la monarquía alfonsina, sobre todo teniendo en cuenta que los intelectuales de la Liga habían decidido actuar como «monárquicos sin lealismo», al objeto de vitalizar y espontaneizar la vida nacional, poniendo de acuerdo lo que Ortega llamaba la España oficial y la vital. Los intelectuales que habían firmado el prospecto de la Liga eran la promesa del país y en 1915 fundaron la revista *España* como órgano oficial de aquella; fue un semanario dirigido por Ortega hasta 1920, aunque reaparecerá en 1922 dirigido por Manuel Azaña y Luis Araquistáin; a fines del mismo año la revista había desaparecido definitivamente.

[24] *OC*, I, 122.

La elección de 22 de diciembre de 1914 como miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, acaba de situar a Ortega en la primera línea de la vida pública de su país. Sin embargo, no llegará a ingresar en dicha institución, puesto que nunca leerá el discurso.

A la Liga de Educación Política, junto a Ortega, patrocinador de la empresa, entraron como socios fundadores Manuel Azaña, Américo Castro, Salvador de Madariaga, Ramiro de Maeztu, Ramón Pérez de Ayala y Fernando de los Ríos. Aunque partían de la crítica a la Restauración, su propósito final era la transformación de España a base de extender la educación y la cultura, creando ciudadanos libres capaces de convivir en una España democrática y progresista. Es curioso que entre los grandes intelectuales del momento solo Unamuno se mantuvo reticente. Hay una curiosa anécdota que revela muy bien el carácter de la generosa actuación orteguiana en este asunto. Se cuenta que Ortega se desplazó a Salamanca para proponerle a Unamuno la presidencia de la Liga, que estaba ya a punto de fundarse. Se entrevistaron en el viejo café Novelty. Don Miguel escuchó a Ortega en completo silencio, sin pronunciar una sola palabra durante toda la exposición, y cuando hubo terminado se encaró con él y le dijo: «De forma que usted quiere que yo sea la cabeza y usted el espíritu de dicho partido. Pues ¿sabe lo que le digo?: que yo soy el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de mi propio partido. Y si algún día se formase un partido unamuniano, yo sería el primero que se diese de baja.» Esta anécdota revela muy bien la diferente actuación pública de ambos hombres.

Entre tanto, la situación internacional había cambiado radicalmente, con las naturales repercusiones en nuestro país. En 1912 había estallado el conflicto balcánico, precedente de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). España se divide en aliadófilos y germanófilos (que en general corresponden a izquierdas y a derechas, respectivamente), y

debido a la neutralidad que mantiene en el conflicto se convierte en exportadora, a veces hasta de productos industriales. Hay una cierta prosperidad económica, que se nota sobre todo en el incremento de la industria siderúrgica. La situación financiera es buena, pero los precios suben y las protestas obreras se repiten, hasta culminar en la huelga general revolucionaria de 1917. Los partidos políticos se dividen y las Juntas de Defensa Militar obligan a dimitir a los liberales. La guerra de Marruecos va de mal en peor, con los desastres de Annual y del monte Arruit, lo que llevará en 1923 a la toma del poder por el general Primo de Rivera.

Un suceso importante de esta época es la interrupción de su colaboración en *El Imparcial.* La publicación del artículo «Bajo el arco en ruinas» había irritado a los viejos políticos que estaban tras la redacción del periódico y que se sintieron atacados por el artículo; este, publicado el 11 de junio de 1917, era una moderada protesta contra el alzamiento en Barcelona de las Juntas de Defensa del Arma de Infantería. Sin embargo, la protesta airada de los accionistas impidió que Ortega pudiera volver a publicar en *El Imparcial.*

Aquel suceso coincidió con la fundación de un nuevo periódico, *El Sol,* al que va a quedar íntimamente ligada la vida intelectual de Ortega. El fundador del periódico, Nicolás María Urgoiti, era uno de esos empresarios al que su ambiciosa garra de avizorado hombre de negocios no le impedía una gran sensibilidad para las cosas del espíritu. Había sido el hombre que había levantado a pulso La Papelera Española, con lo que la industria del papel había llegado a niveles de competencia internacional, y ahora se convirtió en el fundador de *El Sol, La Voz,* periódico de la noche, y de dos editoriales importantes: Gráficas Reunidas y Espasa Calpe. He aquí lo que sobre el periódico *El Sol* ha escrito un famoso historiador: «Desde que vio la luz pública hasta el fin de la dictadura del general Primo de Rivera, *El Sol* fue un poderoso estimulante en los medios intelectuales.

En la línea liberal clásica, impecablemente escrito, muy compuesto y ecuánime, *El Sol* dio lustre a la prensa independiente —a la prensa no inspirada por la oligarquía agraria—. Se comprende que no llegara a ser en ningún momento un buen negocio, porque se dirigía a la clase social más débil, a la clase media, y dentro de la clase media a la minoría culta, sector reducido, incluso en Madrid. No ofrece duda que este periódico elevó en general las aspiraciones del lectorado, habituándolo a la prosa limpia y a ver transfundida a la hoja cotidiana la literatura de ordinario reservada para el libro. En *El Sol* ganaron notoriedad las firmas de una pléyade de escritores jóvenes, agrupados casi todos en torno de la figura de don José Ortega y Gasset, director espiritual del diario [25].» En efecto, en *El Sol* aparecieron numerosos artículos de Ortega, y entre ellos, en folletón, sus libros *España invertebrada* (1921) y *La rebelión de las masas* (1930).

Al cesar la dictadura de Primo de Rivera, *El Sol* se declaró republicano y aceptó colaboraciones decididamente antimonárquicas. El mismo Ortega publicó el 15 de noviembre de 1930 su artículo «El error Berenguer», que terminaba con aquellas palabras que se hicieron famosas: *Delenda est monarchia!* (La monarquía debe ser destruida). Esto colmó la paciencia de los copropietarios de *El Sol* —el más famoso era el conde de Aresti—, que como poseían la mayoría de las acciones hicieron muy desairada la posición de Nicolás M. Urgoiti. Al final, este vendió sus acciones a los monárquicos y con el dinero fundó otro diario, *Crisol,* que más tarde cambió su nombre por el de *Luz.* En todos ellos irá colaborando Ortega, al compás de la misma orientación republicana de Urgoiti.

---

[25] A. Ramos-Olineiva, *Historia de España,* t. II, México, págs. 575 y 576.

Otra gran empresa de Nicolás M. Urgoiti, similar en el libro a lo que en el periódico representó *El Sol,* fue la fundación de la Editorial Calpe (que unida en seguida con Espasa dará la Editorial Espasa-Calpe), donde aparecieron colecciones científicas y literarias de gran valor, entre ellas la famosísima *Enciclopedia Espasa,* orgullo de nuestra industria editorial, o las primeras colecciones de bolsillo que aparecieron en nuestro país: la persistente Colección Austral, o su antecedente inmediato en la Editorial Calpe, la conocida Colección Universal, dirigida por don Manuel García Morente. De la estrecha colaboración de Ortega en todas las empresas de Urgoiti da idea el hecho sintomático de que el primer volumen de la Colección Austral sea *La rebelión de las masas.*

Una de las colecciones más interesantes de Espasa Calpe fue la Biblioteca de Ideas del Siglo XX, dirigida personalmente por Ortega y donde aparecieron obras de tanta trascendencia como *La decadencia de Occidente,* de Spengler; *Ciencia natural y ciencia cultural,* de Rickert; *La teoría de la relatividad de Einstein,* de Max Born, e *Ideas para una concepción del mundo,* de Von Uexküll. En la presentación de la colección, explicita Ortega: «En ella reúno las obras más características del tiempo nuevo, donde principian su vida pensamientos antes no pensados. Desde la matemática a la estética y la historia, procurará esta colección mostrar el nuevo espíritu labrando su miel futura sobre toda la flora intelectual» *(OC,* VI, 305).

Agrupación al Servicio de la República

Al instaurarse la República, la actividad política de Ortega se intensifica. A la vuelta de su segundo viaje a Argentina en 1929 se encontró con que, el 7 de marzo, Primo de Rivera ordena la detención de varios estudiantes que protestaban por la injerencia de la política en la Universidad.

Hubo varios profesores suspendidos en sus cargos, a lo que respondieron renunciando a sus cátedras. Ortega, que era uno de esos profesores, continuó su curso, «¿Qué es la filosofía?», en la sala Rex; a partir de la lección séptima la afluencia de público obligó a trasladarse al teatro Infanta Beatriz. Este curso fue un verdadero acontecimiento social, ya que a él asistió un público variado y heterogéneo, perteneciente a todas las clases sociales, que demostró el éxito del experimento orteguiano: seducir para la filosofía a un país de infieles a ella. El periódico que reseñó las conferencias de Ortega pudo escribir al final de las mismas: «Ha sorprendido el fenómeno social. Nadie presumía una concurrencia numerosa y consecuente con un curso filosófico... Es la revelación casi mágica de una realidad española diferente de la que alimentaba nuestro pesimismo y nuestra pereza.»

Pero después los acontecimientos se precipitan. El 28 de enero de 1930 cae la dictadura de Primo de Rivera, sustituida por la «dictablanda» del general Berenguer, pero el camino hacia la República se ha hecho ya imparable. A principios de 1931, Ortega decide fundar la Agrupación al Servicio de la República, junto con el famoso médico Gregorio Marañón y el novelista Ramón Pérez de Ayala; el 10 de febrero aparece en *El Sol* un manifiesto que se propone como objetivo «movilizar a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República española». El 14 de febrero se realiza un acto público de presentación en el teatro Juan Bravo, de Segovia; hay una famosa fotografía en la que los tres fundadores aparecen con Antonio Machado en el escenario. Muy pronto la Agrupación alcanzará los 25.000 miembros, pero su vida no durará mucho; en octubre de 1932, Ortega decide disolverla. Fueron veinte meses de vida en que Ortega utilizó ese instrumento político con una entrega total dirigida a consolidar un régimen en el que había puesto las máximas esperanzas.

En las elecciones a Cortes Constituyentes del 28 de junio, Ortega se presenta como candidato de una conjunción republicano-socialista por las circunscripciones de León y Jaén, pero muy pronto dará de alta como partido su Agrupación al Servicio de la República, de la que será portavoz y guía durante el tiempo que se mantuvo en activo. Aunque sus intervenciones en las Cortes no fueron muchas, tuvieron gran brillantez, si bien —cada vez más distantes y menos esperanzadas— le llevaron a hablar del «perfil agrio de la República». Al fin, su conferencia del 8 de diciembre de 1931, «Rectificación de la República», pronunciada en el teatro de la Comedia, terminó con la Agrupación. Sus palabras: «No es eso; no es eso», se hicieron famosas. Algunos de sus miembros se retiraron de la política; otros pasaron a diversos partidos [26].

La vida y las aspiraciones políticas de Ortega terminan con esta actuación suya como diputado traduciendo un viejo y nunca velado anhelo: la de ser de alguna manera *magister* de su pueblo, al que deseaba conformar según sus anhelos e ideales —de «voz tenue de pedagogo político» se califica a sí mismo en uno de los libros de tema político—. Los ánimos estaban, sin embargo, demasiado apasionados para escuchar las ponderadas directrices de un filósofo. El que quiera hacerse una idea de su postura tendrá inevitablemente que recurrir a dos libros que son fundamentales para entender la actitud defendida en sus actuaciones parlamentarias: *La redención de las provincias y la decencia nacional* (1931) y *Rectificación de la República* (1933), cuya reproducción estuvo prohibida durante los años de la dictadura franquista.

[26] Esperamos con interés la tesis doctoral que sobre la Agrupación al Servicio de la República prepara la investigadora Margarita Márquez (Fundación Ortega y Gasset).

6
La Argentina y el descubrimiento de América

El primer viaje: descubrimiento del filósofo

América, o mejor dicho, la América hispana es piedra de toque decisiva para todo intelectual que se exprese en lengua española. José Ortega y Gasset lo debía ya de comprender así cuando en vísperas de su primer viaje a aquel continente escribía: «Desde hace muchos años sentía latir dentro de mí un afán hacia América, una como inquietud orientada, de índole pareja al nisus migratorio que empuja periódicamente las aves de Norte a Sur» (*OC,* II, 129). Y es que el escritor de nuestra lengua si quiere tener una mínima opción a la universalidad ha de empezar por interesar al público de ambos lados del Atlántico; es el noviciado por que ha de pasar necesariamente todo escritor en lengua española que quiera superar su inicial provincianismo. La idea está también expresada por Ortega cuando dice: «Es preciso que los escritores españoles —y por su parte los americanos— se liberen del gesto provinciano, aldeano, que quita toda elegancia a su obra, entumece sus ideas y trivializa su sensibilidad. El literato de Madrid debe corregir su provincianismo en Buenos Aires, y viceversa. El habla castellana

ha adquirido un volumen mundial; conviene que se haga el ensayo de henchir ese volumen con otra cosa que emociones y pensamientos de aldea» (*OC,* II, 131).

La experiencia americana —vivida o sentida— es inexcusable para todo creador de origen hispánico; sin ella no cobrará nunca conciencia del ámbito cultural en que se mueve, y Ortega lo sabía también cuando afirmaba que el viaje a América es «la experiencia más aguda que puede hacer un español espiritual» (*OC,* II, 129). Naturalmente, lo que se oculta bajo tal experiencia es el sentimiento vivo de la comunidad hispánica, que Ortega sintió desde muy pronto. En 1917, al final de la primera conflagración mundial, Ortega escribía: «Allende la guerra, envueltos en la rosada bruma matinal, se entrevén las costas de una edad nueva, que relegará a segundo plano todas las diferencias políticas, inclusive las que delimitan los Estados, y atenderá preferentemente a esa comunidad de modulaciones espirituales que llamamos la raza. Entonces veremos que en el último siglo, y gracias a la independencia de los pueblos centro y sudamericano, se ha preparado un nuevo ingrediente presto a actuar en la historia del planeta: la raza española, una España mayor, de quien nuestra península es solo una provincia» (*OC,* II, 131). Quien tenga el oído fino para los movimientos culturales verá proyectadas en estas frases empresas literarias muy posteriores, como la revista *Las Españas* u otras parecidas.

El hecho es que Ortega preveía antes de hacer su primer viaje a América que esa experiencia era decisiva para un escritor español; después de realizado el viaje lo sabía con todo su ser. Por lo demás, no fue meramente adventicio que el país a donde Ortega realizó ese primer viaje fuese Argentina, cosa que marcará definitivamente su sensibilidad. El que ya entonces se llamaba a sí mismo «meditador del Escorial» sufrirá entonces un encantamiento que irá pasando por diversas vicisitudes hasta una casi completa desilusión. De nuevo en 1917, a la vuelta de su primer viaje, Ortega es-

cribirá en plena euforia: «Podrá herir nuestra presunción nacional; pero es el caso que ese pueblo, hijo de España, parece más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano. Tiene, sobre todo, una cualidad que para mi estimación es decisiva: la de distinguir finamente de valores. Podrá aceptar cosas que en rigor no son aceptables: su lujo de vitalidad, su optimismo de abundancia y juventud le llevan a derramar admiración incluso donde huelga. Pero dentro de lo que atiende y acepta establece una exquisita jerarquía» *(OC,* II. 130).

El viaje a Argentina lo realizará Ortega, con su padre Ortega Munilla, por invitación de la Institución Cultural Española, que funcionaba dentro de la Universidad de Buenos Aires. En el verano de 1916, terminado el curso anterior y recién distribuido el primer número de *El Espectador,* se inicia el viaje, que para nuestro filósofo se prolongará hasta la primavera del año siguiente; el segundo número de dicha revista aparecerá, pues, en 1917 y será testigo de esa primera experiencia americana de Ortega, que le hará escribir posteriormente: «yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situación, emoción, hondas experiencias, pensamientos— a la Argentina».

De momento, detengámonos en *El Espectador,* cuyo proyecto presenta Ortega con estas palabras: «Es una obra íntima para lectores de intimidad, que no aspira ni desea el gran público, que debiera, en rigor, aparecer manuscrita. En estas páginas, ideas, teorías y comentarios se presentan con el carácter de peripecias y aventuras personales del autor» *(OC,* II, 11).

Justo en el momento en que el primer tomo de *El Espectador* se repartía, Ortega marcha a Argentina, donde dará un ciclo de conferencias filosóficas en la Universidad de Buenos Aires. El éxito va a ser completo, y la impresión producida en el pensador por el nuevo país será definitiva en el futuro, y puesto que *El Espectador* va a ser una revista de intimidad

no podrá dejar de transferir al mismo la emoción producida por el viaje. En el prólogo al segundo volumen lo hará constar con palabras bien explícitas: «*El Espectador* será en lo sucesivo tan argentino como español —¿puedo decir más?—, pues sospecho que tal vez será mejor entendido —mejor sentido— en la Argentina que en España. Podrá herir nuestra nacional presunción; pero el caso es que ese pueblo, hijo de España, parece hoy más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano. Tiene, sobre todo, una cualidad que para mi estimación es decisiva: la de distinguir finamente de valores» (*OC,* II, 130).

Desde entonces, en efecto, *El Espectador* y Argentina estarán íntimamente unidos, y algunas de sus relaciones más firmes quedarán para siempre desde entonces. Ya en el segundo tomo dejará constancia de su amistad con Elena Sansinena de Elizalde, «dama argentina de alma exquisita y nobilísima, honor de un pueblo que es capaz de suscitar virtudes tales», lo que lleva a dedicarle su ensayo *Azorín: primores de lo vulgar,* con el deseo de «que estas páginas conduzcan allende el mar mi admiración respetuosa».

Las amistades femeninas

Como vemos, el viaje de Ortega está estrechamente relacionado con el descubrimiento de la mujer argentina, entre ellas Julia del Carril, la citada Bebé Sansinena y, sobre todo, Victoria Ocampo, con la que parece que hubo algo más que amistad. Al respecto dice la hija del filósofo: «Siempre sintió mi padre la atracción y el entusiasmo por la mujer culta, la mujer refinada. La mujer es ante todo para él norma, acicate del hombre, en cuanto cumple una misión de selección con respecto al mundo masculino. Esta misión, excelsa sin duda, no dejaba de responder a un papel de la mujer concebido en función del hombre, contra la que arremetía yo algunas ve-

ces, alcanzada ya la edad adulta. Sin embargo, pocos hombres ha habido en España que hayan animado más a las mujeres a cultivar su mente y su espíritu, a estudiar, a valerse por sí mismas[27].» Ahí están los nombres de María de Maeztu y María Zambrano, amigas ambas y discípulas suyas. En la mujer argentina —encontrada durante el primer viaje a Buenos Aires— vio el arquetipo, ya socialmente admitido en aquel país, de lo que él hubiera deseado también para la mujer española: inteligencia, elegancia, cultura y distinción social. Entre todas ellas, sobresalió la ya citada Victoria Ocampo, directora de la revista *Sur,* con la que mantuvo una amistad —no sin algún que otro período borrascoso— que se mantuvo a lo largo de toda su vida. Se conserva una carta dirigida a ella el 5 de julio de 1917, es decir, a pocos meses de haberse conocido, donde dice lo siguiente:

> Señora, los desterrados sufren de cuando en cuando arrebatos de aguda melancolía. Desterrado yo del imperio de su memoria padecí a fines del mes de mayo uno de estos ataques. Presa de él, escribía a Vd. una carta de muchas, muchas páginas. En ella hacía un diario retrospectivo de las emociones que mi ensayo de «buena amistad» con Vd. me había hecho experimentar. Resplandecía en mi carta la más exquisita sinceridad pero era, en cambio, un atentado contra la brevedad, en la cual, según dicen, está su gusto. Por esta razón determiné quedarme con lo escrito y reabsorber en mi corazón los melancólicos recuerdos que había dejado escapar con una prolijidad abrumadora[28].

Algunos testimonios de cómo fue transcurriendo esa amistad por derroteros menos apasionados e impulsivos po-

[27] *José Ortega y Gasset. Imágenes de una vida,* op. cit., págs. 35 y 36.
[28] *Sur,* revista semestral, núm. 347, julio-diciembre 1980. Monografía dedicada a Victoria Ocampo, pág. 73.

demos encontrarlos en el volumen titulado *Epistolario,* editado en 1974 por Paulino Garagorri [29]. En España, también Ortega tuvo amistades femeninas muy entrañadas en su vida: María Luisa Caturla, famosa historiadora del arte; Virginia González del Valle, dama asturiana vinculada al ambiente cubano, Carmen Muñoz y Roca Tallada, condesa de Yebes.

El segundo y tercer viaje

La recepción de Ortega en la Argentina de 1916 había sido apoteósica, como él mismo contaba muchos años después: «Rendí —dice— como pude mi primera conferencia en la Facultad. El salón estaba lleno con el lleno normal de las inauguraciones, los periódicos dieron noticia de mi iniciación con las fórmulas habituales. Pero he aquí que a la semana siguiente, cuando el doctor Avelino Gutiérrez vino a buscarme para llevarme a la Facultad nos encontramos con que la calle de Viamonte había sido ocupada por la fuerza pública, porque una muchedumbre ingente se había amontonado en ella, había asaltado la Facultad y había roto los vidrios de las ventanas. ¡Y toda esta turbulencia y tanto desmán no más que por escuchar una lección filosófica de un mocito gallego, ocho días antes totalmente desconocido!» *(OC,* VI, 239).

Esta recepción entusiasta de Ortega en su primer viaje de 1916 contrasta sorprendentemente con el aislamiento e incluso hasta el rechazo que Ortega sufrió por gran parte de la sociedad argentina cuando regresa en 1939. En los textos de aquellos años abundan los párrafos donde el filósofo se queja de la escasa receptividad del público argenti-

[29] Ediciones de la Revista de Occidente, Colección El Arquero, Madrid, 1974.

no, un medio donde proliferan las objeciones frente a las adhesiones. Por eso dice en su *Meditación del pueblo joven:* «La vida aquí no es tan agradable, tiene muchos lados francamente desagradables, espinosos, broncos, ásperos.» Y si bien se complace en el aura de juventud que se respira en el ambiente argentino, lo hace «aunque todos los argentinos, uno por uno, se dedicasen a decirme o hacerme impertinencias» *(OC,* VIII, 402). Pero en otro lugar, en la *Meditación de la criolla,* se refiere de forma directa a aquellas objeciones de que hablábamos antes: «Confieso a ustedes —les dice en charla radiofónica— que estoy abrumado, desazonado al no oír desde que he llegado aquí casi más que objeciones. ¡A todo hay algo que decir, a todo hay algo que objetar! Y no se dice lo que hay de bueno y hay una morbosa complacencia en recoger lo defectuoso y lo desgraciado con toda pulcritud, como si se tratase de pepitas de oro. En el Buenos Aires de hoy casi no se dice, más bien se contradice, hasta el punto que, si un geógrafo medianamente perspicaz pasase por aquí hoy, con ánimo de componer una nueva geografía, escribiría en su cuaderno de notas lo siguiente: "Buenos Aires es una ciudad de casi tres millones de habitantes y trescientos millones de objeciones"» *(OC,* VIII, 435).

¿Qué ha pasado entre 1916 y 1939 para que aquel entusiasmo y aquella admiración se trocasen después en el desencanto, en la desilusión y hasta el resentimiento que hemos visto en los últimos párrafos transcritos?

Indudablemente, han pasado muchas cosas, pero quizá la más importante ha sido la guerra civil española, y las actitudes de Ortega ante la misma. En Argentina se sabía que desde 1935, en que salió de España, se había desentendido totalmente de la contienda, pretendiendo una neutralidad imposible de lo que luego se llamó «la tercera España». Prueba de que esa neutralidad era imposible nos la da el mismo Ortega cuando hablando sobre el pacifismo escribía

en 1937: «Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por radio, etc., cómodamente sentados en sus despachos o en sus clubs, exentos de toda presión, alguno de los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que esos comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad» (*OC,* IV, 306). Sin embargo, persistió en su intento de neutralidad, y cuando llegó a Argentina, a pesar de las presiones que sufrió en contra, hizo público su intento de mantenerse en silencio; en este sentido son claras sus palabras al principio de la *Meditación del pueblo joven,* donde dice: «Si yo continúo algún tiempo en la Argentina y si en Argentina interesan de verdad las exploraciones insospechadas del *puro pensamiento intacto de política* —cosas ambas, aquella permanencia y este interés, un tanto problemáticos—...» (subrayados míos) (*OC,* VIII, 392).

La colonia de republicanos españoles exiliados en Buenos Aires no sólo conocían la neutralidad de Ortega durante la contienda civil; sabían además que en mayo de 1939, antes de emprender el viaje a Argentina había permanecido brevemente en Vichy; y cuando en septiembre del mismo año se desató la conflagración mundial, Ortega pretendió continuar en el mismo mutismo. Ni hubo condenación del franquismo, como esperaban los exiliados españoles, ni se produjo tampoco ninguna declaración de simpatía por los aliados, como esperaban los argentinos. Así Ortega se vio envuelto en una situación imposible de mantener, que él mismo no ignoraba. Por ejemplo, cuando habla de sus compatriotas dice: «esos españoles que hay en la Argentina y me son hostiles, fingen ante ustedes saber cuál es mi situación política, pero la verdad es que no la saben y que saben que no lo saben y que yo sé que saben que no lo saben» (*OC,* VIII, 395).

La verdad es que no eran solo los españoles republicanos quienes se mantenían hostiles a Ortega; los mismos ar-

gentinos llegaron a hacerle el vacío como patéticamente vino a decirnos en su *Balada de los barrios distantes,* uno de sus textos más desgarradores; para justificar su predilección por esos barrios distantes escribe en cierto momento: «¿Qué tengo yo que hacer en el centro de Buenos Aires, queréis decírmelo? Soy lo contrario de un hombre de negocios. No participo en intrigas. No tengo oficina. Mis relaciones sociales son sobrias. Detesto las reuniones en que hablan de política los que no entienden ni de política, pero están resueltos a salvar este país, y, de paso, los demás países y, encima, la humanidad. ¡Ah..., y también la cultura! ¡Porque la cultura está en peligro y ellos, precisamente ellos, la van a salvar! *No he tenido tampoco ocasión de conocer, aparte contadísimas excepciones, a los intelectuales de Buenos Aires.* ¿Quieren ustedes decirme qué tengo yo que hacer en el centro de la ciudad con sus calles intestinales, de fachadas mudas, de veredas angostas, por las cuales no se puede pasear?» *(OC,* VIII, 408). El resentimiento embarga ya claramente este párrafo como otro que escribió por las mismas fechas y donde decía: «Yo sé muy poco, muy poco, mucho menos, claro está, que los jóvenes sabios de aquí, los que han leído cuatro libros alemanes y se permiten hacerme mohínes, a mí que soy actualmente uno de los escritores de pensamiento que se venden más en Alemania desde hace años» *(OC,* VIII, 404). A nadie puede resultarle extraño con estos antecedentes que Ortega se volviese muy pronto al viejo continente, y que en marzo de 1942 le tuviésemos ya habitualmente afincado en Lisboa.

Si el primer viaje a Argentina en 1916 estuvo marcado por el encantamiento y el último en 1939 por la desilusión, en 1928 Ortega realizó otro viaje —el segundo— a dicho país que estuvo a mi ver caracterizado por la fecundidad. Pocas páginas más agudas y penetrantes sobre lo americano, y lo argentino en particular, que las escritas por nuestro filósofo a raíz de aquel acontecimiento.

Hay en su largo ensayo *Intimidades,* de 1929, una caracterización del hombre argentino —y Ortega insiste varias veces, del hombre, no de la mujer— en que éste aparece como un hombre a la defensiva, más preocupado por la búsqueda del dinero y del prestigio social que por cualesquiera otros valores. En esto Ortega nunca tuvo pelos en la lengua y llegó a hacer comparaciones dolorosas como la que a continuación transcribo: «El que en España ejerce una profesión —dice— no improvisa su ejercicio. Desde siempre vivió hacia él y para él. Lo que pasa es que carece de dotes naturales. En el argentino no se trata de que suela estar mal dotado, sino que no se ha adscrito nunca a la actividad que ejerce, no la ha aceptado como su vital destino, no la considera jamás definitiva, sino a manera de etapa transitoria para lo único que le interesa: su avance en fortuna y jerarquía social. Por eso acontece que, aun esos españoles peor dotados individualmente que los argentinos, resultan superiores a ellos como profesionales» *(OC,* II, 652-653). Y al final resulta que si el argentino está a la defensiva, es porque está enamorado de la idea abstracta que de sí mismo tiene, pero que todavía no es. Precisamente, es esa idea la que el argentino defiende y ante la que se muestra tan susceptible. Así va perfilando el tipo del *guarango,* un Narciso que lleva en sí todo: la realidad, la imagen y el espejo; ese es el argentino típico cuya única vocación es la de «ser ya el que imagina ser», por lo cual vive entregado a su propia imagen sin que esta tenga aún nada de realidad. Lo malo es que el *guarango* no se contenta con defender su ser imaginario, sino que para defenderlo utiliza la agresión. «El guarango —dice Ortega— es agresivo, no por natural exuberancia de fuerzas, sino, al revés, para defenderse y salvarse. Necesita hacerse sitio para respirar, para poder creer en sí, dará codazos al caminar entre la gente para abrirse paso y crearse ámbito. Iniciará la conversación con una impertinencia para romper brecha en el prójimo y sentirse seguro sobre sus ruinas» *(OC,* II, 662).

Esta caracterización del argentino está montada sobre una idea de aquella sociedad en que según Ortega predomina la factoría sobre la urbe. Naturalmente, aquí el catador de pueblos que fue Ortega reduce su visión de la colectividad argentina a la de Buenos Aires constituido por un aluvión de sucesivas oleadas de emigrantes. En cierto modo, aquí está aludiendo a la contraposición que ya hizo Domingo Sarmiento en su *Facundo,* entre civilización y barbarie, y que después recogerá E. Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa,* quizá influido por los planteamientos orteguianos.

La confirmación de lo que venimos diciendo aparece implícita en el mismo ensayo orteguiano que estamos analizando, donde existen dos partes perfectamente diferenciadas. La segunda, de la que hemos venido hasta ahora hablando, titulada «El hombre a la defensiva», y la primera, cuyo tema se enuncia sugestivamente así: «La Pampa... promesas». Si en aquella se hace un análisis del carácter argentino sobre la base del hombre urbano, el bonaerense que Ortega había encontrado en su trato y en sus relaciones durante la estancia en el país, en esta primera lanza una serie de sugestivas intuiciones no menos valiosas que el citado análisis.

En «La Pampa... promesas» Ortega inicia su caracterización de lo americano bajo una idea que prácticamente ha fecundado la literatura americana desde los primeros días del descubrimiento y la conquista: la idea de utopía. En el primer acercamiento a la Pampa queda esta definida como «la constante y omnímoda promesa», haciendo de esta definición la intuición esencial de lo que constituye aquel país. Por eso escribe: «Acaso la esencia de la vida argentina es eso, ser promesa. Tiene el don de poblarnos el espíritu con promesas, reverbera en esperanzas como un campo de mica en reflejos innumerables. El que llega a esta costa ve ante todo lo de *después* —la fortuna si es *homo economicus,* el

amor logrado si es sentimental, la *situación* si es ambicioso—. La Pampa promete, promete, promete... Hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión. Todo vive aquí de lejanías —y desde lejanías—. Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo, muy adelante en el horizonte de sí mismo, y desde *allí* gobierna y ejecuta su vida de *aquí,* la real, presente y afectiva. Las ruedas de los molinitos mecánicos que, como innumerables coleópteros, se alzan en la Pampa, prometen todas y aspiran a ser cada una la auténtica rueda de la fortuna» *(OC,* II, 638-639). Ese elemento utópico que caracteriza a la Argentina va inserto en lo más profundo de su ser; de aquí que Ortega más que de tierra prometida la califica de tierra promisoria, es decir, algo que lleva encapsulado en lo más entrañable de sí mismo el ser de la promesa.

En cierto modo, Ortega está caracterizando al definir lo argentino el ser americano en general; alguna intuición tuvo de ello cuando por las mismas fechas, y en un ensayo sobre *Hegel y América* (1928), dice que «si América es algo es algo futuro» *(OC,* II, 566). Por eso insiste más adelante en que «todo el continente es un todavía no, una madrugada de humanidad» *(OC,* II, 572), y aún reitera que «América es el país del porvenir [...] es un país de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa» *(OC,* II, 576).

A pesar de lo desafortunado de ese tercer viaje a que hicimos alusión anteriormente, Ortega tuvo plena conciencia de que hacia 1914, coincidiendo con los primeros años de la revolución mexicana, se empezó a producir en Argentina el fin de la «vida colonial». Esta no es la «colonización», por supuesto, sino una etapa de vida histórica que se produce después de su independencia política de la metrópoli. «Por lo que hace a América —concluye Ortega sobre este tipo de vida— tal vez sólo ahora está de verdad concluyendo» *(OC,* VIII, 398). El pensador español habla aquí de

América, pero se está refiriendo a la Argentina en particular. Y entonces —al hacerlo así— vincula definitivamente la historia de aquel país con la de España. He aquí sus bien significativas palabras:

> Desde su secesión e independencia a comienzos del siglo pasado la Argentina hizo lo que han hecho siempre, con ejemplar uniformidad, todas las colonias que conquistaron su libertad: vivir aproximadamente durante cien años vueltos de espaldas a la metrópoli, suspicaces y hostiles hacia ella. La Argentina se apartó de España y especialmente de su cultura, y parejamente a lo que hizo Norteamérica, bien que en modo más extremado, buscó las disciplinas de la civilización francesa... Mas, entiéndase bien, ese apartamiento de España y de su cultura se produjo sólo en el estrato de la vida colectiva argentina que depende de la voluntad de los hombres. Pero en la persona, como en la nación, la voluntad opera sólo en la superficie: las zonas profundas del ser no le obedecen, sino que están sometidas a la inexorabilidad del destino.
>
> La España que la Argentina fue, perdura, pues, quiérase o no, en el fondo más soterraño de nuestro ser y sigue allí, tácita, operando sus secretas químicas; por eso durante la centuria que sigue a la independencia de este país, a pesar de la voluntad decidida y deliberada existente en amplios grupos de esta nación de hacerla hermética al influjo español, España, como no podía menos, sigue influyendo, bien que en forma menos visible, en forma como subrepticia, atmosférica o de difusa ósmosis (*OC,* VI, 237-238).

Este movimiento de alejamiento de España termina —igual que en México o igual que en muchos otros países hispanoamericanos— a comienzos del siglo XX. Y en Argentina tiene quizá su signo más evidente en 1914 con la fundación de la Institución Cultural Española de Buenos Aires, cuyos fines son: «atraer la atención de los grupos más

cultivados de la Argentina sobre la producción científica y por recodos sobre la producción científica y literaria de España» (*OC,* VI, 238). El primer invitado, en el mismo 1914, fue don Ramón Menéndez Pidal; el segundo, en 1916, don José Ortega y Gasset; luego han seguido otros ilustres españoles.

Quizá en estas razones profundas, en esos estratos soterrados que antes mencionaba Ortega, está la causa verdadera y honda del profundo influjo de aquel filósofo en los países hispanoamericanos —aparecen malentendidos y equívocos que hicieron su viaje de 1939 tan desagradable—. En esos estratos es donde hay que situar el triunfo incontrovertible del orteguismo en dichos países. Como he mostrado con todo detalle en otro lugar, ese triunfo estuvo canalizado en gran parte por los discípulos del maestro que viajaron a México y Venezuela con la emigración de los republicanos españoles tras la guerra civil en 1939. En este sentido, la labor de José Gaos, discípulo predilecto de Ortega antes de la contienda, ha sido decisiva para potenciar la doctrina de la filosofía de las «circunstancias», que llevó a los distintos pensadores de aquellos países a encararse con sus circunstancias «nacionales», tanto desde el punto de vista de la historia de las ideas como desde el análisis de los caracteres psicológicos peculiares de cada pueblo.

Los viajes proyectados: Puerto Rico

La última carta que probablemente escribió Ortega antes de morir es la que dirigió a don Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico, el 29 de agosto de 1955 desde Mayorga de Campos, hablándole de su proyectado viaje a la isla, y es que, aunque el pensamiento de Ortega influyó en toda América, es imposible dejar de señalar las especiales repercusiones que tuvo en Puerto Rico, una isla que nunca

pisó, a pesar de que en varias ocasiones estuvo a punto de hacerlo. Esta influencia se plasmó en la Universidad de Puerto Rico, que llevó a la práctica algunos de los planteamientos desarrollados por el pensador madrileño en su *Misión de la Universidad.* El que fue por muchos años rector de aquella institución, doctor Jaime Benítez, recordaba al filósofo, con ocasión de su muerte, con estas palabras: «uno de los más grandes maestros y pensadores de la comunidad hispánica de la cual somos parte, quien ha sido a la vez uno de los grandes maestros de la Universidad de Puerto Rico» [30]. De hecho, Benítez, aunque no había asistido a los cursos de Ortega, era uno de sus discípulos y, por eso, al situarse al frente de la institución de que fue alma durante muchos años, se inspiró en muchas de sus ideas y orientaciones: «Desde hace más de veinte años —escribió en 1956— libros de don José Ortega y Gasset han sido textos obligados en cursos de Sociología y de Literatura y sus criterios filosóficos, artísticos, históricos, han brindado orientación y controversia al aula universitaria puertorriqueña [31].»

La influencia orteguiana tuvo varias manifestaciones, aparte de la ya señalada: la utilización de sus obras como textos de estudio. Por un lado, sirvió de pauta para una estructura universitaria en la que se requería un saber universal y generalizado a todos los estudiantes antes de pasar a las distintas especializaciones; de ello nos da cuenta uno de los profesores puertorriqueños que mejor conocían su obra: «En Puerto Rico somos, en modo especial, deudores de Ortega. Además de la influencia que ha ejercido en los intelectuales de la última promoción, su influencia se advierte en la reforma universitaria en Puerto Rico, sobre todo en la creación de la Facultad de Estudios Generales, cuyos prin-

[30] *La Torre. Homenaje a José Ortega y Gasset,* núm. 15-16, julio-diciembre 1956, pág. 11.

[31] Ibídem.

cipios y organización derivan en buena parte de los planteamientos de Ortega en *Misión de la Universidad*[32].

La estructura universitaria de la Facultad de Estudios Generales tenía como objetivo proporcionar a los estudiantes de todo el ámbito universitario que luego seguirían cursos de especialización en las distintas Facultades y Colegios de Estudios Superiores una doble capacitación: darles la información y conocimientos suficientes para ser hombres cultos de su época y facilitarles el instrumental crítico preciso para enfrentarse con los problemas que como ciudadanos y profesionales pudieran presentárseles en la vida. Esto obligaba a que, entre los diversos departamentos de la Facultad, ocupasen lugar privilegiado el Departamento de Humanidades y el Departamento de Ciencias Sociales. Precisamente para organizar y consolidar este fue llamado uno de los intelectuales españoles más próximos a los planteamientos orteguianos. Me refiero a Francisco Ayala (Granada, 1906), que —aparte de conocido novelista y prestigioso crítico literario— era catedrático de Derecho Político, asiduo a la tertulia de la *Revista de Occidente* antes de la guerra civil, y autor de un importante *Tratado de Sociología* (3 tomos, Buenos Aires, 1947). En 1949 Ayala se incorpora como profesor a la Universidad de Puerto Rico, donde impartirá un curso de «Introducción a las Ciencias Sociales» (Madrid, 1952), que servirá de texto básico en el citado Departamento de la Facultad de Estudios Generales, aparte una extraordinaria labor de animación cultural de muy diversas repercusiones, sobre todo en el ámbito de las ediciones y publicaciones, entre las que destacan las de dirección de la revista *La Torre*.

Por otro lado, y como complemento de lo anterior, la editorial universitaria se embarcó en un vasto y ambicioso proyecto para dar a conocer a los estudiantes los libros fun-

[32] Domingo Marrero, «Crítica de la ciencia y conceptos de la filosofía en Ortega», loc. cit., pág. 285.

damentales de una cultura universal como base humanística. Así surgió la Biblioteca de Cultura Básica, donde se publicaron, en excelentes traducciones, libros de Homero, Dante, Goethe, Shakespeare, Hobbes..., aparte los clásicos españoles universalmente reconocidos.

Todo ello hizo de la Universidad de Puerto Rico un centro modélico de enseñanza, donde encontraron acogida intelectuales prestigiosos de todo el mundo. Una de las directrices de la política universitaria de Benítez a partir de 1939 fue incentivar la recepción de intelectuales españoles exiliados, a fin de que la tradición hispánica de la isla no se perdiese dentro de un *status* político que les ligaba inexorablemente al mundo norteamericano. Así pasaron por las aulas de aquella universidad hombres como Jorge Guillén, Pedro Salinas, Américo Castro, Francisco Ayala, José Ferrater Mora, José Gaos, Enrique Tierno Galván, y un sinnúmero de hombres más, aparte los que encontraron residencia permanente, como el caso ejemplar de Juan Ramón Jiménez, a quien durante la estancia en la isla se le concedió el premio Nobel de Literatura.

Otros viajes proyectados

En los últimos años de su vida, Ortega tuvo varios viajes proyectados hacia América. En concreto sabemos que tuvo invitaciones desde Venezuela y desde Cuba, teniendo que declinarlas por motivos de salud. Eduardo, el hermano que pasó el resto de su vida en el exilio, ejerció de intermediario en ambas invitaciones; respecto de la que recibió del Gobierno cubano le comenta al mismo, en carta del 20 de enero de 1953, lo siguiente:

> Querido Eduardo: Todo lo que digo en la carta adjunta es verdad. Supongo que sabrás por los chicos que desde

hace años padezco etapas de gran depresión y que, a veces, duran muchos meses. Se trata de trastornos circulatorios, propios ya de la edad. A esas etapas suelen seguir otras magníficas para el trabajo, pero como las malas me hacen perder mucho tiempo, mi vida resulta atropellada y por ello muy enojosa [...]. Claro que, además de la razón expresada en la carta, no te oculto que desde mi última permanencia de dos años y medio en la Argentina —terminó en comienzos del 42— he llegado a convencerme de que no son estos tiempos adecuados para estas visitas de actuación intelectual en los países hispanoamericanos que atraviesan situaciones públicas complejas. Ello hace que no se pueda saber bien si es oportuna la propia presencia en el momento en que se tendrá. Por esta razón te pedía consejo [...]. Comprenderás que nada me hacía tanta fuerza para desear ir como la posibilidad de verte y de que pudiésemos hablar largamente sobre cuanto ha pasado en estos años. Entonces comprenderías cómo el atropellamiento de mi vida ha sido la principal causa de que no te haya escrito. Y digo la principal porque hay otra menor, pero no desdeñable: la imposibilidad de que mis cartas pudieran llevar el contenido que tendrían nuestras conversaciones. Pero no creas que renuncio a la posibilidad de verte. Con la gente de Puerto Rico tengo un verdadero compromiso desde hace años. Están muy unidos a mí y quisiera cumplir su deseo de tenerme en aquella Universidad[33].

El hecho es que ninguna de estas invitaciones llegó a materializarse, pesando siempre sobre él una penosa imagen del exiliado que venía de la tradición clásica. En 1922, cuando no podía ni imaginarse la guerra española y sus trágicas consecuencias, ya escribía lo siguiente:

[33] Eduardo Ortega y Gasset, «Mi hermano José», *Cuadernos Americanos,* México, vol. 87, núm. 3, mayo-junio 1956, págs. 203 y 204.

Muchos españoles, y entre ellos no pocos de los mejores, sienten su vida aniquilada por el mero hecho de verse forzados a habitar en España. Casi todo lo que en nuestro país se hace, sus usos y maneras, sus ideas y sus productos, les parece erróneo, sin valor o irritante. Sienten el ambiente castizo como una atmósfera opresora, que les angustia y que estrangula todas sus posibilidades de existencia. En cambio, estiman altamente las cosas y modos de Francia e Inglaterra, hasta el punto de pensar que si pudiesen radicalmente trasladar a esos países su vida, quedaría esta por completo lograda. No seré yo quien censure, sin más ni más, a las personas que sinceramente y no por tópico sienten así. Pero aunque no las censure, me permito hacerles notar que están en un error. Transfiriendo su vida a Francia o Inglaterra serían no menos infelices; sólo que su infelicidad cambiaría de signo y tenor. Porque no basta que ciertas formas de vida nos parezcan estimables para que podamos vivir en ellas; es menester que además sean el auténtico fruto de nuestra más íntima sensibilidad, de nuestras exigencias orgánicas más profundas. El español trasladado a Francia habrá eludido el roce con nuestra áspera atmósfera celtíbera, y en consecuencia sentirá menos molestias; pero no por eso vivirá más. Al contrario, pronto comenzará a advertir que se le paralizan todas las mejores actividades vitales. Irá y vendrá, fantasma de sí mismo, al través del suave ambiente extranjero, sin tomar en nada parte, desplazando de acá para allá una personalidad tullida y como ausente, mero espectador sin emociones, pupila exánime de cuanto en su derredor pasa. Todo lo que hay de incitante y excitante en el tránsito por un país extraño desaparece cuando a él trasladamos el eje y la raíz de nuestra vida. Los antiguos tenían fina percepción de esa parálisis íntima en que cae el trasplantado, y por eso era para ellos una pena de rango parejo a la muerte la del destierro. No por la nostalgia de la patria les era horrendo el exilio, sino por la

> irremediable inactividad a que los condenaba. El desterrado siente su vida como suspendida: *exul umbra,* el desterrado es una sombra, decían los romanos. No puede intervenir ni en la política, ni en el dinamismo social, ni en las esperanzas, ni en los entusiasmos del país ajeno. Y no tanto porque los indígenas se lo impidan cuanto porque todo lo que en derredor acontece le es vitalmente heterogéneo, no repercute dentro de él, no le apasiona ni le duele, ni le enciende. Tal vez distraído por las mayores facilidades externas que el medio le ofrece, no advierte que su existencia ha degenerado en un sordo y espectral deslizamiento por la quinta dimensión.
>
> Todos hemos observado en los que viven fuera de su raza un peculiar entontecimiento y bobería. Nada enérgico, robusto, creador queda en ellos. Las potencias vitales se les han envaguecido, y en el secreto fondo de sí mismos sienten su persona radical e irremisiblemente humillada *(OC,* II, 377-378).

Es indudable que reflexiones de este tipo tuvieron que influir decisivamente en su ánimo en 1945, cuando decide regresar a una España dominada por la dictadura franquista. Sobre este tema nos detendremos con profusión en la segunda parte de este libro.

7
La «Revista de Occidente»

El año 1923 va a ser decisivo en la vida nacional tanto como en la personal de Ortega. En lo nacional, el golpe de Estado del general Primo de Rivera marcará una nueva etapa política, que culminará con el desembarco de Alhucemas y el fin de la insurrección de Abd el-Krim en el Rif en 1925. A partir de esta fecha, la popularidad de la dictadura irá decreciendo, hasta su caída en 1930. Un gabinete formado por el general Berenguer se encarga de restablecer la normalidad constitucional. En 1931 se celebran elecciones municipales que registran un triunfo republicano en las principales ciudades. La República es proclamada por la muchedumbre que llena las calles de Madrid y Barcelona. Los monárquicos se retiran y Alfonso XIII sale de Cartagena para el extranjero el 15 de abril.

La fundación de la revista

En lo que toca a la vida de Ortega, en julio de 1923 aparece el primer número de la *Revista de Occidente,* el instrumento intelectual y órgano de expresión más importante que va a contar en toda su vida pública. Aparece pri-

mero como una revista cultural, en la que ofrece a los lectores de España e Hispanoamérica «noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo: ni el relato inerte de los hechos, ni la interpretación superficial y apasionada que el periódico les ofrece, concuerdan con su deseo. Esta curiosidad, que va lo mismo al pensamiento o la poesía que al acontecimiento público y al secreto rumbo de las naciones, es bajo su aspecto de dispersión e indisciplina, la más natural, la más orgánica. [...] En la sazón presente adquiere mayor urgencia este afán de conocer "por dónde va el mundo", pues surgen dondequiera los síntomas de una profunda transformación en las ideas, en los sentimientos, en las maneras, en las instituciones. Muchas gentes comienzan a sentir la penosa impresión de ver su existencia invadida por el caos. Y, sin embargo, un poco de claridad, otro poco de orden y suficiente jerarquía en la información les revelaría pronto el plano de la nueva arquitectura en que la vida occidental se está reconstruyendo. [...] La *Revista de Occidente* quisiera ponerse al servicio de ese estado de espíritu característico de nuestra época. [...] Esperamos poco a poco, corrigiendo en cada número los defectos del anterior, conseguir que algún día sea esta *Revista* el recinto tranquilo y correcto donde vengan a asomarse todos los espíritus resueltos a ver claro. ¡Claridad, claridad, demandan ante todo los tiempos que vienen! El viejo cariz de la existencia va siendo arrumbado vertiginosamente, y adopta el presente nueva faz y entrañas nuevas. Hay en el aire occidental disueltas emociones de viaje: la alegría de partir, el temblor de la peripecia, la ilusión de llegar y el miedo a perderse» (*OC,* VI, 313-314).

La fundación de la nueva revista respondía a algo muy meditado y maduro en el pensamiento de Ortega. No era, como dice Evelyne López Campillo, «una creación *ex nihilo* de Ortega. Es el remate de un proceso durante el cual los

ensayos, los fracasos *(trial and error)* muestran que la *política cultural* es el producto de varios encuentros en las diferentes etapas de su vida. Lo que significa que el filósofo Ortega no ha sacado de sus cogitaciones la idea de una revista cultural como la *Revista de Occidente,* sino que es la suma de una experiencia que integra en cierto modo la acción política; es la culminación de un vivir»[34].

Fernando Vela, el imprescindible adlátere del maestro en este tipo de lides, ha contado cómo se puso en marcha el proceso, cuando consideraron que resultaba imprescindible en el panorama cultural español. «Una tarde, a mediados de abril de 1923, subiendo por la calle de Alcalá, Ortega me dijo: "¿Y por qué no hemos de ser nosotros los que hagamos esta revista? Usted me ayudaría como secretario de redacción". En aquel paseo quedó esbozado el plan, las colaboraciones extranjeras con que se podía contar desde luego o había que conseguir, las españolas que merecían la pena e incluso los sumarios aproximados de algunos números... Todo se hizo apresuradamente en una verdadera improvisación, que es como se hacen en España muchas cosas, incluso las grandes cosas. Dos meses y medio después estaba en la calle el primer numero[35].»

El título de la revista salió de una larga discusión en la tertulia de la Granja del Henar, en la que el criterio de Ortega parece que fue decisivo, ya que siempre fue un creyente en lo que la palabra *Occidente* llevaba en su seno. Los fondos para la publicación salieron de la inscripción que hicieron los amigos íntimos, lo que llevó a crear una sociedad por acciones que contó con un capital inicial de más de 38.000 pesetas. A efectos de ubicar la redacción y la admi-

[34] Evelyne López Campillo, *La «Revista de Occidente» y la formación de minorías,* Taurus, Madrid, 1972, pág. 55.

[35] *Revista de Occidente,* núm. 8-9, noviembre-diciembre, 1963, págs. 139-141.

nistración se alquiló un local en la avenida de Pi y Margall, 7 (hoy, Gran Vía), que tenía su entrada por un acceso lateral en la calle de la Salud. Así se inició la que podemos llamar época «heroica» de la revista, en la que hubo que recurrir a amigos y familiares. Manuel Ortega y Gasset, hermano del fundador, fue el gerente; la secretaria, Dolores Castilla (todo el mundo la conocía por Lolita), se convirtió en un mito, a la que García Lorca llamó «Lolita de Occidente»; Ángel Pumarega fue el corrector de pruebas y Anacleto era el nombre del botones. Pero, por encima de todos, Ortega y su inseparable Vela hicieron de aquel entorno un barco que orientaba a los despistados. Gómez de la Serna llegó a decir que «parecía la *Revista de Occidente* la casa eterna, y el capitán con su brújula orientada hacia occidente nos llevaba detrás del sol sin que entrase en su ocaso, siguiendo su salto de horizontes».

Muy pronto la *Revista de Occidente* se convirtió también en editorial del mismo nombre, e impulsando todas esas actitudes se mantuvo incólume la tertulia, al menos entre julio de 1923 y el mismo mes de 1936, tiempo de duración de su primera época. La tirada de la revista fue de 3.000 ejemplares, y el precio de cada número, 3,50 pesetas.

La influencia del filósofo: ampliación de su radio de acción

El conjunto de esas actividades nos revelan que en ellas encontró Ortega un resorte inmejorable para influir y ampliar el radio de su acción intelectual, dentro de lo que esta tuvo siempre para el filósofo de «aventura». Son los años de los llamados «felices veinte», en que una alegría superficial lo invade todo a sones del charlestón, y nuestro filósofo, contagiado, predica «el sentido deportivo y festival de la

existencia» o *La deshumanización del arte* (1925), que justifica las nuevas experiencias pictóricas y novelísticas. En ese período publicará Ortega alguno de sus libros más importantes. Es su etapa de plenitud. El «perspectivismo» y la «doctrina del punto de vista» se articulan en la «teoría de la *razón vital*», exponente de su filosofía, que quedará desarrollada en el libro fundamental de esa época: *El tema de nuestro tiempo* (1923).

De hecho, entre las publicaciones editoriales de la nueva empresa destaca la traducción de lo más granado del pensamiento europeo, y en la que sobresalen nombres como los de Brentano, Driesch, Heimsoeth, Rickert, Hessen, Husserl, Kierkegaard, Litt, Müller, Pfändler, Russell, Scheler, Simmel, Sombart, Jung... Entre 1924 y 1936 se publican 225 títulos, sin descuidar a los nuevos nombres de la llamada generación del 27 y sus afines. A fin de promocionar a estos se constituye la colección Nova Novarum, en la que aparecerán las novelas experimentales de Antonio Espina, Francisco Ayala, Pedro Salinas y Benjamín Jarnés...

Como sabemos, el fuego que alimentaba todas estas tareas editoriales y de publicación era la tertulia, de la que Ortega era adicto; entre las siete y media y diez y media de la tarde allí se debatía de *omnia re scibile* por hombres de muy variada procedencia, entre los que solían encontrarse el físico Blas Cabrera, el médico Gustavo Pittaluga, los filósofos García Morente y Xavier Zubiri, el archivero José Tudela, o escritores como Ramón Gómez de la Serna, Antonio Espina, Corpus Barga, Fernando Vela, Antonio Marichalar. Muchas veces acudían también Luis de Zulueta, Guillermo de Torre, Ángel Sánchez Rivero, Melchor Fernández Almagro...

Por la revista pasaban también con frecuencia personalidades extranjeras muy variadas, entre las que se hicieron famosas la visita de Albert Einstein, la de Leo Frobenius y

la del conde de Keyserling, que pronunciaron conferencias en la Residencia de Estudiantes. El local donde se celebraba la tertulia era un amplio y luminoso despacho de la Gran Vía madrileña, un piso encima de donde estaba situada la Editorial Espasa-Calpe; allí tenía Ortega uno de los mejores momentos de su vida intelectual, según nos cuentan sus discípulos. He aquí lo que nos narra José Gaos, la persona entonces más próxima a él y a la *Revista:* «Ortega necesitaba vitalmente de la tertulia...; qué cosas no le oímos en ella, que renovaban siempre la admiración, con admiración incluso por semejante renovación: para poner un solo ejemplo, traído por asociación de semejanza de tema con el ejemplo anterior, de la vocación periodística de Ortega, aquella estupefaciente disertación de una noche, improvisada, sin duda, pero sobre el doble fondo profundo de una larga y excepcionalmente competente afición a los toros y de su no menos extensa y excepcionalmente docta afición al saber sobre la corrida de toros como la lucha entre un animal vertical y un animal horizontal. Por lo demás, y contra lo que pudiera presumirse, Ortega no era siempre el protagonista de su tertulia. Consentía hasta antagonistas, habituales y, sobre todo, otros protagonistas, aunque no cualesquiera, pues tenía sus favoritos y sus indeseables, mas a los primeros les consentía con tanto gusto llevar la voz cantante, como para que en efecto la llevasen habitualmente desde que aparecían en la tertulia, una noche tras otra: así, a Ramón Gómez de la Serna, cuya grave voz un poco agria y cuyo tono un tanto castizo, madrileñamente desgarrado, decían cosas ciertamente sabrosas, en que se podía sorprender al árbol henchido, tirante de savia pujante, produciendo con su inagotable espontaneidad creadora sus frutos literarios. Es la vez en que son presentados el más ilustre de los que serán contertulios habituales, el físico don Blas Cabrera, y Ramón. "Ah, ¿con que usted es el dueño del átomo?" —salta la fantasía del escritor—, y continúa allí mismo

brotando las "greguerías" con que acabará por integrarse *El dueño del átomo*[36].»

En otra ocasión nos cuenta Gaos, la mañana en que llega Ortega rebosante de gozo a la *Revista,* pues el día antes había estado en una corrida de toros desastrosa, pero que le llevó a escribir sin poderse contener un folletón que «le pidió el cuerpo», escrito de un golpe. «Y que sin embargo le había salido de un vigor burlesco y de un esplendor literario como las mejores de sus páginas (no insólitamente escritas así), según pude comprobar por la lectura inmediata de él que tampoco pudo contener» *(OC,* VI, 294). Quizá fuera parte del libro que apareció póstumamente con el título de *La caza y los toros.* En otro lugar de este libro nos hemos extendido ya sobre la afición de Ortega a los toros, y en el archivo fotográfico de la familia hay varias fotos en que Ortega aparece en tientas y ruedos, incluso toreando, como en la que aquí reproducimos, tomada en el famoso homenaje a Maimónides que en 1932 los filósofos de la Universidad madrileña rindieron al pensador cordobés.

Sin embargo, quizá la anécdota más significativa de la perspicacia psicológica de Ortega es esta otra que también nos cuenta Gaos: «Una noche, en la tertulia de la *Revista de Occidente,* no sé cómo, en el curso de la conversación, vine a mentar a mis hermanos. "¡Cómo! —saltó Ortega—. Pero, ¿tiene usted hermanos?". "Sí, don José, ¿no lo sabía? ¿No he tenido ocasión de decírselo nunca?... Soy el mayor de nueve hermanos... vivos, porque hemos sido, o debido ser, hasta quince...". "Pero si tiene usted psicología de hijo único", y me miraba con su mirada que calaba hasta el fondo, porque venía de profundidades. "Pues, don José, no deja usted de tener razón; tiene usted más que razón. Pues aunque soy el mayor de tantos hermanos, no me crié con ellos,

[36] José Gaos, *Pensamiento de lengua española,* México, 1945, págs. 295 y 296.

ni con mis padres, sino solo, con mis abuelos maternos, de manera que bien puedo tener psicología no ya de hijo único, sino de nieto único, que puede que sea más...". Pocas veces —añade Gaos— me impresionó más la sagacidad de Ortega; y otro tanto ha vuelto a impresionarme, cada vez que he recordado el caso: aun ahora mismo[37].»

Estas anécdotas quizá nos revelen mejor que otra cosa el tono humano de la *Revista,* cuyas reuniones y publicaciones se suspendieron en 1936, a partir de la guerra civil, aunque no así la editorial, que no dejó nunca de funcionar. En 1963 la publicación de la *Revista* fue reemprendida por el hijo de Ortega, José Ortega Spottorno.

Estos años «veinte» son también los de la polémica Ortega-Heidegger, disputándose la prioridad de la filosofía europea, lo que lleva a nuestro pensador a reivindicar posiciones de 1914 *(Meditaciones del Quijote).* Esta situación intelectual provocada en parte por la publicación de *Ser y tiempo,* de Heidegger, le lleva a Ortega a una serie de vacilaciones entre los conceptos de *razón vital* y *razón histórica,* que alcanzará un máximo grado de seguridad en *Historia como sistema* (1935), donde parece afirmarse definitivamente el concepto de «razón histórica», dentro de una peculiar filosofía de la historia en la que el concepto de «generación» ocupa lugar central. Es interesante a este respecto su libro *En torno a Galileo* (1933), una de las obras fundamentales para entender su filosofía, aunque no siempre ha sido considerado así[38].

[37] José Gaos, *Confesiones profesionales,* México, 1958, pág. 139.

[38] Véase mi edición de esta obra en la Colección Austral, núm. A394, Espasa Calpe, Madrid, 1996.

8
La Segunda República

El 14 de abril de 1931 llegó por sorpresa, aunque no inesperadamente, la llamada por antonomasia Segunda República, un régimen político que, al desterrar la cada vez más impopular monarquía de Alfonso XIII, concitó una gran expectativa y entusiasmo por parte de los distintos impulsos regeneradores que venían luchando desde fines del siglo pasado por la renovación de la vida española. Unas elecciones municipales, que habían sido pensadas como un sondeo a la opinión pública, fueron la espita que desencadenó una explosión de entusiasmo popular, sobre todo en Madrid y Barcelona.

La aportación orteguiana al advenimiento de la República

La verdad es que esa ilusión del pueblo había sido el fruto de una lenta y meditada siembra por parte de las minorías intelectuales que orientaban la opinión del país. En cierto modo, puede decirse que la República era el ansiado proyecto político de la generación de 1914, que en dicho año había tomado el relevo de la anterior generación del 98.

Entre los personajes que integraban esa generación, Ortega y Gasset ocupaba un lugar egregio y simbólico, y desde luego pocos como él —con la excepción de Manuel Azaña— contribuyeron a traer la República.

En este capítulo es obligado, pues, ocuparnos de este importante episodio de su biografía intelectual, que tiene uno de sus momentos álgidos en el 15 de noviembre de 1930, fecha de la publicación en *El Sol* de su artículo «El error Berenguer», donde arremete no ya contra la «dictablanda» del general Dámaso Berenguer, sino contra la Monarquía como institución válida para sacar a España de su atonía; se dice en él, entre otras cosas: «El Estado tradicional, es decir, la Monarquía, se ha ido formando un surtido de ideas sobre el modo de ser de los españoles. Piensa, por ejemplo, que moralmente pertenecen a la familia de los óvidos, que en política son gente mansurrona y lanar, que lo aguantan y lo sufren todo sin rechistar, que no tienen sentido de los deberes civiles, que son informales, que a las cuestiones de derecho y, en general, públicas, presentan una epidermis córnea. Como mi única misión en esta vida es decir lo que creo verdad —y, por supuesto, desdecirme tan pronto como alguien me demuestre que padecía equivocación—, no puedo ocultar que esas ideas sociológicas sobre el español tenidas por su Estado son en dosis considerable, ciertas. Bien está, pues, que la Monarquía piense eso, que lo sepa y cuente con ello; pero es intolerable que se prevalga de ello. Cuanta mayor verdad sean, razón de más para que la Monarquía responsable ante el Altísimo de nuestros últimos destinos históricos, se hubiese extenuado, hora por hora, en corregir tales defectos, excitando la vitalidad política del español, haciéndole hiperestésico para el Derecho y la dignidad civil, persiguiendo cuanto fomentase su modorra moral y su propensión lanuda. No obstante, ha hecho todo lo contrario. Desde Sagunto, la Monarquía no ha hecho más que *especular sobre los vicios españoles,* y su política ha consisti-

do en aprovecharlos para su exclusiva comodidad. La frase que en los edificios del Estado español se ha repetido más veces es esta: ¡En España no pasa nada! La cosa es repugnante, repugnante como para vomitar entera la historia española de los últimos sesenta años; pero nadie honradamente podrá negar que la frecuencia de esa frase es un hecho. He aquí los motivos por los cuales el Régimen ha creído posible también en esta ocasión superlativa responder, no más, que decretando esta ficción: Aquí no ha pasado nada. Esta ficción es el Gobierno Berenguer» *(OC,* XI, 277). Ortega no está dispuesto, desde luego, a creer en esa ficción. El «error Berenguer» es creer que en España, una vez más, no ha pasado nada, cuando la realidad es que ha desaparecido el Estado y por eso hay que reconstruirlo. Ello supone deshacerse de una vez por todas de la Monarquía. *Delenda est monarchia!* (La monarquía ha de ser destruida).

Como ya sabemos, la Agrupación al Servicio de la República se presentó al público en febrero de 1931 y se disolvió el 29 de octubre de 1932; durante este tiempo, la vida de nuestro filósofo se consumió en afanes republicanos, primero impulsando su venida y, una vez que esta ha llegado, intentando consolidarla. Se presentó como candidato a las Cortes Constituyentes de 1931 por la circunscripción de León al frente de una conjunción republicano-socialista que agrupaba a profesionales e intelectuales liberales de clase media.

Las posiciones defendidas por Ortega en sus intervenciones parlamentarias estuvieron presididas por la idea de un Estado laico, alejado de los extremos, y marcado por una concepción centralista del mismo, aunque sometido a una reorganización territorial que concediese nueva vitalidad a provincias y regiones. La aprobación del artículo 26 en contra de las órdenes religiosas y de las escuelas parroquiales señalan su primer gesto de alejamiento; su discurso del 6 de diciembre de 1931 en el cine Ópera de Madrid con

el título de «Rectificación de la República», supone una segunda expresión de ese alejamiento.

Aunque Ortega aprueba con entusiasmo la reforma militar de Manuel Azaña, no deja de manifestar su desagrado ante otras manifestaciones menos prudentes. Cuando el 13 de octubre de 1931 aquel ilustre personaje proclama que «España ha dejado de ser católica», Ortega no puede dejar de replicar con expresiones de repulsa: «Yo, señores, no soy católico —dice— y desde mi mocedad he procurado que hasta los humildes detalles de mi vida privada queden formalizados acatólicamente, pero no estoy dispuesto a dejarme imponer por los mascarones de proa de un arcaico anticlericalismo» (*OC,* XI, 409).

Un disgusto semejante le embarga cuando en las Cortes Constituyentes se elabora un proyecto de República federal; su discurso pronunciado en la noche del 25 al 26 de septiembre de 1931 será decisivo al respecto. El proyecto dejó de votarse y la República mantendrá su plena soberanía nacional, aunque encaminada a la aprobación de estatutos propios de autonomía para Cataluña, el País Vasco y Galicia. El desengaño por parte de Ortega no podía ya disimularse; por eso al disolver la Agrupación al Servicio de la República, en 1932, no puede dejar de decir: «La República está suficientemente consolidada para que pueda y deba comenzar en ella el enfoque de las opiniones. Mas la Agrupación, por su génesis misma, por su espíritu e intento inicial, no resulta arma adecuada para combatir frente a otras fuerzas republicanas. Nació para colaborar con el advenimiento de la República, sin adjetivos ni condiciones. Firme el nuevo régimen sobre el suelo de España, la Agrupación debe disolverse sin ruidos ni enojos» (*OC,* XI, 518).

A pesar de esta retirada, no dejará de lanzar a título individual serios avisos sobre el negro futuro de la República. El lamento que lanzó ya a los pocos meses de iniciado el régimen republicano —«nos han hecho una república triste y

agria»— se hace más radical y sombrío en los artículos: «¡Viva la República!» y «En nombre de la nación, claridad» (3 y 9 de diciembre de 1933), últimos de su actuación política propiamente dicha durante este período.

Desde luego, Ortega no era un político nato y sus intervenciones —tanto parlamentarias como periodísticas— no dejaban de levantar la suspicacia del pueblo llano y de todos aquellos sobre los que destacaba por su inteligencia y preparación. Indalecio Prieto le hace objeto de sus ataques por su exceso de retórica y amaneramiento. Ortega le contesta ofendido:

> Ingreso en la política, pero sin abandonar un átomo de mi substancia. No me las doy de nada. Pero literato, ideador, teorizador y curioso de ciencia no son cosas que yo pretenda ser, sino que —¡diablos!— las soy, las soy hasta la raíz. Y es un poco ridículo que el señor Prieto parezca ahora imputármelas como afectaciones y arrequives. La imagen y la melodía en la frase son tendencias incoercibles de mi ser, las he llevado a la cátedra, a la ciencia, a la conversación de café, como, viceversa, he llevado la filosofía al periódico. ¡Qué le voy a hacer! Eso que el señor Prieto considera como una corbata vistosa que me he puesto, resulta ser mi misma columna vertebral... Reclamo, pues, el pleno derecho a hacer política poética, filosófica, cordial y alegre (*OC,* XI, 361-362).

El entramado periodístico de su actuación política

«El error Berenguer» suscitó la animosidad del rey, que emprendió una belicosa acción contra La Papelera Española, suministradora de materia prima para *El Sol,* donde se había publicado el artículo. A fin de salvar la empresa, Urgoiti tiene que dimitir y deja la dirección tanto de *El Sol*

como de *La Voz,* su edición vespertina. Ortega, colaborador asiduo del primero, se dirige a sus lectores: «Desde la fundación de este periódico, en 1917, escribo en él, y en España solo en él he escrito. Sus páginas han soportado casi entera toda mi obra. Ahora es preciso peregrinar en busca de otro hogar intelectual. Ya se encontrará. ¡Adiós, lectores míos!»

Al abandonar *El Sol* no solo lo hacen Urgoiti, Ortega y el director de la publicación, Félix Lorenzo, sino toda una brillante pléyade de colaboradores, como Fernando Vela, Ramón Gómez de la Serna, Azorín, Fernando de los Ríos, Salvador de Madariaga, Antonio Espina, Lorenzo Luzuriaga y Benjamín Jarnés. Con ello no solo se ponía fin a un brillante portavoz del periodismo español, sino que el mismo Ortega dejaba de tener órgano propio de expresión, pues es sabido que su actuación pública como intelectual no puede entenderse sin el entramado periodístico que siempre le acompañó. Era una estrategia bien establecida, de la que nos dejó constancia en numerosas ocasiones; en una de ellas dice textualmente:

> Esta propaganda de entusiasmo por la luz mental —el *lumen naturale*— había que hacerla en España según su circunstancia impusiera. En nuestro país, ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. Nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar. Las formas del aristocratismo «aparte» han sido siempre estériles en esta Península. Quien quiera crear algo —y toda creación es aristocracia— tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico. No es necesario decir que se me ha censurado constantemente por ello. Pero algún acierto debía de haber en tal resolución cuando de esos artículos de periódico han hecho libros formales las imprentas extranjeras *(OC,* VI, 352-353).

Ahora, ante la nueva circunstancia que el advenimiento de la República impone, ese entramado periodístico debe reconstruirse. En colaboración con su siempre entrañable Urgoiti, el 4 de abril de 1931 se embarcan en una publicación trimestral llamada *Crisol,* que transporta su entusiasmo republicano: «Somos republicanos, y esta es nuestra única afirmación.» Un poco después el diario *Luz* inicia su aventura sobre los mismos imperativos, con los que Ortega pretende dar salida a su expresión intelectual como «iluminador» de la circunstancia inmediata. Ambos diarios tendrán corta vida, al no poder superar las dificultades económicas en que se ven envueltos, lo cual va a poner fin a la aventura periodística de Ortega. Otros afanes embargarán su inquietud filosófica.

Las «Obras Completas»: segunda navegación

En 1932 Ortega siente que ha llegado al meridiano de su vida. Está ya rondando el medio siglo de existencia —en 1933 cumplirá los cincuenta años— y opera en él la necesidad de hacer balance. Se dispone a dejar la política definitivamente y aprovecha la ocasión de un editor, dispuesto a reunir en un solo volumen sus *Obras* hasta entonces dispersas en multitud de publicaciones volanderas (Ortega no quiere que se hable de *Obras Completas,* pues sabe que ninguna de las así llamadas lo son, y mucho más las realizadas en vida del autor). No ha buscado la ocasión él, pues dice que es iniciativa del editor, pero no por eso deja de aprovecharla para hacer un examen de conciencia y establecer un ajuste de cuentas consigo mismo. El resultado es enormemente esclarecedor; de aquí la importancia que tiene para nosotros este momento de su biografía, tal como la expone él en el «Prólogo» a la citada edición.

La primera conclusión de ese balance es que toda su vida hasta entonces ha estado al servicio de España. Era

una constatación de lo que ya había dicho muchos años antes, en 1916, al hacer una retrospectiva de sus mocedades; decía entonces: «Mi mocedad no ha sido mía, ha sido de mi raza. Mi juventud se ha quemado entera, como la retama mosaica, al borde del camino que España lleva por la historia. Hoy puedo decirlo con orgullo y con verdad. Esos mis diez años jóvenes son místicas trojes henchidas solo de angustias y esperanzas españolas» (*OC,* I, 419). A los dieciséis años de escrito esto, y en sazón de madurez, vuelve a repetir lo mismo; escribe ahora: «Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas. Acaso este fervor congénito me hizo ver muy pronto que uno de los rasgos característicos de mi circunstancia española era la deficiencia de eso mismo que yo tenía que ser por íntima necesidad. Y desde luego se fundieron en mí la inclinación personal hacia el ejercicio pensativo y la convicción de que era ello, además, un servicio a mi país. Por eso toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España. Y esto es una verdad inconmovible, aunque objetivamente resultase que yo no había servido de nada» (*OC,* VI, 350-351).

Es obvio que esto último no es cierto, pues, como él mismo constata un poco más adelante, España ha alcanzado un nivel histórico nuevo, equiparable al de los países más avanzados, y eso se debe en gran parte a su actuación pública. Por eso expresa su convicción radical de que «el espíritu español está salvado». No puede todavía señalar los síntomas claros de esta convicción e incluso llega a decir que conoce «la superlativa insuficiencia de nuestra vida intelectual durante los últimos diez años». Por nuestra parte, sabemos muy bien que Ortega tenía razón, al menos en lo que a él más le importaba: la salud de la filosofía española, que iba a gozar de un desarrollo espléndido durante los años que le restaban de vida a la República. Hoy, con la distancia histórica, lo vemos con una claridad meridiana que entonces era imposible. Por otro lado, ese extraordinario

desarrollo filosófico verá sus frutos más logrados fuera de España, durante el tiempo que los filósofos españoles permanecieron en el exilio. Y esto solo se ha podido ver desde tiempos muy recientes.

Una conclusión también fundamental del «Prólogo» es la conciencia plena de su aportación filosófica más importante a ese aspecto de su vida. Es esta la reivindicación del «pensamiento» como quehacer intelectual frente a la razón pura o al uso del intelecto como instrumento orgánico, es decir, de lo que se ha entendido como «filosofía» en el último siglo y medio. Ahora renueva Ortega la fe en el pensamiento como faena vital del mismo sentido que el ver o el palpar. Esto es lo que ya en 1914 había llamado la «razón vital», pero que solo ahora recobra su pleno sentido innovador y hasta revolucionario; de aquí la importancia de los libros que escribe en los años inmediatos a esta declaración y muy especialmente los que enumeramos a continuación: *Goethe desde dentro* (1932), *En torno a Galileo* (1933), *Historia como sistema* (1935), *Ideas y creencias* (1940), *Apuntes sobre el pensamiento: su teurgia y su demiurgia* (1941), *Ideas para una Historia de la Filosofía* (1942).

Es claro que en esos diez años, entre 1932 y 1942, Ortega ha llegado a la culminación de su pensamiento y a la expresión, plenamente consciente, de su doctrina filosófica; de aquí la razón última de que deje de escribir artículos de periódico. Ahora, dice, «son menester armas de mayor calibre y alcance que artículos de periódico, aunque estos son hoy en todas partes un instrumento esencial. Es, pues, lo más probable que mi labor futura consista principalmente en forja de libros. Mas, por lo mismo, aprovecho la ocasión para decir a los que años y años censuraron mi solicitud periodística que no tenían razón. El artículo de periódico es hoy una forma imprescindible del espíritu, y quien pedantescamente lo desdeña no tiene la más remota idea de lo que está aconteciendo en los senos

de la historia. Ahora me dan la razón fuera y se ponen a escribir artículos los que nunca lo hicieron. Pero esto no contradice que la nueva faena requiera ineludiblemente el libro, un tipo de libro que está más allá de los artículos de periódico, que ha aprendido de ellos, y no el libro preperiodístico, que pertenece a un cierto pasado europeo, a la llamada Edad Contemporánea, hoy tan anacrónica» (*OC,* VI, 354). Y es que para Ortega hemos entrado ya en la «posmodernidad», que es a su vez una forma de «poscontemporaneidad».

Esta serie de conclusiones son índice de que Ortega era consciente del nuevo tiempo que le había tocado vivir, tanto desde el punto de vista personal como del colectivo. En lo que respecta al primero, sabe que ha entrado en lo que llama «segunda navegación», pero en lo que se refiere al segundo no las tiene todas consigo. Ortega intuye las turbulencias que se avecinan en Europa y lo dice así: «El defecto, aunque innegable, no procede de nuestra sustancia; esta vez la causa está fuera, en Europa» (*OC,* VI, 353). Pero lo que nuestro filósofo ignoraba es que el vendaval europeo iba a arrastrar también a España, hasta el punto de sacudir su propia vida de modo inmisericorde.

En cualquier caso, lo que Ortega tiene claro durante estos años es que su vida ha alcanzado una atalaya irrenunciable que le empuja a nuevos quehaceres; por eso quiere dejar las cuentas claras con sus numerosos lectores alemanes y en 1934 escribe un brillante texto publicado póstumamente con el título «Prólogo para alemanes», donde explicita que su actividad como escritor de artículos de periódico no supone ninguna renuncia a la dedicación filosófica. Más bien todo lo contrario; es su decisión de no renunciar al destino español lo que le obliga a escribir en los periódicos para atraer a sus lectores hacia la inquietud filosófica. Eso era, en definitiva, consecuencia de su propia doctrina; así lo dice: «La idea de que el destino concreto del hombre es la reabsor-

ción de su circunstancia no era para mí solo una idea, sino una convicción. Mis ideas no han sido nunca "solo ideas". La circunstancia es, a la vez, una perspectiva, y como tal, tiene siempre un primer término y, tras este, otros, hasta uno último. Ahora bien, el primer término de mi circunstancia era y es España, como el último es... tal vez la Mesopotamia» (*OC,* VIII, 54). La ocupación con lo español es, pues, un deber inexorable de la filosofía orteguiana, y no una iniciativa caprichosa.

Los dos escritos de que nos hemos ocupado en este apartado constituyen los dos textos más explícitos que nos ha dejado Ortega desde un punto de vista autobiográfico, y se convierten, por eso mismo, en piezas imprescindibles para penetrar en su evolución intelectual. El conjunto de las dos constituyen piezas insustituibles en la comparación hermenéutica de su filosofía.

La Escuela de Madrid

Si el fracaso de Ortega como político es evidente, en cambio como profesor alcanza durante la República la culminación de su carrera. La prueba más palpable de ello es que entre 1933 y 1936 va a funcionar a pleno rendimiento la llamada Escuela de Madrid; durante años se ha hablado de su inexistencia, pero, si entendemos por escuela lo que José Gaos llama «una unidad de orientación histórica y doctrinal, una común valoración de personas y reconocimiento de jerarquías, y una labor articulada, en muchos casos verdadera colaboración»[39], es evidente que la existencia de una escuela filosófica de Madrid, no se puede negar,

[39] José Gaos, «La filosofía en España», *Letras de México,* 13 de enero de 1939; recogido en *Pensamiento de lengua española,* Stylo, México, 1945.

como hemos demostrado en un libro monográfico sobre el tema[40].

Esta escuela hay que ponerla en relación con el proyecto de Ciudad Universitaria en Madrid, cuyas obras se iniciaron en 1927, y dentro de la cual el edificio de la Facultad de Filosofía y Letras fue inaugurado el 7 de enero de 1933. En ese curso, y coincidiendo con la inauguración del *campus* de la Moncloa, se pone en marcha un plan piloto de autonomía universitaria que tuvo como impulsores jurídicos a Fernando de los Ríos y Marcelino Domingo, respectivos ministros de Instrucción Pública, bajo cuyos decretos se creó el marco jurídico que amparó el proceso de reforma educativa. En esta fue decisiva la acción de Manuel García Morente, que actuó como decano durante esos años. La inspiración fundamental de aquella reforma fue dar el máximo de libertad al alumno, que organizaba su plan de estudios bajo iniciativa propia, aunque asesorada siempre por un tutor, también de libre elección.

La plantilla de profesores que integraban el cuadro de la especialidad de filosofía eran, además de García Morente, Xavier Zubiri y José Gaos; como profesores auxiliares estuvieron también María Zambrano, José Gallegos Rocafull y Agustín Mateos. Aunque en Facultad distinta —la de Derecho—, también hay que considerar miembro de la Escuela de Madrid a Luis Recasens Siches, puesto que siguió, como los demás, la orientación doctrinal orteguiana.

El aglutinante filosófico de la Escuela de Madrid fue, pues, la filosofía de Ortega y Gasset, aunque seguida con muy diferente orientación en unos casos o en otros, si bien manteniendo el denominador común de un raciovitalismo ejercido de muy distinta manera. Quizá nadie ha resumido ese denominador común como Manuel Granell,

[40] Véase José Luis Abellán y Tomás Mallo, *La Escuela de Madrid. Un ensayo de filosofía,* Asamblea de Madrid, Madrid, 1991.

que los hizo explícitos en una serie de afirmaciones esquemáticas:

> *a)* Gozamos de un raro privilegio: el de asistir a la iniciación de un giro radical del filosofar.
>
> *b)* Este giro —que se ha venido formando con amplitud creciente en los últimos treinta años— se aprecia tanto en las ciencias como en la filosofía, e incluso desde las perspectivas más inesperadas.
>
> *c)* La Escuela de Madrid —es decir, la posición filosófica representada por Ortega y Gasset— tomó parte muy temprana e importante en dicho impulso revolucionario.
>
> *d)* Caracterízase la nueva filosofía —en su amplia generalidad— por la pérdida definitiva del supuesto del ser parmenídicò —el cual aún estaba latente en la mismísima reforma cartesiana de la razón—. En consecuencia, hoy domina cada vez más el primado de la existencia, la categoría del estar.
>
> *e)* La mayor sorpresa de la nueva situación procede de las lógicas novísimas.
>
> *f)* Sucesivamente, la ontología, la teología y la teoría del conocimiento han ido perdiendo su carácter de ciencias filosóficas fundamentales. Hoy cabe anunciar un súbito enriquecimiento de la antropología filosófica, en cuanto considera como objeto de estudio el hombre concreto, el hombre situado en lugar y tiempo, el hombre en convivencia con todos los demás. De otra manera: un cogito que no es el de un simple yo, sino, de modo primario, el de un nosotros que se va haciendo en el tiempo[41].

El hecho es que en 1935, después de veinticinco años de magisterio orteguiano, el cambio operado en el ámbito

[41] Manuel Granell, *Ortega y su filosofía,* Revista de Occidente, Madrid, 1960, págs. 93 y 94.

de la filosofía es comparable al paso de un páramo a una situación floreciente. La plantilla del profesorado: Manuel García Morente, Xavier Zubiri, Julián Besteiro, José Gaos, José Gallegos Rocafull, María Zambrano, nos da ya una idea del cambio operado. Los alumnos de aquella época han desempeñado, por su talento y valía, un papel importante en diversos aspectos de la filosofía; citaremos, por ejemplo, a Fernando Vela, Paulino Garagorri, Julián Marías, Luis Recasens Siches, María Zambrano, Manuel Granell o Antonio R. Huéscar; estos nombres acreditan la nueva relevancia histórica adquirida en el panorama de la filosofía española, inédita desde hace siglos. La situación es tal que al producirse en 1936 la emigración nos encontramos con nuestro acervo filosófico más valioso.

Ya Paulino Garagorri había escrito: «El legado intelectual de Ortega es la creación de una posibilidad nueva en nuestra lengua, y no es menos una enérgica invitación a ejercerla[42].» Y Francisco Romero afirma tajantemente que «desde Ortega existe una tradición filosófica española». «Esta filosofía española —dice— participa de la condición habitual de los filósofos españoles: el destierro. Destierro total y corporal, en los más; destierro en su propio país, en los otros. Ortega también pasó los últimos años de su existencia en un destierro virtual. Pero, aun dispersos, estos filósofos, a diferencia de los otros, mantienen un vínculo solidísimo, el vínculo de su común origen. Son, por primera vez, la filosofía española y atestiguan de diversos modos la eficacia y persistencia del impulso fundador[43].»

Un análisis detenido de las obras de nuestros pensadores en América viene a confirmar tales palabras. El legado

[42] Paulino Garagorri, *Ortega: una reforma de la filosofía,* Madrid, 1958, pág. 135.

[43] Francisco Romero, *Ortega y Gasset y el problema de la jefatura intelectual,* Losada, Buenos Aires, 1960, pág. 30.

filosófico de Joaquín Xirau, José Ferrater Mora, Eduardo Nicol, José Gaos, Juan David García Bacca, Luis Recasens Siches, Francisco Ayala, María Zambrano, Eugenio Imaz, Manuel Granell, Juan Larrea, José Gallegos Rocafull, Lorenzo Luzuriaga, y tantos otros de menor fuste, nos corroboran en las anteriores afirmaciones [44].

De todos estos discípulos de Ortega en aquellos años de la República, el que —siendo ya profesor en la madrileña Facultad de Filosofía y Letras— llegó a mayor grado de intimidad y asidua relación con él fue José Gaos. Bien por la mañana en la Facultad o por la tarde en la *Revista,* se reunían a veces durante horas. El mismo Gaos lo ha relatado así:

> En más de una ocasión, estando yo en casa en las primeras horas de la tarde, me llamaba por teléfono para decirme que iba a pasar por mí, para que nos fuésemos a algún lugar de los alrededores de Madrid, porque me necesitaba como interlocutor —cortés eufemismo para decirme que me necesitaba como oyente—. El lugar era, por ejemplo, Galapagar, en las primeras estribaciones de la sierra. Sentados en las rocas graníticas, sombreados por alguna carrasca, aromados por los olores, todos secos, de las hierbas serranas —tomillo, cantueso, romero, las tres masculinas—, mirando a las dos llanuras castellanas, la parda y la azul, pero sin verlas, absorbidos por la conversación, absortos en ella, Ortega, que precisaba su pensamiento hablándolo, me utilizaba como el oyente perfecto —de esto voy a presumir—, el que se vuelve poslocutor solo en y por aquellos momentos en que siente que el «prelocutor» necesita de una breve interrupción, sea para confirmarle, encomiarle y colmar su entusiasmo con el que proseguir, sea para hacerle un reparo enderezado a

[44] José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939,* Fondo de Cultura Económica, México-Madrid, 1999.

> ser superado con una invención corroborativa y precisiva de lo sostenido, sea para darle el respiro indispensable a la presentación de una idea que se esquiva. Mientras tanto, a alguna distancia, se paseaba por la carretera Lesmes el paciente chófer vasco de Ortega, con su uniforme, su gorra de plato y visera de charol y sus polainas de cuero, todo color café, que le daba aire de agente de alguna Gestapo encargado de proteger nuestro aislamiento, o más bien impedirnos salir de él [45].

El conjunto de circunstancias relatado en este apartado dio lugar a un singular cambio en el ambiente de aquella inolvidable Facultad de Filosofía y Letras para todos los que fueron sus testigos. Todos estos sin excepción elevan el acento lírico y emocional al hacer recuerdo de aquellos años. Entre otros, José Gaos lo evoca así:

> Esta vida fue síntoma y causa de innovaciones bien venidas en la conducta tradicional del estudiantado español. Pronto se constató la instauración de una solicitud por la integridad y el ornato materiales de la casa, que se mantuvo sin decadencia: ni un letrero en ningún rincón, ni una talla en mesas y bancos, ni desperfectos, ni manchas. Y la de una camaradería correcta, delicada, no sólo entre los estudiantes de distinto sexo, sino entre los del mismo, bien diferente del trato tosco que solían darse los estudiantes varones de antaño en los cafetines, tabernas, salas de billar y otros juegos, y otros locales instalados precisamente en las inmediaciones de los universitarios. El fenómeno más expresivo en este sentido acaso fue el del refinamiento de las alumnas de la Facultad. Casi me atrevería a decir que se formó un tipo de «alumna de la Facultad de Filosofía» de una distinción peculiar. La mayor parte de las alumnas de la Facultad

[45] José Gaos, *Confesiones profesionales,* México, 1958, págs. 73 y 74.

procedían, como su alumnado en general, de la burguesía modesta, e incluso del proletariado. Muchas provincianas. Al llegar a la Facultad desde su hogar modesto, desde su Escuela Normal provinciana, en qué gran proporción su porte no era vulgar sino cursi. Al año siguiente resultaban transformadas, y a los pocos de su renovación, la Facultad poblada por un enjambre de muchachas esbeltas, ligeras, con un vestido y tocado sencillos, prácticos, entonados, elegantes, con un aire sin gravedad ni pedantería, a la vez contenido y resuelto. Y a mí no me cabe duda: todo el ambiente, pero particularmente esta feminidad, hizo que el estudiantón grosero, el profesor astroso, no arribaran a la Facultad o se esfumaran en ella. La Facultad había comprendido cuál debe ser la solución que dar a un profundo y decisivo problema de la nueva España: la sustitución del nuevo tono de la vida, caduco, degenerado en el señoritismo, por otra vida también con tono, pero no el del señoritismo. La nueva sociedad más justa no ha de allanarse a una vulgaridad general: ha de elevarse a su tono[46].

El deterioro de la vida política

Los cursos que Ortega dictó desde su cátedra universitaria en los años que van de 1932 a 1936, han quedado como paradigma de su ocupación filosófica. Como dijimos antes, en aquellos años y los siguientes el pensamiento orteguiano adquiere plena granazón. Y aunque Ortega se ha retirado de la política activa, la verdad es que la situación se va degradando paulatinamente, lo que no es óbice para que obtenga placeres relacionados con su vida familiar y profesional.

[46] José Gaos, «La Segunda República y la Enseñanza Superior en España», *Pensamiento de lengua española,* op. cit., págs. 307 y 308.

En 1934 se traslada con toda la familia a un muy aparente chalet de la recién inaugurada colonia de El Viso (Serrano, 181); va a ser su último domicilio antes de la guerra civil. Antes tendrá la satisfacción de ver como su hijo Miguel termina con éxito la carrera de Medicina, lo que celebrarán padre e hijo en un alegre y compartido viaje a Alemania. En Friburgo-am-Brisgovia comerán con el matrimonio Husserl, en cuya casa Miguel vivirá hasta dos meses, mientras encuentra residencia adecuada. El padre y su hijo mayor se llevaban muy bien; con él compartió Ortega numerosos viajes por tierras españolas y también fuera de España. El último fue probablemente el que hicieron en los primeros meses de 1936 a París, y a cuyo regreso el triunfo del Frente Popular había deteriorado la situación política hasta límites inimaginables hacia solo unos meses. El panorama español se aproximaba a lo que se estaba viviendo en países europeos. En 1934 quedó indignado por «los acontecimientos de Múnich», lo que le lleva a retirar de su editor los derechos del «Prólogo para alemanes» que iba a acompañar a una traducción de algunas de sus obras hecha por Helene Weyl para la Deutsches Verlags-Anfalt.

En 1935 la situación personal es inmejorable. Ese año cumple las bodas de plata con su inseparable Rosa y en la Facultad de Filosofía y Letras se celebran las también bodas de plata de vinculación a su cátedra, lo que da lugar a numerosos reconocimientos por parte de sus más fieles seguidores: Blas Cabrera, María Zambrano, José Gaos, Fernando Vela, Gregorio Marañón, Xavier Zubiri, Luis Santullano [47]. Se le concede la Banda de la República, y en noviembre el Ayuntamiento de la capital le otorga la Meda-

[47] El periódico *El Sol* (8 de marzo de 1936) se sumó a los homenajes con numerosas de estas firmas. Véase al respecto el Apéndice B del libro: José Luis Abellán y Tomás Mallo, *La Escuela de Madrid,* Asamblea de Madrid, Madrid, 1991.

lla de Oro de Madrid en homenaje «al pensador más grande de España». En el verano de ese mismo año, durante su estancia en Zumaya, el pintor Zuloaga le hace objeto de un magnífico retrato al óleo.

Pero, junto a todo esto, la evolución política se decanta hacia un estado de violencia e inseguridad que conturban el ánimo de Ortega. Tras el asesinato de Calvo Sotelo deja su domicilio de la colonia de El Viso y marcha a la casa de sus suegros en Serrano, 47, pero tampoco el lugar parece seguro. La familia decide trasladarse a la Residencia de Estudiantes los días 20 y 21 de julio, cuyo edificio fue puesto bajo protección diplomática por las Embajadas de Inglaterra y Estados Unidos. Allí permanecerá hasta su salida de España el 30 de agosto de 1936.

Los días que permaneció en la Residencia de Estudiantes estuvo guardando reposo en la cama, pues la dolencia hepática que arrastraba desde hacía un año le producía cada vez mayores problemas. Estando en esa situación se acercará un grupo de extremistas antifascistas, que le pidieron la firma para un manifiesto exaltado y violento a favor de la República. Ortega se niega a través de su hija Soledad, que hace de emisaria; hay momentos de tensión, pero gracias a la intervención de unos profesores pro republicanos, que hacen ligeras modificaciones, la situación se salva. Al día siguiente —31 de julio— apareció en la prensa la siguiente nota: «Los firmantes declaramos que, ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del gobierno de la República y del pueblo, que con un heroísmo ejemplar lucha por sus libertades.» Los firmantes eran: Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Gonzalo R. Lafora, Pío del Río Hortega, Antonio Marichalar y José Ortega y Gasset.

Por fortuna, gracias a los oficios de la Embajada francesa, Ortega y su familia pudieron salir pronto de España. El 30 de agosto toman en Atocha un tren que les conduce a Alicante, y allí, al día siguiente, embarcan en un carguero francés que les conduce a Marsella. No obstante, la figura de Ortega había quedado tocada políticamente.

Sin duda, contribuyó a ello de forma importante el aprovechamiento que de sus ideas hizo José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española en diciembre de 1933, que se tituló a sí mismo como intelectual de corte orteguiano, aunque sus principios —autoridad, jerarquía, orden— no eran exactamente los que Ortega defendía, ni el nacionalsindicalismo se asemejaba en lo más mínimo a la concepción política del maestro. Primo de Rivera se reclama con todo discípulo fiel de su ideario, y así lo hace en un artículo del 5 de diciembre de 1935, que apareció en el diario falangista *Haz,* con el título de «Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset»; entre otras cosas, dice allí: «Una generación que casi ha conseguido elevar los intereses de los españoles, con Ortega y Gasset como su guía, se ha impuesto a sí misma... la misión de vertebrar España una vez más.» Pero en seguida pasa a reprocharle su retirada de la política. «Los líderes no tienen derecho al desencanto —le dice—. No pueden capitular y abandonar las maltrechas esperanzas de todos aquellos que les siguen. Don José era duro consigo mismo y se sentenció a un largo período de silencio; pero la generación que abandonó en el frío no necesitaba su silencio sino su voz. Su voz profética y dominante.»

A Ortega, que había decidido mantenerse en silencio desde el principio de la contienda, este tipo de declaraciones no podían favorecerle.

9
La guerra civil y sus consecuencias

El 18 de julio de 1936, el general Franco da un golpe militar que, al ser resistido por el Gobierno de la República y grandes zonas del país, se convierte en una cruenta guerra civil de tres años. Las tropas nacionalistas se hicieron pronto con el control de Andalucía y Extremadura, pero encontraron fuerte resistencia en el Norte y en el Noroeste, incluyendo toda la zona levantina. Madrid como capital resistió hasta el final con la inquebrantable divisa del «No pasarán». La República quedó aislada internacionalmente por decisión del Comité de No Intervención, mientras que Hitler y Mussolini pudieron apoyar a Franco sin cortapisas de ninguna clase; su triunfo estaba así asegurado, lo que le permitió hacerse con el poder absoluto. El fin de la guerra, según el famoso parte de 1 de abril de 1939, auguraba el triunfo de una dictadura de derechas, que se prolongó durante casi cuarenta años.

Años de incertidumbre e indecisión

En octubre de 1940, tras dos meses de estancia en Buenos Aires y habiendo recuperado una cierta tranquilidad en

su vida, Ortega hace una remembranza retrospectiva del lustro anterior en estos términos: «Desde hace cinco años ando rodando por el mundo, parturiento de dos gruesos libros que condensan mi labor durante los últimos dos lustros anteriores. Uno se titula *Aurora de la razón histórica,* y es un gran mamotreto filosófico; el otro se titula *El hombre y la gente,* y es un gran mamotreto sociológico. Pero la malaventura parece complacerse en no dejarme darles la última mano, esa postrera soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta. He vivido esos cinco años errabundo de un pueblo en otro y de uno en otro continente, he padecido miseria, he sufrido enfermedades largas de las que tratan de tú por tú a la muerte, y debo decir que si no he sucumbido en tanta marejada ha sido porque la ilusión de acabar esos dos libros me ha sostenido cuando nada más me sostenía. Al volver luego a mi vida, como pájaros anuales, un poco de calma y un poco de salud, me hallé lejos de las bibliotecas, sin las cuales aquella última mano es precisamente imposible, y me encuentro con que ahora menos que nunca sé cuándo los podré concluir» *(OC,* V, 379).

En efecto, desde el día que salió de España, por el puesto de Alicante, el 31 de agosto de 1936, hasta su llegada a Buenos Aires en el mismo mes de 1939, la vida de Ortega fue un continuo peregrinaje de un lugar a otro. El carguero *Corte II* en el que viajaba la familia Ortega les dejó en Marsella, de donde se trasladan a las afueras de Grenoble, hospedándose en la pensión Villa Belledonne; la situación económica es desesperada, pero la salva de momento con el envío de 2.000 pesos que le hace su siempre amiga Victoria Ocampo; años más tarde, el filósofo se los devolverá religiosamente. En noviembre se traslada a París, donde vivirá en un piso del 43 de la rue Gros, en el que permanecerá hasta principios de 1939. Se entera de que ha sido expulsado de la Universidad de Madrid y subsiste como puede con las

colaboraciones periodísticas en el diario argentino *La Nación*. En su nuevo hogar se constituye una tertulia informal a la que asisten en sucesivas oleadas los expulsados de la guerra de España: Azorín, Baroja, Marañón, Pérez de Ayala, el escultor Sebastián Miranda...

El año 1937 es crucial en la vida de nuestro filósofo. Desde luego, la guerra civil parece definitivamente perdida para la República, pero la situación europea está todavía relativamente tranquila. Ortega no se atreve a tomar una decisión definitiva, postergando una invitación para viajar a la Argentina. En cambio, acepta una que le hace el profesor holandés Johan Huizinga para la Universidad de Leyden durante la primavera de ese año; allí se instalará en la pequeña localidad de Oegstgeest y en una pensión que lleva el nombre de Het Witte Huis, donde firmará su «Prólogo para franceses», añadido a una nueva edición de *La rebelión de las masas*. Un año después en París —abril de 1938— redactará el «Epílogo para ingleses» de la misma obra. En Holanda dará conferencias en Rotterdam, Delf, Amsterdan y La Haya; su cansancio aumenta y decide pasar el verano en San Juan de Luz. En septiembre de 1938 regresa a París, alojándose en el domicilio de Noelle Malclés, bibliotecaria de la Sorbona y traductora al francés de una parte de su obra.

Mientras tanto, su hígado sigue empeorando y en octubre se hace impostergable una operación de vesícula biliar. El cirujano que le va a operar, doctor Gosset, le dice a Gregorio Marañón: «Este hombre está muerto. ¡Esto es hacer una autopsia!» Y Marañón le contesta: «¡Opérele! Usted no sabe lo que es un celtíbero.» La convalecencia es larga; durante ella se produjo un incidente curioso. José Gaos, rector de la Universidad de Madrid, que estaba en París con motivo de la Exposición Universal de 1938, se acercó a visitar a Ortega, pero este se negó a recibirle por haber invocado su condición de «rector» en la tarjeta de visita que le en-

tregó. Al parecer Gaos rompió la tarjeta, al tiempo que decía a su interlocutor: «Dígale que soy su discípulo y amigo José Gaos»; según la versión de Gaos, tras este incidente, Ortega accedió a verle. No es esa, sin embargo, la versión del hijo del filósofo, Miguel, que estaba entonces en la clínica.

Tras la convalecencia en un piso amueblado de la rue Bassano, 11, decide prolongarla durante tres meses en Portimão, al sur de Portugal. Entre tanto, el tiempo se adelanta y 1939 deja correr los meses; el 21 de abril muere en Puente Genil (Córdoba) la madre del filósofo, llenando su corazón de aflicción. Realiza una breve estancia en Lisboa y otra en Vichy para hacerse una cura de aguas. Aún regresa a París en la primavera, pero ni la situación española ni la europea animan a quedarse en el Viejo Continente. Se impone saltar el charco y probar fortuna en su amada Argentina.

Las reacciones políticas ante la contienda

Ante el ambiente envenenado que precedió a la guerra civil, y mucho más al iniciarse esta, Ortega decidió permanecer en silencio, como había hecho en 1916, con motivo de la Primera Guerra Mundial; decía entonces nuestro filósofo: «En tiempo de guerra, cuando la pasión anega a las muchedumbres, es un crimen de leso pensamiento que el pensador hable. Porque de hablar tiene que mentir. Y el hombre que aparece ante los demás dedicado al ejercicio intelectual no tiene derecho a mentir. En beneficio de su patria, es lícito al comerciante, al industrial, al labrador, mentir; no hablemos del político, porque es su oficio. Pero el hombre de ciencia, cuyo menester es esforzarse tras la verdad, no puede usar de la autoridad en esa labor ganada para decir la mentira» (*OC,* II, 193).

Ahora, en 1938, si no dijo lo mismo fue porque ya estaba escrito, pero su actitud no podía dejar lugar a dudas.

Solo en algún momento se deja llevar por un exceso de irritación, sobre todo cuando toma postura ante la actitud de Inglaterra respecto a la guerra de España; dice entonces: «Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por radio, etc., cómodamente sentados en sus despachos o en sus clubs, exentos de toda presión, algunos de los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que esos comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad. Evitemos los aspavientos y las frases, pero déjeseme invitar al lector inglés a que imagine cuál pudo ser mi primer movimiento ante hecho semejante, que oscila entre lo grotesco y lo trágico» (*OC,* IV, 306).

Especialmente se irrita con las declaraciones de Einstein, al que le increpa con frases como las siguientes: «Hace unos días, Alberto Einstein se ha creído con derecho a opinar sobre la guerra civil española y tomar posición ante ella. Ahora bien, Alberto Einstein usufructúa una ignorancia radical sobre lo que ha pasado en España ahora, hace siglos y siempre. El espíritu que le lleva a esta insolente intervención es el mismo que desde hace mucho tiempo viene causando el desprestigio universal del hombre intelectual, el cual, a su vez, hace que hoy vaya el mundo a la deriva, falto de *pouvoir spirituel.* Nótese que hablo de la guerra civil española como un ejemplo entre muchos, el ejemplo que más exactamente me consta, y me reduzco a procurar que el lector inglés admita por un momento la posibilidad de que no está bien informado, a despecho de sus copiosas "informaciones". Tal vez esto le mueva a corregir su insuficiente conocimiento de las demás naciones, supuesto el más decisivo para que en el mundo vuelva a reinar un orden» (*OC,* IV, 307).

Los párrafos citados corresponden a su escrito «En cuanto al pacifismo», fechado en París en el mes de diciem-

bre de 1937. Al año siguiente, al redactar el «Epílogo para ingleses», retoma esas frases y las eleva a un reproche general hacia los países anglosajones, con afirmaciones como las siguientes: «La nerviosidad de los últimos meses ha hecho que casi todas las naciones hayan vivido encaramadas en sus fronteras; es decir, dando un espectáculo exagerado de sus más congénitos defectos. Si a esto se añade que uno de los principales temas de disputa ha sido España, se comprenderá hasta qué punto he sufrido de cuanto en Inglaterra, en Francia, en Norteamérica, representa manquedad, torpeza, vicio y falla. Lo que más me ha sorprendido es la decidida voluntad de no enterarse bien de las cosas que hay en la opinión pública de esos países; y lo que más he echado de menos, con respecto a España, ha sido algún gesto de gracia generosa, que es, a mi juicio, lo más estimable que hay en el mundo. En el anglosajón —no en sus Gobiernos, pero sí en los países— se ha dejado correr la intriga, la frivolidad, la cerrazón de mollera, el prejuicio arcaico y la hipocresía nueva, sin ponerles coto. Se han escuchado en serio las mayores estupideces con tal que fuesen indígenas, y, en cambio, ha habido la radical decisión de no querer oír ninguna voz española capaz de aclarar las cosas, o de oírla solo después de deformarla» (*OC,* IV, 283).

Entre esas estupideces está el «presentar lo acaecido en España en julio de 1936 como un "pronunciamiento"», lo cual considera que «es inadmisible como simple designación de hecho»[48]. Añade que no va a caer en la inocencia de exponer su opinión sobre la guerra civil española, pero esas precauciones no evitaron la reacción airada de los re-

[48] Es curioso que estas frases y otras similares desaparecieron de la edición de las *Obras Completas;* para encontrarlas tenemos que remitirnos a la edición de *La rebelión de las masas* publicada en Buenos Aires en 1937 (y las sucesivas reediciones que hicieron en la Colección Austral de Espasa Calpe).

publicanos. José Bergamín escribe una «Carta abierta a don José Ortega y Gasset» (publicada en *España Peregrina,* febrero de 1940), donde le acucia con insistencia:

«Concretemos, señor Ortega. Y poco a poco, como decimos en España. Los comunistas y sus aliados —afirma usted, y debe hacerlo con datos ciertos si no quiere pasar por embustero— obligaban con sus amenazas a los intelectuales, escritores, profesores universitarios, a firmar o autentificar con sus nombres, dice usted, textos redactados por ellos; a que hablasen por radio... Su acusación, señor Ortega, incluso por exactitud histórica, ¿no le parece que merecería concretarse? Es en lo que yo quisiera ayudarle ahora, celoso, puede usted creerme, de su prestigio intelectual de hombre verídico, de hombre de veras, capaz, por consiguiente, de rectificar sus errores si los comete; incapaz de cometerlos malévolamente.» Le recuerda Bergamín que dio su nombre voluntariamente, a través de su colaboradora en la universidad y en la revista, María Zambrano, como ocurrió con otros muchos nombres que también firmaron el manifiesto voluntariamente, o el de aquellos que se negaron a firmarlos por diversas razones, que se respetaron con escrupulosidad. Sin embargo, nada contestó Ortega a tal interpelación, lo que deja bastante malparadas sus afirmaciones anteriores. Evidentemente, el silencioso meditador había ya optado —en su conciencia al menos— por no tomar partido y mantenerse en la neutralidad de la «tercera España». Y en esa disposición anímica cualquier sugerencia —en un sentido o en otro— tenía que sentirla como una inevitable coacción, sobre todo si sus circunstancias personales le impedían —así lo sentía él— declinar la invitación.

En una actitud semejante debieron de situarse a los pocos meses de guerra hombres como Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Menéndez Pidal... Sin duda refiriéndose a ellos, escribía poco después Eugenio Imaz: «Yo pienso en algunos maestros míos, como muchos

compañeros piensan en maestros suyos. Maestros que han vivido espiritualmente de la Revolución francesa, que la han puesto en el pináculo de la historia y del progreso humano, con o sin reservas... Vedlos ante la guerra de España: no han hecho ni reservas, se han metido corriendo en la campana neumática de la "tercera España".» Su crítica respecto a esa actitud no deja lugar a dudas en las frases siguientes: «Hay un momento, uno por lo menos, en que al intelectual le es imposible estar *au-dessus de la mélée.* Este es el de la guerra civil. Quien dijese lo contrario, miente, aunque no sea a sabiendas. La espada divide en dos el mundo humano, moral, nacional en que vivimos; tajantemente en dos. El intelectual que se pone en medio, no es intelectual ni hombre; es el pajarito en la máquina neumática que hinca el pico por falta de aire» (*Topía y utopía,* 1946).

Las declaraciones de Ortega le situaban en una difícil situación de independencia personal. Difícilmente podía estar de acuerdo con el régimen dictatorial del general Franco, pero es evidente que tampoco sintonizaba con los republicanos acérrimos. Empieza así a vivir en esos años un calvario que solo terminará con su muerte. A Ortega la guerra le había arrebatado la circunstancia que más amaba —España— y en función de la cual había forjado su proyecto de vida.

El tercer viaje a Argentina

A la luz de los antecedentes expuestos en el apartado anterior se entiende que el viaje que Ortega emprendió a la Argentina en agosto de 1939 no contaba con los mejores augurios. Se daba por descontado que no iba a recibir el apoyo de los republicanos exiliados y no era tampoco seguro el de los intelectuales argentinos. Pero en ningún caso previó el abandono en que iba a sentirse durante su estancia en Buenos Aires. El lector puede volver a leer las pági-

nas que dedicamos al tema en el capítulo 6 de esta primera parte de la obra, evitándonos repeticiones inútiles; los lamentos que Ortega nos ha dejado en su *Balada de los barrios distantes (OC,* VIII, 407-409) son definitivos al respecto. De hecho, sus amistades incondicionales estaban contadas: Victoria Ocampo, Elena Sansinena de Elizalde, Fernando Ortiz Echagüe, Máximo Etchecopar y Eduardo Mallea; junto a estos, los españoles que la marejada de la guerra civil había arrojado a las costas argentinas: María de Maeztu, Manuel García Morente, Ramón Gómez de la Serna, Lorenzo Luzuriaga y Claudio Sánchez Albornoz.

Desde luego, Ortega no era un ingenuo y podía prever la situación; de hecho, la previó, aunque no en todas sus consecuencias. Al llegar a Buenos Aires tras la travesía en un barco que salió de Cherburgo, la Segunda Guerra Mundial había estallado. Se instala en la calle Esmeralda, 1355 y más tarde en la avenida Quintana, 520; allí permanecerá hasta 1942.

Desde el punto de vista académico, los apoyos que recibe son mínimos. Una invitación de la Asociación de Amigos del Arte le lleva a dar un ciclo de conferencias sobre «El hombre y la gente», que inicia en septiembre de 1939. En 1940 da un curso en la Universidad de Buenos Aires sobre «La razón histórica». Todo esto es insuficiente, lo que le obliga a una nueva y para él inédita experiencia radiofónica. Los días 11, 18 y 25 de noviembre de 1940 da unas charlas bajo el título «Meditaciones de la criolla», patrocinadas por una marca de cervezas. Entre tanto —el 12 del mismo mes— muere en Madrid su hermana Rafaela. La situación se le hace casi insostenible y las depresiones empiezan a adueñarse de él. Ortega, que había hecho del pensamiento y de la actividad intelectual la meta de su vida, escribe dolorido: «Los demagogos, empresarios de la alteración, que ya han hecho morir a varias civilizaciones, hostigan a los hombres para que no reflexionen, procuran

mantenerlos hacinados en muchedumbres para que no puedan reconstruir su persona donde únicamente se reconstruye, que es en la soledad» (*OC,* V, 311). Esto está escrito en 1939, al poco de llegar a Buenos Aires, de modo que el lector puede imaginarse su estado de ánimo en aquellos meses.

10
Años de destierro

En los años que dura la guerra civil el ánimo de Ortega está indeciso. Ese deambular de uno a otro lugar que hemos visto en el capítulo anterior es expresión de dicha indecisión. Le preocupa el futuro de sus hijos —Miguel y José— que se han incorporado a la España de Franco, mientras que Soledad va a acompañar después al matrimonio durante su estancia bonaerense. En 1937, Victoria Ocampo y Elena Sansinena le tienen preparado un viaje a Argentina con conferencias, vivienda y apariciones radiofónicas. Él decide posponer la invitación, yéndose a Holanda, pero en 1939 la situación le demanda tomar una determinación: la guerra civil ha terminado con la victoria de Franco y el ambiente europeo anticipa la catástrofe que no tardará en estallar. El refugio bonaerense parece imponerse.

La difícil elección: Buenos Aires y las turbulencias americanas

La elección de Buenos Aires —ya lo hemos visto— no fue fácil, pero Ortega no era ingenuo, como dijimos antes, y tenía una estrategia preparada; básicamente, esta consistía

en consolidar un entramado editorial que tenía a Espasa-Calpe Argentina como protagonista. El proyecto era revitalizar la rama argentina de la empresa con la que Ortega había mantenido veinticinco años de colaboración, para lo cual pensó en relanzar colecciones nuevas; entre ellas estaba la famosa Colección Austral, cuyo primer título es precisamente *La rebelión de las masas* (1937), de nuestro autor. El éxito del libro fue inmediato y las reediciones se sucedieron ininterrumpidamente. Resulta curioso, sin embargo, que en 1946, Ortega saque del «Epílogo para ingleses» las páginas en que de forma más directa haría alusión a la guerra civil; el hecho coincide con su regreso a España en 1945.

El entramado editorial a que antes aludí y en el que Ortega tenía depositada tanta confianza ha sido bien estudiado por la investigadora Marta Campomar[49], a cuyas conclusiones debemos remitirnos. Según esta autora, Ortega mantuvo un diálogo ininterrumpido entre 1939 y 1942 con don Manuel Olarra y don Serapio Huici, a fin de poner en marcha dicho proyecto, que formaba parte del andamiaje intelectual con que Ortega pensaba mantener una estricta independencia política e intelectual, basada en una cátedra privada, conferencias, publicaciones y boletines. El ambiente para poner en marcha ese complejo entramado no resultó propicio, ya que se produjo una tremenda competencia entre Espasa-Calpe, Losada y la editorial Sudamericana por hacerse con el mercado del libro español, tras la guerra civil. En 1940 Ortega está optimista; sus conversaciones con Olarra van por buen camino y el viento parece favorable, pero muy pronto se dará cuenta de que estaba equivocado. El panorama está así descrito por Campomar: «En palabras del propio Ortega, lo que le proponía a Calpe de Argentina era retomar un movimiento de circulación intelectual con

[49] Marta Campomar, «Ortega y el proyecto editorial de Espasa-Calpe Argentina», en *Revista de Occidente,* núm. 216, mayo 1999.

medios y fuerzas españolas. Ortega asegura que todo esto se comunicó a la casa de Madrid y estaba por lo que Olarra le decía en la idea de que no solo se aprobaba sino que se veía esta nueva intervención intensa y precisa con verdadera satisfacción [50].»

El disgusto de Ortega fue mayúsculo cuando se le negó la dirección de una colección con el título de Conocimiento del Hombre, así como una asesoría editorial por la que había de cobrar entre 800 y 1.300 pesos. La ruptura con Olarra no se hizo esperar, amenazándole con enviarle sus abogados cuando la cuestión se complica con una discusión sobre los derechos de sus propias obras. La decepción de Ortega se hace explícita en la larga carta que le dirige a su amigo Serapio Huici, con copia a las autoridades de la rama española de Espasa-Calpe; la carta fue entregada en mano por Miguel, el hijo del filósofo que había estado unos días en Buenos Aires. Todo esto hundió el ánimo de Ortega, que no solo sufrió mucho desde el punto de vista moral, sino que le situó en un estado de extrema debilidad económica. La situación se complica además con cuestiones políticas, que separaban a la rama española y argentina de Calpe; el hecho se refleja así por la historiadora citada: «Consciente de que los vientos políticos e ideológicos eran complejos y no siempre soplaban a su favor, accede a censuras propuestas por Calpe. Llega a sugerir el reescribir y suprimir textos que podrían comprometer a la casa y originarle problemas. Ante las exaltaciones de ambos lados de la contienda nacional e internacional que interpretaban sus palabras fuera del contexto histórico al que pertenecían, Ortega desea agregar notas aclaratorias y hasta asume gastos de reimpresión [51].»

[50] Marta Campomar, «Ortega y el proyecto editorial de Espasa-Calpe Argentina», en *Revista de Occidente,* núm. 216, mayo 1999, pág. 107.

[51] Ibídem, pág. 111.

Los acontecimientos no favorecían la marcha de estos asuntos en pro de los intereses de Ortega, lo que le decide a poner rumbo a Lisboa, a donde llega en marzo de 1942. Eso no quiere decir que las relaciones con la editorial argentina mejoraran, pues en el fondo respondían a su vez a discrepancias entre la casa de Madrid y la de Buenos Aires. En carta a Olarra de julio de 1942 declara paladinamente su situación: «Esta radical dependencia de mi vida más elemental de la situación de mis libros en la Argentina es la que da gravedad a complicaciones como estas de las que yo no tengo culpa ni responsabilidad ninguna y hace más sensible la falta de cuidado en el modo de tratarlas» (Lisboa, 29-VII-1942)[52].

En Buenos Aires su amigo Máximo Etchecopar se ocupará de sus asuntos editoriales, lo que suavizará las cosas, ya que no solo es un buen amigo, sino un abogado experto, lo cual no impedirá que Ortega reconozca que en la capital argentina no había encontrado «ni por azar, eso que se llama facilidad en nada» (20-IX-1941).

La llamada de la vieja Europa: dura reacción del exilio

La descripción que hemos hecho en el apartado anterior de la situación de Ortega en Buenos Aires explica que viviera su estancia argentina como un auténtico destierro. Nada más lejos de su ánimo existencial durante esos años que sentirse *trasterrado,* como ocurrió con los exiliados que fueron a México. Claro que tampoco en Argentina hubo una política gubernamental de acogida a los republicanos espa-

[52] Marta Campomar, «Ortega y el proyecto editorial de Espasa-Calpe Argentina», en *Revista de Occidente,* núm. 216, mayo 1999, pág. 113.

ñoles como hubo en el vecino del Norte, y eso explica —al menos, en parte— las tribulaciones de los exiliados bonaerenses. Si a eso añadimos que tampoco Ortega hizo ningún gesto de acercamiento a ese colectivo, no cabe duda de que su situación allí era insostenible.

Cuando Ortega decide abandonar América, el exilio republicano español sintió la decisión, más que como una deslealtad, como una verdadera traición. El hecho llovía sobre mojado, pues ya habían molestado mucho sus declaraciones a la revista *The Nineteenth Century and After* (luego reproducidas en «Epílogo para ingleses») diciendo que los comunistas y sus aliados «obligaban» a los intelectuales «bajo las más graves amenazas» a firmar manifiestos a favor de la República. José Bergamín sale al paso de esta afirmación en el primer número de *España Peregrina* (1940), pidiéndole que concrete; le conmina «para que entre tales frutos de "casos concretos" nos señalase en cuáles apoyaba sus afirmaciones... acusatorias. ¿No sería evidentemente más digno de un español con entendimiento precisar, concretándolos, verdaderamente, verídicamente, aquellos casos que originaron en la delicada conciencia moral del silencioso, intelectualísimo y nada frívolo profesor Ortega y Gasset acusaciones tan... gratuitas? Entretanto, los intelectuales ingleses, franceses, alemanes, americanos; los escritores, investigadores, científicos de todas partes, seguirán prefiriendo su propio juicio moral sobre hechos fácilmente conocidos de todos por su mismo escándalo sangriento, al del ilustre profesor español que tan misteriosamente lo cela con el menos frívolo de los silencios parecido por su seriedad al fabuloso del asno casi mítico».

Como al artículo de Bergamín ya le dedicamos atención en otro capítulo de esta obra, no insistiremos más en él; bástenos saber que cuando Ortega decide volver a Europa, el caldo de cultivo que se había forjado en torno suyo no le era favorable. La reacción del exilio va a ser fulminante, como

ocurre con la carta abierta que Guillermo de Torre dirige a Alfonso Reyes, publicada en *Cuadernos Americanos,* de México, con el título de «Sobre una deserción». Los datos que enmarcan el escrito no dejan de ser significativos: México era el país prototípico por excelencia de acogida a los refugiados españoles, y Alfonso Reyes, el patriarca de dicha acogida. En ese marco, Guillermo de Torre se erige en portavoz del exilio y lanza su dardo acusatorio contra la conducta «de quien es algo más que un viajero particular, del gran escritor representativo, del hombre español que deja —¡en estos momentos!— voluntariamente la libre América y torna al redil europeo —redil en su recto sentido, sin metáfora—. Con ese acto, con ese viaje don José Ortega y Gasset ha cometido —estamparé, después de meditarla, la grave acusación— una deserción, una grave deserción»[53].

En las palabras del ilustre crítico español palpita el agradecimiento de quienes se han acogido a la hospitalidad americana «huyendo de una Europa imposible, buscando aquí un clima de libertad y de acción que allí se nos negaba»; por eso le duele que Ortega, que en otro momento tuvo la complacencia de ser conocido por *Ortega el Americano,* ahora rectifique, reniegue de su gesto y torne hacia esa Europa incriminada —entre somormujos desdeñosos para América—. No creo excederme en la interpretación. Al menos, entre las escasas personas que le escucharon los últimos días, ha corrido esta frase orteguiana: «Se avecina una guerra entre continentes. Yo voy a tomar posición en Europa.» Y es que, efectivamente, bajo el pretextado viaje a Portugal, se hablaba de «una meta prevista, y seudoconfesada, en Berlín o Madrid».

La cosa sonaba entre los exiliados republicanos no ya como una traición a la hospitalidad americana, sino como

[53] Guillermo de Torre, «Sobre una deserción. Carta a Alfonso Reyes», en *Cuadernos Americanos,* núm. 3, México, 1942.

una auténtica afrenta. Y eso explica el airado comentario de De Torre: «¿Una guerra entre continentes? Aun en tiempos menos crudos y tajantes, y en el supuesto de que lo anterior fuera cierto, ¿se imagina usted como posible, dilecto Alfonso Reyes, que ningún otro español de América pudiera resolver así su abanderamiento patético? A usted como mexicano nativo y español de afinidad, a mí como español de raíz y argentino familiar, a tantos otros con esta duplicidad de lazos afectivos e intelectuales se nos partiría el alma, se nos desgajaría el ser, sin poder tomar partido. Pero en nuestros tiempos anormales —y aun teratológicos— esa supuesta guerra de continentes no es, no sería, en último caso más que una pugna radicalmente distinta y en la cual ya tenemos elegida trinchera: la guerra entre la América libre y la Europa tiranizada. ¿Comprende usted ahora, querido amigo, por qué me atrevo a calificar el viaje de Ortega como una deserción? Porque marcharse *ahora* de América es una deserción y de las más gravemente penadas en el código moral.»

Como puede verse, Guillermo de Torre subraya el adverbio temporal: ese *ahora* refleja el momento dramático que se está viviendo en Europa —donde las fuerzas totalitarias luchan contra democracias seculares— frente a un continente americano que no solo se halla en paz, sino que ha abierto sus puertas a los republicanos españoles con extraordinaria generosidad. No cabe duda de que en estas circunstancias la decisión de Ortega no pudo ser fácil, y solo un cúmulo de elementos adversos que ya conocemos puede explicarla: situación económica, hostilidad social y académica, dudas respecto a la evolución de los acontecimientos, residencia española de los hijos. Por último —lo más importante—, no debe olvidarse que Ortega había hecho de la circunstancia española el destino último de sus meditaciones y que encontrarse sin esta era como navegar en el vacío.

La residencia en Lisboa

El hecho de que la situación en Argentina se hubiese hecho insostenible, tanto política como económicamente, le incitaba a pensar en Europa, a pesar de que la conflagración mundial todavía mantenía la pelota en el tejado. No obstante, sus hijos permanecían en España y su fe en el Viejo Continente había permanecido siempre inquebrantable. Se imponía un lugar tranquilo y alejado del conflicto, pero que sirviese de discreta atalaya sobre los acontecimientos. Portugal era el país ideal para eso, y se convirtió a partir de marzo de 1942 y para el resto de su vida en centro estratégico de sus idas y venidas. El domicilio en Lisboa será hasta su muerte la residencia oficial, aunque pueda pasar largas temporadas en otros países, España incluida.

Ortega se instala al principio en Estoril con su mujer y allí pasará el verano de 1942. Entre tanto, buscan piso en Lisboa, y, tras pasar por varios amueblados, se instala en la avenida Cinco de Outubro, 10, un hermoso piso que figurará como domicilio oficial en su carta de residencia hasta que, tras su muerte, vaya a levantarlo su hija Soledad. El verano de 1943 lo pasa en Cascais —Casa Gandarinhas—, y el del 1944, en Estoril, cerca de lo que será la residencia de don Juan de Borbón —«Villa Giralda»— a partir de febrero de 1946. Las relaciones entre el filósofo y el que entonces era Príncipe de Asturias van a ser cordiales y amistosas. A pesar de la poca atención que ha suscitado esta relación por parte de los historiadores, es un capítulo importante en la biografía de Ortega al que prestaremos atención en su momento.

Entre marzo de 1942 y agosto de 1945, Ortega no sale de Portugal. Allí recupera el tono vital que perdió en Buenos Aires y, con él, la alegría de escribir. En 1943 cumple los sesenta años y en torno a esa fecha hay que situar algunos escritos relevantes: *Introducción a Velázquez* (1943),

Veinte años de caza mayor (1942), y el prólogo a *Aventuras del capitán Alonso de Contreras* (1943). Una parte importante de su labor durante esos años es recoger en forma de libro textos aparecidos anteriormente en otras publicaciones: *Historia como sistema. Del Imperio romano* (1941), *Ideas y creencias* (1942), *Castilla y sus castillos* (1942), *Teoría de Andalucía y otros ensayos* (1942). En realidad, esos años pueden considerarse de transición. El conflicto internacional que conocemos como Segunda Guerra Mundial está en su apogeo y Ortega, desde luego, está muy pendiente de él, pues sabe que su final afectará sin duda al régimen de Franco. Lisboa es un observatorio discreto, pero suficientemente próximo para ir conociendo la evolución de los acontecimientos y de cómo se reacciona en España frente a ellos.

La intervención de Ortega en la vida académica portuguesa fue muy discreta. No olvidemos que los regímenes de Salazar y de Franco eran hermanos, y tampoco allí la situación era fácil. Tardará dos años en conseguir que la Universidad lisboeta le dé un permiso para dictar su curso «Sobre la razón histórica», pues, aunque el Ministerio de Educación no ponía obstáculos, la famosa PIVE se manifestaba intransigente. Al fin, logrado el permiso, en noviembre de 1944 lo presenta el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, con este ditirambo: «Hoy acontece en la vida universitaria portuguesa un hecho tal, como no se daba en ella desde hace cuatro siglos» (vaga referencia a la enseñanza en Coimbra del jesuita Francisco Suárez, el famoso Doctor Eximio de la escolástica española). Este reconocimiento universitario en Portugal fue también un acontecimiento en la vida española, al que el diario *ABC* y el barcelonés *La Vanguardia,* dieron gran importancia. Pero la relación académica duró poco, pues, a partir de su regreso a España en 1945, Ortega prefiere cortar este tipo de lazos con el país vecino. Su interés se centra en la recuperación del lugar

que cree le corresponde en su España de siempre. Recordemos que esta era la primera e imprescindible circunstancia. Esto supone iniciar una nueva estrategia: la que marcará los últimos diez años de su biografía y acabará costándole la vida.

Apéndices [1]

1

Liga de Educación Política
(Relación de miembros fundadores)

La Liga de Educación Política española se compone en el momento de su fundación de los siguientes miembros:

Azaña, Manuel.
Álvarez Pastor, Joaquín.
A. Santullano, Luis.
Azcárate, Pablo.
Abril, Manuel.
Álvarez, Valentín.
Alarcón, Daniel.
Alcayde y Vilar, Francisco.
A. de Lorenzana, Ramiro.
Andrés Monedero, Ricardo de.
Ballesteros, Salvador.
Baeza, Ricardo.
Bernis, Francisco.
Begoña, Ricardo.
Basterra, Ramón de.
Bernaldo de Quirós, Constancio.
Castro, Américo.
Chacón, José.
Covián, Juan.
Calvo, Álvaro.
Cabañas, Francisco.
Cases Casañ, Antonio.
Campo Cerdán, Ángel del.
Cordón Barrera, José.
Carreño España, José.
Carazo Landa, Felipe.
Díez-Canedo, Enrique.
España y Heredia, Eduardo.

[1] Los documentos de los apéndices de toda la obra se han reproducido respetando la ortografía de la época.

Esteban Muñoz, Juan.
Elorrieta, Octavio.
Fernández Zabala, José.
Fernández Ardavín, Luis.
Flórez, Rafael.
Gancedo, Gabriel.
García Morente, Manuel.
Gutiérrez, Luis.
Gutiérrez, Ricardo.
González Magro, Pedro.
García Bellido, Joaquín.
González Tomás, Julio.
Guixé, Juan.
García del Diestro, José.
García Martí, Victoriano.
García y García, Diego.
García Bilbao, Luis.
Gómez, Enrique.
González Blanco, Andrés.
Galarza y Gago, Ángel.
Hernández González, Cesáreo.
Hoyos, Luis de.
Herrero Bahillo, Fermín.
Hernández Sampelayo, Jesús.
Laza, Enrique.
Luzuriaga, Lorenzo.
Lafora y García, Juan.
Llorca, Ángel.
Molina Ravello, Enrique.
Márquez, Manuel.
Membrillera, Ciriaco.
Membrillera, Inocente.
Mira, Francisco.
Madariaga, Salvador.
Menéndez Valdés, Julio.
Maeztu, Ramiro de.
Machado, Antonio.
Mesa, Enrique de.
Moreno Villa, José.
Neira Fernández, Ricardo.
Navarro Flórez, Martín.
Navarro Tomás, Tomás.
Núñez Moreno, Francisco.
Onís, Federico de.
Onieva, Antonio.
Ortega y Gasset, José.
Orueta y Duarte, Ricardo de.
Pérez de Ayala, Ramón.
Palomares de Duero, Marqués de.
Palacios, Leopoldo.
Pittaluga, Gustavo.
Puig Campillo, Antonio.
Rodríguez de Mata, Tomás.
Rivas Cherif, Cipriano.
Rojo Arias, Ignacio.
Rego, Ángel do.
Ruiz Gutiérrez, Francisco.
Ríos Urruti, Fernando de los.
Roldán Casilari, Andrés.
Serrano Salvador, Fernando.
Sevillano, Virgilio.
Subirana, Luis.
Sánchez Rivero, Ángel.
Salinas, Pedro.
Said Armesto, Víctor.
Seco de Lucena, Daniel.
Sanz, Rodrigo.
Tomás Cuesta, Ángel.
Tenreiro, Ramón.
Viñuales, Agustín.
Vegue y Goldoni, Ángel.

2

Sobre una deserción. Carta a Alfonso Reyes, de Guillermo de Torre

Mi querido y admirado Alfonso Reyes: Llega a mis manos el primer número de la excelentísima revista CUADERNOS AMERICANOS que mexicanos y españoles han empezado ustedes a publicar. Al cortar sus páginas y verter las primeras miradas aquí y allá, tratando de captar lo esencial o lo que más se acerque a mis temas preferidos o a mis preocupaciones del momento —así leemos, en suma, por vez primera, quienes, al margen del aguzamiento profesional, vivimos espoleados por muchas otras páginas intensas que nos aguardan cotidianamente—, y al recorrer su artículo sobre España y Waldo Frank, encuentro esta frase que logra detenerme: «Después de su primer viaje a la Argentina, José Ortega y Gasset —que ya antes había declarado que América era el mayor honor y la mayor responsabilidad histórica de España— me confesó que le agradaría ser apodado *Ortega el Americano,* como se dijo en la antigüedad: *Escipión el Africano.* Y lo ha logrado en algún modo y por las más nobles razones».

¡Ah, querido Alfonso, y qué mentís tan absoluto acaba de darle a usted quien tal dijo! Le sospecho, a estas alturas, enterado del caso en sí: el embarque de Ortega y Gasset, hará un par de meses, hacia Lisboa, como primera escala, pero con meta prevista, y pseudoconfesada, en Berlín o Madrid. Ahora bien, como probablemente usted ignorará las circunstancias y verdadera significación de tal viaje, no me parece superfluo aclararlas, aun a riesgo de su decepción —llamémosla así, por el momento— consiguiente. De esta forma, además, daré rienda suelta a la mía —que ya tiene otro nombre. Conste, en cualquier caso, que éste no es un artículo increpatorio. Poco explican algunos que aquí se han publicado, tomando la cosa por su simple lado político, y menos aún las zafiedades de aquellos que creen haber dicho la última palabra llamando al autor de *El tema de nuestro tiempo* —de tantos otros libros admirables que quisiéramos siempre indemnes— un «filósofo de gran hotel».

No; con hipérboles y denuestos de ese calibre nunca se adelantará nada para explicar este grave caso —que a todos los intelectuales, americanos y españoles, nos afecta y nos duele. Respetemos —todavía— la persona de Ortega, inclusive más de lo que se respeta él mismo. Como tal, como ente particular puede —¡no faltaba más!— desplazarse, cambiar de países, mientras le otorguen franquicias esos mismos que han

puesto alambres de púa a las fronteras de Europa. En cuanto a la obra... ahí está y seguirá estando, en tanto no surja alguien capaz de superarla. La anterior a 1936 seguirá calificando a Ortega como el primer prosista español de nuestro tiempo; en cuanto a la posterior, como se limita casi exclusivamente a un tejido de compromisos, reticencias o insinuaciones vergonzantes, poco habrá de contar en ningún caso.

Pero lo que aquí quiero comentar —públicamente— con usted no son las consecuencias o inconsecuencias latentes de la obra, sino la conducta de quien es algo más que un viajero particular, del gran escritor representativo, del hombre español que deja —¡en estos momentos!— voluntariamente la libre América y torna al redil europeo —redil en su recto sentido, sin metáfora. Con ese acto, con ese viaje Don José Ortega Gasset ha cometido —estamparé, después de medirla, la grave palabra— una deserción, una grave deserción.

¿Por qué? No necesitaré recordar a usted, amigo Alfonso Reyes, contertulio madrileño de muchos años, el tono cordial y aun el acento apologético que Ortega ponía en sus palabras siempre que la conversación rozaba a América; y cómo, otras veces, por encima de sus reservas y críticas —las nuestras, al cabo: amor hacia una persona o un país no es aceptación ciega, sino deseo de perfectibilidad— Ortega quería, parecía querer a este continente. Mucho menos habré de recordarle lo que inclusive saben aquellos que no le trataron: sus opiniones escritas sobre América, desde el asombro de su primer «Espectador», a raíz del viaje inicial a la Argentina, en 1916, hasta el entrecruzamiento de «halagos y vejámenes» que le dictó un segundo contacto argentino doce años después. «Cuando se escriba la historia de mi vida, de mi pensamiento [le oí yo decir en un brindis a Alejandro Korn, en Buenos Aires, en 1928] habrá que hacer un capítulo sobre la influencia que en mí ha ejercido la Argentina».

Mas en fin, todo eso son palabras —*verba volant*— que pudo llevarse el viento, como todos los días se lleva tantas, sin gran asombro de nadie. Lo importante, lo que permanece es el hecho siguiente: Ortega volvió a la Argentina en 1938, creo recordar, y entonces lo hizo por las mismas razones porque han venido o hemos vuelto todos los escritores europeos: huyendo de una Europa imposible, buscando aquí un clima de libertad y de acción que allí se nos negaba. Y ahora, Ortega —sin que aquello haya cambiado— rectifica, reniega de su gesto y torna hacia esa Europa incriminada —entre somurmujos desdeñosos para América. (Los pretextos materiales que alegó pudieran ser importantes —en suma, falta de trabajo retribuido a la escala de sus exigencias—, y, al cabo, serían secundarios.) No creo excederme en la interpretación. Al

menos, entre las escasas personas que le escucharon durante los últimos días, ha corrido esta frase orteguiana: «Se avecina una guerra entre continentes. Yo voy a tomar posición en Europa».

¿Una guerra entre continentes? Aun en tiempos menos crudos y tajantes, y en el supuesto de que lo anterior fuera cierto, ¿se imagina usted como posible, dilecto Alfonso Reyes, que ningún otro español de América pudiera resolver así su abanderamiento patético? A usted como mexicano nativo y español de afinidad; a mí como español de raíz y argentino familiar, a tantos otros con esta duplicidad de lazos afectivos e intelectuales se nos partiría el alma, se nos desgajaría el ser, sin poder tomar partido. Pero en nuestros tiempos anormales —y aun teratológicos— esa supuesta guerra de continentes no es, no sería, en último caso, más que una pugna radicalmente distinta y en la cual ya tenemos elegida trinchera: la guerra entre la América libre y la Europa tiranizada. ¿Comprende usted ahora, querido amigo, por qué me atrevo a calificar el viaje de Ortega como una deserción? Porque marcharse *ahora* de América es una deserción y de las más gravemente penadas en el código moral.

Cierto, podrá usted decirme, que Ortega apenas si fué —en el fondo, en la entraña de su pensamiento— un liberal. No lo ignorábamos aunque tampoco lo hayamos recordado debidamente. Pero si usted relee, como yo ahora, con otra criba, sin dejarse embaucar por el sortilegio verbal, páginas antiguas y recientes de Ortega, comprobará que éste nunca hizo mayor misterio de sus sentimientos antidemocráticos, de su «debilidad» por la fuerza, de su larvado cesarismo. Esto, sin recordar su ominoso silencio durante la guerra de España; sin recordar asimismo aquel significativo acceso de indignación que le acometió ante el hecho de que Einstein hubiera hecho declaraciones a favor de los republicanos españoles (según se lee en el «Epílogo para ingleses» en la segunda edición argentina de *La rebelión de las masas).* Sin embargo —seamos generosos hasta el límite— aquello eran todavía palabras, de valor circunstancial y modificable para quien tan diestramente supo manejarlas. Lo de ahora es otra cosa. Lo de hoy es un hecho infinitamente más grave; un acto definitivo e irrevocable.

Y he ahí, Alfonso Reyes, por qué me ha impresionado tanto el contraste entre sus —una vez más— generosas palabras sobre Ortega y la traición que éste nos ha hecho. Sí, permítame usted que pluralice y me sienta implicado en la ofensa como nuevo americano. Nadie mejor que usted —ya que pocos otros escritores, entre los de estos países, tienen tan desarrollado y vigilante el sentido de lo continental— para hacerse eco de esta decepción. Y, por su conducto, sépanlo todos, en primer

término, los mexicanos, las personalidades de esa Universidad que habían invitado a Ortega, no ha mucho, para profesar en sus aulas.

Que midan todos el significado de ese cambio de rumbo...

Mientras tantos escritores españoles —se dirá en el futuro, inapelablemente— huyeron de sus patrias cerradas y se sumaron con su esfuerzo a las abiertas patrias de América, hubo una excepción dolorosa, un hombre que desertó: D. José Ortega y Gasset.

Saludos y abrazos de su amigo y devoto

GUILLERMO DE TORRE

(*Cuadernos Americanos,* México, julio-agosto 1942)

II

LA DÉCADA OMINOSA
(1945-1955)

1
Un semidestierro

Aunque no las tiene todas consigo, en 1945, al término de la Segunda Guerra Mundial, Ortega decide pasar a España. Las fuerzas aliadas han triunfado en la refriega y es razonable pensar que las democracias victoriosas contra las fuerzas totalitarias en Alemania e Italia no van a tolerar en España un régimen de definición fascista. Francisco Franco es también un dictador totalitario y es lógico prever que no durará mucho en el poder. Es lo mismo que pensaban los exiliados republicanos en los distintos países de acogida. Todos ellos habían permanecido entre 1939 y 1945 «con las maletas hechas» —según expresión que se hizo tópica—, seguros de que una victoria aliada haría insostenible el régimen de Franco. Ortega y Gasset no solo lo piensa, sino que actúa en consecuencia, creyendo que su prestigio intelectual puede ayudar a esa caída del franquismo con su sola presencia, aunque esta de momento sea discreta.

El regreso a España

El 8 de agosto de 1945, Ortega pasa la frontera portuguesa, acompañado de su hijo José y de un ingeniero amigo

de este, José Torán, quien conduce el automóvil en que viajan. Se dirigen hacia Zumaya, donde quiere pasar el verano, evocando antiguas estancias estivales; se detienen en Mayorga de Campo, donde está la finca que su hija Soledad disfruta en compañía de su marido, José Varela; en sus viajes por el Norte es usual que Ortega recale en aquella finca, cuyo nombre, por más señas, es «Soto de Castilleja».

En Zumaya pasará un verano tranquilo en la pensión Uranga visitando con su hijo Miguel lugares vecinos: Guetaria, Zarauz, Azpeitia, Azcoitia, Cestona, Deva y frecuentes escapadas a San Sebastián. Naturalmente, se produce el reencuentro con viejos conocidos y amigos: José María de Areilza, José Félix de Lequerica, Joaquín Zugazagoitia, Teófilo Hernández... Al final de la estancia veraniega se acerca a Madrid, donde pasará unos días en la casa que Miguel tiene en Bárbara de Braganza, 12. Allí va a funcionar también la oficina de la *Revista de Occidente,* que reanuda su actividad editorial, aunque no así la propia revista, que no podrá salir a la calle hasta 1963.

Esta primera y discreta presencia española de Ortega tras el destierro no está mal. La situación internacional parece favorecer las expectativas, pues en Inglaterra ha caído el gobierno conservador de Winston Churchill, sustituyéndole el izquierdista Clement Attlee, quien había triunfado en las elecciones del 25 de julio. En la Conferencia de Postdan la alusión a la España de Franco no había sido nada halagüeña; de hecho, se inicia entonces un proceso de aislamiento del régimen franquista que tendrá su punto culminante en la resolución de la ONU del 12 de diciembre de 1946, por la que se recomienda a los Estados miembros la retirada inmediata de los embajadores ante el gobierno de Franco. Se inicia así un período de aislamiento internacional del régimen que no empezará a suavizarse hasta el 4 de noviembre de 1950 con una resolución de las Naciones Unidas mucho más flexible que la anterior. Ortega piensa que este es un

momento bueno para iniciar una cierta influencia sobre la opinión española. El único propósito que le guiaba en esta actuación era «utilizar su autoridad como puente y transición para normalizar la vida de España, al servicio de la cual puso toda su vida» [1], como dejó escrito su hermano Eduardo. Una vez más, España era su circunstancia primordial y sin ella no podía vivir; buscar otros motivos espurios en su actuación no deja de ser calumnioso. Si de algo pecó Ortega es de exceso de confianza en su autoridad e influencia, como las circunstancias se encargarían de demostrarle.

El resultado de esta decisión fue sustituir el destierro a que había estado sometido por un semidestierro en que la residencia oficial seguía siendo Lisboa, con incursiones que la prudencia iría dictando en España. Estas incursiones no tenían otro carácter que el de repetidos sondeos a la situación. El primero de estos tendría lugar el 4 de mayo de 1946 en el Ateneo de Madrid, donde, invitado por Pedro Rocamora —importante director general de Propaganda del régimen—, pronunciará su conferencia «Idea del teatro»; en ella se hacían algunos guiños a la juventud y se observaba una ambigüedad calculada con la situación política. Entre las cosas que más llamaron la atención —y ampliamente manipulada después por la prensa— fue su frase sobre la «sorprendente, casi indecente salud» de la sociedad española. El relato que hace su hijo Miguel de la reacción pública tras la conferencia es desolador; nadie se acercó para acompañarle y comentarle lo dicho, hasta el punto de que el hijo invitó a la familia a cenar en el restaurante Chipén para evitar la tristeza. Aquello debía haberle convencido de que las posibilidades de influencia en el régimen eran nulas, pero la confianza de Ortega en sí mismo era superior a eso. Con todo, el fracaso le deparó la primera de una serie de depresiones —enfer-

[1] E. Ortega y Gasset, «Mi hermano José. Recuerdos de infancia y mocedad», *Cuadernos Americanos,* vol. 87, núm. 3, mayo-junio 1956.

medad que desde entonces le acecha— que le tendrá postrado para toda iniciativa intelectual durante diez meses.

Desde luego, Ortega le había cogido afición a otros aspectos menos desdeñables de la sociedad española, y ese mismo año alquila un piso pequeño en la calle Rey Francisco, 11, a nombre de su hijo José —entonces soltero—, que utilizará como «apeadero» en la capital. A partir de entonces, reanuda sus veraneos en España; los de 1946 y 1947 los pasa en «Villa Furu» (Ategorrieta, San Sebastián); el de 1948, en el hostal de La Calandria, en La Granja (Segovia), y a partir de 1949 pasa temporadas en el balneario de Panticosa y en Fuenterrabía.

Uno de los placeres consustanciales a su vida es la tertulia, que ahora puede renovar, aunque los participantes no son siempre los mismos. En Bárbara de Braganza, 12, se reúne con Fernando Vela, Julián Marías, Pepe Tudela, José Ruiz-Castillo, Emilio García Gómez, José Vergara, Antonio Rodríguez Huéscar, Luis Díez del Corral, Alfonso García Valdecasas, José Antonio Maravall... Hace también nuevas amistades con hombres como Antonio Díaz-Cañabate, Domingo Ortega, Julio Camba, José Germain, Fernando Chueca...

La operación monárquica

Aunque la situación en España sea muy deprimente y esterilizante, queda todavía la esperanza de un cambio político. Don Juan de Borbón está dispuesto a impulsarlo, y el *Manifiesto de Lausana* del 19 de marzo de 1945 no puede ser más explícito. A esto hay que añadir la política exterior de Gran Bretaña, que se mueve también en la misma dirección; dentro de España, el propio ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, está convencido de que el cambio se avecina, y el 11 de diciembre de 1945 el entonces embajador británico en Madrid, Victor Mallet, asegura que «Franco había decidido retirarse para dar paso a don

Juan»; su convencimiento es tal que hasta llega a dar una fecha: verano de 1946.

En el acoso a Franco de aquellos años coadyuvan dos factores complementarios: por un lado, el aislamiento internacional, protagonizado por la ONU y su recomendación de retirar a los embajadores; por otro, el cerco de don Juan de Borbón y el grupo de hombres —en este caso, monárquicos y republicanos unidos— que le siguen. Hay un momento en que parece que estos pueden ganar la partida, pero Franco ha jugado bien sus cartas en el ámbito internacional, situándose como un baluarte inexpugnable del anticomunismo en un momento en que la guerra fría estaba en período álgido. Desde el punto de vista de la política interior, se precipitó a consultar al país por referéndum una ley de Sucesión que, declarándose monárquica en los principios, le garantizaba un poder vitalicio y libertad para nombrar al sucesor. En esta situación don Juan lanza el *Manifiesto de Estoril,* fechado el 7 de abril de 1947, y hace públicas unas declaraciones a *The Observer* el 13 de abril, donde se ratifica en sus intenciones de exigir de Franco la transmisión de poderes. Pero todo llega demasiado tarde: Franco se ha convertido en el ínterin en bastión internacional del anticomunismo y dentro de España en un dictador implacable. La frase con que se lo comunicó a Martínez Campos es rotunda: «Yo no haré la tontería que hizo Primo de Rivera. Yo no dimito: de aquí al cementerio[2].»

A esta operación monárquica se apuntará Ortega y Gasset. Recordemos que don Juan ha cambiado su residencia a Estoril en febrero de 1946, coincidiendo con los primeros sondeos del filósofo para abrir la cerrada sociedad española a horizontes más amplios. Pedro Sáinz Rodríguez ha contado cómo se conocieron ambos personajes por inte-

[2] Alfredo Kindelán, *La verdad de mis relaciones con Franco,* Barcelona, 1981, pág. 287.

rés mutuo: organizó un almuerzo en el restaurante *El Faroleiro,* a orillas del mar, en la carretera que va desde Lisboa a Estoril. Antes del almuerzo tuvieron ocasión de hablar largamente, pues se habían citado con tiempo suficiente para mantener esa conversación que ambos deseaban. A la comida asistieron además de los tres susodichos, Eugenio Vegas Latapié y el duque de Frías; en ella se habló de todo, pero a Sáinz Rodríguez se le quedó grabada una frase que Ortega dirigió a don Juan: «En política no siempre se debe hacer caso a los intelectuales.» Tras aquella entrevista la amistad entre ambos quedó sellada; parece que se volvieron a ver muchas veces y que tuvieron largas conversaciones en el Club de Golf de Estoril[3].

En 1945 Franco había renovado su gobierno, tratando de hacerlo más tolerable a las democracias occidentales, pero los monárquicos que apoyan a don Juan están decididos a hacerle Rey de los españoles. Con la ayuda de Sáinz Rodríguez, don Juan ya tiene preparado un gobierno presidido por Alfredo Kindelán; en él figurarán también Gil-Robles, Madariaga, Yanguas Messía, Vegas Latapié, Gregorio Marañón... La restauración monárquica parece inminente en 1945, y Serrano Súñer, que también lo cree así, le propone a Franco que desactive la Falange inmediatamente y que nombre un gobierno en el que entrarían Ortega y Gasset, Marañón y Francesc Cambó; hasta tal punto eran estos afines a don Juan que Serrano pensaba que podrían disuadirle de sus propósitos. Franco se ríe de la idea. Como buen legionario, está dispuesto a seguir su camino hasta el final.

Al final, como es bien sabido, Franco se saldrá con la suya y permanecerá en el poder hasta el día de su muerte; a ello coadyuvarán varias causas: el cambio de política por parte de Inglaterra, que empezó a ver en Franco un puntal

[3] Véase el libro de Pedro Sáinz Rodríguez, *Un reinado en la sombra,* Planeta, Barcelona, 1981.

seguro contra el comunismo; la frialdad que mantuvo una mayoría de los monárquicos del interior respecto de la operación restauradora; la imposibilidad de que el Ejército tomase una posición activa y decidida; y, por último, pero no menos importante, el apoyo a Franco por parte de la jerarquía eclesiástica. A este respecto ejerció una influencia indudable la pastoral del arzobispo de Toledo, Enrique Pla y Deniel, que pronunció el 28 de agosto de 1945, con este título: «La verdad de la guerra de España»[4].

En cualquier caso, y a la luz de los datos exhumados, parece claro que Ortega no solo estaba al tanto de la operación monárquica para sustituir a Franco, sino que la apoyó personalmente. Un biógrafo poco inclinado a hacer afirmaciones como estas lo deja también claro cuando dice: «Será necesario que la gran guerra termine y que Franco inicie su giro, en 1945, hacia unas relaciones favorables con los vencedores, para que Ortega vaya contemplando como inminente su vuelta a Madrid. Hasta bien entrado 1946 da la impresión de que Ortega contempla el régimen de Franco como un inevitable episodio que está llegando a su fin. Necesario y hasta positivo, pero convenientemente efímero y que debe dejar paso a la Monarquía. Este será un asunto crucial del que hay muchas más pruebas directas, de conversaciones y conciliábulos, que documentales[5].»

---

[4] Sobre lo relatado en este capítulo es interesante consultar los siguientes libros: Luis Suárez, *Francisco Franco y su tiempo,* 8 vols., Fundación Francisco Franco, Madrid, 1984; Florentino Portero, *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950),* Aguilar, Madrid, 1989; y Luis María Anson, *Don Juan,* Plaza & Janés, Barcelona, 1995.

[5] Gregorio Morán, *El maestro en el erial,* Tusquets, Barcelona, 1998, pág. 91. Sobre este interesante episodio político es interesante consultar los libros de Rafael Martínez Nadal, *Antonio Torres y la política española del Foreign Office (1940-1944),* Editorial Casariego, Madrid, 1989; y *Antonio Torres. De la BBC a The Observer. Republicanos y monárquicos en el exilio, 1944-1956,* Editorial Casariego, Madrid, 1996.

2
La reacción ante la filosofía universitaria del interior

Es impensable que una filosofía que se mantiene viva, que está alerta a lo que ocurre a su alrededor y que no es ajena a los avatares que más directamente afectan a la vida del hombre, pueda ver transcurrir una larga y dura guerra civil de tres años y una dictadura de casi cuarenta sin inmutarse. En el caso español no ocurrió desde luego así, y mucho menos en la figura que se invoca como señera en el pensamiento español. José Ortega y Gasset tenía cincuenta y tres años al iniciarse la guerra y cincuenta y seis al acabarse; son años centrales en la vida de cualquier persona y más en la de un erudito que, a pesar de su precocidad, había ido madurando su pensamiento de forma muy gradual. Es necesario, pues, que examinemos cómo se vio afectada su obra por el acontecimiento y las secuelas posteriores del llamado exilio.

La opción europea: un libro singular

A pesar de ser uno de los intelectuales que contribuyó de forma notoria al advenimiento de la Segunda República, Ortega no tomará partido por ninguno de los bandos con-

tendientes. Esto no quiere decir que en 1939 no tuviera ideas sobre la situación ni tampoco que dejase de expresarlas cuando la ocasión lo requería, como sabemos; el hecho de que en 1942 abandonase la Argentina y se instalase en Lisboa es algo más que una decisión coyuntural. Ortega optó por Europa y por su reconstrucción tras la Segunda Guerra Mundial, un proyecto ético e intelectual —antes que una opción política— por el que venía trabajando desde la primera década del siglo en polémica con el antagonismo de Unamuno. En esa línea europeizadora hay que entender sus giras de conferencias periódicas por Alemania después del fin de la guerra y la fundación del Instituto de Humanidades en Madrid el año 1948. Desde esta óptica debe entenderse la redacción de su libro *La idea de principio en Leibniz y los orígenes de la teoría deductiva,* aparecido como publicación póstuma en 1958, pero que se entiende fue redactado en su totalidad durante los meses de primavera y comienzo del verano de 1947 [6].

A pesar de haberse dicho que es el libro técnicamente más importante desde el punto de vista filosófico de toda la producción orteguiana, la crítica no ha sido generosa en su ocupación con él. La mayoría de los expositores de la filosofía de Ortega ni siquiera lo analizan; lo mismo me ocurrió a mí en su momento [7], aun sin haber sido consciente de mi conducta durante el momento de la redacción. El hecho debe, pues, ser explicado, cuando no hay deliberación ni malevolencia en él.

En cualquier caso, es evidente que estamos ante un libro póstumo, y el que Ortega mismo dejara pasar el resto de

[6] Así se indica en la «Nota preliminar» que «los compiladores» anteponen a la primera edición (Buenos Aires, 1958, pág. 9; *OC,* VIII, 61).

[7] Me refiero a la dilatada exposición que hago de la filosofía de Ortega en dos capítulos de mi *Historia crítica del pensamiento español,* tomo V/3, Madrid, 1991.

su vida sin sentir la necesidad imperiosa de publicarlo nos habla claramente de su peculiaridad. Si a ello añadimos que se trata de un libro inacabado, podemos inducir que en él hay más secretos de los que en un primer momento pudiéramos intuir. Antes de esclarecerlos pasemos a lo que constituye el punto de partida de nuestra sorpresa y que puede enunciarse en dos afirmaciones contradictorias aparentemente: 1) la óptima valoración del libro a que antes aludimos y que ha llevado a considerarlo el mejor de su producción filosófica; 2) lo innecesario que ha parecido a muchos historiadores —incluyéndome a mí— recurrir a él para una exposición de la filosofía orteguiana.

En relación con la primera afirmación bastará que nos remitamos al juicio escrito por sus dos seguidores más fieles: José Gaos y Julián Marías, que hicieron sendos comentarios al poco de la aparición del libro. José Gaos dice en el anuario mexicano *Dianoia* lo siguiente: «Este libro prueba concluyentemente que Ortega maneja con tanto dominio de ellas [las técnicas] como el *scholar* de ellas más dueño aquellas con que se componen ya habitualmente las publicaciones "científicas", en materias de ciencias humanas, de las instituciones más serias y reputadas en este sector de la vida intelectual internacional contemporánea[8].»

Julián Marías, en el tono ditirámbico acostumbrado en él al hablar de Ortega, escribió nada más aparecer un texto titulado «Exhortación al estudio de un libro», en el que decía lo siguiente: «Siento la tentación de decir que este es el libro más importante de Ortega, de todo cuanto escribió en su vida. Siento la tentación de ir más allá aún y agregar que es el libro de filosofía más importante publicado hasta ahora en el siglo XX. Pero me acomete una duda. Porque "importante" no es un adjetivo, sino un participio: importante

[8] José Gaos, «El *Leibniz* de Ortega», en *Dianoia. Anuario de Filosofía,* México, 1960, págs. 195-214.

es *lo que importa.* No basta, pues, *cómo sea* algo para que sea importante; importante es un término transitivo. Y no estoy seguro, ni mucho menos, de cuánto y de qué manera importe este libro a los demás, y a quiénes, es decir, para quiénes sea verdaderamente importante[9].»

A pesar de estas afirmaciones y otras de semejante calibre con que la prensa del momento saludó la aparición del libro, esta obra de Ortega no ha sido examinada ni estudiada con el rigor que requiere, y ello probablemente porque no se ha tenido suficientemente en cuenta el hecho de haber sido escrito en el exilio y, como si dijéramos, a las puertas de España. Hacerlo así exige tomar en consideración una de las claves fundamentales que el propio Ortega nos dio para el entendimiento de su obra. En el prólogo que escribió en 1932 a la primera edición de sus *Obras* —completas hasta aquel momento— nos dice lo siguiente:

> Yo soy yo y mi circunstancia. Esta expresión, que aparece en mi primer libro y que condensa en mi último volumen mi pensamiento filosófico, no significa solo la doctrina que mi obra expone y propone, sino que mi obra es un caso ejecutivo de la misma doctrina. Mi obra es, por esencia y presencia, circunstancial. Con esto quiero decir que lo es deliberadamente, porque sin deliberación, y aun contra todo propósito opuesto, claro es que jamás ha hecho el hombre cosa alguna en el mundo que no fuera circunstancial. Esto es precisamente lo que el lema citado manifiesta. El hecho radical, el hecho de todos los hechos —esto es, aquel dentro del cual se dan todos los demás como detalles e ingredientes de él—, es la vida de cada cual. Toda otra realidad que no sea la de mi vida es una realidad secundaria, virtual, interior a mi vida, y que en esta tiene su

[9] Julián Marías, «Exhortación al estudio de un libro», en *Obras,* Revista de Occidente, Madrid, 1960, t. V, pág. 461.

> raíz o su hontanar. Ahora bien: mi vida consiste en que yo me encuentro forzado a existir en una circunstancia determinada. No hay vida en abstracto. Vivir es haber caído prisionero de un contorno inexorable. Se vive aquí y ahora. La vida es, en este sentido, absoluta actualidad. Esta idea fundamental fue vista por mí y formulada cuando la filosofía europea, y especialmente la de mis maestros más inmediatos, sostenían lo contrario y se obstinaban en el tradicional idealismo que yo desenmascaré como utopismo, es decir, la existencia fuera de todo lugar y tiempo. Hoy han descubierto esta verdad en Alemania, y algunos de mis compatriotas caen ahora en la cuenta de ella; pero es un hecho incontrovertible que fue pensada en español hacia 1914. Mi incesante batalla contra el utopismo no es sino la consecuencia de haber sorprendido estas dos verdades: que la vida —en el sentido de vida humana, y no de fenómeno biológico— es el hecho radical, y que la vida es circunstancia. Cada cual existe náufrago en su circunstancia. En ella tiene, quiera o no, que bracear para sostenerse a flote (*OC,* VI, 347-348).

La ideologización de la filosofía

Ahora bien, apliquemos esta clave al momento en que Ortega escribe *La idea de principio en Leibniz y los orígenes de la teoría deductiva* —primavera-verano de 1947—, y veamos cuál es su circunstancia personal. Ortega ha renunciado a vivir en Buenos Aires —por motivos que hemos estudiado antes—, se ha instalado en Lisboa, y aunque la Segunda Guerra Mundial ha terminado con la victoria de los aliados, el régimen del general Franco no solo no cae, sino que parece que tiende a prolongarse indefinidamente. Por otro lado, él ha renunciado a un puesto universitario y su cátedra de Metafísica ha sido interinamente ocupada por

don Juan Zaragüeta, un eminente representante del neoescolasticismo de Lovaina, que se convertirá en el guía espiritual de las nuevas generaciones de posguerra. En pocos años —y, desde luego, en 1947 el proceso se había cumplido— la estructura universitaria había sido ocupada por la filosofía escolástica, que se convirtió en ideología oficial del régimen franquista. A partir de entonces el Ministerio de Educación Nacional —así se llamó en los primeros años— desarrolla una política para implantar el escolasticismo en la enseñanza media, mediante un sistema de oposiciones controlado y centralizado por el aparato estatal.

El resultado inmediato de semejante programa político será la ideologización de la filosofía, como instrumento intelectual puesto al servicio de los intereses del Estado nacional franquista. En esta situación hay que entender también las reacciones filosóficas contra dicha ideologización que se producen unos años después. En 1956 ya hay una juventud que se manifiesta como existencialista, neopositivista, analítica y muy poco después marxista y neomarxista, pero la reacción no supera en los primeros momentos el nivel de la ideología. Se reacciona ideológicamente contra la ideologización escolástica; se tardará tiempo en tomar conciencia de ello, y a esa toma de conciencia coadyuvará mucho un marxismo que a partir de 1960 encontrará campo abonado para su expansión. No obstante, la ideologización seguirá todavía su curso, alcanzando su apoteosis con el movimiento neonietzscheano, que a partir de 1968 —fecha simbólica del mayo francés— alcanzará un estado cuasihegemónico en cierta juventud. Luego vendrá la muerte de Franco, el cambio democrático y, en el ámbito cultural, un creciente proceso de desideologización que se traducirá en la esfera filosófica en una importante adquisición de nivel. Se recuperan manifestaciones normales en un país libre que vive acorde con su tiempo: pluralismo, especialización y cientificidad en la ocupación filosófica.

Todo esto es un proceso reciente, que ya ha sido analizado por otros; nosotros por ahora nos hemos quedado en 1947, el momento en que Ortega escribe su *Leibniz.* El libro llama la atención, en primer lugar, por su extensión inusitada, ya que Ortega en el resto de su obra no pasó de textos que superaran las cien o doscientas páginas, mientras que aquí se extiende hasta cerca de las quinientas; en segundo lugar, por el rigor técnico, que contrasta con el carácter ensayístico o literario que dio a la mayoría de sus escritos; y en tercer lugar, por la materia misma de su investigación, que es un tema clásico de la filosofía tradicional tomado en su más estricto y riguroso sentido filosófico, muy alejado de los temas concretos, humanos o existenciales de su habitual quehacer intelectual. En suma, el libro es una excepción de tal calibre dentro de la producción orteguiana que su redacción exige una explicación. Estamos ante un libro que desde el punto de vista biográfico podemos calificar de dramático, como lo hace Gaos cuando dice: «A pesar del esfuerzo notorio, hasta resultar él mismo dramático para el conocedor de Ortega, por hacer una vez otra cosa, su pensar sigue siendo fundamentalmente reactivo, ocasional o circunstancial, o *ad hoc*, con las consecuencias de siempre [10].»

Una opinión semejante es también la de Julián Marías, quien dice que «la circunstancialidad de la obra de Ortega se extrema en este libro», y aún añade unas líneas después: «Este libro, tan técnico, tan áspero de lectura en ocasiones, lleno de saber filosófico, es a última hora el más personal, el que más se parece a una confesión, con una significación autobiográfica —porque se trata de una vida vocacionalmente definida por la filosofía [11].»

[10] José Gaos, loc. cit., pág. 208.

[11] Julián Marías, *Ortega. Las trayectorias,* Alianza Editorial, Madrid, 1983, pág. 447.

La circunstancialidad del texto

Tanto Gaos como Marías se refieren a la circunstancialidad de este libro de Ortega, pero cuando tratan de precisarla se refieren al tercer centenario del nacimiento de Leibniz en 1946 y al compromiso de Ortega para escribir una introducción a los escritos de Leibniz publicados en los *Acta Eroditorum* que iban a editarse en Madrid por la Hemeroteca Municipal. Nada de esto explica suficientemente que Ortega realizase el mayor esfuerzo sistemático y técnico de su vida en el ámbito filosófico; mucho menos explica que ese esfuerzo sobre la idea de principio en Leibniz se acompañase de una reinterpretación histórica que, entre otras cosas, daba plena razón de ser a su posición filosófica. Hay más bien que pensar otras cosas; entre ellas, que era el primer libro suyo que se iba a publicar en Madrid tras la guerra civil y que, dados los derroteros que había tomado la filosofía en España, temía que se volviese a hablar del carácter literario —y no filosófico— de sus escritos, reapareciendo actitudes que se habían manifestado con frecuencia antes de la guerra y que ahora surgirían probablemente con mayor fuerza.

Sin embargo, por debajo de estos elementos subyacen en el libro de Ortega otras cuestiones filosóficamente más sustanciosas. Entre ellas, la visión que da de Aristóteles y el aristotelismo como base de la escolástica medieval, poniendo de manifiesto el anacronismo que esta representa para la actual situación de la filosofía; sus críticas al «modo de pensar artistotélico» nos parecen extraordinariamente importantes, pues no podemos evitar pensar que al escribir tales juicios Ortega miraba de soslayo a los escolásticos que se habían apoderado de la Universidad española. Algo de esto debía de pensar Julián Marías cuando en el intercambio de cartas mantenido con Ortega con motivo del libro considera que su principal misión es «la de poner las cosas en claro

respecto al sentido actual de la filosofía» [12], sin que falten las referencias a la Escolástica, sobre la que en carta a Ortega dice lo siguiente: «Por supuesto, su interpretación de la Escolástica me parece aguda y justísima. Dice usted todo lo bueno que hay que decir de ella, con toda holgura y generosidad, pero todo eso dentro de su radical limitación, si no se advierte la cual son funestas sus propias excelencias. No sé cómo caerá; será malentendida, suscitará enojo; pero no importa: es verdad y está justificada, y basta. Tal vez fuera bueno, por eso mismo, omitir alguna expresión que, aunque procede del buen humor de usted, se entenderá y se exhibirá como prueba inequívoca de saña, odio, etc.; así "frailazo" y alguna más. Creo que es concederles un tanto de ventaja, sin beneficio sustancial [13].»

En su contestación, Ortega no se muestra de acuerdo con la impresión de estos textos, reivindicando su derecho a tales «humoradas» —así las llama—, con las que quizá contrapesa la seria ocupación de un texto filosófico que entonces se propone titular asépticamente *El principalismo de Leibniz;* tampoco está de acuerdo, como le sugiere Marías, con cambiar este título, porque, dice el propio Ortega, «la inexpresividad de la titulación contribuye a cubrir la mercancía explosiva que bajo ella va» [14].

En otras palabras, que Ortega era plenamente consciente de la explosividad de su texto en la España del momento. Quizá por eso continuó inconcluso e impublicado, sobre todo a raíz del momento en que, al año siguiente, Ortega decidió poner en marcha las actividades del Instituto de Humanidades que funda en 1948 con Julián Marías. Es muy probable que el texto orteguiano sea una contestación

[12] Julián Marías, *Ortega. Las trayectorias,* Alianza Editorial, Madrid, 1983, pág. 443.

[13] Ibídem, pág. 444.

[14] Ibídem, pág. 445.

—por elevación, por supuesto, ya que otra cosa no permitía su orgullo— a las diatribas que contra él lanzaron desde 1942 varios «frailazos», como él diría. En otro capítulo he estudiado la campaña de desprestigio que iniciaron contra él los jesuitas Joaquín Iriarte, José Sánchez Villaseñor y Juan Roig Gironella, la cual culminará con el feroz ataque del dominico Santiago Ramírez en su libro *La filosofía de Ortega y Gasset* (1958); todo esto puede verlo el lector en el correspondiente capítulo de la tercera parte de este libro.

En cualquier caso, es conocido también el sectarismo con que gran parte de la prensa recogió esas primeras actuaciones públicas de Ortega tras la guerra civil, lo que motivó su retraimiento de las actividades en el interior y sus cada vez más frecuentes salidas al exterior, muy principalmente a Alemania.

Es cierto que Ortega mantuvo hasta el fin de sus días su domicilio oficial en Lisboa —y en ello tuvo exquisito cuidado—, pero esas actuaciones públicas no dejaron de suscitar las reticencias, y aun la hostilidad, de muchos de sus compañeros de generación que habían optado por un exilio claro y definitivo, mientras el general Franco se mantuviese en el poder. El hecho es que el antiguo plantel de prestigiosos profesores que habían dado merecida fama a las Universidades de Barcelona y de Madrid, llegándose a hablar incluso de la Escuela de uno y otro sitio, dio paso —salvo muy contadas excepciones— a un tipo de profesor-funcionario que defendía la ideología del régimen franquista, bajo las fórmulas de un escolasticismo que en muchos casos ni siquiera se ocupaban de remozar con los planteamientos actualizados por los focos europeos de la neoescolástica.

En estas circunstancias, la juventud española quedó desvinculada de los que debieron haber sido sus maestros naturales, y cuando reacciona contra los suplantadores, tratando de entroncar con filosofías contemporáneas —el existencialismo y el neopositivismo, en primer lugar—, no

logra superar tampoco, en la mayoría de los casos, el nivel de la ideología. Las cotas que después hemos logrado ir superando han supuesto para casi todos nosotros un enorme esfuerzo, que en mi caso particular —y creo que también en el de muchos otros de mi generación— debe mucho a la recuperación de los valores del exilio. Quiero dejar constancia de ello como mínimo agradecimiento a los que, a pesar de todo, no dejaron de ser inspiración y sustento de lo mejor probablemente de nuestros afanes filosóficos.

En cualquier caso, hay que dejar claro —y este capítulo es suficientemente explícito en ese sentido— que la obra de Ortega y Gasset no es ni mucho menos ajena a esa tarea de recuperación de nivel para la filosofía, que ha inspirado a muchos de los que hemos venido después. Quede aquí constancia de ello en evitación de posibles equívocos.

3
Un reto al régimen: Instituto de Humanidades

Un proyecto de autonomía

El período de aislamiento internacional que sufrió España durante el año 1947 sin duda debió de parecerle a Ortega propicio para presentar un reto al régimen franquista con el fin de que, sin grandes pretensiones, le garantizase un lugar en la sociedad española —lo que para él era irrenunciable—, con suficientes garantías de independencia. Así surgió el proyecto de un Instituto de Humanidades, que se fue fraguando durante aquel año y se pondría en marcha durante el siguiente. El período 1947-1950 va a quedar marcado por este proyecto, que terminará en un sonoro fracaso.

Por supuesto, se trataba de mantener una independencia frente al régimen, lo cual requería una cierta autonomía económica, ya que no hay independencia intelectual posible sin una base económica. Para lo primero creyó conveniente no volver a la Universidad, ya que la estructura de esta se integraba en el régimen político; eso suponía no cobrar su sueldo de catedrático. Para lo segundo podía servir el Instituto de Humanidades, si tenía éxito y lograba una matrícula suficiente.

Desde el punto de vista administrativo, la situación de Ortega es la de «excedente con sueldo», lo cual no implicaba necesariamente que él cobrara un salario, como maliciosamente se ha dicho [15]. Por fortuna, tenemos un documento que prueba que fue así. Es la carta que le dirige su hijo José a Lisboa cuando está gestionando precisamente su jubilación en 1953; en ella se dice taxativamente que el último sueldo cobrado fue en 1936, como puede ver el lector en el Apéndice correspondiente, donde dicha carta se reproduce. Es probable, por lo demás, que el gestor encargado del asunto llegase a algún tipo de acuerdo con el Ministerio de Educación para que la jubilación no fuese la absoluta miseria que hubiera representado de la percepción en 1953 de haberes correspondientes al año 1936. El que eso fuese posiblemente así exonera de toda responsabilidad a nuestro filósofo, agobiado como estaba por su situación económica.

De momento, en 1947 no está cobrando ese sueldo y se dispone a poner en marcha un proyecto con el que no solo trata de subsistir económicamente, sino también de recuperar al menos parte del protagonismo que cree le es debido en España. Ortega va a intentar hacer posible su vida dentro de la circunstancia española que le había sido arrebatada por la guerra civil y la dictadura posterior.

---

[15] Gregorio Morán lo afirma taxativamente así en su libro *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo,* Tusquets, Barcelona, 1998, págs. 92-93 y 485-486. En estas últimas, el autor exhibe una hoja de servicios de la Dirección General de la Deuda y Clases Pasivas, donde se especifican los sueldos y subidas en el escalafón con toda clase de detalles, lo cual no implica —en contra de lo afirmado por el autor— que Ortega cobrara esas cantidades. Para asegurarlo Morán tendría que exhibir un documento firmado por el propio Ortega, que confirmase que hubiera recibido esas cantidades. Recordemos que en aquella época no existía domiciliación bancaria, y el sueldo se recibía en un sobre contra la firma de haber recibido la contraprestación correspondiente.

Es probable que en el proyecto hubiese una excesiva dosis de ingenuidad, lo cual no deja de sorprender, dada la edad de Ortega y su dilatada experiencia. Probablemente, la influencia y entusiasmo del entonces novicio Julián Marías fue decisiva en este asunto. El hecho es que Ortega va a presentar un reto al régimen franquista, ofreciendo una alternativa cultural al entonces reinante y todopoderoso nacional-catolicismo. No debe olvidarse tampoco lo que en esta tesitura había de torero en el carácter psicológico de Ortega, amigo de enfrentarse al riesgo e incluso desafiarlo con coraje. Pero, en cualquier caso, lo que sí había es un desconocimiento profundo de la naturaleza dictatorial e inamovible de un régimen brutal nacido de una guerra civil.

El Instituto de Humanidades

El proyecto nació con exigüidad de recursos. Muchos de los que se suponía habían de ser colaboradores indiscutibles —Xavier Zubiri y Alfonso García Valdecasas, por ejemplo— no le prestaron su apoyo. Aparte de estos, contará con el indefectible Julián Marías y sus amigos, Emilio García Gómez, Julio Caro Baroja y Benito Gaya; el resto lo hará esporádicamente. Por supuesto, no dejaron de ayudarle sus siempre próximos: Paulino Garagorri, Fernando Vela y Antonio Rodríguez Huéscar.

Como infraestructura física, tendrá que limitarse a los locales de la academia donde da clases Dolores Franco, la mujer de Julián Marías. Allí monta una llamada Academia Aula Nueva, situada en la calle Serrano, 52, un lugar céntrico y accesible que facilite la asistencia de los interesados: un público que se espera mayoritariamente joven. Pero el capital básico del Instituto de Humanidades está en la propia figura de Ortega, que va a dar dos sonados cursos en su seno: el titulado «Una interpretación de la historia univer-

sal», durante el curso 1948-1949; y el titulado «El hombre y la gente», en el siguiente 1949-1950. Para estar próximo a su nuevo quehacer, Ortega deja el piso de la calle Rey Francisco y toma otro más amplio en la calle Montesquinza, 28; en este le sorprenderá la muerte cinco años después.

Una idea del propósito de Ortega con el nuevo Instituto puede obtenerse leyendo el prospecto que va a servir de lanzamiento a su iniciativa y el borrador de su primer *Boletín* donde amplía esa declaración de intenciones. En el primero se especifica el significado del término «humanidades» en un sentido mucho más amplio que el tradicional. Para él, las humanidades son todas las ciencias del hombre en general, pero no solo estas, sino también el objeto de las mismas. Aunque no quiere ser exhaustivo en la enumeración, menciona cuatro disciplinas como fundamentales: lingüística, etnología, historiología y economía. El programa es muy amplio, pero siempre dentro de una gran modestia: «lo que ahora intentamos —dice— es cosa de mínima cuantía y no más que un ensayo». A pesar de detectar que «el ambiente es de pesadilla», no desespera de encontrar personas que «experimenten vocación parecida a la nuestra»; añade: «no hay ahora razón especial ni bastante para acoquinarse y suspender el deporte más constitutivo del hombre, que es teorizar» (*OC,* VII, 19-20).

Dado lo problemático y conjetural para encontrar una audiencia suficiente al proyecto expuesto, deja su concreción abierta a las más amplias expectativas. Por un lado, dice que «no nos dirigimos al público, ni lo buscamos», ya que lo que quiere es cooperar con un pequeño grupo de colaboradores. Pero en seguida deja abierta la posibilidad contraria: «puede acontecer que alguno de nuestros cursos despierte interés en un número bastante crecido de personas»; este hecho «significaría vernos consignados a topar con el público, que es precisamente a quien no nos dirigimos». La conclusión de esta dicotomía es clara: «No desde-

ñamos el público, lo que sería una actitud estúpida. Lo que hacemos es no contar con él, porque, queramos o no, ya lo hemos dicho, la mayor parte de nuestras labores excluye su participación» *(OC,* VII, 22).

El resultado fue contrario al esperado, lo que a la postre hizo inviable el proyecto, pues —como empieza declarándose en el mismo prospecto— «el Instituto de Humanidades tiene que sostenerse en las matrículas de los oyentes a sus cursos y coloquios-discusiones»; a lo que añade: «la cosa no admite escape porque el Instituto carece en absoluto de medios económicos. Nosotros mismos no los tenemos propios y nos faltan los ajenos. Con ser todo aventurado en nuestra iniciativa, el punto más problemático de ella es, como suele en España, el factor crematístico. De suerte que encima de ser tan dudosa la existencia de sincero interés por este género de trabajos, tenemos que empezar pidiendo sacrificios» *(OC,* VII, 23).

Según se dice en el primer *Boletín,* proyectado para ponerse en contacto con los colaboradores e incentivar la convivencia intelectual entre ellos, se proyectaron al principio cuatro cursos con los siguientes títulos: «*Las Nubes* de Aristófanes y Sócrates»; «Estructura social del precio»; «Sobre la comparación entre arabismo y filología clásica» y «Ensayo sobre los modismos». Por los datos que tenemos no parece que estos cursos tuviesen gran éxito, a pesar de haber sido elegidos por el propio Ortega. Se proponía hacer ver la fecundidad de su metodología, mediante el procedimiento de reintegrar la ciencia en su unidad orgánica, señalando la confluencia de disciplinas diversas en el estudio integral de un tema. Y a lo cual añade: «la confianza que tengo en la fertilidad de este procedimiento voy a demostrarla andando, porque me propongo intervenir en los cuatro coloquios anunciados» *(OC,* IX, 444). De nada valió.

Por el contrario, los cursos ya citados que impartió personalmente gozaron de gran éxito. En el primero de ellos se

inscribieron 650 alumnos y hubo que habilitar el club de la Unión del Círculo Mercantil e Industrial de Madrid para dar cabida a todos ellos. El mismo éxito va a tener en el curso siguiente el titulado «El hombre y la gente», en contraste con el poco éxito de los que se impartieron en los locales de Aula Nueva. El proyecto, pues, quedó así sentenciado.

Además, el éxito alcanzado por los cursos personales del filósofo no pudo ser soportado por la España oficial, lo que fue inmediatamente percibido por la hostilidad que la prensa manifestó en las reseñas de sus conferencias. Se resaltaba que a las mismas asistiesen toreros o señoras con abrigo de pieles y sombrero de plumas, mientras que se obviaba el contenido filosófico y teórico de las mismas. Solo *ABC* o *La Vanguardia* fùeron una excepción a dicha conducta, lo que le obligó en cierto momento a contestarles contundentemente; al comienzo de la lección sexta les dice: «Algunas sabandijas periodísticas —que hacen el cuco de reloj en las planas de periódicos y revistas, asomando de pronto el pico para escupir alguna insolencia irresponsable y gratuita, que en este caso queda impune porque saben que en los periódicos españoles no puedo responderles algo como más de una vez y de mazazo he hecho en mi vida—, algunas sabandijas periodísticas —digo— han creído que podrían desacreditar estas lecciones y denigrar este auditorio notificando que a ellas asisten toreros. Pero ¿qué idea tienen de lo que es, sobre todo, de lo que tiene que ser la ciencia, y especialmente las ciencias de humanidades, y qué idea tienen de lo que es y ha sido el toreo en España esos mentecatos? El Instituto de Humanidades, si logra consolidar su existencia, se propone una reforma profunda de las ciencias que estudian lo humano, y esta reforma que empieza por serlo de su mismo contenido científico continúa por ser una reforma en el modo de vivir la ciencia, en el modo de existir en el cuerpo social. Queremos que deje de ser propiedad

exclusiva de los mandarines —de los académicos, de los profesores universitarios; conste que yo lo soy— no porque creamos que estos no siguen representando una fértil e importante función en la labor intelectual, sino porque no basta con sus maneras de actuar. Es preciso, si no ha de periclitar nuestra cultura occidental, hasta ahora demasiado mandarinesca, que la ciencia sea cosa mucho más vivaz, que esté ahí en el cuerpo social penetrándolo todo, que todos convivan y colaboren en su ejercicio, cada cual —naturalmente— en el grado y sesgo que le corresponde. Por eso sería ideal que el auditorio de estos cursos y de los coloquios que en otro lugar practicamos fuese un escorzo perfecto de la sociedad española, desde el obrero manual, que, por desgracia y por vergüenza de los demás, carece de preparación siquiera secundaria, hasta los hombres que saben más que nosotros, y oyéndonos pueden corregirnos y completarnos. Invito a los jóvenes a que se hagan bien cargo de este propósito, y una vez que se hayan hecho cargo juzguen por sí mismos si la cosa no tiene un gran sentido y, por tanto, si no deben hacer soplar sobre las velas de este proyecto el magnífico viento alisio que es su mocedad» *(OC,* IX, 120-121).

Pero el fracaso de los cursos hay que achacarlo más que al acoso de la prensa, a la falta de matrícula suficiente y a la ausencia de los jóvenes. Ortega había pretendido acercarse a estos, porque consideraba que eran el futuro del país, pero no tuvo éxito en el empeño. Al cumplir los setenta años lo declara paladinamente; había recibido una carta de cinco jóvenes que le declaraban su respeto al tiempo que le reprochaban su silencio. Les contesta: «He intentado en estos años últimos tomar algún contacto con la juventud española. Creo un deber decirles que no lo he conseguido en absoluto [...] he hecho dos *ensayos* en grande, de *comenzar* una conversación con la gente joven de España: los dos cursos del Instituto de Humanidades. Estos dos ensayos de tan enorme éxito aparente me convencieron de que aquella

conversación era imposible. Puedo decirles que la asistencia a aquellos cursos reveló una adhesión, bien que *pasiva,* de los grupos sociales más diversos, pero con notable ausencia precisamente de los jóvenes.»

La decepción de Ortega: depresiones

Ortega era consciente de su fracasado intento para instalarse en España. Por eso se indigna cuando se entera en 1953 de que Julián Marías ha escrito un artículo en el que afirma, para demostrar la salud cultural de la sociedad española, que Ortega *está en España.* Nada más enterarse le escribe una carta, en que le reprocha furioso: «Si usted pudiera representarse el estado de ánimo por la situación terrible en que desde hace dos años me encuentro... comprenderá el efecto que leer eso me produjo, pues resultaba que nada menos que usted decía sobre mí una cosa que es evidentemente falsa. Nadie como usted sabe mejor que lo que yo he hecho es *intentar* estar en España. Este intento había fracasado cuando usted escribió ese artículo.»

La ambivalencia de su relación con el discípulo fiel es patente en esa respuesta. Sin duda, Marías no calibró bien el sufrimiento de Ortega durante esos años, pero el maestro sabía muy bien la cruz que llevaba encima, manifiesta en las largas etapas depresivas que desde esos años no dejan de acecharle. En 1952 escribe sobre su experiencia en España: «Estos últimos cinco años han sido la etapa más patológica de mi vida.» A partir de 1950 la depresión es permanente; le escribe a su amigo argentino Jaime Perriaux: «Fatiga y depresión de nervios»; añadiendo: «como conozco estas cosas sé que duran meses». De hecho, él mismo tiene acotados los plazos, y lo dice: «En los cinco últimos años he padecido tres terribles etapas de caída en el tono de mi sistema nervioso que me hacía imposible toda labor, incluso

la más sencilla de la más inevitable correspondencia... La primera me duró siete meses. La segunda, cinco, y la tercera, cuatro. Ahora estoy saliendo de la cuarta.» Sin embargo, como todavía no ha salido de esta última reconoce que no puede decidir nada sobre su inmediato programa. La cuestión resulta trágica: el filósofo que ha hecho del «proyecto» la categoría central de su vida, no puede tenerlo. Así se lo confiesa a su hermano Eduardo cuando trata de completar los planes para un viaje a América: «Supongo que sabrás por los chicos que desde hace años padezco etapas de gran depresión y que, a veces, duran muchos meses.» Parece claro que este estado depresivo era una reacción psicosomática a la situación española, como demuestra el hecho de que sea algo nuevo en su organismo, desconocido en el resto anterior de la vida del autor. Y así se lo dijo en carta del 6 de octubre de 1948: «He tenido estos años —en contradicción con todo el resto de mi vida— largas etapas de depresión nerviosa que no me dejan gusto para ocuparme ni de lo más urgente.»

Era sin duda una enfermedad provocada por el «mal de España»: le habían arrebatado su circunstancia y había fracasado en el intento por recuperarla. Este «mal de España» es el que le llevará unos años después al cáncer que le conducirá a la tumba. De algún modo también lo ha visto así Fernando Vela, cuando escribe lo siguiente: «En el año 1953, en una carta desde el extranjero, me hablaba de la estupidez que sentía crecer de día en día, no la de aquí o la de allá, sino genérica, universal. Tal vez esta marea ascendente fue lo que le hizo ir absteniéndose, retirándose al silencio. En unas notas halladas entre sus papeles inéditos decía que, entre las cosas que nadie podrá enseñarle, una era el callar. Y definía ese callar con estas palabras: "Un callar que no es cualquier mutismo, sino el sacramental, el correlativo a un auténtico decir". Su callar era un decir. Ortega, creo yo, no murió de la enfermedad diagnosticada por los médicos.

Otra enfermedad, otro cáncer, fue invadiendo partes cada vez más extensas de su espíritu, y acaso fue esto lo que abrió el camino a la mortal dolencia física. Ortega, creedme, al mirar en derredor y contemplar la situación del mundo se murió —se murió él—. No se puede vivir exigiendo esperanzadamente la mayor altura a la existencia para, al cabo de los años, encontrarse con que el mundo se ha ido tornando cada vez más estúpido y brutal. [...] Este es el riesgo de ideas tan elevadas, que, cuando no se realizan, *matan* al volver hacia su propio autor; le matan porque entonces se convierten en rayos fulminantes [16].»

[16] Fernando Vela, *Ortega y los existencialismos,* Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1961, págs. 35 y 36.

4
El proyecto europeo

La decepción provocada por el fracaso del Instituto de Humanidades va a marcar los cinco años que a Ortega le quedan de vida; lo ha visto muy claro Mercedes Martín Luengo, la autora de la probablemente mejor biografía de Ortega hasta el presente. Así lo dice: «Cuando renuncia al Instituto de Humanidades en 1950 se retira también del intrigante ambiente intelectual presente en la vida española. Solo los círculos de la elite franquista podían expresarse y cualquier gesto del resto de la sociedad estaba sujeto a la politización. Para los reaccionarios católicos y para el propio Régimen, Ortega aparecía como un Judas incitador de la "república atea", cuyo "relativismo secular" corrompería sin remisión el espíritu de la juventud... La contienda [la guerra civil] había acabado con su público, y su papel estelar durante la década de los años veinte y treinta se desdibujaba en su mente como si hubiera sido un sueño [17].»

[17] Mercedes Martín Luengo, *José Ortega y Gasset. Grandes biografías,* Ediciones Rueda J. M., S. A., Madrid, 1996, pág. 178. Por cierto, que el nombre de la autora de este magnífico texto aparece casi de forma vergonzante en la contraportada del libro.

El reencuentro con Europa

Se imponía, pues, un nuevo rumbo en que, renunciando a la circunstancia española, pudiese dar sentido a su vida. En ese aspecto, el volcarse al exterior parecía inevitable. Como escribe la autora citada: «Su audiencia española se ha desvanecido y aunque por estas fechas accede a otra mucho más internacional, su desconocimiento del terreno sobre el que pisa le impide identificarse plenamente con sus seguidores [18].» En estas condiciones vuelve la vista a su pasado europeísta.

Recordemos que Ortega se había iniciado en la vida pública con una radical afirmación europeísta frente a Unamuno. En la polémica de 1909 que mantuvo con este confirma su vocación europea blandiendo el tema de la «europeización» de España frente a la tendencia africanista de Unamuno. En 1910 saluda con gran alborozo la aparición de la revista *Europa,* que le inspira frases como las siguientes:

> Hace poco tiempo apareció en los puestos de periódicos una nueva revista: *Europa.* El título no podía ser más agresivo: esa palabra sola equivale a la negación prolija de cuanto compone la España actual.
>
> Decir Europa es gritar a los organismos universitarios españoles que son moldes troglodíticos para perpetuar la barbarie, para empujar los restos de una antigua raza enérgica a todos los extremos de la desespiritualización.
>
> Decir Europa es gritar al Parlamento que su Constitución es inmoral, que quien compra un voto es en mayor grado criminal que quien mata a su padre, que los partidos gubernamentales son instituciones cabileñas, que tolerar las leyes tributarias vigentes es hacerse reo de inauditas depredaciones.
>
> [...]

[18] Mercedes Martín Luengo, *José Ortega y Gasset. Grandes biografías,* Ediciones Rueda J. M., S. A., Madrid, 1996, pág. 157.

> *Europa* no es una negación solamente: es un principio de agresión metódica al achabacanamiento nacional. Como Descartes empleó la duda metódica para fundamentar la certidumbre, emplean los escritores de esta revista el símbolo Europa como metódica agresión, como fermento renovador que suscite la única España posible.
>
> La europeización es el método para hacer esa España, para purificarla de todo exotismo, de toda imitación. Europa ha de salvarnos del extranjero *(OC,* I, 142-144).

La conclusión para Ortega es clara. España es una posibilidad europea y por eso solo vista desde Europa será aquella posible. Esta era la respuesta del filósofo al proyecto de regeneración que venía esgrimiéndose desde el siglo pasado. En un texto muy representativo de esta época lo dice explícitamente: «Regeneración es el deseo; europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente se vio claro desde un principio que España era el problema y Europa la solución» *(OC,* I, 521). En esta línea no dejará de actuar a lo largo de toda su vida, aunque los acontecimientos vividos con posterioridad le hagan cambiar el planteamiento, porque el problema a raíz de 1914 ya no será España misma, sino el proyecto europeo en su conjunto, como va a demostrar la existencia de dos terribles guerras mundiales con un intervalo de veinte años entre ambas. En 1929, al publicar la primera edición de *La rebelión de las masas,* tiene ya muy claro que lo que está en cuestión es el proyecto europeo mismo. Y ante esa crisis general solo cabe una respuesta: el advenimiento de los Estados Unidos de Europa; en esto fue un pionero y él lo sabía cuando declara que «muy probablemente soy hoy, entre los vivientes, el decano de la idea de Europa»[19].

[19] José Ortega y Gasset, *Europa y la idea de nación,* Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 20.

Precisamente, esa idea de Europa surge en Ortega como respuesta a la crisis de desmoralización que sufre el continente europeo. He aquí algunas frases suficientemente significativas de aquel libro: «Ahora llega para los europeos la sazón en que Europa puede convertirse en idea nacional. Y es mucho menos utópico creerlo hoy así que lo hubiera sido vaticinar en el siglo XI la unidad de España y de Francia» *(OC,* IV, 270). «Solo la decisión de construir una gran nación con el grupo de los pueblos continentales volvería a entonar la pulsación de Europa. Volvería esta a creer en sí misma y automáticamente a exigirse mucho, a disciplinarse» (ibídem, 273). «Yo veo en la construcción de Europa, como gran Estado nacional, la única empresa que pudiera contraponerse a la victoria del "plan de cinco años"» (ibídem, 275).

Este conjunto de ideas, plenamente elaborado en 1929 —¡diez años antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial!—, va a cobrar fuerza durante sus conferencias en Alemania en los años cincuenta. El 7 de septiembre de 1949 tuvo lugar un acontecimiento extraordinario: Ortega pronunció en la Universidad Libre de Berlín su conferencia *De Europa meditatio quaedam,* que tuvo una resonancia extraordinaria entre el público universitario; según una información periodística, «El día en que don José Ortega y Gasset dio su conferencia las multitudes de público que no había conseguido tarjeta de entrada, a pesar de haberse repartido varios miles —todas las mayores aulas estaban provistas de altavoces—, asaltaron el edificio, rompieron la gran puerta, quebraron los ventanales, causaron víctimas y fue inevitable una seria intervención de la policía. Los periódicos alemanes, durante varios días, han relatado estos incidentes y hecho sobre ellos comentarios bajo el título humorístico: "La rebelión de las masas", aludiendo al libro de nuestro compatriota, que es hoy una de las obras más populares en Alemania» *(OC,* IX, 247-248).

El contenido de dicha conferencia no difiere mucho de las ideas centrales que ya había desarrollado Ortega en *La rebelión de las masas*. Su argumento base es la existencia de una «sociedad europea» secular, que ha tenido diversas formas de organización a lo largo del tiempo, pero que las circunstancias históricas actuales exigen que se formalicen políticamente en un nuevo Estado nacional que comprenda a las distintas patrias tradicionales. Su idea nuclear es esta: «Dadas las condiciones de la vida actual, los pueblos de Europa solo pueden salvarse si trascienden esa vieja idea esclerosada poniéndose en camino hacia una supranación, hacia una integración europea[20].»

Quizá el mejor resumen de su pensamiento lo encontramos en este párrafo, inédito hasta hace poco: «Es palmario que ningún Estado nacional europeo ha sido nunca totalmente soberano en relación con los demás. La soberanía nacional ha sido siempre relativa y limitada por la presión que sobre cada una de ellas ejercía el cuerpo íntegro de Europa. La total soberanía era una declaración utópica que encabezaba la redacción de la Constitución, pero, en la realidad, sobre cada Estado nacional gravita el conjunto de los demás pueblos europeos que ponía límites al libre comportamiento de cada uno de ellos amenazándole con guerras y represalias de toda índole, es decir, penas y castigos, según son constitutivos de todo derecho y de todo Estado. Había, pues, un poder público europeo y había un Estado europeo. Solo que este Estado no había tomado la figura precisa que los juristas llaman Estado, pero que los historiadores, más interesados en las realidades que en los formalismos jurídicos, no deben dudar en llamarlo así. Ese Estado europeo ha recibido en el pasado diversos nombres. En tiempo de Wilhelm von Humboldt se le llama "concierto europeo" y

[20] José Ortega y Gasset, *Europa y la idea de nación,* Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 17.

poco después hasta la Primera Guerra Mundial se le llamó "equilibrio europeo". Por tanto, los pudores que hoy algunos pueblos sienten o fingen sentir ante todo proyecto que limite su soberanía no están justificados y se originan en lo poco claras que están en las cabezas las ideas sobre la realidad histórica[21].»

El hecho se concreta todavía más en 1954, un año antes de morir, cuando escribe: «La idea de Europa y especialmente la de una economía europea unitariamente organizada, es la única figura que hallamos en nuestro horizonte capaz de convertirse en dinámico ideal. Solo ella podría curar a nuestros pueblos de esa incongruencia desmoralizadora entre la amplitud ultranacional de sus problemas y la exigüidad provinciana de sus Estados nacionales» *(OC,* IX, 741).

Unos años después, en 1957, se firmará el Tratado de Roma, previsto ya por Ortega en el párrafo citado. No cabe duda de que tenía toda la razón quien le llamó «filósofo de la unidad europea»[22].

1949: UN INTERREGNO. EL BICENTENARIO DE GOETHE

Entre el primero y segundo curso del Instituto de Humanidades, Ortega encuentra un interregno para huir del agobiante y oprimente ambiente madrileño, con motivo de las distintas celebraciones a que da lugar el bicentenario del nacimiento de Goethe. La primera de ellas tiene lugar en Estados Unidos, que celebrará el 12 de julio en Aspen (Colorado) un evento de carácter internacional. A él acuden Albert Schweitzer, Giuseppe Borghese, Ernst Robert Cur-

[21] José Ortega y Gasset, *Europa y la idea de nación,* Alianza Editorial, Madrid, 1985, págs. 24 y 25.

[22] Harold C. Raley, *Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea,* Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1971.

tius, Stephen Spender, es decir, lo más granado de la cultura internacional; por supuesto, no puede faltar en esta convocatoria Ortega y Gasset, a quien Walter P. Paepcke —el ejecutivo que patrocinó parte del evento— consideraba un Goethe del siglo XX. En una inmensa carpa, que acogía a miles de personas, habló nuestro filósofo, traducido por Thornton Wilder, y presidido por Robert Hutchins, promotor del homenaje. La duración de este fue de dos semanas y Ortega pronunció dos conferencias: «Sobre un Goethe bicentenario» y «Goethe sin Weimar». En la primera de ellas —fiel a su lema de que la cultura es para el hombre y no el hombre para la cultura— expresa la tarea del presente: «Aquí tienen ustedes la gran tarea goethiana en que, a mi juicio, comienza a entrar Europa: la construcción de una civilización que parta expresa y formalmente de las negatividades humanas, de sus inexorables limitaciones, y en ellas se apoye para existir con plenitud. Los pueblos europeos han ensayado ya toda la baraja de las ilusiones. Ahora se trata de la última ilusión: la ilusión de vivir sin ilusiones, de sentir delicia al contemplar las cosas en su desnuda realidad, de ajustar nuestras ideas a esta, a sus entrantes y salientes, y, como buenos navegantes, de ceñirnos al viento.»

Tras su exitosa estancia en Aspen pasará unos días en Nueva York, donde se hospedará en el hotel Plaza; allí inicia una curiosa amistad con Gary Cooper, que culminó en una divertida anécdota. Según cuentan las crónicas, el filósofo le comentó al actor que le gustaría tener una camisa suya para contradecir el dicho popular de que el «hombre feliz» no tiene camisa. Gary Cooper, que marchaba a las Montañas Rocosas, para pasar allí el verano, le envió a los pocos días una camisa de *cowboy* con el siguiente mensaje: «Aquí tiene usted la camisa prometida, pero a condición de que usted, hombre feliz en su vida intelectual, me envíe la suya.» Al parecer, aquella misma tarde Ortega le envió la suya al famoso galán.

En el curso de su viaje a Estados Unidos hizo Ortega una buena amistad con Walker P. Paepcke, que, junto a su condición de ejecutivo y empresario, había realizado una gran labor cultural en Chicago, apoyó los impulsos de la que se llamó Nueva Bauhaus y tomó cuerpo en la famosa Escuela de Diseño y el Instituto Tecnológico de Illinois. En colaboración con Mortimer Adler y Robert Hutchins impulsó también el cultivo de las humanidades a través de una promoción educativa que tenía como eje las obras maestras de la literatura universal. Los planteamientos de Paepcke eran muy similares a los que hizo Ortega en *Misión de la Universidad,* y ello les llevó a crear un Instituto de Estudios Humanísticos, que todavía existe y goza de buena salud, aunque ha cambiado sus directrices iniciales. El hecho de que Ortega no pudiera volver a Estados Unidos ha sido probablemente determinante de ello.

La segunda de las escapadas de la hórrida situación española tiene también como motivo el centenario de Goethe, aunque ahora esa escapada se dirige hacia Alemania. Esto va a tener lugar en agosto de 1949 y había tenido un anticipo en la concesión de la medalla Goethe en una ceremonia celebrada en la Penluskirche; el acto tuvo lugar en la primavera, pero al no poder Ortega recogerla en persona, le encargó de ello al catedrático y amigo suyo Luis Díez del Corral, que se encontraba por aquellas fechas en Alemania. Al regresar de Aspen, y apenas sin tiempo para otra cosa, se dirige a Hamburgo, en compañía de su esposa y de su hijo Miguel, para participar en el Festival Goethe. Allí le reciben con enorme respeto y admiración, lo que provocará una serie de invitaciones durante el siguiente mes de septiembre. Visita Fráncfort, Stuttgart y Berlín; en esta ciudad, e invitado por la Universidad Libre de Berlín, pronuncia el 7 de septiembre su apoteósica conferencia *«De Europa meditatio quaedam»,* a la que hicimos alusión anteriormente. El regreso de estos viajes triunfales a la ciega España del

franquismo para impartir su curso «El hombre y la gente» tuvo efectos fatales en el ánimo de Ortega.

Aquella estancia en Alemania con motivo del centenario de Goethe le sirvió para comparar las dos realidades, y en una conferencia que no llegó a pronunciar en San Sebastián nos dejó constancia autobiográfica de ello. Merece la pena reproducir el párrafo, ya que es uno de los pocos textos autobiográficos de esta época; dice así: «Goethe no quiso nunca ser solo alemán y gracias a ello logró que por vez primera, leyendo sus obras, todo el continente se hiciese profundamente alemán. Operaciones complicadas como esta son las que constituyen el verdadero patriotismo intelectual. Porque Goethe no quiso ser solo alemán, siendo el poeta y el pensador más acendradamente alemán que ha habido, es por lo que ahora los alemanes han celebrado su bicentenario con tanto fervor y —nótese la monumental paradoja— por lo que me han llamado a mí para que sea quien, en nombre de Alemania, hable a los alemanes sobre el grande alemán. El hecho, como digo, es de exorbitante extravagancia y por lo mismo muy característico del tiempo en que vivimos. Y para oírme en Hamburgo y en Berlín las multitudes que no habían logrado tarjetas de entrada, no obstante haberse repartido varios miles, han asaltado los edificios universitarios, roto sus puertas, causado víctimas, cosas que los periódicos alemanes refieren y comentan largamente estos días, pero que los periódicos españoles han silenciado cuidadosamente, como otras de estilo diferente, pero no menos intensas, que me han acontecido en Norteamérica. (El hecho de haber demostrado a los españoles que sé muy bien, radicalmente, no existir durante más de doce años en esta ya difícil altura de mi vida me da derecho y hasta me impone la obligación de decir a ustedes esto que acabo de decirles y que es un caso único en toda mi labor pública, porque, en efecto, estas propias ponderaciones me repugnan, me producen un efecto que, hablando con eufe-

mismo, llamaremos bascas. Mas he creído que debía manifestarlo porque sospecho que no se conoce suficientemente la manera como la prensa se está conduciendo hoy.)» *(OC,* IX, 611).

La residencia en Alemania

El verano de 1950 lo pasará en La Granja, hundido en la depresión y con un profundo sentimiento de pesadumbre, aunque ya ha tomado la resolución de abandonar España muy pronto, dando por frustrado su intento de desafiar al régimen político, por tímido que ese desafío fuese. Gregorio Morán lo describe bien: «No es una huida, es sencillamente el salto de una sociedad hostil hacia otra que le es benévola y complaciente. El aire español le resulta cada vez más irrespirable. Le pesan la familia, la edad, su situación de rehén, el chantaje del silencio, el aislamiento, su obra...[23].»

Los años 1951-1953 los va a pasar prácticamente en Alemania. En julio es recibido en Stuttgart como una institución y en septiembre del mismo año decide tomar un apartamento en Múnich. El Bayerischer Hof se convierte en su residencia habitual para poder atender las numerosas invitaciones; visita, dando conferencias, Wiesbaden, Düsseldorf, Essen, Hannover, Hamburgo; llega también a Zúrich en 1951 para dar una conferencia. En Ginebra participará en los famosos Rencontres Internationales, donde su intervención se titulará «Pasado y porvenir para el hombre actual».

En estos años vuelve a sentirse feliz, después de tanto sufrimiento; al fin ha encontrado un país que es sensible a sus planteamientos. En 1951 el conde de Keyserling le invita a los Coloquios de Darmstadt; allí titula su intervención

[23] Gregorio Morán, op. cit., pág. 499.

«El mito del hombre allende la técnica» y se encuentra con Heidegger, teniendo ocasión de polemizar en vivo con él como ya lo venía haciendo por escrito. El filósofo alemán quedará impresionado por la finura del español. En 1953 vuelve a intervenir en Darmstadt, pero ahora con otra conferencia titulada «Individuo y organización»; en esta ocasión el encuentro será con Adorno, filósofo por el que Ortega no sentía especial interés.

Al llegar a este punto creo que es interesante detenernos, aunque sea brevemente, en este encuentro Heidegger-Ortega, puesto que venía, de algún modo polemizando con él sobre la prioridad de determinados planteamientos filosóficos. En 1927, cuando Heidegger publica *Sein und Zeit,* el español sufre un terrible impacto, y, poco después, acusa el golpe con estas palabras: «En el admirable libro de Heidegger titulado *Ser y tiempo,* y publicado en 1927, se llega a una definición de la vida próxima a esta. No podría yo decir cuál es la proximidad entre la filosofía de Heidegger y la que ha inspirado siempre mis escritos, entre otras cosas porque la obra de Heidegger no está aún concluida, ni, por otra parte, mis pensamientos adecuadamente desarrollados en forma *impresa;* pero necesito declarar que tengo con este autor una deuda muy escasa. Apenas hay uno o dos conceptos importantes de Heidegger que no preexistan, a veces con anterioridad de trece años, en mis libros. Por ejemplo: la idea de la vida como inquietud, preocupación e inseguridad, y de la cultura como seguridad y preocupación por la seguridad, se halla literalmente en mi primera obra, *Meditaciones del Quijote,* publicada en ¡1914! —capítulo titulado "Cultura-seguridad", págs. 116-117—. Más aún: allí se inicia ya la aplicación de este pensamiento a la historia de la filosofía y de la cultura en el caso particular y tan interesante para el tema como Platón» *(OC,* IV, 403).

Pero Ortega vuelve a callar después y permanece en silencio hasta su encuentro en Darmstadt el año 1951. La

conferencia de Heidegger se tituló «*Bauen, Wohnen, Denken*» (Edificar, morar, pensar) y la reacción de Ortega debió de ser discreta, pues empezó refiriéndose a «nuestro gran Heidegger», aunque luego manifestase ciertas discrepancias con su posición. En relación con esas discrepancias resultan mucho más explícitos los comentarios que vertirá dos años después en el diario *España,* de Tánger, los días 7, 14 y 21 de enero de 1953, donde dice: «A pocas horas de distancia y hablando sobre el mismo tema, Heidegger y yo hemos dicho aproximadamente lo contrario» *(OC,* IX, 633-634). Sería interesante precisar esas diferencias, aunque no es este el lugar de hacerlo; quizá más importante es el deseo de Ortega de enfatizar esas diferencias, lo que aparece reiteradamente en muchos lugares de sus obras. Más interés tiene constatar el aprecio que tenían el uno del otro; el de Ortega hacia su colega alemán se repite acá o acullá en las citadas páginas, y el de Heidegger hacia Ortega quedó expresado en ese reconocimiento traducido en lo que él definió como «la impresión más recia y duradera de la magna personalidad de Ortega y Gasset». El párrafo está escrito en el recuerdo que Heidegger dedicó a Ortega en una nota necrológica que reproducimos en uno de los apéndices de esta parte.

Es seguro que después de aquel encuentro en 1951 los dos pensadores no volvieron a verse, aunque resulta patente —dentro de sus diferencias— el reconocimiento mutuo del uno por el otro. Entre tanto, a Ortega le llega la jubilación. El 9 de mayo cumple los setenta años, edad del retiro obligatorio, y el 22 del mismo mes el Ministerio de Educación Nacional se lo comunica oficialmente. Se desprende de la carta que, con ese motivo, le dirigió su hijo José a Lisboa el 30 de noviembre de 1953 —se incluye en el Apéndice— que Ortega sí debió cobrar esa jubilación, aunque, desde luego, no el sueldo; según se dice en dicha carta, el último sueldo cobrado fue en 1936, y no hay razón para pensar

otra cosa. Sobre este asunto ya hemos dado nuestra opinión anteriormente [24] y allí remitimos al lector. Por lo demás, basta emplear una simple lógica para pensar que en ningún momento pudo ser así. Sería absurdo que Ortega tuviese, como de hecho ocurrió, un exquisito cuidado en mantener su domicilio oficial en Lisboa, para demostrar su distanciamiento del régimen franquista, y que luego cobrase paladinamente su sueldo de catedrático de un organismo oficial.

Como anécdota curiosa de estos años de residencia en Alemania, destaquemos la ilusión con que Ortega vivió los carnavales muniqueses de 1954. Hace llamar a su familia, pues quiere que todos participen, y también a sus amigos: Domingo Ortega, Antonio Berdegué, Antonio Díaz-Cañabate y sus respectivas señoras; ellos vestidos de toreros goyescos y ellas con traje andaluz de faralaes. Consta que esto le entusiasmó a Ortega y que todos se divirtieron mucho.

Los veranos de 1953 y 1954 acude una vez más a su amado País Vasco; esta vez a Fuenterrabía, donde alquila una bella residencia que se llamaba «Casa Oria». Pero la salud está declinante. Ortega no es el que fue, y estos veraneos de ahora no se parecen a los antiguos de Zumaya, cuando se entretenía con sus amigos jugando al frontón.

[24] Véase lo dicho por mí en la pág. 166 de este libro y la nota a pie de página que la acompaña.

5
Los últimos años

Los veraneos vascos

La temporada estival era programada por Ortega siempre con especial cuidado. Era una época de reflexión, en la que el tiempo libre se utilizaba para leer, estudiar, preparar proyectos, sin descuidar por eso las actividades sociales y lúdicas. Tras los veraneos juveniles en El Escorial y en Guadalajara, el País Vasco ocupó un lugar privilegiado en sus preferencias. Por eso, cuando en 1945 decide regresar a España el lugar elegido es Zumaya, puesto que allí había ido desde principios de los años veinte. Este pueblo es un lugar mítico de la geografía orteguiana, y por eso su hijo Miguel le da la debida importancia en el libro que dedica a su padre [25]. La mayoría de las estancias las realizó en la llamada «Casa del Estanco» o en la del escultor Julio Beobide, que alquilaba el piso superior del chalé donde tenía el taller.

La atracción de Zumaya estaba originada en gran parte por la presencia del pintor Ignacio Zuloaga, del que era gran amigo, con el que compartía la afición al juego del

[25] Miguel Ortega, *Ortega y Gasset, mi padre,* Editorial Planeta, Barcelona, 1983.

frontón y a las corridas de toros; todo ello hizo de Zumaya —como escribió su hijo Miguel— «el hilo rojo inserto en los cables de la Real Marina inglesa». El atractivo del lugar lo describe muy gráficamente con estas palabras: «Zumaya ha representado, para él y para todos nosotros, vivir en la fascinación de un paisaje y en convivencia con una cultura antigua y con gentes de una raza que atraían a mi padre, siempre en busca de "selectas modulaciones del alma humana" [26].»

La presencia amistosa de Zuloaga y Ortega se unió pronto a la de Juan Belmonte, y este triunvirato hizo que el lugar cobrase fama entre un amplio grupo de la sociedad, en el que no faltó alguna vez la presencia del rey Alfonso XIII que posó para el pintor en alguna ocasión. En el Arenal de lo que fue luego Santiago-Etxea sitúa Lafuente Ferrari lo que llama «el meridiano de Zumaya» [27], época gloriosa de aquellos veraneos. «En 1923 y 1924 —dice el gran crítico de arte— Zumaya acapara al maestro, que hace en Santiago-Echea largas estancias, solo compartidas con la temporada de París. En los meses de verano son sus más fieles amigos Ortega y Gasset y Belmonte, por el que Zuloaga sintió siempre un afecto extraordinario. Le unían a él afinidades muy hondas: su historia de hombre hecho a sí mismo; su sentido de la vida, digno y sencillo; su varonil señorío y su discreto humor le hacían para Zuloaga un camarada perfecto de charla y de excursión [28].»

Ortega y Gasset admiró a Zuloaga desde muy joven; ya en 1910 llama la atención del Ministerio de Instrucción Pública para que organice una Exposición Zuloaga como re-

[26] Miguel Ortega, *Ortega y Gasset, mi padre,* Editorial Planeta, Barcelona, 1983, pág. 72.

[27] Véase su libro *La vida y el arte de Ignacio Zuloaga,* Editorial Planeta, Barcelona 1972.

[28] Ibídem, pág. 125.

clamo español y en 1911 escribe un famoso texto titulado «La estética de *El enano Gregorio el Botero»;* esa meditación le sirve de pretexto para elaborar toda una interpretación del problema español: «Nuestro pueblo, por el contrario, ha resistido: la historia moderna de España se reduce, probablemente, a la historia de su resistencia a la cultura moderna. China o Marruecos han resistido también, se dirá. Pero la cultura moderna es genuinamente la cultura europea, y España la única raza europea que ha resistido a Europa. Este es su gesto, su genialidad, su condición, su sino. ¡Un ansia indomable de permanecer, de no cambiar, de perpetuarse en idéntica sustancia! Durante siglos solo nuestro pueblo no ha querido ser otro de lo que es; no ha deseado ser como otro. Cualquiera que sea el juicio que este hecho nos merezca, esa lucha de una raza contra el destino tiene grandeza y crueldad tales, que constituye un tema trágico, un tema eterno y necesario. Porque la cultura, que es un eterno cambio progresivo, es, a la vez, una eterna destrucción de los pueblos mismos que la crean. Y la terribilidad del caso se hace más patente allí donde un pueblo se niega a consentir la amputación de su carácter y centra todas sus energías, antes ocupadas con producir cultura, en el puro instinto de conservación contra la cultura misma, contra el nuevo orden férreo y fatal. Como toda tragedia, reclama esta una fórmula paradoxal que puede sonar así: una raza que muere por instinto de conservación. [...] Zuloaga es tan grande artista porque ha tenido el arte de sensibilizar el trágico tema español» *(OC,* I, 543).

Pero, si Ortega admiraba a Zuloaga, no menos ocurría a la inversa, como demuestran los dos retratos que hizo de él, aunque uno esté inacabado; según cuenta Lafuente, Zuloaga exclamaba con frecuencia al hablar de Ortega: «¡Qué hombre, qué inteligencia, y también, qué maravillosa cabeza!» Sin duda esta le atraía al pintor como dice el crítico citado: «Como pintor, el predominio de las imágenes visua-

les le hacía a Zuloaga percibir en el continente físico de Ortega, y sobre todo en su rostro de pliegues trabajados por la concentración meditativa y cobijado por la poderosa bóveda de su cráneo, la gran capacidad de pensamiento y de comprensión de recónditas cosas que al filósofo le es dada y escapan al común de los mortales. Siempre deseó pintar Zuloaga a su amigo, y cinco veces, que yo sepa, posó el filósofo ante el artista, sin que, por malos hados, llegase a terminarse del todo, por don Ignacio, el retrato de don José[29].»

El hecho es que el atractivo que estos hombres ejercían hicieron que a Zumaya se acercasen en distintas ocasiones Azorín, Falla, Arbós y Baroja; este último tenía por costumbre pasar una temporada todos los veranos en casa de su amigo filósofo. Todo ello hace que «el viejo pueblo de marinos y pescadores venga a constituir, en los meses estivales, una cierta capitalidad literaria y artística para el mundo intelectual español»[30].

Miguel Ortega, el hijo de don José, que vivió aquellos veraneos siendo muy joven, hace una bella y emotiva recreación de los mismos en el libro ya citado sobre su padre. El triunvirato antes mencionado —incluyendo ahora a Belmonte— logró imponer la celebración de fiestas taurinas en las que todos intervenían. El día 31 de julio, festividad de san Ignacio de Loyola, Zuloaga instituyó la costumbre de celebrar un almuerzo con sus amigos en Santiago-Etxea, al que se acercaban los chistularis del pueblo para bailar un *aurresku;* después se celebraba corrida de toros en Azpeitia, que terminaba con un refresco en el Casino de San Sebastián. En esas corridas participaban a veces los tres, pero lo que parece que nunca faltaba era la paseata diaria del pintor y el

[29] Véase su libro *La vida y el arte de Ignacio Zuloaga,* Editorial Planeta, Barcelona 1972, pág. 114.

[30] Ibídem, pág. 177.

filósofo por la carretera, entonces mucho más tranquila que ahora, por supuesto.

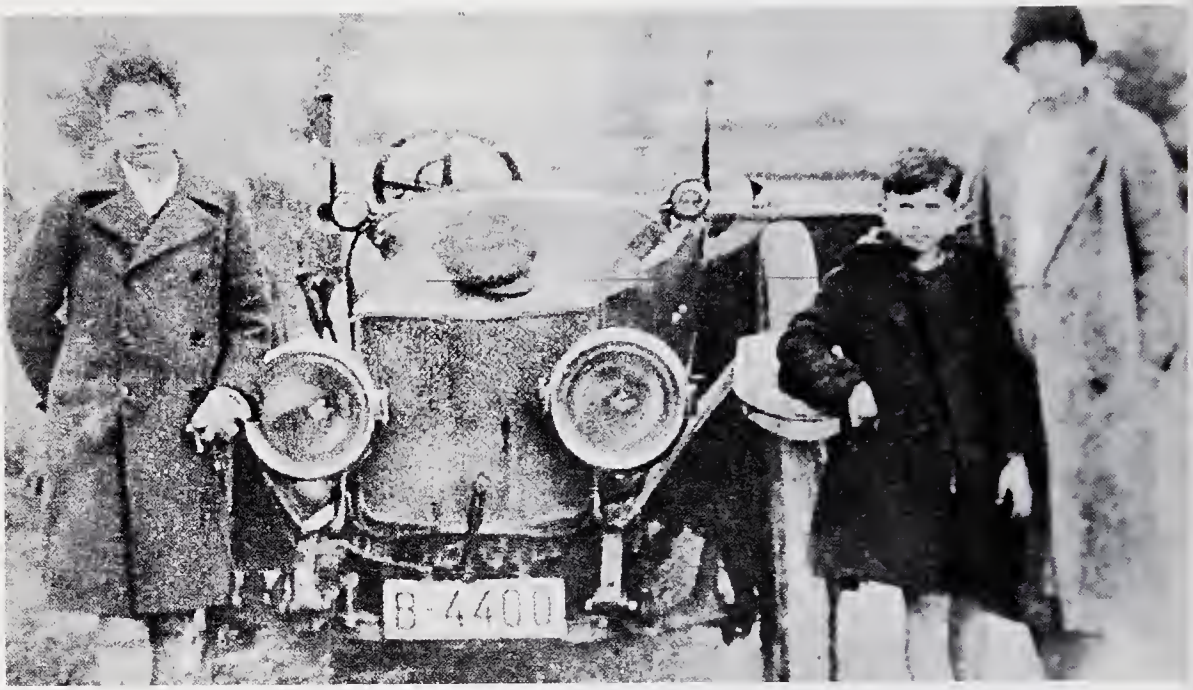
Estos veraneos de Zumaya le aficionaron a Ortega al País Vasco, del que era gran admirador, aunque —tras la muerte del pintor en 1945— no volverá ya a ese pueblo. Los de 1946 y 1947 los pasa en San Sebastián, en un chalé llamado «Villa Furu», de Ategorrieta; en el último de ellos pronunció sus famosas conferencias sobre Velázquez invitado por la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País; los de 1948 y 1949 los pasa en La Granja (Segovia) y algún otro en el balneario de Panticosa (Huesca), pero los últimos de su vida vuelve al País Vasco: el verano de 1953, en «Casa Oria», de Fuenterrabía, y el de 1954, en Frontera Enea, del mismo lugar. El verano de 1955, último de su vida, hace un recorrido por el Norte, visitando a sus amigos: Paulino Garagorri, en Valmaseda (Vizcaya); Luis Díez del Corral en Noja (Santander) y Fernando Vela, en Llanes (Asturias). Cuando recala en Mayorga de Campo, de regreso a Madrid, parece que su situación física es bastante mala.

El reconocimiento internacional: final de una vida

Aunque en España había consigna oficial de no enterarse, la realidad es que Ortega y Gasset logró en los últimos años de su vida un reconocimiento internacional como pocas veces ha conseguido un español dedicado a la filosofía. Ese reconocimiento tuvo lugar, en primer término, en Alemania, como ya hemos visto. Franz Niedermayer, testigo de ese reconocimiento sitúa su ápice en 1951, y así lo dice: «Seguramente el momento culminante de la influencia de Ortega en Alemania se puede situar en el verano de 1951... Fue recibido en triunfo por la Universidad y las organizaciones estudiantiles de Múnich... Ortega concentró con sus

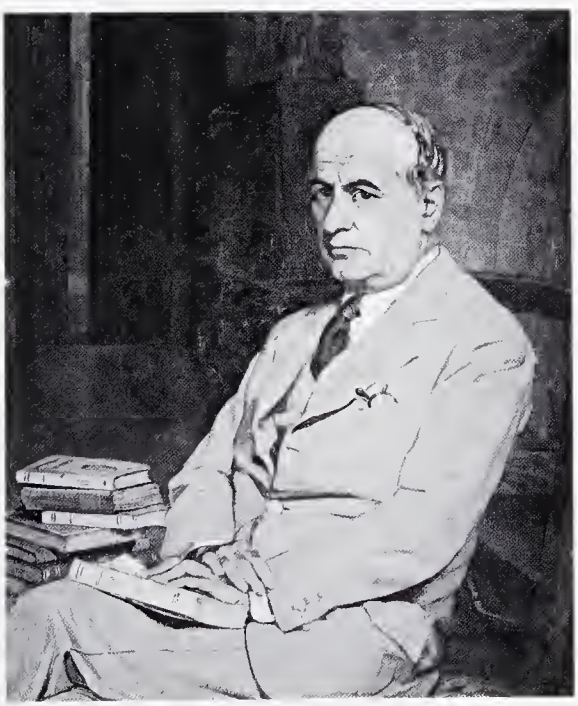
El escritor y periodista José Ortega Munilla, padre del filósofo

Ortega y Gasset en su juventud

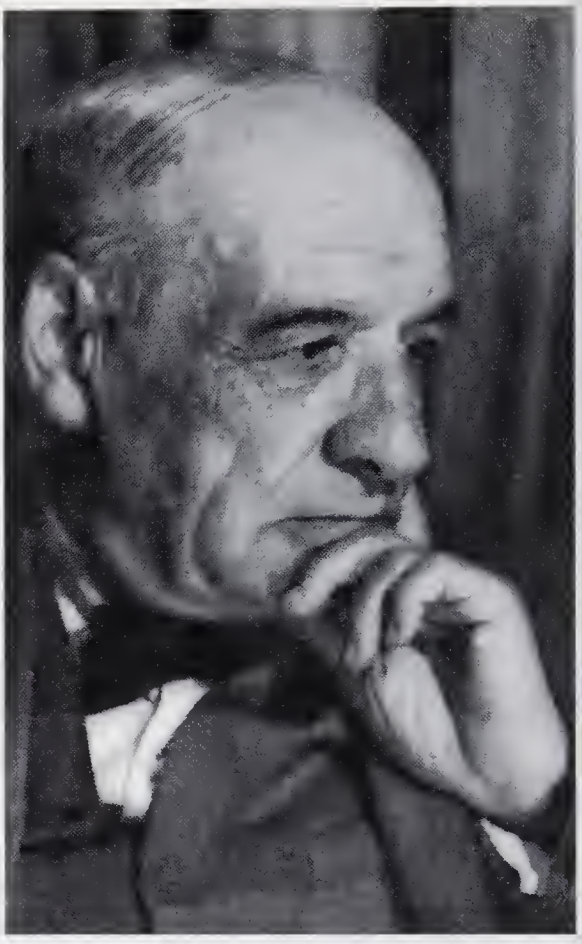


Retrato de doña Rosa Spottorno, esposa del filósofo, acompañada de sus hijos Miguel y José, en torno al famoso Metalurgique, con el que recorrió media España

Tertulia de la *Revista de Occidente,* en un local de la Gran Vía madrileña. En primera fila, de izquierda a derecha: Alfonso García Valdecasas, José Rodríguez Acosta, José Ortega y Gasset, Corpus Barga, Lolita Castilla (secretaria de la revista), Blas Cabrera, Nicolás Alcalá Espinosa, Gustavo Pittaluga, no identificado, Antonio Espinosa, no identificado, Antonio Parras. En la parte superior: Mariano Granados, Fernando Vela, José Tudela, Manuel Abril, Gustavo Pittaluga (hijo) y Antonio Obregón



La afición de Ortega por la pintura es conocida. Aquí aparece retratado por Sorolla (en la parte superior) y por Zuloaga (en los dos de la parte inferior)



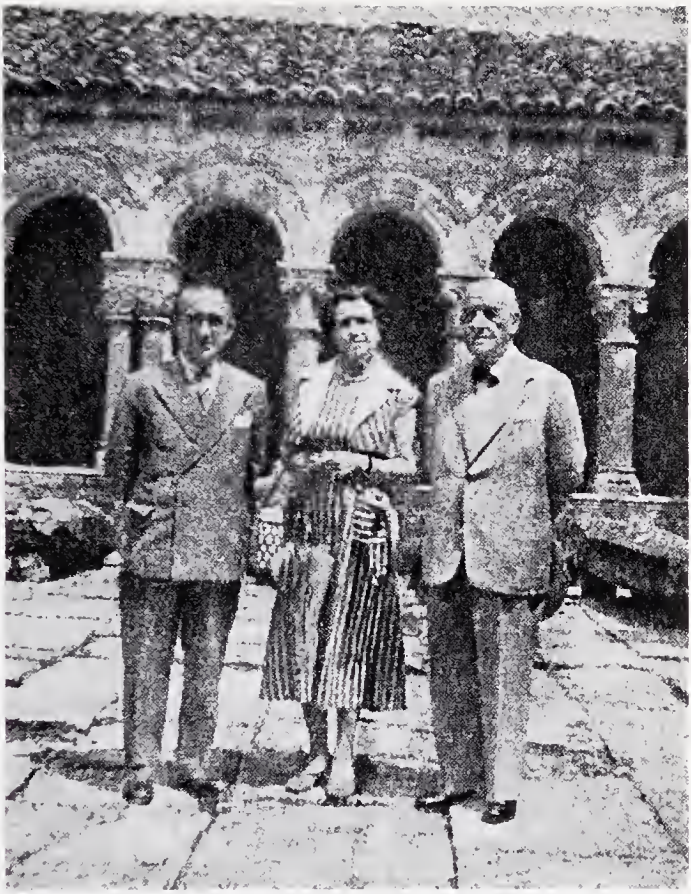
El perfil del filósofo, reflejado también en una caricatura del famoso Bagaría, retratista de los grandes escritores de la época

La afición de Ortega y Gasset por los toros se mantuvo a lo largo de toda su vida. En la imagen de arriba aparece con *Machaquito* durante el homenaje celebrado en Córdoba a Maimónides en 1932. En la de abajo, junto a José María de Cossío y el matador de toros Domingo Ortega

Ortega y Gasset acompañado de Teófilo Hernando y Gregorio Marañón, grandes amigos suyos, en el declinar de su vida

Es proverbial la polémica relación de Ortega con Martin Heidegger y su famoso encuentro en 1953 durante las Conversaciones de Darmstadt

Ortega con su esposa y su gran amigo Emilio García Gómez, ante la colegiata de Santillana del Mar, durante el viaje de vacaciones que realizó en el verano de 1955, un poco antes de morir



El entierro de Ortega desde su domicilio de la calle Montesquinza hasta la Sacramental de San Isidro. La foto refleja el momento de la salida del féretro

Mayorga de Campos.
29 agosto 1955

Excelentísimo Sr. Don Luis Muñoz Marín

Mi ilustre amigo:

Deploro vivamente no encontrarme en Madrid durante estos días que va usted a permanecer aquí. Hubiera querido saludarle efusivamente e intentar atenderle como corresponde a su persona y en recuerdo de todas las bondades que hace seis años, en Nueva York, usted me dedicó.

Desde entonces he seguido con gran interés las actuaciones de su vida pública que han sido tan fructíferas para Puerto Rico.

Conservo la mejor memoria de aquellos días nocturnos y de nuestra convivencia con aquel grupo de amigos con quienes me sentí unido como si fueran tan españoles como yo.

Espero que sus días de Madrid le sean gratos y cuento con poder hacerle una visita en Puerto Rico. Motivos de salud y de otros, ineludibles compromisos me han impedido hasta ahora cumplir este mi deseo.

Con los mejores deseos y la mayor simpatía queda su amigo

José Ortega y Gasset

Esta es la última carta manuscrita de Ortega, escrita mes y medio antes de morir, a don Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico, adonde pensaba viajar en fecha próxima

conferencias, en la más amplia sala académica de Múnich, a miles de oyentes cultos de todas las edades.»

El título de doctor *honoris causa* que le concedió la Universidad de Marburgo en 1951 se completa con el que le concede la Universidad de Glasgow dos años después. Un dato biográfico interesante de sus últimos años es un acercamiento al mundo anglosajón del que había estado tan apartado casi toda su vida. Esto ocurre a raíz de su viaje a Estados Unidos en 1949, pero ya en 1938 lo constatamos inicialmente al redactar el «Epílogo para ingleses» de *La rebelión de las masas;* dice allí:

> El pueblo inglés es, en efecto, el hecho más extraño que hay en el planeta. No me refiero al inglés individual, sino al cuerpo social, a la colectividad de los ingleses. Lo extraño, lo maravilloso no pertenece, pues, al orden psicológico, sino al orden sociológico. Y como la sociología es una de las disciplinas sobre la que las gentes tienen en todas partes menos ideas claras, no sería posible, sin muchas preparaciones, decir por qué es extraña y por qué es maravillosa Inglaterra. Todavía menos intentar la explicación de cómo ha llegado a ser esa extraña cosa que es. Mientras se crea que un pueblo posee un «carácter» previo y que su historia es una emanación de este carácter, no habrá manera ni siquiera de iniciar la conversación. El «carácter nacional», como todo lo humano, no es un don innato, sino una fabricación. El carácter nacional se va haciendo y deshaciendo y rehaciendo en la historia. Pese esta vez a la etimología, la nación no nace, sino que se hace. Es una empresa que sale bien o mal, que se inicia tras un período de ensayos, que se desarrolla, que se corrige, que «pierde el hilo» una o varias veces, y tiene que volver a empezar o al menos reanudar. Lo interesante sería precisar cuáles son los atributos sorprendentes, por lo insólitos, de la vida inglesa en los últimos cien años. Luego vendría el intento de mostrar

> cómo ha adquirido Inglaterra esas cualidades sociológicas. Insisto en emplear esta palabra, a pesar de lo pedante que es, porque tras ella está lo verdaderamente esencial y fértil. Es preciso extirpar de la historia el psicologismo, que ha sido ya espantado de otros conocimientos. Lo excepcional de Inglaterra no yace en el tipo de individuo humano que ha sabido crear. Es sobremanera discutible que el inglés individual valga más que otras formas de individualidad aparecidas en Oriente y Occidente. Pero aun aquel que estime el modo de ser de los hombres ingleses por encima de todos los demás, reduce el asunto a una cuestión de más o menos. Yo sostengo, en cambio, que lo excepcional, que la originalidad extrema del pueblo inglés radica en su manera de tomar el lado social o colectivo de la vida humana, en el modo como sabe ser una sociedad. En esto sí que se contrapone a todos los demás pueblos y no es cuestión de más o de menos *(OC,* IV, 282).

Ahora ese interés de 1938 se acentúa. Lee con asiduidad el *Times* y viaja en varias ocasiones a Inglaterra, dando conferencias en Edinburgo y en Londres; en esta ciudad participa de la reunión organizada por el Fondo para el Progreso de la Educación, auspiciado por la Fundación Ford. En 1954 vuelve a Alemania, aunque ahora invitado por una organización italiana, Centro Italiano di Studi Umanisciti e Filosofici (Múnich), donde interviene con «Un capítulo sobre la cuestión de cómo muere una creencia»; en junio del mismo año acude a Bad Boll (Wartlemberg) para disertar en unas Jornadas sobre Profesiones Liberales. La última intervención pública la tendrá en mayo de 1955, en Venecia, donde la Fundación Cini le había invitado para hablar sobre *«Il Medio Evo e l'idea de Nazione».*

Entre las últimas invitaciones que recibió en vida, y sin duda la que le inspiró mayor entusiasmo, fue la que le hizo el rector Jaime Benítez para la Universidad de Puerto Rico.

Sabemos que la reforma universitaria realizada en aquel centro estuvo inspirada en los planteamientos orteguianos expuestos en su *Misión de la Universidad,* en los que se fundó la creación de una Facultad de Estudios Generales [31], dedicada a una formación humanística previa a cualquier especialidad posterior. En la visita de Ortega estuvo interesado el propio Gobernador de la isla, Luis Muñoz Marín, como demuestra la carta que le dirigió el filósofo a su paso por Madrid; está reproducida en uno de los apéndices que se incluyen a continuación.

Desde luego, no fue esta la última invitación que había pospuesto en varias ocasiones. En Estados Unidos la Fundación Ford requiere su presencia para tenerle como consultor general; y en Japón también le reclaman: el profesor Kojima se presentó en su casa con el agregado cultural de la Embajada de Japón para invitarle a un ciclo de conferencias. Pero Ortega es un hombre acabado y, aunque él nunca se enteró, parece que la enfermedad le iba minando por dentro. Gregorio Morán habla de una «somatización de su incomodidad intelectual, tan obvia que pocos casos hay tan evidentes de respuesta al acoso». Y concluye: «la depresión aparece cuando la voluntad de hacer se desmorona» [32]. El que páginas atrás llamamos «mal de España» se había ido apoderando de él; sobre esto hay acuerdo incluso entre los más allegados. Antes estampamos palabras clarividentes de su íntimo Fernando Vela, pero ahora para terminar creemos concluyente citar el testimonio de su propio hijo Miguel, que es además médico, como se sabe; dice así: «Yo creo que el tumor que padecía mi padre se produjo, entre otras circunstancias, por la pena que le producía el ambiente en España, cuyo futuro veía muy incierto; por el estado en que se

[31] Sobre esto, véase mi *Historia crítica del pensamiento español,* tomo V/3, págs. 277-280.

[32] Gregorio Morán, op. cit., pág. 361.

hallaban los españoles después de todo lo pasado, a su parecer, no demasiado preparados desde el punto de vista honesto y moral para solucionar los problemas terribles que iban a venir. Me decía: "Los españoles van a destiempo y aplican medidas, incluso copiadas de fuera, también a destiempo" [33].»

En septiembre se le operó a vida o muerte, más para paliar complicaciones que para otra cosa; se le devolvió a su casa en Montesquinza, 28, y allí moriría el 18 de octubre. Sobre las importantes consecuencias y circunstancias de su muerte nos extenderemos en la tercera parte de este libro. Aquí solo llegamos al final de su existencia física.

En los últimos momentos estuvo atendido por el doctor Marañón y el doctor Hernando, que certificó la defunción; a este último le dijo: «Quiero concentrarme para darme cuenta de la situación, y no puedo.» A su esposa le dijo también algo parecido: «Rosa, oriéntame. No veo claro lo que ocurre.» ¡Claridad, claridad!, aquellas palabras de las que hizo el lema de su vida se reiteraban ante la gran incógnita de la muerte, última circunstancia del hombre.

[33] Miguel Ortega, op. cit., pág. 200.

Apéndices

1

Carta de José Ortega Spottorno a su padre con motivo de la jubilación de este

30 de noviembre de 1953

Papá mío:

El asunto de tu jubilación no va tan deprisa de lo que quiere el director de la agencia que se ocupa de él, porque resulta que aplicando a la letra la Ley, te jubilarían con arreglo al sueldo últimamente percibido, el cual, como fué en 1936, resultaría ahora ridículo. El propio director de la agencia y el Secretario de la Universidad D. Cayetano Alcázar, han dicho que esto no es posible y van a tratar de que te jubilen con cargo al último sueldo que, normalmente, te hubiera correspondido cobrar en mayo de 1953. A este fin te adjunto una instancia que debes devolverme simplemente firmada en la cruz y una autorización ídem.

La agencia que te mandó las maletas, a la cual ya pagamos, como te diría mamá, la parte en pesetas nos comunica que tienes que pagar en la SAS de Munich (Maximilian Strasse 44) la cantidad de US$23,10 haciendo constar que corresponde al conocimiento aéreo n.º 150.347 de las Líneas Aéreas Iberia.

Besos de,

José

No me has contestado a la petición de Francisco Ayala.

2

Cartas de Ortega y Gasset a su amigo Ignacio Zuloaga
(Tomadas del Archivo Zuloaga en el Museo I. Zuloaga, de Zumaya) [1]

Madrid 21 de Septiembre 1915

Sr. D. Ignacio Zuloaga.
ZUMAYA.—(Guipúzcoa)

Mi ilustre amigo:

Desearía comunicar á Vd. un proyecto que tenemos en ESPAÑA y cuya realización depende principalmente de Vd.

La guerra que en nuestro país ha tomado simplemente la forma de una discusión más ruidosa que íntima, ha barrido de nuestro ambiente los pocos, poquísimos temas nacionales á que parecía dedicarse alguna atención. Los españoles nos hemos dado á discutir durante 12 horas del día sobre cosas tan complejas y sutiles como son éstas de la guerra europea y de las que no tenemos ni datos concretos, ni valoraciones claras. En realidad, ni la guerra misma usufructúa hoy la atención pública. La política, está más dormida que nunca y no se permite distraer ese vacío de atención.

Hemos pensado, pues, que sería la mejor ocasión para concentrar la atención que exista, poca ó mucha, en un acontecimiento que sin herir la sensibilidad de ningún bando, tenga carácter nacional. Tal sería una exposición de pintura y escultura que libre de las invasiones de malos artistas que consigo trae el carácter oficial de las usadas, y presente la obra de aquellos pintores soberanos o, cuando menos, selectos que nunca o casi nunca lo han hecho en las organizadas por el Ministerio. Naturalmente que la asistencia de Vd. a ella, significa el éxito o deséxito de este proyecto. Habría de preceder, claro está, una invitación personal, un ruego, firmado por escritores de aquí. Asimismo expondrían, como he dicho, otros pintores vascos y catalanes principalmente —ya que son los dos núcleos más intensos de alta producción artística—. Podrían darse en el local de la exposición conferencias sobre arte y sobre los artistas que hayan

[1] Quiero expresar mi agradecimiento a doña María Rosa Suárez Zuloaga, nieta del pintor, por su gentileza al haberme prestado estas cartas para su publicación.

traído obras. En suma, como hoy hay muy poca concurrencia de temas públicos que se disputen la atención, creo que podría fácilmente convertirse en un acontecimiento. ¿Qué le parece a Vd.?

Yo le agradecería sobre manera, que mirase con cariño este propósito y que nos facilitase su ejecución.

Sabe Vd. es muy su amigo.

José Ortega y Gasset

Querido Zuloaga:

Con sumo gusto iremos mañana á acompañar Su Santo. Para que tenga más sabor familiar llevaremos á los dos mayores que son, por lo demás, mínimas.

Me complace el desafío á pelota. Busca Vd. su primera derrota en la vida.

Con saludos de mi mujer a Vds. y poniéndome á los pies de su señora soy suyo affmo. amigo y admirador

Ortega

Amigo Zuloaga: anoche se quedó en que mi mujer fuera con muchachas y muchachos á colocar programas por la parte de Cestona, etc. para aprovechar la necesidad que hay de contratar el jazz de Cestona o de San Juan. Mi mujer no está aquí, entre que se arregla, come, y une la cuadrilla no podría llegar a Biarritz, sino muy tarde.

Mejor será que quede Valentina con algunas personas de Biarritz, etc. en enviarles los programas.

Suyo

Ortega

Querido Zuloaga: muchas gracias pero mi mujer me pide que la excuse ante Vds. Son estas fechas de aniversario de la muerte de su madre y preferiría quedarse hoy en casa. Así pues, con gran sentimiento de ella les ruega que no cuenten con su asistencia.

Un abrazo de su amigo

Ortega

3

Boletín del Instituto de Humanidades

En el prospecto donde exponemos la idea de un Instituto de Humanidades aludimos a nuestro propósito de que su organización llegue a constituir una nueva forma de convivencia intelectual que permita y fomente la participación vivaz de muchas personas en el cultivo de las ciencias de lo humano[2]. A este fin, no nos contentamos con los tres modos de actuación que el prospecto designa: cursos, investigaciones y coloquios entre los colaboradores con la asistencia y oyentes. Quisiéramos hacer más intensa y más íntima la relación entre todos los que deseen participar en nuestro círculo de convivencia y uno de los modos de intentar esto es que con frecuencia nos dirijamos a ellos en breves escritos comunicándoles aclaraciones sobre el sentido de nuestros trabajos, anunciándoles tareas futuras, incitándoles a interesarse en ciertos temas que por serles desconocidos o inhabituales pueden parecerles abstrusos, cuando son apasionantes, dándoles noticia expositiva de libros, doctrinas y acontecimientos científicos. Viceversa, desearíamos, en respuesta a estas misivas nuestras, recibir de ellos observaciones, preguntas, objeciones, críticas, petición de consejos para el estudio, etc. Nosotros procuraremos con la mejor voluntad y sin ahorrar esfuerzo contestar de modo satisfactorio a estas indicaciones que nos lleguen.

En cumplimiento de este programa, inauguramos con las presentes páginas la serie de nuestras sencillas comunicaciones. En ellas desarrollamos con mayor amplitud que la oportuna en el prospecto el sentido que para nosotros tiene la institución de lo que hemos llamado «coloquios-discusiones». De cuanto hemos propuesto son estas reuniones de nuevo estilo lo que consideramos, si se logra su ejercicio, de mayor eficacia, tanto para los interlocutores que en ellos actúen como para los oyentes que a ellos acudan.

* * *

El proyecto de realizar coloquios-discusiones se inspira en dos intenciones: una interna al trabajo científico, otra externa, que se refiere al destino social de ese trabajo.

---

[2] [Borrador para un proyectado Boletín del Instituto de Humanidades. Redactado en 1948. Véase el mencionado proyecto en *Obras completas,* vol. VII.]

La razón interna es la siguiente:

La ciencia en su desarrollo obliga inexorablemente al especialismo, es decir, que *solo es hoy hombre de ciencia el especialista.* Esto es así sin que quepa sofisticar ni atenuar su fatalidad. Pero no confundamos las cosas: de que el hombre de ciencia tenga que hacerse especialista no se sigue ni va implicado que la ciencia, ella, sea «especialista». Como esto es también firme —según veremos en seguida—, resulta que el hombre de ciencia vive su ineludible sino de especialista con un fondo turbio de conciencia. Me refiero a que todo hombre de ciencia se da cuenta, como no puede menos, de que en su especialidad intervienen otras. No hay ninguna ciencia que no esté mediatizada por otra. Ahora bien, el especialista, como tal, ignora esas otras ciencias que se entreveran con la suya y acepta una lamentable dualidad o interna contradicción en su trabajo, a saber: se acostumbra a ser muy meticuloso en lo especial de su especialidad, pero, a la vez, como no tiene más remedio que usar conceptos, supuestos y principios de otras especialidades, renuncia a manejarlos con responsabilidad y rigor y opta por acogerse en esos temas a los más ramplones «lugares comunes». Por ejemplo: el que se ocupa de historia de España se ocupa, claro está, de la sociedad, colectividad o nación española, pero suele tener de lo que es «sociedad», «colectividad», «nación» ideas aproximadamente iguales a las que posee su portero o el conserje de la Academia. Mas pensar que quepa hacer nada remotamente parecido a una «historia» sin disponer de nociones muy claras sobre esas cosas y otras muchas con ellas trabadas es completamente vano. De ello se da cuenta el historiador al uso, pero lo calla, y este es el fondo turbio de conciencia a que antes aludí.

La expresión adecuada para tal situación es simplemente esta: que el saber de todo hombre de ciencia está constructivamente mechado de ignorancias. ¿Por qué no se han de hacer constar estas? ¿Por qué no mostrarlas? Si se hiciese así se habría convertido en institución científica imprescindible la colaboración de los hombres de una ciencia con los hombres de otras que ignoran aquella, lo mismo que aquellos ignoran estas. De ese modo, el saber del uno se articularía en el hueco que es la ignorancia del otro, con lo cual se obtendría un saber compacto, sin agujeros, lo menos queso de Gruyere posible. Así quedaría subsanada la contradicción antes dicha: que el hombre de ciencia es, por fuerza, especialista, pero la ciencia, ni a la fuerza lo es.

Cuando en el prospecto hemos insinuado que en nuestro Instituto se va a dar un valor positivo no solo a los saberes sino también a las ignorancias, apuntábamos a esto y nuestra sugestión tenía un carácter formal y sustantivo, con bastante recámara.

La ciencia arrastra en Occidente una historia demasiado vieja para no ser ridículo que los hombres de ciencia actuales se comporten como «nuevos ricos» del saber. Es, en efecto, ridículo que no resulte constantemente paladino y como cosa que va de suyo la evidencia de que todo saber particular se apoya en ignorancias y va llevado, por decirlo así, en brazos de estas. De aquí que en el Instituto debamos resolvernos a ostentar igualmente y con la misma satisfacción lo que cada cual sabe y lo que cada cual ignora. Esperamos poco de los eternos marisabidillos y menos, claro está, de la marisabidones. Pongamos un ejemplo. El tema de cariz más especial entre los anunciados para este primer curso es el titulado «*Las Nubes* de Aristófanes y Sócrates». Pues bien, sería una tontería suponer que en ese tema es a los helenistas a quienes corresponde principalmente la palabra. La historia de su tratamiento demostrará precisamente que los helenistas —y señalo a los grandes— apenas si han dicho sobre el asunto más que inepcias y si alguna luz cabe sobre él —cosa nada segura— es más probable que venga de gentes que no saben griego y han tenido que leer en traducciones a Aristófanes, Platón, Jenofonte y demás doxografía y biografía socráticas. Pero una vez dicho esto no se vaya a tergiversar como si hubiésemos declarado que en el estudio de esta cuestión huelgan los helenistas, cuando se trata precisamente de hacer constar la necesidad mutua que tienen unos de otros los especialismos.

Si se quiere que las disciplinas de Humanidades vuelvan a cobrar su auténtico vigor es preciso intentar la reintegración de la ciencia en su unidad orgánica, procurando compensar por todos los medios posibles su dispersión especialista que es, por otra parte, ineludible. Nuestros coloquios-discusiones pueden ser la expresión corpórea, más aún, personalizada de la confluencia de disciplinas diversas en el estudio integral de un tema. La confianza que tengo en la fertilidad de este procedimiento voy a demostrarla andando, porque me propongo intervenir en los cuatro coloquios anunciados [3]. Ahora bien, me interesa que conste lo siguiente. Yo he elegido libérrimamente esos cuatro asuntos y los he elegido precisamente porque se refieren a disciplinas en que soy un gran ignorante. Digamos, para que la verdad quede más estricta, que solo en la cuestión Aristófanes-Sócrates puedo entrar con algún saber propio, pero aun en este caso se trata de un saber muy parcial, porque versa no más que sobre uno de los factores —Sócrates. Sin empacho alguno voy, pues, a hacer gran ostentación de mis desconocimientos. Esto, en primer lugar, declara que la ética de nuestros coloquios no per-

[3] [Fueron estos, además del ya mencionado: «Estructura social del precio», «Sobre la comparación entre arabismo y filología clásica» y «Ensayo sobre los modismos».]

mite a nadie buscar el lucimiento de su persona y mucho menos esforzarse y complacerse en quedar encima del prójimo. Ambas cosas no solo estarían fuera de lugar, sino que son sustancialmente extemporáneas. Es un error creer que las pasiones son modos permanentes del hombre a lo largo de toda su historia y que, por tanto, no están, como lo están las demás cosas humanas, condenadas a tener su tiempo y su destiempo. La vanidad de saber y, más en general aún, la vanidad intelectual es hoy una actitud formalmente anacrónica. La situación a que ha llegado el hombre en el presente la hace imposible en cuanto pasión normal. Las razones son muchas, pero ahora que rozamos la cuestión solo de paso importa destacar tres. Primera: en el ámbito vivaz de todos los pueblos predominan hoy de manera casi exclusiva los intereses de las masas; pertenezcan estas a una clase social o a otra. No queda, pues, atención pública vacante para contemplar a los intelectuales, valorarlos conforme a una jerarquía de méritos y aplaudir sus actuaciones. Segunda, menos externa que la anterior: el saber mismo, la función intelectual misma ha dejado de ser, como fue hasta hace poco, una *performance,* un ejercicio de destreza y virtuosismo frente al cual solo quedaba a las gentes el papel de espectadores encargados de presenciar la acrobacia, de admirar y ovacionar a sus autores. Nuestro Occidente ha padecido siempre este vicioso destino merced al cual el meollo de su cultura quedaba fuera de la vida normal y colectiva, como algo aparte y de excepción que solo unos pocos poseían y ejercitaban, que los demás no entendían pero necesitaban venerar a crédito. Esto daba al saber y a la inteligencia el aspecto de que fuesen *mester de juglaría*[4]. Hoy, por fortuna, las cosas han variado. La mengua de la atención pública para el juglar de la ciencia y el ingenio, empalmando con la evolución interior del pensamiento mismo, ha dado lugar a que la función intelectual se considere como una dimensión tan natural de la vida humana que no tiene sentido hacer ante ella aspavientos ni de pasmo en el público ni de presuntuosidad en el actor. Saber, tener ideas, urdir poemas, escribir novelundios son hoy cosas «que van de suyo» como trabajar en la fábrica, vender en el mostrador o viajar en el autobús. Por fin —y ya era hora—, ser intelectual no es ser nada de particular. Hoy, en efecto, es

[4] La última generación en que esto plenamente acontecía es la de Unamuno y Bernard Shaw, pues ambos pertenecen a la misma. De aquí que en su magnífica gesticulación, referida constantemente a un público de espectadores, nos aparezcan como grandes «excéntricos musicales» del pensamiento, el saber y las letras. Nótese que este diagnóstico no envuelve censura alguna. Ellos cumplieron su destino siendo así, como nosotros fallaríamos el nuestro intentando repetir aquel «número». [Véase sobre el tema el «Prólogo» del autor a una edición de A. Ganivet. En *Obras completas,* vol. VI.]

todo el mundo un tanto o un cuanto intelectual[5]. La tercera razón es la más íntima, pero solo hay aquí espacio para sugerirla. No era verosímil que habiendo desembocado la vida humana en una situación tan crítica como la presente solo las ciencias y la función intelectual gozasen de un temple tranquilo y satisfactorio. Repárese en que a tan grave situación se ha venido porque las bases mismas, los principios últimos de la vida colectiva se hicieron cuestionables y fueron cuestionados. Como las cosas lanzadas a la discusión y a la disensión eran las extremas, fue inevitable que, por lo pronto, surgiesen movimientos extremistas. Algunos fingen creer que esas cosas tan básicas y primordiales no debieron nunca ponerse en cuestión y que si se ha hecho fue por culpa y pecado de determinadas gentes, consecuentemente responsables de la catástrofe. Si así fuera, la situación carecería de gravedad o tal vez, mejor dicho, su gravedad sería superficial. Pero ellos saben muy bien que a su creencia le falta la radical sinceridad. Si reconocían —como la verdad reclama— que la quiebra y volatilización de aquellos principios básicos no es criminal faena de nadie determinado y responsable, sino coyuntura a que tenía que llegar por sí mismo el proceso histórico de nuestra civilización —precisamente por el lado que de inexorable tiene— se hubieran visto forzados a contemplar sin atenuaciones la gravedad profunda, sustancial de la situación presente. La simple sospecha de tener que soportar tan terrible visión les hizo comenzar por cegarse para ella y ese terror anticipado se originaba, a su vez, en que de antemano se sentían incapaces de resolver problema tan tremendo como este: un mundo al que se le han roto los principios. De modo que, paradójicamente, su fingido diagnóstico relativamente optimista procedía de un efectivo y radical optimismo. Porque les falta fe en la posibilidad de curar el mal si este es tan grave, prefieren suponer que es menor, en tanto que nosotros, más confiados en su posible curación, quedamos en franquía para representarnos su abismática profundidad.

[5] Nada tiene que ver con este hecho la cuantía absoluta de interés por los temas intelectuales que exista hoy en cada país y aun en su conjunto. No es cuestión de la cantidad, sino de la forma que adopte el interés, y esta forma se caracteriza hoy por la naturalidad y la generalidad con que se presenta la «actitud» intelectual. Cuando ahora un obrero, aunque no sea marxista, nos lee, no se comporta positivamente como mero lector, sino que, desde luego, toma postura de émulo porque él también «tiene sus ideas» frente o junto a las nuestras. Esto podrá en su detalle dar ocasión a algunos efectos cómicos, pero, como fenómeno general, me parece admirable, y si los intelectuales de profesión no saben aprovecharlo demostrarán ser unos imbéciles.

4

Artículo necrológico de Martin Heidegger sobre Ortega y Gasset

ENCUENTROS CON ORTEGA Y GASSET

Ortega y Heidegger en Alemania

Por Martin HEIDEGGER

Quisiera referir brevemente dos recuerdos de Ortega y Gasset. Siguen en mi memoria como dignos de recordación.

El primer recuerdo se remonta al mes de agosto de 1951. Nos encontramos en la ciudad alemana de Darmstadt, donde en bien ceñido marco se celebran anualmente conferencias sobre un tema determinado. Aquel año versaban sobre el tema «El hombre y el espacio». Entre los hombres de ciencia y arquitectos que habían sido requeridos a hablar, nos contábamos Ortega y yo. Después de mi conferencia, que llevaba el título «Edificar, habitar, pensar», un orador empezó a disparar violentos ataques contra lo que yo había dicho y afirmó que mi conferencia no había resuelto las cuestiones esenciales, que más bien las había «despensado», es decir, disuelto en nada por medio del pensamiento. En este momento pidió la palabra Ortega y Gasset, cogió el micrófono del orador que tenía a su lado y dijo al público lo siguiente: «El buen Dios necesita de los "despensadores" para que los demás animales no se duerman». La ingeniosa salida hizo cambiar de golpe la situación. Pero no era sólo una salida ingeniosa, era sobre todo caballeresca. Este espíritu caballeresco de Ortega, manifestado también en otras ocasiones frente a mis escritos y discursos, ha sido tanto más admirado y estimado por mí pues me consta que Ortega ha negado a muchos su asentimiento y sentía cierto desasosiego por alguna parte de mi pensamiento que parecía amenazar su originalidad. Una de las noches siguientes volví a encontrarle con ocasión de una fiesta en el jardín de la casa del arquitecto municipal. En hora avanzada iba yo dando una vuelta por el jardín, cuando topé a Ortega solo, con su gran sombrero puesto, sentado en el césped con un vaso de vino en la mano. Parecía hallarse deprimido. Me hizo una seña y me senté junto a él, no sólo por cortesía, sino porque me cautivaba también la gran tristeza que emanaba de su figura espiritual. Pronto se hizo patente el motivo de su tristeza. Ortega estaba desesperado por la impo-

tencia del pensar frente a los poderes del mundo contemporáneo. Pero se desprendía también de él al mismo tiempo una sensación de aislamiento que no podía ser producida por circunstancias externas. Al principio sólo acertamos a hablar entrecortadamente; muy pronto el coloquio se centró en la relación entre el pensamiento y la lengua materna. Los rasgos de Ortega se iluminaron súbitamente; se encontraba en sus dominios y por los ejemplos lingüísticos que puso, adiviné cuán intensa e inmediatamente pensaba desde su lengua materna. A la hidalguía se unió en mi imagen de Ortega la soledad de su busca y al mismo tiempo una ingenuidad que estaba ciertamente a mil leguas de la candidez, porque Ortega era un observador penetrante que sabía muy bien medir el efecto que su aparición quería lograr en cada caso.

El segundo recuerdo trae a mi memoria la gran casa abierta de un médico en los altos de la Selva Negra, donde una mañana de domingo, en un círculo de numerosos oyentes cruzamos con fuerza, pero con bella mesura, nuestros más afilados aceros. Estaba en discusión el concepto del «ser» y la etimología de este vocablo fundamental de la filosofía. La discusión puso de manifiesto lo muy versado que Ortega estaba en las Ciencias. También me puso de relieve una especie de positivismo que no me cumple juzgar, ya que conozco muy pocos escritos de Ortega y sólo en traducciones. La tarde de ese mismo día nos proporcionó a mí y a todos los presentes la impresión más recia y duradera de la magna personalidad de Ortega y Gasset. Habló de un tema que ni estaba previsto ni había sido formulado y que puede, sin embargo, cifrarse en el título «El hombre español y la muerte». Cierto que lo que nos dijo le era familiar desde hacía largo tiempo, pero el cómo lo dijo nos desvela cuánto más avanzado estaba que sus oyentes en un campo que ahora ha tenido que transpasar. Cuando pienso en Ortega vuelve a mis ojos su figura tal como la vi aquella tarde, hablando, callando, en sus ademanes, en su hidalguía, su soledad, su ingenuidad, su tristeza, su múltiple saber y su cautivante ironía.

(*Clavileño,* núm. 39, mayo-junio 1956)

5

Carta de Ortega y Gasset a Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico

Mayorga de Campos
29 Agosto 1955

Excelentísimo Sr. Don Luis Muñoz Marín

Mi ilustre amigo:

Deploro vivamente no encontrarme en Madrid durante estos días que va usted a permanecer ahí. Hubiera querido saludarle efusivamente e intentar atenderle como corresponde a su persona y en recuerdo a todas las bondades que hace seis años, en Nueva York, usted me dedicó.

Desde entonces he seguido con gran interés las actuaciones de su vida pública que han sido tan fructíferas para Puerto Rico.

Conservo la mejor memoria de aquellos días neoyorkinos y de nuestra convivencia con aquel grupo de amigos con quienes me sentí unido como si fueran tan españoles como yo.

Espero que sus días de Madrid le sean gratos y cuento con poder hacerle una visita en Puerto Rico. Motivos de salud y de otros ineludibles compromisos me han impedido hasta ahora cumplir este mi deseo.

Con los mejores deseos y la mayor simpatía queda su amigo

José Ortega y Gasset

III

LA MUERTE DE ORTEGA Y GASSET Y LOS ORÍGENES DE LA TRANSICIÓN (1955-1975)

1
La muerte de Ortega y el nacimiento de una generación

En esta tercera parte del presente libro me extenderé en un desarrollo pormenorizado de las consecuencias de la muerte de Ortega. Aquel callar que era un decir estalló con estruendo como un grito de dolor y de rabia entre una parte importante de la juventud universitaria, golpeando su conciencia. Como viví personalmente aquellos acontecimientos esta parte tendrá también mucho de autobiografía. Aparece así campeadoramente un Ortega que gana batallas después de muerto.

En los primeros días de octubre del curso 1955-1956, me encontré a Ramón Tamames en la Biblioteca Nacional y me dijo: «Ortega y Gasset se está muriendo.» Ramón era compañero mío en Derecho y en una tertulia que hacíamos los sábados por la mañana en un local viejo y destartalado de la calle Alcalá, llamado El Sotanillo (luego ocupado por el lujoso Club 31). Por su medio familiar, donde casi todos eran médicos, y por sus relaciones personales, Tamames tenía motivos para saber de lo que hablaba, y la verdad es que a mí la noticia me dejó estupefacto. ¡Ortega y Gasset, ese personaje legendario de la filosofía y de la cultura, cuyos libros leía yo apasionadamente, vivía allí a muy pocos

pasos de donde nosotros trabajábamos, y en ese momento se hallaba agonizando! Aunque yo entonces era estudiante de segundo curso de Filosofía, y la noticia me afectaba muy directamente, la consternación me impidió actuar en ningún sentido.

El 18 de octubre de 1955, a las once de la mañana, Ortega murió, sin que los periódicos hubiesen adelantado la menor información. Solo la familia y algunos de los discípulos más íntimos velaron aquella noche el cadáver. Fernando Vela, Emilio García Gómez, José Ruiz Castillo, Julián Marías, Antonio Rodríguez Huéscar, Paulino Garagorri y Germán Bleiberg, junto al ex ministro Iranzo, pasaron la noche en una habitación próxima a la del difunto, leyendo las páginas que el maestro había escrito sobre el tema de la muerte.

Hasta ese momento todo había transcurrido en la mayor intimidad. Solo los familiares y algunos amigos sabían que desde mayo de 1955, en que Ortega regresó de una conferencia en Venecia, su estado de salud no era bueno. En verano, durante los meses de julio y agosto, el filósofo y su mujer habían hecho un viaje de descanso por los pueblos del norte de España. En Valmaseda (Vizcaya) había permanecido en casa de su discípulo y amigo Paulino Garagorri; con el matrimonio García Gómez visitó las cuevas de Altamira y Santillana del Mar, en cuyo claustro se hizo la última fotografía suya que se conserva antes de morir. En Llanes (Asturias) se hospedó en casa de su amigo Fernando Vela; creo que fue en Ribadesella donde compartió con este, comiendo truchas, lo que el mismo discípulo llamó «uno de sus últimos momentos de placer terrenal». Sabemos que estuvo también en Laredo, Santoña, Riaño, Puente Nuevo, y que al final de la excursión, durante los últimos días de agosto y primeros de septiembre, recaló en la finca que su hija Soledad tenía en Mayorga de Campo. Durante su estancia en esta escribió la carta que reproducimos, dirigida a don Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico, y que

es uno de los últimos testimonios escritos que se conservan del filósofo.

Su falta de apetito y sus molestias estomacales eran ya entonces casi constantes, y a fines de septiembre —ya de vuelta en Madrid— su hijo Miguel y don Teófilo Hernando le diagnosticaron un cáncer de estómago muy difícil de extirpar. Llamaron al doctor Pascual G. Duarte, que se encontraba veraneando en Fuenterrabía, y el 12 de octubre fue operado en el sanatorio Rúber. Según palabras del propio cirujano, cuando le abrió el cáncer «ya no estaba en un órgano, en este caso el estómago, sino en todo el organismo de esta parte, así que nos limitamos a hacerle una cosa paliativa, para, por lo menos, evitarle sufrimientos que habían de venirle en el curso de la enfermedad» [1]. Se le trasladó a su domicilio particular, y pasó los últimos días con intervalos de lucidez e inconsciencia, hasta caer en un coma profundo. En los últimos momentos le atendieron doctores amigos, Gregorio Marañón y Teófilo Hernando; este último certificó la defunción. El padre Félix García, agustino, había sido llamado a petición de doña Rosa Spottorno, esposa del enfermo, llegando a administrarle la absolución *sub conditione,* y con la aquiescencia del mismo, según palabras de dicho padre. Sin embargo, las pocas palabras que recogieron los familiares y amigos no dan el menor pie para hablar de conversión o cosa parecida. Al doctor Hernando le dijo: «Quiero concentrarme para darme cuenta de la situación, y no puedo.» A su esposa le dijo también algo semejante: «Rosa, oriéntame. No veo claro lo que ocurre.»

Como decíamos antes, todo transcurrió en la mayor intimidad. Al día siguiente —19 de octubre— la noticia no podía ocultarse por más tiempo. Saltó a la primera página de los periódicos nacionales y extranjeros. Se hablaba del primer pensador español del siglo XX, de una de las cabezas

[1] *ABC,* 19-X-1955; pág. 39.

más lúcidas del mundo, del gran filósofo de la cultura. Cuando aquella mañana fui a la universidad comprobé que se había declarado día de luto nacional y me encontré con que todos mis compañeros habían reaccionado con el mismo estupor e indignación que yo había hecho en solitario unos días antes. El que a muy pocos pasos de las aulas universitarias hubiera muerto el pensador español más eminente del siglo XX, sin que ninguno de nosotros hubiéramos tenido la menor oportunidad de oír su voz ni de escuchar sus enseñanzas, se convertía automáticamente en una acusación rotunda e inequívoca contra el régimen político que tales cosas permitía. La reacción fue contundente y violenta.

Sin duda esta reacción había sido anticipadamente prevista por hombres de buena fe que no obedecían al estereotipo estúpido y brutal del franquismo. Me refiero a Pedro Laín Entralgo y Francisco Javier Sánchez Cantón, rector el primero de la Universidad de Madrid, y decano el segundo de la Facultad de Filosofía y Letras, quienes por aquellos años ocupaban dichos cargos, bajo el ministerio de Ruiz-Giménez en Educación Nacional desde 1951. En 1953 cumplía Ortega y Gasset los setenta años, que es —como se sabe— la edad de jubilación oficial, y Laín y Sánchez Cantón se presentaron en la casa del filósofo para ofrecerle lo que indudablemente tenía los caracteres de reparación académica y pública. La conversación ha sido transcrita por el primero de ellos en los siguientes términos:

> —Venimos, don José, para rogarle que se despida de su vida académica con un curso o cursillo en la Facultad de Filosofía y Letras, al término del cual se celebraría un acto en que la Universidad podría proclamar su deuda con usted y su agradecimiento.
>
> —Pero, ¿no se da usted cuenta de que para usted como rector puede tener ese acto consecuencias enojosas? —replicó Ortega.

—No las excluyo —afirmó Laín—, y quiero decirle muy expresamente que desde ahora Cantón y yo ponemos nuestros cargos en este ruego que le hacemos.

—Les agradezco mucho su gestión, pero por esas razones a que usted mismo ha aludido no me es posible aceptarla.

Volvieron a insistir Laín y Sánchez Cantón con nuevas razones y argumentos y volvió a negarse Ortega de modo cordial, pero terminante.

—Me duele su resolución, don José —le dijo el entonces rector ya en la despedida—, y desearía que fuese otra; pero, por supuesto, la comprendo[2].

Quizá, si aquel intento hubiese tenido éxito, se hubiese aminorado la violenta reacción de 1955; pero, tal y como se produjeron los hechos, esta era inevitable, y llegó a adquirir caracteres de radical oposición política al régimen imperante, como quedará demostrado aquí. La mañana del entierro de Ortega, el día 19 de octubre, miles de estudiantes se personaron en la casa mortuoria, ocupando prácticamente toda la calle Montesquinza, donde se encontraba aquella.

La Dirección General de Prensa, a cuyo frente estaba entonces Juan Aparicio, había fijado unas normas muy estrictas para el homenaje a Ortega: «... cada periódico podía publicar tres artículos sobre el finado (una biografía y dos comentarios), pero todos ellos habían de poner de relieve sus errores en materia religiosa. Igualmente se permitía la publicación de foto en la portada, "pero no de Ortega en vida"»[3].

---

[2] Pedro Laín Entralgo, *El problema de la Universidad,* Edicusa, Madrid 1968; págs. 91 y 92.

[3] Javier Tusell, *La oposición democrática al franquismo,* pág. 286.

Pocos días después, el 21, decidíamos los estudiantes universitarios hacer nuestro propio homenaje al filósofo desaparecido, manifestándonos en contra de la manipulación ideológica que se había hecho de su muerte. La prensa había hablado de arrepentimiento y conversión católica a última hora, tomando pie en la presencia del padre Félix García, a quien antes mencionamos, en los últimos momentos de la vida del filósofo. Esto era una manipulación indigna que pretendía desvirtuar una vida que —según propias manifestaciones— había pretendido conformarse «acatólicamente» en todos sus actos.

Los estudiantes de Filosofía así lo entendimos entonces, y los hechos han venido a darnos la razón. El día 23 de octubre, los hijos de Ortega escribieron una carta al entonces ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz-Giménez, cuya publicación fue prohibida en España. Una parte de esa carta fue publicada muchos años después —28 de mayo de 1975— en el diario *ABC,* dentro de otra que los citados hijos de Ortega dirigieron al director del rotativo para salir al paso de nuevas afirmaciones del padre Félix García sobre la muerte del filósofo, del que afirmaba: «He dicho alguna vez que Ortega murió cristianamente, frente a lo que dicen algunos, y cristianamente se le llevó al cementerio [4].» A contrapelo de esa opinión he aquí lo que dicen los hijos —Miguel, Soledad, José— del pensador: «Nuestro angustioso cuidado —una vez descartada la posibilidad de restablecer su salud— se centró en procurar respetar su conciencia que, ya obnubilada, no nos podía decir nada concreto. Que nuestro padre puso durante toda su vida —y a la vez que Dios estuvo presente en su obra— el más pulcro cuidado, dentro del máximo respeto, de que todos sus actos —aun los que pudieran parecer más nimios— mostrasen su voluntad de vivir "acatólicamente" es cosa de la que

[4] *ABC,* 27-IV-1975.

no cabe a nadie la menor duda. Y de que, aun horas antes de la operación, seguía en el mismo sentimiento y en semejante actitud, no nos cabe duda tampoco a nosotros, por cosas que nos dijo en esos momentos. Después de la operación, solo Dios lo sabe. Atendimos el deseo ferviente de nuestra madre de que lo visitase el padre Félix García, por cuya persona y por cuya orden había tenido nuestro padre siempre clara simpatía, y el padre Félix, según nos dijo, le administró la absolución *sub conditione* con la aquiescencia de nuestro padre. Si esto lo hizo con la cabeza clara —que hasta ese mismos instante, y en la medida que los ojos humanos de los médicos y de la familia pueden juzgar, estaba impresionantemente perdida— o si lo hizo con la conciencia disminuida, es punto que, como ha dicho el padre Félix García en su artículo de *ABC* (19 de octubre de 1955) —en que demuestra tener gran corazón e inteligencia— pertenece al misterio de Dios[5].»

El contexto adecuado para comprender esta carta en su verdadera dimensión hay que verlo en la polémica suscitada en años anteriores —y muy especialmente a partir del año 1946, en que Ortega regresa a Madrid de su exilio en Argentina y Portugal— en torno a orteguianos y antiorteguianos. El eje de la citada polémica era precisamente el «acatolicismo» orteguiano, al que se atribuía —junto a Unamuno— la «desviación ideológica de la juventud». Comenta el hecho Pedro Laín Entralgo con estas palabras: «¡Unamuno y Ortega, envenenadores de las mentes juveniles y autores incompatibles de los ideales de la Cruzada! Entre risa, irritación y vergüenza produce hoy la lectura de estas palabras: pero así era muy buena parte de "la católica España" hace tan solo veinte o veinticinco años[6].»

---

[5] *ABC,* 28-V-1975.

[6] Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960),* Barral Editores, Barcelona, 1976, pág. 408.

Un relato detallado de lo que fue aquella polémica está todavía por hacerse, pero es indudable que el objetivo final de semejante campaña por parte de los católicos antiorteguianos era no solo el desprestigio de la obra orteguiana ante los ojos de la juventud, sino el intento de incluirle en el *Índice* de los libros prohibidos por la Iglesia, a cuyo fin iba descaradamente dirigido el libro del padre Santiago Ramírez *La filosofía de Ortega y Gasset* (1958), publicado en años posteriores y cuando ya se veía que la recuperación de Ortega para el catolicismo integrista era imposible. El lector encontrará un desarrollo pormenorizado de esta polémica en el próximo capítulo.

En este ambiente hay que entender el intento de recuperación del verdadero espíritu filosófico de Ortega que hicimos algunos estudiantes a través de la revista *Aldebarán,* en cuyo consejo de redacción figuraban los nombres de Carlos Romero, Javier Muguerza, J. R. Marra-López, Fernando Sánchez Dragó y Miguel Rubio. Cuando un grupo de nosotros se presentó en la tertulia de la *Revista de Occidente* a ofrecer el primer número a los allí presentes, no dejaban de salir de su asombro. Era insólito, evidentemente, que bajo la pesada losa de la dictadura franquista, se hubiese podido producir en las catacumbas del régimen una generación como la nuestra.

En cualquier caso, es evidente que aquella atmósfera de polémica y de cicatería que habían creado en torno a Ortega los representantes más destacados del catolicismo integrista español había de influir hondamente en el desengaño y la tristeza de quien desde las primeras manifestaciones de su vida pública había quemado sus años al servicio de su raza y de su pueblo, intentando hacer «ensayos de nueva España». El silencio que mantuvo desde la guerra civil en torno a los problemas más graves de la sociedad española era probablemente el reflejo de que la enfermedad española que había diagnosticado en su juventud —aquella que le

hizo escribir que «la morada íntima de los españoles fue tomada hace tiempo por el odio, que permanece allí artillado, moviendo guerra al mundo»— había ido haciendo mella en su propio organismo físico.

Pero, volviendo al momento de la muerte de Ortega, en que dejamos nuestra narración, a los que entonces éramos estudiantes se nos hizo muy clara la manipulación de los que aseguraban que Ortega había pedido un sacerdote a última hora y recibido los sacramentos. Si no se le podía incluir en el *Índice,* ni fulminar con un anatema o una excomunión, una conversión a última hora hubiera representado un triunfo inconmesurable para aquellos católicos que todavía entendían el apostolado de manera tan superficial y formalista. Ello les hubiera permitido hablar no solo de la conversión a última hora, sino hacer un repudio automático de toda su obra, considerándola una frivolidad, como lo demostraba el hecho de que «a la hora de la verdad» el filósofo había vuelto a las creencias de su infancia y de sus padres, asumiendo la tradición católica de su patria y de su pueblo. La indignación de los que entonces éramos estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras no tenía límites y era compartida incluso por muchos católicos que no tenían una visión tan superficial de sus propias creencias religiosas. Como consecuencia, decidimos llevar a cabo nuestro propio homenaje más acorde con el espíritu del filósofo. Se compró una corona de laurel, a la que se añadió una cinta morada con una leyenda en letras doradas, donde decía de forma muy simple, pero elocuente: «A José Ortega y Gasset, filósofo liberal español.» Acto seguido se realizó una convocatoria en el patio de la Universidad Central (entonces en el caserón de San Bernardo). Allí se leyeron páginas de *Misión de la Universidad,* de *La rebelión de las masas* y de *El tema de nuestro tiempo.*

En el acto estuvo presente el entonces decano de la Facultad de Derecho, don Manuel Torres López, e intervinie-

ron también varios estudiantes espontáneamente, cuyos rostros y nombres son para mí desconocidos. Sin embargo, el azar de la vida ha hecho que al cabo de veinticinco años me encontrase en mi camino con uno de esos estudiantes anónimos, que cobró así repentina presencia personal en mi conciencia. Se trata del prestigioso hispanista en el campo de la dramaturgia Francisco Ruiz-Ramón, residente hoy en los Estados Unidos y entonces estudiante de Filosofía y becario del CSIC. Su caso revela a las claras el terror y la represión bajo los cuales se mantuvo la dictadura del general Franco. A raíz de aquella intervención oratoria Ruiz-Ramón fue vigilado por la policía, que advirtió a los directores del instituto Miguel de Cervantes, donde trabajaba, sobre su terrible peligrosidad política. La situación se le hizo intolerable y se vio obligado a salir de España; vivió en Noruega, primero, y luego en los Estados Unidos, habiendo regresado esporádicamente a su país. Nuestro azaroso encuentro en un coloquio celebrado en la Universidad de Vanderbilt (Nashville, Tennessee) durante la primavera de 1980 me reveló repentinamente una sombra del pasado, haciendo inevitable la pregunta de cuántos tuvieron que salir de España en condiciones semejantes durante aquel régimen de terror, sin que de ellos tengamos noticia. Como he dejado escrito en una ocasión, junto a la historia del exilio de 1939, producido como consecuencia de la guerra civil, habría que escribir la del exilio del franquismo, producido por las condiciones intolerables de la dictadura. En cualquier caso, la historia de Ruiz-Ramón ilustra muy a las claras cómo se ha ido escribiendo, en tantas y tantas ocasiones, la prestigiosa página del hispanismo que tanto ha hecho fuera de nuestra patria por la cultura y la dignidad de España.

Una vez terminado el acto en el patio de San Bernardo se inició una comitiva, presidida por las personas que llevaban la corona de laurel —un grupo de chicas de la Facultad de Filosofía y Letras—, la cual recorrió algunas calles cén-

tricas de Madrid. Se pretendía dar testimonio público de nuestra actitud, y en lugar de ir directamente al cementerio por el camino más corto, se dio un rodeo por sitios muy concurridos. La comitiva —y no manifestación, como se empeñaron en denominarla algunos sectores oficiales— salió por la parte trasera del edificio de San Bernardo hacia la Puerta del Sol, desde donde se inició el camino por calles del Madrid antiguo hacia la sacramental de San Isidro, donde estaba la tumba de Ortega. Ante esta, uno de nosotros —no recuerdo ahora quién— leyó las siguientes palabras:

> Este homenaje póstumo a Ortega y Gasset, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, es el homenaje de los que pudimos haber sido discípulos suyos, de los que no lo somos y estamos sufriendo el vacío que él dejó al abandonar, por causas conocidas, su cátedra de Metafísica. Es el homenaje de la juventud universitaria, de los universitarios sin universidad que somos, de los que hemos tenido que aprender muchas cosas fuera de las aulas, en libros que no son de texto, en idiomas que no son el español.
>
> Somos discípulos sin maestros. Entre Ortega y Gasset y nosotros hay un espacio vacío o mal ocupado. Notamos cada día que falta algo, que nos falta alguien. Nadie nos dice para qué vale la Universidad. Y estamos seguros ya de que vale para muy poco, y de que es necesario cambiarla mucho. Pero nadie nos dice cómo, nadie defiende que nosotros somos la base de la Universidad.
>
> Hace muchos años, Ortega y Gasset contestó a estas preguntas nuestras, dio satisfacción a estas exigencias nuestras. Su obra de filósofo universal no desdeña la preocupación por nosotros. Nos estudia, nos analiza, nos comprende. Sobre todo esto, las magníficas enseñanzas de Ortega y Gasset, sus libros, no nos han llegado a través de las cátedras. Algunos, desgraciadamente no demasiados, hemos buscado los libros de nuestro primer filósofo y los

hemos leído. Otros, desgraciadamente muchos, no sabemos casi nada de Ortega y Gasset. Seamos sinceros. Y él hubiera sido el maestro que necesitamos.

José Ortega y Gasset ha muerto hace cuatro días. La Universidad ha guardado su luto oficial. Nosotros, los universitarios, debemos guardar aquí el nuestro. Y algo más.

Porque no todo está perdido. Aún podemos, de algún modo, ser discípulos suyos. Aún podemos ser una juventud con maestro. José Ortega y Gasset ha muerto, pero quedan sus libros.

Nuestro mejor homenaje debe ser el silencio. Un silencio de discípulos que se preparan a oír la voz del maestro. Nos va a dar la clase. Es la última, pero nosotros podemos hacer que sea también la primera.

Silencio. José Ortega y Gasset, hombre de España, filósofo universal, amigo de la juventud universitaria, ha muerto.

Silencio. Quedan sus libros, y aún podemos ser discípulos de él a través de ellos.

Silencio. Sus libros van a hablar por él, sus libros ocupan la cátedra que dejó vacía.

La clase ha comenzado[7].»

Estas palabras, y los textos que a continuación se leyeron de *España invertebrada* y de *Castilla y sus castillos,* nos hablan claramente de una conciencia generacional, que se expresó también a través de otras manifestaciones: la publicación de la revista *Aldebarán,* a la que nos referimos anteriormente; la convocatoria de un I Congreso de Escritores Jóvenes, de clara intencionalidad política y sobre el que me extenderé en próximo capítulo. Entre los nombres que recuerdo de los estudiantes presentes en el entierro de Ortega están Jesús López Pacheco, Julio Diamante, Julián Marcos, Jaime Maestro, Carlos Romero, Claudio Rodríguez; de las

[7] *Aldebarán,* núm. 4, pág. 3.

chicas me saltan a la memoria Carlota Bustelo, María Teresa Tortella, Alicia Bleiberg, Pura de Madariaga y su hermana María Rosa, Milagro Laín y Elvira Santos. Pero fue *Aldebarán* quizá el primer órgano de expresión de la que en justicia puede llamarse generación de 1956. Precisamente, con motivo de la muerte de Ortega, Javier Muguerza escribía allí un artículo titulado «Magisterio, generación, presente», donde, entre otras cosas, decía: «No cabe duda que la nuestra, siguiente en la línea de las generaciones de nuestro tiempo, se perfilará más, y sobre todo en esta reducida faceta de lo nacional, como generación de combate, que como dócil a la autoridad del pasado. Pertenece a lo que Ortega llama "épocas eliminatorias o polémicas" en contraposición de las "épocas conmulativas"; pero hay que hacer notar que esa indocilidad no provendrá de la disconformidad con una obra ni siquiera recibida, y aquí habría de nuevo que considerar el grado de culpabilidad a que nuestra desgana nos hace acreedores, tanto como del pasmo sano ante la obra por hacer que no parece sino estar aguardándonos[8].»

Junto a estas actividades, diversos acontecimientos fueron fortaleciendo esa inicial conciencia generacional. Los estudiantes de la sección de Filosofía exigimos a las autoridades universitarias un homenaje de la Facultad a quien había sido catedrático de Metafísica desde 1910. Se produjeron dilaciones, pero a la larga la negativa era imposible. Al fin se celebró un acto en memoria suya el 18 de noviembre, que tuvo lugar en el Paraninfo de la Facultad de Letras; en él hablaron el entonces decano, Franciso Javier Sánchez Cantón; los catedráticos Ángel González Álvarez —sucesor de Ortega en la cátedra de Metafísica—, Emilio García Gómez, Joaquín Garrigues, Gregorio Marañón; el estudiante de Filosofía Lucio García Ortega, y cerró el acto el rector, Pedro Laín Entralgo. Es curioso que este, que presidía el

[8] *Aldebarán,* núm. 4, pág. 5.

acto, no recuerda con exactitud, al correr de los años, quiénes fueron los oradores que intervinieron en él. En su libro *Descargo de conciencia (1930-1960),* menciona a Garrigues, González Álvarez, García Gómez y él mismo, pero se olvida del que entonces era decano en la Facultad de Filosofía y Letras, Francisco Javier Sánchez Cantón, y se olvida también de Gregorio Marañón y del estudiante que entonces intervino a petición nuestra como representante de la Sección de Filosofía, donde Ortega había sido catedrático. El hecho resulta aún más curioso si se tiene en cuenta que la citada Facultad publicó un opúsculo donde aparecen los textos de todos y cada uno de los que intervinieron, aunque este apenas circuló entonces por haberlo prohibido la censura. No le imputamos nada al entonces rector Laín, pues él mismo señala en el prólogo que no ha querido escribir un libro de historia, ni ha apelado a fuentes documentales de ningún tipo, sino que ha confiado exclusivamente en su memoria. Es evidente que, desde este punto de vista y como máxima autoridad académica que entonces era, le preocupaba más el orden público y la posible trascendencia política del acto. Su comentario sobre él resulta muy elocuente y se limita a las palabras que a continuación reproduzco: «Creo que nunca habrá sido mayor en el salón nombrado la aglomeración de cuerpos humanos, y nunca tan densa la expectación de las almas. No solo entre los muros de la Facultad existía tal tensión anímica. Era día de Consejo de Ministros, y desde El Pardo, temeroso de que el homenaje terminase en algarada, Joaquín Ruiz-Giménez fue siguiendo por teléfono el desarrollo del acto. No hubo algarada. Hubo, sí, emoción profunda, grandes salvas de aplausos —especialmente vivos tras el precioso discurso de Emilio García Gómez— y muy clara conciencia colectiva de lo que con la muerte de Ortega había perdido España[9].»

[9] Pedro Laín Entralgo, op. cit., pág. 413.

Y, sin embargo, los olvidos de Laín son fundamentales desde el punto de vista en que estoy escribiendo. No solo no recuerda a Marañón, que por ser íntimo amigo de Ortega representaba mucho allí, sino que olvida también que la frase más aplaudida en esa memorable mañana fue aquella en que el mismo Marañón reafirmó su hondo liberalismo: «No hablo del derecho a la crítica —dijo—, que en mí, puesto que soy liberal, es un derecho sagrado [10].» Si recordamos que en la corona del entierro de Ortega se resaltaba la condición «liberal» del filósofo, se hace obvia la vigencia que el liberalismo como doctrina política tenía en los jóvenes de aquel entonces, con lo cual se estaba expresando también la oposición política al régimen franquista. Es sabido que Franco pudo transigir con la democracia —si bien bajo la forma espuria que él llamaba «orgánica»—, pero jamás lo hizo con el liberalismo, movimiento que relacionaba siempre con la masonería decimonónica y las intrigas judaicas. No podemos olvidar tampoco lo que la doctrina liberal ha tenido siempre de reconocimiento de los valores laicos y de la conciencia civil; de aquí que fuese considerado también como un desafío al régimen la publicación de una esquela sin cruz en uno de los *Boletines informativos* del Congreso de Escritores Jóvenes, puesto que para Franco la esencia de lo español seguía considerándose indisoluble de la tradición católica.

A mí como estudiante que era entonces —y lo que todo ello implica— me resulta también incomprensible que Laín no recuerde entre los oradores la presencia del estudiante Lucio García Ortega, pues desde su punto de vista de rector, preocupado «porque aquello no terminase en algarada», fue fundamental que los estudiantes de Filosofía se sintiesen representados por aquel. En cualquier caso, era y

[10] *Acto en memoria del catedrático don José Ortega y Gasset,* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Madrid, 1955, pág. 59.

es evidente que la voz de la conciencia estudiantil se expresó a través de sus palabras, entre las que me parece significativo recoger las presentes: «Ortega es para nosotros una experiencia solitaria, una aventura personal. De él apenas se puede hablar. Los que le critican y los entusiastas, tanto como esa casta de los compasivos —siempre numerosa en torno a los grandes hombres—, no hacen más que hablar de sí mismos. [...] Cada uno se ha encontrado con sus libros por su cuenta y riesgo. A unos pocos quizá les fuera aconsejado, a muchos nos fue lectura furtiva y otros le habrán descubierto porque sí..., como se descubren todas las cosas. [...] Nunca supimos dónde estaba, y cuando lo sabíamos podía ya estar en otro sitio. Cuando esperábamos su libro siempre fue otro el libro que tuvimos. Cuando parecía una costumbre, cuándo casi iba a serlo para nosotros, murió [11].»

El tono acusatorio, bajo la apariencia de moderación que las circunstancias imponían, resulta obvio, e incluso varias de las referencias resultaban aplicables a algunos de los que después iban a hablar, como esa de la «casta de los compasivos, que no hacen más que hablar de sí mismos», donde la alusión al catedrático de Metafísica que iba a tomar la palabra a continuación resultaba palpable.

El acierto en la elección del estudiante que entonces nos representó ha sido confirmado por el tiempo. Lucio García Ortega amplió estudios en Alemania al terminar la carrera y ganó en seguida una cátedra de Filosofía en el instituto de enseñanza media Padre Isla, de León. Aunque una muerte repentina e inesperada nos privó de una obra para la que se encontraba granado por un largo esfuerzo de trabajo y estudio continuado, varios miles de páginas inéditas acreditan lo que estoy diciendo. Su recuerdo se ha extendido incluso a personas que, por su juventud, apenas pudie-

[11] *Acto en memoria del catedrático don José Ortega y Gasset,* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Madrid, 1955, págs. 15-17.

ron conocerlo, como ocurre con el estudiante Carlos Suárez, del citado instituto, quien en nombre de un grupo de estudiantes de la Universidad de León me escribe una carta sobre el proyecto que entre ellos existe de reivindicar el nombre de Lucio y salvarlo del olvido. Entre otras cosas, dice en la citada carta: «Tenemos a nuestro favor el pretender combatir el olvido que nace, cinco años después de su muerte, en torno a quien ya en vida era prácticamente desconocido aquí; está de nuestro lado el hecho de intentar salvar el recuerdo de una persona de quien los amigos difícilmente pueden desentenderse a la hora de un merecido homenaje por modesto que sea [12].»

A pesar de todo lo dicho hasta aquí, los ánimos no se aplacaron con este homenaje. Un acto «oficial» y puramente «académico», por muy sincero que fuese en sus intenciones, no podía reparar lo que constituía una injusticia histórica de grandísimas dimensiones. Al reiniciarse el curso, tras las vacaciones madrileñas, el ambiente universitario se hallaba muy caldeado. No tardaron en surgir incidentes que culminaron en enfrentamientos muy violentos, en el curso de uno de los cuales fue gravísimamente herido el estudiante Miguel Álvarez. Se produjo una honda crisis política, cuya importancia exige que la tratemos de modo independiente. Aquí bástenos con apuntar el nacimiento de una conciencia generacional en 1956, que tuvo su exposición inicial con la muerte de Ortega y Gasset.

[12] Carta de Carlos Suárez González, Gijón, 12-VIII-1980.

2
Catolicismo y orteguismo: la pugna religiosa en un régimen confesional

En el anterior capítulo hemos hecho una detallada exposición de las manipulaciones religiosas con que pretendió ocultarse el hecho de que Ortega y Gasset era un pensador que había vivido al margen de la Iglesia católica y que había tenido la pretensión —reiteradamente declarada— de desarrollar toda su vida, pública y privada, al margen de cualquier creencia oficial. El hecho era difícilmente soportable por un régimen político que se había declarado «confesionalmente católico»; de aquí que esas manipulaciones, a la hora de la muerte, no fueran fácilmente evitables y, en realidad, no eran sino continuación de las que se habían producido antes de la muerte del filósofo y continuarán también después de acaecida. Estamos, pues, ante un episodio de la vida intelectual del franquismo poco conocido y del que nunca se ha escrito la historia completa. Me parece que es importante dar aquí los datos fundamentales de esa pugna religiosa entre catolicismo y orteguismo, ya que solo así se entienden en su plena significación los acontecimientos de 1956.

El marco para un entendimiento cabal de aquellos viene dado por el citado «confesionalismo» del Estado espa-

ñol, que pretendió llevarse a la práctica educativa mediante el llamado «nacionalcatolicismo». Eso se tradujo en la imposición dentro de las Facultades de Filosofía y Letras de una adscripción al escolasticismo por parte de los profesores que ocuparon las cátedras de Filosofía en la enseñanza superior. El hecho de que una gran mayoría de los profesores que las detentaban antes de 1936 hubieran pasado al exilio facilitaba enormemente las cosas. Y así nos encontramos, en la década de 1940, con un plantel de profesores de Filosofía que monopolizaban la enseñanza universitaria en las directrices que marcaba la escolástica o la neoescolástica impuesta por el régimen; cítense a título de ejemplo, Juan Zaragüeta, Juan Francisco Yela Utrilla, Leopoldo E. Palacios, José María Sánchez de Muniaín, Antonio Millán Puelles, Ángel González Álvarez...

La unilateralidad de la decisión era tan arbitraria y antinatural que resultaba difícil mantenerla, incluso dentro del exclusivo ámbito católico, pues es evidente que ser español, católico y filósofo no implicaba necesariamente ser escolástico. En esta situación se encontraba precisamente Julián Marías, un ferviente discípulo de Ortega, que no solo se declaraba católico, sino que paladinamente afirmaba la compatibilidad entre catolicismo y orteguismo.

En estas circunstancias, se va a producir un hecho de la máxima importancia para los intereses filosóficos de los orteguianos católicos. Se trata de la conversión al catolicismo en 1937, durante su exilio en París, de Manuel García Morente, uno de los más distinguidos y prestigiosos discípulos de Ortega, como él mismo se había declarado. Por otro lado, el maestro también lo reconoce en carta a Victoria Ocampo: «García Morente, nuestro decano de la Facultad de Madrid, es, como sabes, aunque de mi edad, discípulo mío [13].» Efecti-

[13] José Ortega y Gasset, *Epistolario,* Revista de Occidente, Madrid, 1974, pág. 159.

vamente, a pesar de que Morente (n. 1886) es solo tres años más joven que Ortega (n. 1883) y pueden, por tanto, ser considerados de la misma generación, el discipulaje del primero respecto del segundo es reconocido por ambos.

Tras su conversión en París, Morente marcha a la Universidad de Tucumán (Argentina), donde dictará un curso en 1937-1938, que será publicado con el título de *Lecciones preliminares de Filosofía* (1954), con una revisión y prólogo de los doctores Eugenio Pucciarelli y Risieri Frondizi; en este libro Morente todavía defiende lo que él llama «ontología de la vida» para superar la radical oposición entre realismo e idealismo. Entre tanto, se habían producido otros acontecimientos. Morente regresa a España en 1939, dedicándose a realizar estudios en el seminario conciliar del Monasterio de Poyo (Galicia), lo que le llevará a ordenarse sacerdote ese mismo año. En 1940 vuelve a su cátedra en la Universidad de Madrid, aunque ahora las clases tendrán una orientación distinta, bajo la inspiración filosófica del neotomismo, a cuyo estudio se dedica. En colaboración con Juan Zaragüeta corrige y rectifica, en la dirección indicada, las *Lecciones* que había impartido en Tucumán; el libro se publicará ahora con la firma de ambos profesores y bajo un nuevo título: *Fundamentos de Filosofía* (1943). Mientras, Zaragüeta dictaba también en la Universidad la cátedra de Metafísica que Ortega había dejado vacante con su ausencia.

Resulta interesante hacer la compulsa entre ambos textos. En la primera edición —según denuncia Marías— «había supresiones que si, por una parte, hacen perder páginas muy valiosas sobre la historia de la filosofía moderna, por otra, dejan en penumbra el origen y la plena justificación de las últimas tesis filosóficas a que Morente llega, en especial en el capítulo dedicado a la "ontología de la vida"» [14]. En

[14] Julián Marías, *La filosofía española actual,* Buenos Aires, 1948, pág. 129.

ediciones posteriores y a partir de la segunda (1946) esas supresiones vuelven a incorporarse al texto de *Fundamentos de Filosofía,* pero dada —como ya había hecho notar Zaragüeta en 1943— «la insuficiencia de la parte doctrinal de dichas lecciones», ahora aparecen añadidas cinco largas lecciones de Zaragüeta —casi la mitad del libro—, y eso le permite afirmar a este que «con ello estimo queda la obra completa en los dos aspectos, histórico y doctrinal» [15]. Era el eufemismo para decir que el historicismo orteguiano se había reconvertido al neotomismo católico.

Con todo, Julián Marías parece muy satisfecho de la operación, ya que ello le permite afirmar lo siguiente: «Importa darse cuenta de que Morente había llegado, por la vía filosófica que antes señalaba, al planteamiento de las cuestiones acerca de la muerte, la inmortalidad y Dios. Las exigencias internas de su filosofía lo movían ya a enfrentarse con los problemas últimos, sobre todo con el gran tema de Dios. Y por esto la incorporación activa de Morente al catolicismo no significó en su trayectoria filosófica una ruptura, sino una plenitud, en la cual, ciertamente, habían de quedar completadas algunas deficiencias de su pensamiento anterior, incluso superadas algunas desviaciones de detalle, pero sin afectar a las líneas capitales de sus convicciones filosóficas. Lo cual es de extremado interés, tanto para una interpretación recta de la filosofía actual como para una valoración intelectual de la última fase de Morente [16].»

Es evidente que si tenemos en cuenta que Morente había sido el principal adalid del orteguismo durante su etapa de Decano, anterior a la guerra, su conversión tenía una doble lectura ante la opinión pública: por un lado, era un

[15] Manuel García Morente y Juan Zaragüeta Bengoechea, *Fundamentos de Filosofía,* Espasa-Calpe, Madrid, 1943; cito por la edición de 1979, págs. 7 y 8.

[16] Julián Marías, op. cit., pág. 130.

refrendo intelectual importantísimo, dada su autoridad moral, para el nuevo régimen político; por otro, era una garantía de que el orteguismo no estaba reñido, en su consistencia última, con la fe católica. Así lo considera Marías, que se lamenta de la prematura muerte de Morente en 1942, pues adivinaba «tras unos años de maduración y esfuerzo, el rendimiento intelectual de su mente ya católica, pertrechada con los extraordinarios recursos de que disponía». Por eso considera que el legado filosófico de Morente es, antes que cualquier otra cosa, «una tarea propuesta» [17]. Y esa propuesta, aunque Marías no lo dice explícitamente, no podía ser otra que la reconciliación entre catolicismo y orteguismo.

Todo esto resulta del máximo interés a la hora de situar ideológicamente el pensamiento de Julián Marías, inscrito en una línea muy similar a la que mantuvo Juan Zaragüeta en la propia Facultad de Filosofía y Letras; pero a Marías —que había tenido ciertos problemas políticos terminada la guerra— nadie le perdonó su fidelidad orteguiana. Hoy, con más perspectiva, nos damos cuenta de que para Marías tenía suma importancia esa continuidad entre orteguismo y catolicismo, ejemplarmente mantenida por Morente; de aquí su interés en señalar que para Morente su conversión al catolicismo no significa «ruptura», sino «plenitud», lo cual es considerado por Marías —como antes vimos— la «*interpretación* recta de la filosofía actual». Ahora, si tomamos en consideración que el libro donde tales cosas se escriben se titula precisamente *La filosofía española actual* (1948), veremos claramente cuál es el sentido que Marías quiere dar a esa *actualidad.*

Si nos situamos ahora en un radio de visión más amplio, constataremos que esa *interpretación* no era precisamente compartida por un amplio sector del mundo eclesiástico; es

[17] Julián Marías, op. cit., pág. 131.

decir, de aquellos que, precisamente por su condición de integristas, estaban más cerca de los intereses del «nacional-catolicismo» que presidía el régimen de Franco. Así ocurre que, estando Ortega todavía vivo, se inició una campaña para desprestigiar al pensador español, que se concretó en una serie de cinco libros publicados por tres jesuitas —dos españoles y un mexicano— editados por el siguiente orden: Joaquín Iriarte, *Ortega y Gasset: su persona y su doctrina* (Madrid, 1942); José Sánchez Villaseñor, *José Ortega y Gasset: pensamiento y trayectoria* (México, 1943); ídem, *La crisis del historicismo y otros ensayos* (México, 1945); Juan Roig Gironella, *Filosofía y vida. Cuatro ensayos sobre actitudes* (Barcelona, 1946), y otra vez Joaquín Iriarte *La ruta mental de Ortega* (Madrid, 1949). Eran todos ellos libros escritos con lo que Marías llama «voluntad de malentender», y a ellos responde el discípulo español con otro libro que titula *Ortega y tres antípodas. Un ejemplo de intriga intelectual* (Madrid, 1950), al cual precede la siguiente nota: «Este trabajo —cuya inspiración última habría de buscarse en la figura de nuestro hidalgo cervantino— tiene un punto de partida melancólico: la consideración de varios desventurados lances que desdicen a la vez de la filosofía y de la religión católica, justamente por aquel punto en que convergen: la verdad. No ha sido faena leve ni grata: trabajos —en plural— ha costado, y promete otros sin duda. Pero, a pesar de todo ello, el motivo que me ha llevado a escribirlo es más alegre y esperanzado de lo que pudiera pensarse: la creencia de que trabajos de amor nunca son perdidos; mi ilimitada confianza en la filosofía y, claro es, en la religión católica; mi certeza de que, en fin de cuentas, lo que acaba por aparecer y manifestarse es siempre la verdad [18].» Aún no estaba impreso el libro al que precede esta nota, cuando

[18] Julián Marías, *Obras,* Revista de Occidente, Madrid, 1982, t. IX, pág. 21.

todavía aparece otro firmado por Juan Sainz Barberá, Pbro., con el siguiente título: *Ortega y Gasset ante la crítica. El idealismo en «El Espectador» de Ortega y Gasset* (1950); todavía tuvo Marías tiempo de contestarle en un «apéndice» a su obra, desenmascarando la ignorancia y la mala voluntad desde la cual está escrito.

La campaña tenía el carácter de «una ofensiva contra Ortega y todo lo que representaba», recuerda Marías; e insiste en la caracterización de sus promotores: «Esa hostilidad era primariamente política, pero tomaba ante todo aspecto clerical. Conviene no olvidar que lo político y lo eclesiástico —salvo excepciones contadas— aparecían en aquellos años estrechamente unidos, cuando no identificados. El brazo eclesiástico es el que se movilizaba sobre todo en los temas que tenían una vertiente intelectual, y así se realizó la destrucción de la enseñanza de la filosofía en la Universidad, y en especial en la admirable Facultad de Madrid[19].»

Sin duda la campaña tenía como fin impedir la lectura y distribución de las obras de Ortega en España, y arreció a partir de 1948, cuando Ortega no solo se instaló en España, sino que inició una tímida presencia pública a través del Instituto de Humanidades. No solo era una ofensiva contra Ortega, sino contra todo el pensamiento liberal español; recuérdese la que se hizo también contra Unamuno y la famosa pastoral de monseñor Pildaín titulada *Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejías* (1953). Pero Unamuno estaba muerto y su fama había ya traspasado las fronteras; en cambio, Ortega, vivo y actuante, podía ser más vulnerable. Se pensó, por otro lado, que «la batalla para desarraigar de España su pensamiento podía perderse»; he aquí la conclusión de Marías:

[19] Julián Marías, *Obras,* Revista de Occidente, Madrid, 1982, t. IX, pág. 13.

> Había que intentar algo más eficaz: la inclusión de las obras de Ortega en el *Índice* de libros prohibidos. Al lector de hoy le parecerá extraño que eso fuera un arma eficaz: ni siquiera existe ya el *Índice*. Hace treinta años, ciertamente existía; pero además, en España se le daba un alcance que nadie hubiera sospechado: todos los libros incluidos en el *Índice* (es decir, aquellos que los católicos no debían leer sin autorización o motivos suficientes) *estaban prohibidos en España,* desterrados de librerías y bibliotecas. Conviene recordarlo, y cómo ello fue aceptado sin una sola protesta por innumerables intelectuales que tenían autoridad política o puestos de mando, que quizá hoy parecen celosos de la libertad y la democracia, a veces más allá de lo discreto [20].

Muerto Ortega en 1955 se vuelve, pues, a la carga, y esta vez por quien podemos llamar un peso pesado de la teología en España: el famoso dominico Santiago Ramírez, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca, y una de las máximas autoridades de la filosofía escolástica en todo el mundo. El libro se titula *La filosofía de Ortega y Gasset* [21], sin que la intención hubiese variado: «demostrar que el pensamiento filosófico de Ortega es contrario a los dogmas y principios de la religión católica y que su lectura es peligrosa para quienes aceptan la fe y el magisterio de la Iglesia» [22].

En esta ocasión la respuesta fue contundente, porque encontró la oposición de algunos de los intelectuales más prestigiosos de aquel momento. Pedro Laín Entralgo sale al

---

[20] Julián Marías, *Obras,* Revista de Occidente, Madrid, 1982, t. IX, pág. 14.

[21] Editorial Herder, Barcelona, 1958.

[22] Jerónimo Mallo, «La discusión entre católicos sobre la filosofía de Ortega», *Cuadernos Americanos,* núm. 2, México, 1962, pág. 157.

paso del padre Ramírez con un artículo titulado «Los católicos y Ortega»[23], y José Luis Aranguren publica su folleto *La ética de Ortega*[24]; al mismo tiempo nada menos que un editorial —y, como tal, anónimo— de la revista *Religión y Cultura,* dirigida por los padres Agustinos del Monasterio de El Escorial, sale en defensa de la obra de Ortega contra la interpretación de Santiago Ramírez. Eso hace que este publique un segundo libro con el siguiente título: *¿Un orteguismo católico? Diálogo amistoso con tres epígonos de Ortega, españoles, intelectuales y católicos*[25]. Julián Marías decide no dejar pasar esta nueva arremetida antiorteguiana sin una contestación adecuada; lo hace en su opúsculo *El lugar del peligro. Una cuestión disputada en torno a Ortega*[26] y aprovecha también la ocasión para englobar en su respuesta el juicio que le merecen los dos libros del padre Ramírez, pues tampoco había reaccionado Marías ante el primero; dicho juicio queda al final de su escrito, sumariamente formulado de esta manera: «La conclusión principal que podría extraerse después de leer los dos libros del padre Ramírez es esta: el pensamiento de Ortega que él ve y expone tan por menudo no se parece absolutamente nada a lo que entienden los que se consideran, más o menos próximamente, discípulos o continuadores suyos. Ninguno de estos reconoce en los escritos del P. Ramírez las doctrinas que ha escuchado o leído como magisterio de Ortega. No hay una sola tesis que entienda de tal modo. Mientras los discípulos

[23] Aparecido en *Cuadernos Hispanoamericanos,* núm. 101, Madrid, 1958.

[24] Taurus Ediciones, Madrid, 1959.

[25] Salamanca, 1958. El libro está editado por el Convento de San Esteban, regentado, como es sabido, por la misma Orden de Predicadores.

[26] Taurus Ediciones, Madrid, 1958. El libro está incluido en el tomo IX de las *Obras* de Julián Marías, Revista de Occidente, Madrid, 1982.

cercanos o remotos de Ortega no ven en su filosofía nada que les impida o dificulte ser católicos ortodoxos, antes bien, encuentran en ella frecuentemente ayuda para esclarecer su fe, el P. Ramírez habla de una doctrina contraria a esa misma fe e inconciliable con ella[27].»

Al llegar a este punto, el padre Ramírez se ve que ha agotado sus argumentos y recurre a la autoridad de los que le han concedido *el imprimatur* para sus obras, así como denuncia a sus oponentes por no haberse sometido a la concesión de éste ni haber pasado, en consecuencia, por la censura eclesiástica; el tono es inquisitorial y amenazante en su libro *La zona de seguridad. «Recontre» con el último epígono de Ortega,* donde les insta a someterse a lo dispuesto por el Derecho canónico en lo prescrito para la censura de libros por el canon 1385. Al final dice: «Francamente, todo esto me parece excesivo y extraordinariamente peligroso: no someter sus juicios y apreciaciones religiosas —morales y dogmáticas— a la revisión y aprobación de la Autoridad y el Magisterio de la Iglesia, sino llegar inclusive a enfrentarse con él por haber dado *el imprimatur* a lo que no les gusta[28].»

El último capítulo de esta enconada polémica lo escribirá Laín Entralgo con su artículo «Modos de ser cristiano», donde dice: «Me duele, por tanto, que un hombre como el P. Ramírez dé la impresión de emplearse con tal pertinacia y con tan forzados argumentos por conseguir la condenación oficial de un español de veras eminente y prestigioso, cuya obra filosófica y literaria —discutible, cómo no— es hoy leída y utilizada sin daño y con provecho por gran número de católicos de Europa y América[29].»

El autor que con más fidelidad ha reseñado esta larga polémica —católico él mismo— se pregunta: «El alcance de

---

[27] Julián Marías, *Obras,* op. cit., pág. 158.

[28] Convento de San Esteban, Salamanca, 1959, págs. 304 y 305.

[29] *Cuadernos Hispanoamericanos,* núm. 114, Madrid, 1959; pág. 205.

una campaña "religiosa" contra Ortega en la España actual, ¿es acaso lo mismo que el de una hipotética campaña italiana, también "religiosa", contra Benedetto Croce? Me apena en fin ver cómo todo esto se hace aquí y ahora sin advertir, ya en el orden espiritual, que tal condenación —tan ansiada, al parecer— solo satisfaría de veras a quienes no leen ni quieren leer a Ortega, y solo con dolor sería acatada por quienes efectivamente leen sus libros [30].»

Es evidente que le preocupa que se pretenda incluir a Ortega en el *Índice* de libros prohibidos por la Iglesia y le preocupa todavía más el sentimiento de confusión que deja en la conciencia de muchos católicos admiradores y lectores de sus obras. Así lo expresa: «Después de la polémica, necesitan los católicos salir de la duda, del recelo y de la confusión en que los ha dejado el cisma. ¿Qué es lo que realmente hay de opuesto a la fe y a la doctrina de la Iglesia en la obra de Ortega? Aunque tal vez —yo creo que probablemente— hay más de lo que Laín y Marías dan a entender, ello no justificaría una disposición prohibitiva de su lectura, medida que privaría a gran número de españoles del provecho y del placer de informarse acerca de lo que escribió sobre temas múltiples don José Ortega y Gasset, uno de los cuatro o cinco grandes pensadores de la Europa del siglo XX, que sobresale de los demás por el primor literario de sus escritos [31].»

Es importante, con todo, para nosotros constatar que, antes del Concilio Vaticano II, hubo españoles egregios que se adelantaron a sus planteamientos. En este sentido, la polémica relatada es un episodio ejemplar protagonizado por unos católicos españoles, progresistas y avanzados, que fueron pioneros de la historia. Estamos de acuerdo con el juicio que sobre este asunto expresa Helio Carpintero, motivo

[30] Jerónimo Mallo, loc. cit., pág. 165.
[31] Ibídem, págs. 165 y 166.

por el que lo reproducimos a continuación: «No hay duda de que han constituido el primer núcleo intelectual que en España ha aunado, desde el siglo XVIII, el ámbito científico europeo con un catolicismo hondo a la par que declarado. La cosa no por sabida deja de resultar admirable y, al contemplar nuestro reciente pasado, su realidad por fuerza ha de parecer asombrosa. En unos momentos en que nadie podía ni siquiera soñar en la proximidad de lo que ahora se ha dado en llamar espíritu conciliar; cuando la inteligencia parecía tener vedada toda consideración crítica de las actitudes temporales de la Iglesia, y la comprensión dogmática parecía inviable fuera de los esquemas mentales aceptados como seguros por la jerarquía, en nuestro país se escribieron páginas que solo hoy creeríamos posibles de pensar y de firmar con nombre propio. Y, sin embargo, están ahí, en *La empresa de ser hombre,* en *Catolicismo día tras día* o en *Ensayos de convivencia,* como testimonio de un esfuerzo original y valeroso [32].»

Para Julián Marías —el más destacado en la defensa de Ortega, de ese grupo de católicos— la cuestión era vital. Su adscripción intelectual se definía por la adhesión a una doble raíz —ser católico y ser orteguiano— y el renunciar a una de ellas hubiera sido renunciar a su propia identidad. Para emplear la terminología orteguiana, «salvar» a Ortega era necesario para «salvarse» él; de aquí su apasionada reacción: «lo que el P. Ramírez ha intentado hacer es *injertar* el árbol orteguiano para cambiar su condición y que dé otros frutos. ¿Cuáles? De impiedad, anticristianismo, inmoralidad y quién sabe si ateísmo». Un poco más adelante escribe: «El P. Ramírez se propone convencernos de que de la filosofía de Ortega se desprenden consecuencias y conclusiones enteramente opuestas a la fe. Es decir, que el presti-

[32] Helio Carpintero, *Cinco aventuras españolas,* Revista de Occidente, Madrid, 1967, pág. 238.

gio intelectual —y moral, no lo olvidemos— de Ortega debemos cederlo a los anticatólicos; que debemos anotar contra la Iglesia su éxito creciente en todo el mundo; que debemos poner el peso de su autoridad contra los dogmas católicos, la ética cristiana, la concepción cristiana de la vida[33].»

En esta línea debemos entender la interpretación que hace Marías del orteguismo y su singular importancia, en un doble sentido. Por un lado, por el valor intrínseco de la obra filosófica del propio Marías; por otro, porque esa era la única forma de salvar el legado orteguiano para los españoles del interior, aherrojados bajo una dictadura confesional de corte integrista.

Esta última conclusión no deja de ser triste, y es la que nos indignó a los estudiantes de Filosofía en octubre de 1955, al producirse la muerte de Ortega: efectivamente, parecía que su salvación como filósofo no podía deslindarse de su salvación como cristiano. Por eso se le enterró en un cementerio católico y por eso había que demostrar que se había confesado a última hora, volviendo al redil de la Iglesia católica.

Y, sin embargo, los textos de Ortega eran claros. En reiterados lugares de su obra había dejado constancia de su proclama de «acatolicismo». En 1908 se refería textualmente, incluyéndose a sí mismo, a «los que vivimos apartados de toda Iglesia»[34]; en 1933 afirma: «yo, que no soy católico, no tengo un pelo de anticlerical»[35]; y en 1931 se pronuncia con toda claridad y de forma rotunda: «Yo, señores, no soy católico, y desde mi mocedad he procurado que hasta los humildes detalles oficiales de mi vida privada queden formaliza-

[33] «El lugar del peligro», *Obras,* cit., pág. 160.

[34] José Ortega y Gasset, *Obras Completas,* Alianza Editorial, Madrid, 1983, t. I, pág. 431.

[35] Ibídem, t. V, pág. 153.

dos acatólicamente; pero no estoy dispuesto a dejarme imponer por los mascarones de proa de un arcaico anticlericalismo [36].» Como vemos en estos párrafos, su «acatolicismo» es riguroso; es decir, no solo no es anticatolicismo, ni ateísmo, sino que se pronuncia abiertamente contra todo anticlericalismo.

La insistencia en este aspecto es fundamental, ya que no se trata de algo anecdótico o subsidiario de la obra de Ortega, y él mismo lo había dejado claro en la primera edición de su libro. Así dice en 1914 en las *Meditaciones del Quijote:* «La superfetación de lo problemático, de lo oscuro de la vida hace de la religión una forma insuficiente de la cultura. Frente a lo problemático de la vida, la cultura representa el tesoro de los principios. Podremos disputar sobre cuáles sean los principios suficientes para resolver aquel problema; pero sean cualesquiera, tendrán que ser principios. Y para poder ser algo principio tiene que comenzar por no ser a su vez problema. Ahora bien, los principios religiosos son problemáticos en grado superior a la vida misma que tratan de esclarecer y sustentar. Al fin y al cabo, la vida se nos presenta como un problema; pero como un problema soluble, o cuando menos, no insoluble. La religión nos propone que lo expliquemos por medio de misterios —es decir— de problemas formalmente insolubles. El misterio es la lujuria de la oscuridad [37].»

Y es que se trata, ni más ni menos, de hacer de la filosofía una disciplina autónoma y, por tanto, válida para todos los españoles, sean católicos o no, sean o no religiosos. En un país como el nuestro en que la historia de la filosofía había estado de forma secular estrechamente unida a la de la

[36] José Ortega y Gasset, *Obras Completas,* Alianza Editorial, Madrid, 1983, t. XI, pág. 409.

[37] *Meditaciones del Quijote,* Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1914, págs. 124 y 125.

religión, Ortega lanzaba un grito de independencia filosófica, que era fundamental para la salud de la disciplina. Pues bien, ahora —al final de su vida en 1955— resultaba que no, que eso no era factible, y el grupo de católicos que protagonizan la vida intelectual del país no admiten más que dos alternativas: la filosofía de Ortega o se condena, haciendo de él un hereje, o se compatibiliza con el catolicismo, reconvirtiéndola a este de alguna manera.

He aquí el dilema inaceptable para la juventud que despertó a la vida pública en 1956. Basta de mistificaciones —vino a decir la nueva generación—; a Ortega hay que reconocerle como el pensador *acatólico* que quiso ser, en la plena y total autenticidad de lo que fue y de lo que aspiró a ser a lo largo de su vida, alejando de nosotros la repugnante manipulación de su conciencia a que se le sometió con motivo de su muerte[38].

---

[38] La arremetida contra Ortega continuó muchos años después de su muerte, consiguiendo algunos triunfos en el ámbito eclesiástico como el que se narra a continuación. En 1961 apareció el libro del sacerdote Cesáreo Rodríguez y García-Laredo, *El «esfuerzo medular» del krausismo frente a la obra gigante de Menéndez Pelayo* (Oviedo, 1961), donde la cerrazón y el sinsentido se imponen frente a toda objetividad. El libro, de cerca de 800 páginas termina con el párrafo que reproducimos como muestra del espíritu en que se inspira; dice así en un

POST SCRIPTUM

«Hoy (26 de septiembre de 1961) me acabo de enterar —y fehacientemente— de que la *Suprema y Sagrada Congregación del Santo Oficio* ha dirigido —en estos mismos días— a los rectores de los seminarios y universidades una circular o carta en la que se ordena lo siguiente. 1.º que las *Obras* de Ortega y Gasset sean retiradas de las Bibliotecas de los mentados centros, si aquellas figuran en estas; 2.º que de ningún modo tales *Obras* estén a mano de los alumnos. Como se ve, tal disposición u orden corrobora lo que hemos dicho en páginas anteriores. Por último, nótese cómo los orteguianos siguen erre que erre o tan recalcitrantes en su propaganda, al par que se infiltran por todas partes. Sabido es que,

con motivo del XXV aniversario de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado, nuestra Radio Nacional transmitió, durante unos días, intervenciones o charlas de varios personajes. Pues hasta hubo algún orteguiano que, aprovechando entonces la "oportunidad", sacó a relucir allí el nombre y la *autoridad* (!) de Ortega. Se necesita ser "ignorantón"... ¡Pero si precisamente Ortega representa y es la negación de toda la obra de Franco, nuestro egregio Caudillo! En fin, los orteguianos de *hoy* guardan en sí no pocas semejanzas con los "afrancesados" del pasado siglo, pero *ideológicamente* aún son —¡y ya es decir!— peores. Una de esas semejanzas se cifra en esto: así como *en el orden de las ideas* los "afrancesados" se impusieron —¡inmenso infortunio para España!— a los heroicos vencedores, así también los orteguianos se esfuerzan tozuda y sectariamente en lograr el triunfo de su perverso *ideario,* radical antítesis de nuestra gloriosa Cruzada. ¿Volverá a repetirse ahora ese inmenso infortunio?... ¡Alerta, pues, los buenos españoles! ¡Y también alerta, sobre todo, las autoridades: la civil y la eclesiástica! Cuánto habrá que deplorar, si de un golpe no se le cortan sus siete cabezas a la tan perniciosa hidra orteguiana...»

3
La crisis de 1956

1

La muerte de Ortega fue, como decíamos en capítulo anterior, un aldabonazo en la conciencia de una generación que había empezado a dar sus propias señales de vida; pero, por muy importante que fuese ese aldabonazo, su interpretación correcta exige que lo situemos en un contexto más amplio: el de la evolución ideológica y cultural de una juventud que no había vivido la guerra civil, pero que sufría sus consecuencias por el hecho de subsistir bajo las condiciones que había impuesto en el país la victoria de uno de los bandos contendientes. Desde este punto de vista, nada más elocuente que prestar alguna atención a los sucesos del mes de febrero de 1956 y a sus hondas repercusiones en la historia española de los últimos años.

En realidad, desde mucho antes venía percibiéndose por diversos síntomas un cambio importante en el ambiente universitario. Se trata de un incipiente giro de la sensibilidad juvenil que solo años más tarde produciría todas sus consecuencias. No era ajeno a este impulso la creación por la Sección Femenina de un Aula de Cultura abierta a todos los universitarios y con la cual se pretendía paliar los efec-

tos negativos de una especialización excesiva. Se daban cursos sobre Filosofía, Teología, Física, Biología, Antropología y Sociología a un nivel en el que cualquier universitario pudiese seguirlos sin problemas de comprensión, fuese cual fuese su especialidad. Aunque ahora pueda parecer paradójico y sorprendente, la inspiración intelectual de aquellos cursos hay que buscarla en Ortega y Gasset y, más concretamente, en su proyecto de cultura integral expuesto en su libro *Misión de la Universidad.* La asistencia masiva a aquellos cursos que se daban en el viejo edificio de San Bernardo con una asistencia no inferior a los doscientos alumnos, era índice palpable de la inquietud que subyacía a la aparente atonía estudiantil.

La situación se puso candente en 1954, a raíz de una visita de la reina de Inglaterra a Gibraltar, que fue contestada por una multitudinaria manifestación de estudiantes en la que se gritaba el clásico eslogan: «Gibraltar, español.» La manifestación había sido organizada por el SEU y tenía como fin protestar por aquella visita ante la Embajada inglesa en Madrid; pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando, al llegar a esta, nos vimos violentamente agredidos por miembros a caballo del Cuerpo de la Policía Armada. Es decir, una manifestación convocada «oficialmente» por una organización falangista y que era a su vez reprimida «oficialmente» por uno de los cuerpos de seguridad del Estado. La mezcla de sorpresa, de irritación y de ira que aquello produjo en nosotros será difícilmente olvidable por todos los que vivimos aquel suceso.

En aquel ambiente no resulta extraño que los Encuentros entre la Poesía y la Universidad, que se celebraron durante el curso 1955-1956, se fuesen politizando cada vez más. Por entonces Gabriel Celaya y Blas de Otero publicaron algunos de sus libros más comprometidos, y los poetas que se leían en los «encuentros» pertenecían en su inmensa mayoría a la izquierda o, al menos, a la oposición política al

régimen de Franco. Aún recuerdo la ruidosa protesta que se produjo ante la lectura de poemas del *Canto personal* que Leopoldo Panero había compuesto como una forma de oponerse al *Canto General,* de Pablo Neruda. Es precisamente en este ambiente donde surge de forma casi natural y espontánea la propuesta de celebrar un Congreso de Escritores Jóvenes.

La idea apareció en varios al mismo tiempo. Probablemente, la primera iniciativa fue de Jesús López Pacheco y Julián Marcos —estudiantes entonces en la Facultad de Filosofía y Letras—, pero en seguida recogida con entusiasmo por Enrique Múgica Herzog, que era alumno en la Facultad de Derecho. Múgica tenía buenas relaciones entonces con Dionisio Ridruejo, que ya había pasado claramente a la oposición política, y a través de este con Pedro Laín Entralgo, rector desde 1951 de la Universidad de Madrid. Se pretendía democratizar las estructuras estudiantiles del mundo universitario, y Laín —tras los sucesos de 1954— resultaba propicio a la idea, de forma que cuando se le expuso el proyecto no cayó en el vacío. Como dice en sus memorias, repudiando el totalitario «pluralismo por representación»: «Para la organización de la vida estudiantil, como para la organización de la vida política, si una y otra han de ser real y verdaderamente representativas, solo el pluralismo auténtico —concluí, descubriendo el Mediterráneo— puede ser solución de veras digna; más precisamente: solo mediante él puede alcanzar su verdadera dignidad social la persona humana[39].»

En esta convicción Laín no estaba solo; su postura era apoyada desde el Gobierno por el entonces ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz-Giménez, quien años después declaraba:

[39] Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960),* ed. cit., pág. 406.

> Desde el año 54 intenté con Laín y el director general de Enseñanza Universitaria, Pérez Villanueva, liberalizar la Universidad. Incrementamos la revisión de expedientes de separación del servicio de profesores y maestros, e intentamos que las Juntas de Facultad pudiesen presentar ternas para el nombramiento de decanos. En aquel contexto, nos pareció interesante autorizar el Congreso de Escritores Jóvenes, ayudando a sus cabezas visibles, que eran Ridruejo, Antonio Lago y varios jóvenes progresistas, entre los que había monárquicos como Ruiz-Gallardón. Me hablaron de ello Laín y Villanueva y lo autorizamos[40].

En efecto, se constituye en seguida la secretaría del congreso, de la que formaron parte Enrique Múgica, Julián Marcos, Jesús López Pacheco, Claudio Rodríguez y Juan Sebastián Garrigues; muy pronto el rector Laín nos cedió unos locales en el propio Pabellón de gobierno a fin de que pudiéramos tener unas mínimas facilidades administrativas. Esto no suponía, sin embargo, un apoyo incondicional; de hecho, Laín condicionó cualquier ayuda económica para el congreso a un previo acuerdo con las autoridades del SEU. Enrique Múgica se encargó de la negociación, que encontró eco en Gabriel Elorriaga, un falangista de talante liberal que ocupaba entonces el puesto de jefe de Actividades Culturales del SEU. La iniciativa chocó, por el contrario, rotundamente con Jorge Jordana de Pozas, entonces jefe nacional del SEU; con todo, este no quiso enfrentarse con la política del Ministerio y pidió la dimisión, que le fue concedida en septiembre de 1955; le sustituyó J. A. Serrano Montalvo, que no tomó ninguna medida que le pudiera comprometer. Al no llegarse a un acuerdo definitivo, Laín se fue desentendiendo del asunto hasta que llegaron los sucesos de febrero de 1956.

---

[40] Consuelo Sánchez Vicente, «Los sucesos de febrero del 56, veinticinco años después (II)», *Diario 16,* 3-II-1981.

La frase anterior puede prestarse a equívocos. El hecho de que Laín se desentendiese del Congreso de Escritores Jóvenes no quiere decir que dejase de preocuparle la inquietud de la juventud universitaria. La prueba es el informe que le pidió a José Luis Pinillos para que como psicólogo hiciese una indagación objetiva y científica sobre las actitudes religiosas de los alumnos de los Colegios Mayores. Un cuestionario sobre nuestras ideas político-religiosas se nos sometió también a los estudiantes oficiales de la Facultad de Filosofía. Sobre los resultados de estas encuestas, Laín elaboró un informe, publicado en forma de folleto con el título de *Reflexiones sobre la situación espiritual de la juventud universitaria* (noviembre 1955), en el que, entre otras cosas, decía:

> La minoría activa y operante del alumnado universitario hállase profunda y diversamente inquieta. Tal inquietud es intelectual, política, social y religiosa, por lo que toca a su contenido, y exigente, petulante y un poco mesiánica, por lo que a su forma atañe. Intelectualmente, esa minoría se siente descontenta del pábulo científico, filosófico y literario que la sociedad española le brinda, así en la Universidad como fuera de ella. La inquietud política consiste ante todo en una desazón por el futuro de España y en una acuciosa crítica de la falta de brío de nuestro Estado para resolver con justicia y eficacia los problemas de la vida española. Cualesquiera que sean las tendencias hoy perceptibles dentro de tal minoría intelectual, todos sus grupos comulgan en la desazón y en la crítica antes señaladas. Un movimiento de opinión marxista no es todavía muy aparente, pero no sería extraño que fuese gestándose entre aquellos cuya conciencia social —muy viva e impaciente en el alma de nuestros jóvenes— propenda al radicalismo [41].

[41] Cit. por el mismo Laín en su *Descargo de conciencia,* págs. 414 y 415.

Esta inquietud es precisamente la que intentó canalizarse a través del Congreso de Escritores Jóvenes, sin ningún resultado como hemos visto. El análisis detenido de los tres *Boletines* que editó la secretaría del congreso como paso previo a su organización y convocatoria definitiva es fundamental para calar en el significado y el contenido de dicha inquietud. Esa tarea excede de la que nos hemos propuesto aquí. Por otro lado, la misma dinámica de los sucesos precipitaron el fin de aquella iniciativa.

2

A mediados de enero, a la vuelta de las vacaciones navideñas, el ambiente, incluso en amplios sectores del SEU, estaba maduro para un asalto frontal a la estructura universitaria franquista. La idea de convocar un Congreso Nacional de Estudiantes en el que se pidiese una representación democrática de estos dentro de las estructuras universitarias, flotaba en el aire. No es extraño que haya varios que se atribuyan la paternidad. Los comunistas hablan de Jorge Semprún; los socialistas lo atribuyen a Miguel Sánchez Mazas; los liberales coinciden en afirmar que la participación de Dionisio Ridruejo fue decisiva. El origen personal y concreto de la iniciativa no importa tanto como el hecho de que fue inmediata y efusivamente aceptada por un amplio grupo, en el que aparecían como cabezas visibles Enrique Múgica, Javier Pradera, Ramón Tamames, Dionisio Ridruejo, Juan Sebastián Garrigues, Miguel Sánchez Mazas, José María Ruiz-Gallardón, José López Moreno y Julio Diamante.

Las primeras reuniones se llevaron a cabo en el club Tiempo Nuevo (de la calle Alcalá, frente al Retiro), presidido por Gaspar Gómez de la Serna. En un acuerdo básico de principio, surgieron algunas discrepancias sobre si el «Manifiesto» que empezó a redactarse a fines de enero de-

bía tener un carácter exclusivo de reivindicación universitaria o debía señalar de alguna manera «la estrecha vinculación de los problemas universitarios a los problemas generales de la sociedad española y a la repercusión negativa que, por tanto, tenía la situación universitaria sobre la situación del país, agravando su crisis social y política». El portavoz de esta opinión fue, sobre todo, Miguel Sánchez Mazas, quien, según sus propias palabras posteriormente impresas, se expresaba así: «Los universitarios democráticos no podemos aparecer, en nuestra primera toma de posición unitaria frente al Gobierno, defendiendo con espíritu corporativista y egoísta —ante un pueblo oprimido desde hace tantos años; ante unos trabajadores que sufren mayores injusticias y están más amordazados que nosotros— unas libertades y unas exigencias limitadas al plano universitario, pues estas, desgajadas y aisladas del dramático contexto social español, serían de hecho privilegios de mandarines[42].»

Al fin, fue esta la opinión que se impuso, como se refleja en varios párrafos del «Manifiesto», donde se habla del «desencanto como españoles que quisieran ser eficaces, colaborar inteligente y críticamente a la empresa del bien común y ven ahogado este noble propósito», así como de la «nada fácil ni justa, en otros aspectos, vida social de la Nación», para terminar proponiendo «un cambio de perspectiva para el bien de España».

Las frases eran tímidas, pero inequívocas. Sin embargo, donde la condena se hacía con toda dureza y sin paliativos era en el repudio al SEU, al que se aludía con estas palabras: «Las causas de este desolador panorama, del que ningún buen fruto puede esperarse, son múltiples y hunden

[42] Miguel Sánchez Mazas, «Febrero de 1956. El primer desafío al régimen», *Cuadernos para el Diálogo,* núm. 184, 6 de noviembre de 1976.

sus raíces en todo el clima material y espiritual de nuestra sociedad, pero vienen a resumirse y anudarse en una: la organización que hoy se atribuye cada día de un modo más ilusorio el monopolio del pensamiento, de la expresión y de la vida corporativa de la vida universitaria en el aspecto profesional, social, cultural e internacional, posee una estructura artificiosa que o no permite o tergiversa la auténtica manifestación y representación de los universitarios.»

Por otro lado, la dureza política del momento impedía ser más explícitos, como lo demostraron los acontecimientos inmediatamente posteriores. Los últimos toques a la redacción se dieron en La Mezquita (hoy, cafetería Santander, de la plaza de Alonso Martínez), y al día siguiente —el mismo 1 de febrero— Enrique Múgica lo leyó en Tiempo Nuevo, dándolo así a conocer públicamente. Se inició a continuación la recogida de firmas, que fue interrumpida violentamente por el director del club, Gaspar Gómez de la Serna, quien nos echó de los locales con cajas destempladas. Por la calle de Alcalá abajo buscamos un lugar seguro donde refugiarnos y continuar la recogida de firmas; lo encontramos en La Ballena Alegre —así se llamaban los sótanos del café Lyon d'Or—, que era un lugar utilizado por los falangistas para sus reuniones y por tanto poco sospechoso para la policía. Entre aquel día y los siguientes en las respectivas Facultades y Escuelas especiales se llegaron a recoger unas tres mil firmas.

La tensión crecía de día en día en el ambiente universitario, hasta el punto de empezar a hacerse alarmante. Entre las mismas filas de los falangistas pertenecientes al Sindicato Universitario, la opinión estaba dividida. Se intentó desviar la atención convocando unas elecciones a delegados deportivos dentro de la Facultad de Derecho, que era la más conflictiva; pero, por primera vez, los candidatos oficiales perdieron. Esto provocó una refriega en la que rápidamente se pasó de las palabras a las manos, en el curso de

la cual uno de los contendientes —sin duda, sin conciencia de las repercusiones que su acto podría traer— arrancó una flecha del emblema de Falange que había en el centro de la escalera del caserón de San Bernardo, adosado al muro del rellano. El emblema era de madera, y la tentación para alguien que estaba siendo agredido resultaba difícil de evitar. Cuando la refriega terminó, el cuerpo del delito quedó abandonado en el suelo, de donde lo recogió el jefe del SEU, quien, con ella en la mano, explicó a sus superiores políticos lo ocurrido. No cabía duda, para aquellas mentes unilaterales, que el acto había sido intencionado y tenía un fin insultante y ofensivo, lo cual exigía una venganza inmediata sin paliativos.

El resultado fue que al día siguiente —era el 6 de febrero— se produjeron los hechos que Laín Entralgo relata así: «Entre las diez y las once, sin que en el interior de la Universidad se hubiera producido la menor perturbación visible, invadieron la casa de San Bernardo densos grupos de individuos con camisa azul, que por su apariencia distaban mucho de pertenecer al alumnado universitario, provistos de porras y otras armas; los cuales no satisfechos con sus actos de violencia contra los estudiantes que encontraron al paso, arremetieron contra diversos enseres de la Universidad. A gritos, con qué otros recursos podíamos actuar nosotros, Manuel Torres López y yo nos opusimos al vandálico atentado. Poco más tarde, el tropel de los asaltantes abandonaba el edificio cantando el *Cara al sol;* todos muy orgullosos, sin duda, de su heroica acción punitiva. Y a continuación, violencia sobre violencia, los estudiantes aporreados asaltaron los locales universitarios del SEU y destruyeron varios de sus muebles[43].»

El día 9 la violencia pasó de las aulas a la calle. Un grupo de falangistas —en el que entraban miembros del SEU y

[43] Laín, op. cit., pág. 420.

de la Falange Nacional— había ido por la mañana a celebrar su tradicional homenaje a Matías Montero en la calle de Víctor Pradera. Al regresar por la calle Alberto Aguilera se encontraron a la altura de Guzmán el Bueno con un grupo de estudiantes, produciéndose un violento enfrentamiento entre ambos. De repente, en medio de la lucha sonó un disparo, probablemente casual, que hirió en la cabeza de extrema gravedad al falangista Miguel Álvarez, de dieciocho años, perteneciente a la centuria Sotomayor. El herido fue trasladado a la Clínica de la Concepción, donde el neurocirujano don Sixto Obrador lo intervino quirúrgicamente, extrayéndole la bala.

Mientras tanto, la noticia se había corrido por todo Madrid, produciéndose un clima de crispación y de terror. Aunque el tiro a Miguel Álvarez tenía orificio de entrada por la espalda y probablemente había sido producido fortuitamente por alguno de sus compañeros que estaban detrás de él, los falangistas lo atribuyeron a los universitarios, apoderándose de ellos un violento deseo de venganza. La consigna era la muerte de Miguel Álvarez; si esta se producía, ya tenían los «escuadrones de la muerte» una serie de listas de varios cientos de personas que debían ser ejecutadas; también disponían de las armas necesarias para cumplir su macabra decisión. Esa fue la famosa «noche de los cuchillos largos», durante la cual la vida de más de un millar de personas pendía de la recuperación del falangista herido; si este moría, pasarían inmediatamente a la acción. En todas las listas confeccionadas aparecía en primer lugar el nombre del ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz-Giménez; el del rector Laín Entralgo, y el del decano de Derecho, Torres López; a partir de ahí las posibles víctimas dependían del capricho de los hipotéticos verdugos. Muchas personas no durmieron aquella noche en casa, pero Miguel Álvarez no murió, afortunadamente. Sin embargo, su vida pendía de un hilo y durante dieciocho meses más se

vivió un clima de intranquilidad e inseguridad. El peligro estaba, con todo, conjurado desde mucho antes, gracias a la firme decisión del general Rodrigo, entonces gobernador militar de Madrid, que al grito de un castizo «Sin mi permiso, aquí no se mueve ni Dios» había iniciado la recogida de armas en poder de los falangistas.

La reacción oficial tampoco se hizo esperar; la dureza de esta solo se explicaba por el miedo. El día 10 de febrero se reúne urgentemente el Consejo de Ministros y se decreta el estado de excepción en todo el país. La Universidad se cierra por tiempo indefinido. Al día siguiente —11 de febrero— se detiene, sin orden judicial y por supuesta «reunión ilegal», a Dionisio Ridruejo, Miguel Sánchez Mazas, Ramón Tamames, José María Ruiz-Gallardón, Enrique Múgica, Javier Pradera y Gabriel Elorriaga. El día 16 son destituidos de sus ministerios Joaquín Ruiz-Giménez, en el de Educación, y Raimundo Fernández-Cuesta, en la Secretaría General del Movimiento, que tenía rango ministerial. El relevo afectará también a Laín, rector de la Universidad de Madrid; Fraga Iribarne, secretario general técnico; y a Tomás Romajaro, vicesecretario general del Movimiento.

Aunque de hecho entre la lista de los detenidos antes mencionada había tres comunistas, resultaba inverosímil que personas como Ridruejo, Elorriaga o Ruiz-Gallardón obedeciesen a una inspiración comunista. Había que inventarse otra infiltración más creíble ante la opinión pública, y así fuimos detenidos Fernando Sánchez-Dragó, Julio Diamante, Julián Marcos, Jesús López Pacheco, Jaime Maestro y yo. Por otro lado, no es que en esta lista hubiese más comunistas que en la anterior, sino que, al ser hombres menos conocidos entonces, resultaba más verosímil al lector medio. Es entonces cuando apareció la nota de la Dirección General de Seguridad del 25 de febrero.

Aquella represión desmesurada no intimidó a la conciencia universitaria, lo cual es un claro exponente de la ma-

durez política a que se había llegado. El 27 de febrero se produce un nuevo escrito de los estudiantes de la Facultad de Derecho en el que, tras hacer un análisis de la situación, se repudian «los burdos intentos de presentar como una conjura de inspiración comunista la limpia y constructiva propuesta de medios legítimos para cooperar con las autoridades en la resolución de los males universitarios»; al mismo tiempo piden la liberación y rehabilitación de los estudiantes detenidos, así como se solidarizan con el «Manifiesto» del 1 de febrero en lo que concierne a la convocatoria de un Congreso Nacional de Estudiantes. Al no obtener ningún tipo de respuesta a dicho escrito, el 16 de marzo vuelven a repetir el llamamiento con frases de repudio al Sindicato Universitario y a Blas Pérez, ministro de Gobernación, cuya actitud le emparenta a los ojos estudiantiles con la Alemania nazi; por eso termina el escrito con dos gritos significativos: «¡Abajo el SEU!» y «¡Abajo Blas-Himmler!».

La culminación de estas actividades será el escrito del 1 de abril de 1956, en el que se expresa ya de forma declarada y explícita un repudio al régimen franquista. Se solidarizan una vez más con el «Manifiesto» del 1 de febrero y la petición de un Congreso Nacional de Estudiantes, pero hay un paso adelante en el sentido de que se denuncia la actitud de un régimen político que, a justas y legítimas peticiones, solo sabe oponer el recurso de la fuerza. El escrito se reafirma en su legitimidad tomando pie en la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Los detalles circunstanciales del «Manifiesto-denuncia» lo hacen más valiente y agresivo; se rubrica el 1 de abril, «aniversario —dicen— de una victoria militar que sin embargo no ha resuelto ninguno de los grandes problemas que obstaculizan el desarrollo material y cultural de nuestra patria», y hablan, con un nuevo sentido de solidaridad, como «hijos de los vencedores y de los vencidos». Hoy, efectivamente, sabemos que entre sus redactores hubo representantes de

ambos bandos; fueron estos: Francisco Bustelo, Manuel Fernández-Montesinos, Pablo Sánchez-Bonmatí y José María González-Muñoz. Todos ellos fueron detenidos unos días después —en la madrugada del 5 de abril— y procesados el 25 del mismo mes, con condena a un año de prisión que confirmó después el Tribunal Supremo.

Muchos de los estudiantes detenidos fueron absueltos; otros, procesados y condenados, con antecedentes penales que duraron varios años. Todos —unos antes, otros después— salieron de la cárcel. Pero el hecho ineludible que va a marcar el futuro español de modo irreversible se ha producido ya; no se trata tanto de la crisis política del régimen franquista que hemos relatado como de la creación de una oposición política interna a la que desde ahora el franquismo tendrá que hacer frente reiteradamente. Es en esa oposición interior donde se cuaja y madura la nueva conciencia generacional.

3

A lo largo de lo escrito hasta ahora, el lector habrá tomado nota de mi detención en los primeros días de febrero de 1956, pero también habrá advertido el uso —no muy frecuente, pero sí reiterado acá o acullá— del plural. Efectivamente, desde mi lugar de estudiante anónimo, pero con un compromiso muy firme y sinceramente sentido, viví aquellos acontecimientos de una manera intensa, que marcó hondamente mi vida. Asistí a varios de los cursos que se dieron en el Aula de Cultura, participé en los Encuentros entre la Poesía y la Universidad, estuve presente en el entierro de Ortega y Gasset, presté mi grano de arena al Congreso de Escritores Jóvenes, escuché la lectura del «Manifiesto» del 1 de febrero en el club Tiempo Nuevo y contribuí a la recogida de firmas durante aquel día y los inmediatamente posteriores.

Mi participación en todo aquello fue libre, espontánea y en calidad de estudiante independiente, que se sentía movido por urgencias interiores a un cambio y a una renovación de la España mediocre y alicorta que veía a su alrededor. Por eso mi sorpresa fue muy grande cuando el 14 de febrero se presentaron en mi casa unos inspectores de la Brigada Político-Social preguntando por mí. Eran altas horas de la madrugada, pero yo no estaba en casa, pues —aprovechando el cierre de la Universidad— había ido a pasar unos días con unos tíos míos en Ávila. No obstante, los inspectores entraron en el domicilio y registraron la biblioteca, buscando indudablemente algo que no encontraron.

Como todas mis actuaciones habían estado dentro de la más estricta legalidad y yo creía que no tenía nada que temer, decidí regresar a Madrid lo antes posible. Aquel mismo día estaba de vuelta en mi casa, y al día siguiente por la mañana volvieron los inspectores, que me trasladaron a la Dirección General de Seguridad. Me acompañó mi padre en calidad de abogado y nada más llegar me hicieron un interrogatorio de urgencia; les preocupaba qué había hecho con unos ejemplares de *Mundo Obrero* que me había entregado en cierta ocasión un compañero de clase. Como yo los había quemado en la caldera de la calefacción de mi propia casa, así lo declaré paladinamente, pensando que en un régimen anticomunista como el del general Franco aquello no podía ser delito. No era esa, desde luego, la opinión de la policía, pues esta pensaba que yo tenía la obligación de denunciar la entrega de aquel material. Como no lo había hecho, de alguna manera estaba incurso en un delito de propaganda ilegal; así vino a ratificarlo el juez —don Acisclo Fernández Carriedo— días más tarde cuando tipificó mi conducta como «complicidad *por omisión* de propaganda ilegal».

Al cabo de un primer interrogatorio, la policía no se quedó satisfecha, y el despacho donde hasta entonces había

estado se convirtió en calabozo, pues a él me condujo el guardia que se había hecho cargo de mí. Sin duda para «suavizarme», lo primero que hicieron fue propinarme una magnífica paliza, al exigirme que me quitara las gafas y expresar yo ciertas dudas sobre las condiciones de visibilidad que reinaba en aquellas inhóspitas dependencias.

«¡Señorito de mierda! ¡Qué se habrá creído!», gritaban, mientras unas «descuideras» que veían la escena desde el ventanillo de su calabozo se regocijaban ante el hilarante espectáculo y convocaban a sus compañeras de celda, para que no se lo perdiesen. «¡Toros! ¡Toros! ¡Hay toros! ¡Venid a verlo!», decían.

Probablemente, se trataba de un bautizo habitual para los que el destino había conducido a aquel insólito lugar del planeta, una especie de rito o ceremonia de iniciación con que eran recibidos los habitantes recién llegados a aquel reino, el cual a juzgar por lo que me sucedía debía de tener sus propias normas de conducta, un reglamento interno que yo desconocía para mi mal. Luego, el trato en los interrogatorios no fue tan malo como hacía presagiar aquel comienzo; se limitó a zarandearme un poco de las solapas, propinarme algún bofetón suelto o colocarme frente a una lámpara de luz que cegaba los ojos. Quizá lo más humillante fueron las risotadas con que me recibían al llamarme a declarar; nada más verme entrar en el despacho exclamaban con gran regocijo: «¡Mira el Abellán! ¿Está en la misma celda que *el Monchito?*»

La comparación era elocuente y para mí resultaba especialmente mortificante, pues —para los que no lo recuerden— *el Monchito* era un famoso criminal que hacía entonces un poco más de un año había matado a una pobre vieja a «planchazo» limpio para robarle veinticinco pesetas. ¡Cómo me *edificaba* todo aquello! Afortunadamente, nada declaré que me pudiera comprometer, aparte de lo que ya indiqué arriba, y digo «afortunadamente»

porque en las circunstancias psicológicas en que a uno le colocaban todo era posible.

A la semana justa de mi detención —el 22 de febrero— pasamos a la Prisión Provincial de Carabanchel todos los que estábamos encartados en aquel auto de procesamiento y que éramos: Jesús López Pacheco, Julián Marcos, Fernando Sánchez-Dragó y yo. Nada más llegar a la cárcel —«dada la excepcional trascendencia de los hechos», decía el auto— se decretó nuestra incomunicación total. Después del «calvario» de la Puerta del Sol, aquella incomunicación a causa de la «excepcional trascendencia» me colocó en una situación psíquica de grave depresión. ¿Qué estará pasando fuera?, me preguntaba yo obsesivamente, con la convicción de que, si lo que pasaba fuera era tan grave y no encontraban una «cabeza de turco» mejor que la nuestra, el paso al paredón estaba ya dado. La idea de que podía ser fusilado por haber sido «cómplice *por omisión* de propaganda ilegal» hoy puede causar risa, pero dada la peculiar crispación del régimen, entraba dentro de lo posible. Como ha dicho Javier Pradera, «aquella semana lo pasamos mal porque, hasta febrero del 56, el franquismo había solventado sus asuntos con sangre; pero a partir de aquí hubo un cambio y el régimen sustituyó el exterminio por persecución a la hora de tratar a su disidentes»[44].

Aquello terminó pronto, aunque en términos psicológicos se me hizo eterno. Subimos a la séptima galería, pues las celdas de incomunicación estaban en la parte baja de la cárcel, y allí nos encontramos con los amigos y compañeros que habían sido detenidos dos semanas antes: Ridruejo, Tamames, Múgica, Elorriaga, Ruiz-Gallardón, Sánchez Mazas, Pradera, a los que se fueron añadiendo otros: Manuel Alonso Novo, Jesús Ibáñez, Julio Diamante, Jaime Maestro, Vicente Girbau, Francisco Bustelo, Manolo Fernández-Mon-

[44] *Diario 16,* 6-II-1981, pág. 8.

tesinos, José María González-Muñoz... El ambiente era más distendido; durante el día los vigilantes dejaban las puertas de las celdas abiertas y podíamos pasar de una a otra; jugábamos al ajedrez, leíamos libros, podíamos recibir visitas, nos pasaban comida de fuera, salíamos al patio las horas de recreo..., y hasta hubo alguna actividad política mediante notas que pasábamos por los locutorios de abogados. Aparecían estas en *Le Monde, La Croix, Journal de Genève* y otros periódicos europeos; a causa de esto un día sufrimos una inspección particularmente intensa.

En este ambiente de distensión, e incluso de cierta euforia, hay que entender el «Romance de los estudiantes presos» que, con la inspiración básica de Jesús López Pacheco, realizamos entre todos, y cuyo texto completo incluimos en la parte documental. Pero quizá lo más curioso del mismo para el lector sea ponerle de manifiesto el fondo de verdad que refleja bajo el ánimo jocoso que lo inspira, pues efectivamente los cuatro nombres de los que aparecemos en él, encartados en el mismo auto de procesamiento, habíamos sido detenidos por haber intervenido la policía —mediante la práctica entonces reiterada de violar la correspondencia privada— una carta que Antonio López Campillo, por aquellas fechas en París, dirigió a uno de nuestros compañeros —Jaime Maestro— en la Facultad de Filosofía y Letras. Por eso no hay exageración —a pesar de lo humorístico de la expresión— cuando en una de las estrofas se dice:

> Cartero que traes las cartas / no me vengas a buscar,
> tráeme tarjetas postales / del África ecuatorial,
> de Colombia o de Guayana / de Nigeria o Senegal,
> pero jamás de la Francia / porque pueden sospechar.

Algunos historiadores han confundido el romance citado (el lector puede verlo completo en el apéndice 6 de esta tercera parte del libro) con algunos de los poemas escritos

por Dionisio Ridruejo durante su reclusión carcelaria con nosotros, singularmente con uno de ellos también romanceado, y cúyo texto completo dice así:

> El mes de febrero era, ¿por qué nació ese día?
> Acaeció que algunos usaron falsía,
> dijeran que en Congreso de Prosa y Poesía
> estudiantes sembraron mala ideología,
> aquel día aulas vacías estuvieron,
> mesnadas de estudiantes a la calle huyeron,
> hombres de mala fe que allí se entrometieron
> el Fuero del Estudio quebraron e rompieron,
> aquestos mercenarios armados van al diente,
> por rúas y por plazas persiguen a la gente,
> estragos tan horribles nos quieren achacar
> mas Dios que sabe todo lo puede refutar
> que gran yerro fue este de nos encarcelar
> y al que cierto es culpable en la calle dexar.

La euforia del romance posiblemente indique el sentimiento, entonces compartido por todos, de estar viviendo un momento histórico y que habría de traer indudables repercusiones en el futuro. Sin embargo, yo no tardé mucho en salir de prisión. A primeros de abril ya estaba en la calle y pude incorporarme de nuevo a los estudios en la Universidad. Pero algo en mí había cambiado irrevocablemente. Había sufrido la experiencia de lo que es un régimen impuesto por el terror y el miedo; mi decisión de luchar contra la dictadura franquista se había hecho irrevocable. Mis convicciones democráticas se fortalecieron enormemente y mis sentimientos de solidaridad con los que mantienen esas ideas siguen imperando en mi conciencia y en mi conducta. Me parece que no soy un caso único, sino que obedezco al mismo impulso que se apoderó de todos nosotros. La oposición interior se había fortalecido de modo irreversible. En

esa lucha seguimos años después, hasta la restauración de la democracia.

4

La reacción represiva que suscitó la crisis de febrero de 1956 no se limitó a las medidas policíacas y jurídicas que he relatado. Un clima de terror trató de imponerse a través de la prensa y de las publicaciones más adictas al régimen. La nota de la Dirección General de Seguridad del 25 de febrero, que reproducimos en «Apéndice», creo que da idea del clima que se intentó crear. Se trataba de buscar una inspiración comunista a lo que en realidad era un vasto movimiento de oposición y descontento, y como esa inspiración no se encontró hubo que inventarla cogiendo unos cuantos pelos en el aire. Si yo era comunista «por omisión», también podían serlo Fernando Sánchez-Dragó y Jesús López Pacheco por haber recibido *Mundo Obrero* en su casa y no haberlo delatado a la policía.

Dionisio Ridruejo, que conoció personalmente a todos los participantes en aquellos sucesos, ha dejado claramente establecido el hondo pluralismo con que había surgido aquel movimiento, y así lo testimonia en estas palabras de su testamento político: «Los jóvenes protagonistas de los sucesos de febrero de aquel año-frontera —a los que estuve asociado y a los que acompañé en prisión— componían un arco iris de tendencias tan complejo como podía componerlo cualquier grupo universitario europeo comprometido para una manifestación de protesta. Dominaban entre ellos las varias tendencias socialistas, pero no faltaban cristianos progresistas, democratacristianos, demócratas puros y algún que otro monárquico liberal[45].» Pero un régimen obse-

[45] Dionisio Ridruejo, *Escrito en España,* G. del Toro Editor, Madrid, 1976, pág. 272.

so por el deseo de permanencia en el poder del Dictador no podía reconocer aquel hecho tan simple en cualquier país europeo y hubo de recurrir a la mentira y al terror. El mismo Franco se apresuró a manifestar el verdadero rostro del régimen en el mes de abril siguiente, durante un viaje a Huelva, en el que, hablando de los liberales desafectos a la dictadura, dijo: «... si tratasen de interponerse en nuestro camino daríamos suelta a la riada de camisas azules y boinas rojas, que se pondrían en marcha otra vez».

En esta línea se orquestó una campaña que hoy puede producir desdén, risa o sonrojo, según el ánimo, pero que en el contexto de la época fue una verdadera máquina de infundios y calumnias de la peor especie.

La campaña de prensa culminó en el documento titulado «La conjura tiene nombres propios», que apareció por primera vez en el semanario *El Español* y luego reprodujo por mandato oficial la prensa de todo el país. El tono difamatorio del mismo se podía ver en frases como aquella que asegura que Sánchez-Dragó «se pronuncia entre sus compañeros con un ateísmo rabioso y blasfemo» o la que señala que Julián Marcos «se entrega morbosamente a la lectura de Alberti, Neruda, Aragon, Miguel Hernández»; la consideración también de Ortega y Gasset como una pura ocasión —«al fin ha servido el viejo para algo»— que los comunistas utilizan para la corrupción de la juventud. En definitiva, de esto se trataba: de un plan perfectamente tramado por el comunismo internacional, de un «proceso desarrollado sistemáticamente por un grupo de jóvenes universitarios, mediante unos procedimientos técnicamente orientados a corromper su mentalidad, a desarraigarlos de sus creencias religiosas para moverlos, en la ocasión propicia, como peones sobre un tablero de ajedrez, dentro de un plan perfectamente estudiado, para manejarlos automáticamente». Se imputa así un fondo maquiavélico, cínico y descarnado a jóvenes que rondaban los veinte años. Si no se re-

gistra la filiación formal al Partido Comunista, no importa; se trata de una astucia más de su maquiavelismo político que a nadie engaña. El fin es «el asalto paulatino a la juventud, tesoro nacional», y para ello «la sincronización perfecta» de unas jugadas hábilmente planeadas. Lo que fue una conjunción espontánea de circunstancias favorables se presentaba como el resultado de un proyecto largamente estudiado y en el que todos los cabos estaban bien atados. Así dice al hablar del Congreso de Escritores Jóvenes: «Los Congresos de Escritores y Asambleas similares son ya casi una institución típica dentro de la táctica comunista internacional... Son la ocasión propicia para que la minoría de comunistas y filocomunistas, una minoría bien disciplinada y gobernada, pueda, en el momento exacto, realizar el golpe de mano, como por sorpresa, aprovechando la inconsciencia, la ingenuidad o la torpeza de la mayoría, para jugar una baza que en aquel momento interese a los fines políticos del Kremlin.» Y las relaciones personales surgidas de la afinidad ideológica y de la convergencia de puntos de vista similares ante los problemas universitarios, como, por ejemplo, las supuestamente mantenidas entre Enrique Múgica y Antonio López Campillo, se presentaban como el producto de un cálculo bien estudiado en el que el primero representaba la cabeza fría, organizada y sin piedad que operaba como un autómata bajo las consignas recibidas del Partido Comunista, mientras que el segundo era el confesor espiritual que seducía a la juventud con un lenguaje almibarado y una retórica sibilina perfectamente estudiada.

El amaño de los datos dispersos que se habían recogido de las declaraciones hechas a la policía por distintos estudiantes tenía un objetivo muy concreto: presentar a la opinión pública del país como una «conjura» contra el régimen de Franco, siniestramente planeada hasta en sus detalles más nimios por el comunismo internacional, lo que no era sino el resultado de un descontento creciente entre

la juventud universitaria, de una insatisfacción profunda que provenía de una política a la cual la Universidad y la Cultura no interesaban para nada. La dictadura franquista recogía así el fruto de lo que había sembrado desde su origen, pero no queriendo hacerse cargo del mismo arrojaba irresponsablemente la pelota en los brazos del Partido Comunista. No es extraño, desde luego, que este aumentase en aquellos años su afiliación y su prestigio cuando tan fácilmente se le servían los éxitos en bandeja. Puede ser una reacción ingenua, pero no deja de tener cierta lógica.

A quien no engañaba, desde luego, era a los protagonistas de los sucesos, que veían tan ofensivamente ignorados sus derechos y pisoteada su dignidad. Se fue extendiendo así entre la juventud universitaria una conciencia de repudio de un régimen político para quien los derechos humanos simplemente no existían y que, proclamando cínicamente a los cuatro vientos la dignidad de la persona, la ofendía de modo sistemático en su acción diaria y concreta.

No es extraño que surgieran entonces las primeras organizaciones juveniles de oposición política; entre ellas la Asociación Socialista Universitaria (ASU), que nació en el mismo 1956; en el año siguiente surgió la UDE (Unión Democrática de Estudiantes), la NIU (Nueva Izquierda Universitaria) y muy poco después el popular «felipe» (Frente de Liberación Popular o FLP).

El respeto a la libertad y el sentimiento democrático se expandían y fortalecían de este modo, por reacción, en un impulso que resultaba imposible detener. Era el acta de nacimiento de una nueva conciencia generacional, que había tenido su explosión inicial —según veíamos— con la muerte de Ortega y Gasset, pero que ahora se consolidaba plenamente al adquirir madurez propia y conciencia de sí. Era, en definitiva, la generación de 1956.

4
Una caracterización de la generación del 56

1

Tras la pormenorizada atención que hemos prestado al nacimiento y los orígenes de la generación de 1956, se impone ya realizar una caracterización de esta, por insuficiente que pueda ser todavía. Esta insuficiencia resulta, por lo demás, obligada, como podrá comprobar el lector por el propio decurso histórico a que la generación se ha visto sometida.

Hubo una primera adivinación de la misma en la temprana fecha de 1955 por parte de Dionisio Ridruejo, un relevante poeta de origen falangista que se había ido separando de su inicial lealtad al régimen, para erigirse en destacada oposición a este. En 1961 Ridruejo dejó escrito lo siguiente en el prólogo al libro de Francisco Fernández-Santos, un adelantado miembro de la nueva generación: «Hacia 1955 la cosa es diferente. Las condiciones objetivas no han cambiado en apariencia, pero las posibilidades se intuyen, y porque se intuyen se buscan. No hay que confundir posibilidades con facilidades. Comienza el deshielo. De hecho la generación que emerge hacia esas fechas —de la que es testimonio este libro— vuelve a querer y a proponer

la acción social directa; explora y analiza la situación, descubre novedades, hace poderes, se dispone a imaginar y proyectar el futuro del modo más concreto. Sus notas predominantes de realismo, historicismo y politización, significan eso. Por ello las rendijas de su quehacer estético transpiran esa inquietud, esa tonalidad. Al poema reticente, a la novela intencionada habrá de seguir el ensayo explícito [46].»

Sin duda, Ridruejo, muy en contacto con la juventud por aquellos años, pudo percibir con agudeza el cambio generacional de sensibilidad, lo que a su vez pudo verse ya con nitidez muy poco después de 1956; en el I Coloquio Internacional de Novela, celebrado en Formentor en 1959, hay una clara conciencia de cómo la literatura debe ejercer bajo la dictadura franquista la función que en una situación normal hubiera correspondido a otros géneros. Juan Goytisolo, uno de los miembros de la generación, escribió por entonces: «Los novelistas españoles —por el hecho de que su público no dispone de medios de información veraces respecto a los problemas con que se enfrenta el país— responden a esta carencia de sus lectores trazando un cuadro lo más justo y equitativo posible de la realidad que contemplan. De este modo la novela cumple en España una función testimonial que en Francia y los demás países de Europa corresponde a la prensa, y el futuro historiador de la sociedad española deberá apelar a ella si quiere reconstruir la vida cotidiana del país a través de la espesa cortina de humo y silencio de nuestros diarios [47].»

Elías Díaz, que se ha enfrentado con el tema, lo enlaza directamente con la crisis universitaria de 1956, es decir, con la llegada a la Universidad de las primeras promociones

---

[46] Francisco Fernández-Santos, *El hombre y su historia,* Ediciones Arión, Madrid, 1961. Prólogo de Dionisio Ridruejo, págs. 18 y 19.

[47] Cit. por F. Abad Nebot, *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach,* Oviedo, 1978, págs. 306 y 307.

de no participantes en la guerra civil. A partir de esos momentos se hace cada vez más patente la absoluta necesidad de una profunda transformación, teórica e ideológica, de aquella. He aquí sus propias palabras, recogidas textualmente: «Las jóvenes generaciones intelectuales universitarias, las primeras que no habían hecho la guerra civil, están, en efecto, en 1955-1956 en esa actitud de claro despegue con respecto a la situación interior española: comienzan a imponerse planteamientos más racionales y científicos en las críticas a la ideología oficial, así como mayores exigencias de libertad, haciendo que —a pesar de todo— aumenten limitadamente las posibilidades de discrepancia política, centrándose esta en una mayor preocupación hacia los problemas sociales y económicos del país, factores condicionantes, a su vez, de esa deteriorada y todavía casi inexistente libertad[48].»

Personalmente, he caracterizado esta generación de 1956 conforme a los siguientes rasgos: «El interés por la sociología y su utilización como instrumento de investigación y de desmitificación de una imagen "oficial" de la sociedad española; la preocupación por el marxismo, que llevará a una aceptación o un rechazo, pero siempre a un acercamiento a los textos marxistas; la valoración de la economía y de los aspectos socioeconómicos en cualquier disciplina y en todos los ámbitos; una polarización de ciertos grupos hacia el positivismo lógico, la filosofía de la ciencia y el análisis del lenguaje; la introducción del anarquismo en el ámbito de las preocupaciones culturales; desde el punto de vista político esta juventud se caracteriza por un generalizado sentimiento democrático y una desradicalización política que les llevaría a un conformismo crítico, por el que estaría de algún modo adaptado al sistema, aunque manteniendo

[48] Elías Díaz, *Pensamiento español (1939-1973),* Edicusa, Madrid, 1974, págs. 118 y 119.

una postura crítica frente al mismo [49].» De hecho, desde entonces puede hablarse de una oposición política al régimen de Franco, que opera en el interior de España, y no se limita a obedecer acríticamente las consignas emanadas de los órganos del exilio. Al realizar un primer intento de periodización del exilio, fijé los años que van entre 1956 —primera crisis universitaria— y 1962 —celebración del llamado por el régimen franquista «contubernio de Múnich», en el que la oposición interior y exterior se unen para proclamar su vocación europeísta— la etapa en que se produce el viraje [50].

En este período de tiempo se va, pues, a producir un giro copernicano en lo referente a la «conciencia intelectual» de oposición al régimen franquista, lo que producirá a su vez un viraje en lo concerniente al protagonismo político. Así ocurre que todo se desarrolla como si los hechos obedeciesen a las propuestas de Araquistáin, que escribía por entonces:

> Los españoles del interior conocen mejor que nosotros las posibilidades y circunstancias que determinan una política. Fallidas las esperanzas de que el mundo exterior liquidaría el régimen franquista, los emigrados tenemos bien poco que hacer, políticamente, fuera de España. Podemos los que aquí quedamos ser los asesores, los colaboradores y los voceros de los del interior en el mundo libre, pero no

[49] José Luis Abellán, *Panorama de la filosofía española actual,* Espasa Calpe, Madrid, 1978, págs. 55 y 56.

[50] José Luis Abellán, «La "conciencia intelectual" de oposición en el exilio», en *La oposición al régimen de Franco,* Actas del Congreso Internacional que, organizado por el departamento de Historia Contemporánea de la UNED, tuvo lugar en Madrid del 19 al 22 de octubre de 1988, UNED, Madrid, 1990, t. II, págs. 21 y 22. Sobre lo que significó la reunión de Múnich puede verse una información muy completa en el libro: *Cuando la transición se hizo posible. El contubernio de Múnich,* Editorial Tecnos, Madrid, 1993. (El director del equipo editorial que realizó el libro lo encabeza Joaquín Satrústegui.)

> sus mentores o directores. Los emigrados, si no queremos condenarnos a una esterilidad definitiva, necesitamos salir de nuestra soledad e iniciar la única unión eficaz, la única de que no se habla, hablándose de tantas: la unión o reunión con los españoles del interior[51].»

En esa opinión se presiente que en el interior se están produciendo cambios que llevarán inevitablemente y de modo gradual a la desintegración del Estado fascista; de ahí su afirmación: «Esa es la actitud de los españoles del interior; silenciosamente están haciendo su obra, que no conocemos en detalle, pero la presentimos. Ayudémosles, como ellos quieran, como ellos digan[52].»

A partir de esas fechas, el exilio pierde su función de canalizar el protagonismo político de la oposición al régimen, para adquirir otra función muy distinta: la de portavoz de lo que Juan Marichal ha llamado «legado moral de la guerra civil española». En el artículo publicado con ese título, Marichal sostiene la tesis de que «con la guerra última España se vio súbitamente transformada en un dominio moral universal. Esta transformación, esta universalización del conflicto español, no se debió exclusivamente a la participación de otros hombres y otras naciones, lejanos o próximos, en nuestra guerra. Esta transformación de una guerra congénitamente peninsular en un episodio de la historia universal —de la historia verdaderamente perenne del planeta— tuvo su primera raíz, su punto de partida, en el corazón y el alma del español que luchó en la guerra de 1936»[53].

---

[51] Luis Araquistáin, «España ante la idea sociológica del Estado», en *El pensamiento español contemporáneo,* Losada, Buenos Aires, 1962, pág. 152.

[52] Ibídem, pág. 155.

[53] Juan Marichal, «El legado moral de la guerra de España», en *El nuevo pensamiento político español,* Finisterre, México, 1966, pág. 81.

En cualquier caso, es claro que, a partir sobre todo de 1962, el exilio ha reconvertido su papel, aunque manteniendo su protagonismo político; ha pasado, sobre todo, a ser expresión de un testimonio moral, cuya función ha sido —muy en especial, desde 1966— servir ancilarmente a la lucha mantenida en el interior, siendo también caja de resonancia internacional de esta. Sin duda en esa capacidad de resistencia moral está el legado más preciado de la guerra civil y del exilio subsiguiente; en ello se agota, sobre todo en los últimos años, su papel como «conciencia intelectual» de oposición. De aquí que Marichal no dude en acogerse a la descripción que Araquistáin hace del exilio como «Numancia errante»: «Somos —decía este en carta a un amigo— una admirable Numancia errante, que prefiere morir gradualmente a darse por vencida.» Pero, si en Araquistáin esa actitud podía tener una valoración negativa, Marichal no duda en recoger su cara positiva, y así lo hace en estos términos:

> El balance de estas tres décadas y media de historia política no es negativo: los exiliados españoles han hecho políticamente casi todo lo que podía hacerse. Su presencia misma ha incidido constantemente sobre el régimen caudillista y ha contribuido a que este cambie y busque manera de responder al interrogante que es la existencia misma del exilio. Araquistáin decía en la carta citada que el exilio se había consumido por la acción del tiempo: yo diría más bien que el exilio ha «consumado» casi todo lo que estaba a su alcance histórico. La simbólica Numancia errante del exilio español puede por eso enorgullecerse de haber sabido legar a su patria una continuidad ideológica, una consistencia espiritual y hasta una simple ética, que son indispensables para las tareas reconstructoras de la España democrática que viene[54].»

[54] Juan Marichal, «Las fases políticas del exilio (1939-1975)», en *El exilio español de 1939,* Taurus, Madrid, 1976, t. II, pág. 236.

En esa oposición política —recordemos que el párrafo antes citado y escrito por mí, está fechado en 1972— se fraguan los intelectuales que van a poner en circulación el nuevo orden de ideas a cuya inspiración sirve el proceso de democratización iniciado tras la muerte del general Franco. El sentimiento democrático, unido a la desradicalización política y al conformismo crítico, que señalábamos en el párrafo citado, han sido los elementos determinantes para que la transición política se encauzase hacia la democracia, pero principalmente por vías de «reforma», y nunca de «ruptura», lo que hubiera estado reñido con el conformismo crítico aludido. Por otro lado, a ello contribuyó también el hecho de que, a medida que aumenta el protagonismo en el interior, disminuye el del exilio, cuyos órganos —partidos, sindicatos, gobiernos, etc.— se centran más en el apoyo al interior.

¿Cuál fue, pues, la función del pensamiento en la generación de 1956? Consistió esta en sustituir las posturas tradicionales y conservadoras que habían puesto el fundamento ideológico del franquismo —neoescolástica, neoautoritarismo, espiritualismo cristiano, falangismo— por las nuevas tendencias europeas: existencialismo, análisis filosófico, marxismo, filosofía de la ciencia, propiciando el cambio de mentalidad y dotándola al mismo tiempo de un instrumental crítico para enfrentarse con la compleja problemática de la sociedad española. Al final de un escrito muy sustancioso sobre el «Panorama de la vida filosófica en España, hoy», escribe Cirilo Flórez, en 1978, estas esclarecedoras palabras: «La polémica de la racionalidad que, como he dicho anteriormente, viene ocupando a todo el pensamiento filosófico europeo durante todo este siglo XX es uno de los temas hoy más tratados en el contexto de la filosofía española. Yo no voy a tratar aquí *in extenso* dicha polémica, pero sí quiero hacer alusión a ella por ser un punto de referencia importante para poder "mostrar" (en el sentido witt-

gensteiniano del término) cómo la filosofía española no puede ser historiada adecuadamente si no la contextualizamos en el conjunto de la filosofía europea con la cual es claramente solidaria. Cuando así lo hacemos nos topamos con que algunos textos filosóficos españoles adquieren una relevancia que de otra forma es difícil descubrir... La amplia literatura filosófica española sobre la racionalidad es buena razón para poder apreciar el alto nivel alcanzado por la filosofía española en nuestro siglo XX... Una lectura contextualizada de la literatura filosófica española de nuestro siglo XX nos depararía importantes y gratificadoras sorpresas en este punto[55].»

En esta línea se populariza el estudio de las ciencias sociales, que se consideran elemento crítico privilegiado para la racionalización de nuestra sociedad; se fundan las Escuelas de Psicología y Psicotecnia (1961), el Instituto de Antropología (1965), el Centro de Investigaciones Sociales, S. A. (CEISA) (1966), que ayudarán a fundamentar científicamente esa nueva conciencia crítica. El papel de CEISA en la formación de una nueva mentalidad entre la juventud es inestimable; nunca se le agradecerá bastante al profesor Vidal-Beneyto, fundador del proyecto, su generosidad y entusiasmo para su consolidación. El hecho es que se produjo un estado de opinión generalizado entre la juventud, y compartido por amplísimas capas sociales del país, que no tenía nada que ver con las doctrinas y las ideas que el régimen político decía defender. Se popularizó entonces la especie —muy difundida— de que el «posfranquismo había empezado ya», que se generalizó hacia los años 1969-1970. Esta frase, sin embargo, hay que tomarla *cum grano salis,* porque después se dijo lo contrario: «el franquismo no ha muerto».

[55] Cirilo Flórez, «Panorama de la vida filosófica en España, hoy», en *Actas del I Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1978, pág. 143.

Y hay que tener en cuenta que ambas frases, a pesar de su aparente contradicción, son ciertas. Evidentemente, el «posfranquismo», en cierto sentido, empezó antes de la muerte de Franco, aunque el «franquismo» se prolongase también después del deceso. Esto quiere decir que el proceso de transición empezó antes de la desaparición del dictador y se prolongó a su vez después de producirse esta. La contradicción solo se mantiene si reducimos la transición a una anécdota concreta —la muerte del general Franco— y no la entendemos como un proceso a lo largo del cual se realiza un cambio de mentalidad y se introduce una transformación profunda de la sociedad que afecta a muy diversos planos y a muy distintos intereses, entre los cuales están, por supuesto, los intereses heredados, que no solo no han desaparecido, sino que siguen jugando un importante papel.

Es evidente que una generación no nace por generación espontánea, y necesita de unas mínimas condiciones de posibilidad para que pueda crecer y desarrollarse. Este clima es el que van a lograr dos profesores, muy distintos en su talante y actitud, pero afines por los propósitos de apertura y libertad. Me refiero a Aranguren y Tierno. El primero que intentará romper con las tradicionales estructuras del *establishment* será Enrique Tierno Galván (Madrid, 1918-1986), quien a partir de 1955 inicia planteamientos críticos muy alejados de lo que constituía el ambiente académico de la época. Sus libros: *Sociología y situación* (1955), *La realidad como resultado* (1956), introducen una nueva mentalidad que se interesa por el neopositivismo y la filosofía dialéctica, en general. Al mismo tiempo, José Luis López Aranguren (Ávila, 1909-Madrid, 1996) que había partido de una actitud tradicional, se empieza a interesar por los planteamientos progresistas, primero de carácter religioso —en libros como *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952) y *El protestantismo y la moral* (1954)— y más tarde en sus investigaciones sobre el pensamiento ético —*Éti-*

ca y política (1958), *El marxismo como moral* (1966)—. Muy importantes también son los cursos que por esos años dio Aranguren en la Universidad de Madrid sobre «Ética anglosajona contemporánea», bajo cuyo influjo se formaron varias promociones de estudiantes.

A través de estos autores la juventud española se fue abriendo al pensamiento europeo contemporáneo y apropiándose de instrumentos de análisis y de comprensión que propician un cambio de mentalidad y le permiten enfrentarse con los difíciles problemas de la sociedad española del momento. Por estas razones, creemos que son Tierno y Aranguren los que ponen las bases del cambio que se va a operar en los veinte últimos años del régimen de Franco y que van a posibilitar la apertura a las nuevas actitudes y planteamientos que todavía tienen vigencia, y sobre las cuales nos extenderemos más adelante. Esto explica, en parte al menos, el enriquecimiento de nuestra situación filosófica a partir de 1960.

En cuanto a Tierno, no solo introduce el neopositivismo a raíz de su traducción del *Tractatus logico-philosophicus* (1954), de Wittgenstein, sino que va a provocar un creciente interés por la filosofía de la ciencia, desde su dirección de la colección Estructura y Función, en la editorial Tecnos, donde aparecerán traducciones de Popper, Gibson, Hilbert-Hackermann, Black, Nagel, Godel, Wittgenstein, Ashby, Broad, Braithwaite, Reichenbach, Margenau, etc. Paralelamente, y desde 1953, van a realizar una labor similar Carlos París y Miguel Sánchez Mazas, al fundar en dicho año la revista *Teoría.* El propio Tierno contribuirá al desarrollo de esa orientación, aunque con proclividades marxistas, con una aportación original; su libro *Razón mecánica y razón dialéctica* (1969) constituye un fino análisis sobre el problema de la razón dialéctica.

Por lo que se refiere a Aranguren, no cabe duda de que va a contribuir a abrir los horizontes de la cerrada mentali-

dad eclesial de su época; sus libros sobre el catolicismo aproximan a este a un cierto talante protestante, adelantándose a posiciones que luego mantendrá Juan XXIII en el Concilio Vaticano II. En la misma línea le acompañará también Pedro Laín Entralgo, algunos de cuyos escritos más polémicos he citado en capítulo anterior con ocasión de la pretendida condena a Ortega y Gasset. En «Modos de ser cristiano» *(Cuadernos Hispanoamericanos,* núm. 114, 1949) alude a las variantes que la condición cristiana ha admitido a lo largo de la historia, y frente a la actitud inquisitorial de Torquemada prefiere la más modesta y caritativa de san Justino. De ese caldo de cultivo surgirá el nuevo modo de ser cristiano en la generación del 56, cuyo ejemplo más conspicuo quizá lo tenemos en Alfonso Álvarez Bolado (1928) y su condena del «nacional-catolicismo»[56]; este teólogo de la nueva generación, muy en la línea de lo que también va a representar Enrique Miret Magdalena en la teología seglar, funda en Madrid el importante Instituto Fe y Seguridad (1967), cuya dirección tendrán luego José Gómez Caffarena y Antoni Blanch.

2

Al llegar a esta altura de nuestra exposición conviene fijar los criterios que permiten señalar la pertenencia o no a la generación del 56 de las personas que han protagonizado la vida pública en los años aquí estudiados. Si consideramos, como parece razonable, que 1956 es el año «epónimo» de esa generación, pertenecerán a ella todos los que en el entorno de siete años y medio, antes y después de dicha fecha, cumplan treinta años. Con otras palabras, pertenece-

[56] Alfonso Álvarez Bolado, *El experimento del nacional-catolicismo (1939-1975),* Edicusa, Madrid, 1976.

rán a la citada generación todos los nacidos entre 1919 y 1933, con la correspondiente zona de indeterminación de fechas, que situarían en frontera indefinida a los nacidos dos años antes o después, entre 1917 y 1935.

Con este criterio en la mano, no puede extrañarnos que, entre los detenidos en 1956, figuren nombres como Enrique Múgica Herzog, Ramón Tamames, Miguel Sánchez Mazas, Francisco Bustelo García del Real, Vicente Girbau, José María Ruiz-Gallardón, Gabriel Elorriaga, Jesús López Pacheco, Julián Marcos, Julio Diamante, Jaime Maestro, Fernando Sánchez-Dragó, José María González-Ruiz, Juan Antonio Bardem, Manuel Fernández-Montesinos, Carlos y Antonio Saura, Javier Pradera, Javier Muguerza...

La preocupación por el destino del país y por la vida pública lleva a esta generación al estudio y a la preparación profesional; de aquí que en ella hayan aparecido figuras de relieve en muy distintas especializaciones; a título de una insuficiente y somera revisión citaremos algunos nombres. En el ámbito de la psiquiatría, José Aumente y Carlos Castilla del Pino; en la sociología del Derecho, Luis García Sanmiguel y Elías Díaz; en la sociología crítica, José Vidal-Beneyto, Eloy Terrón y Carlos Moya; en la sociología electoral, Miguel Martínez Cuadrado; en la historia del pensamiento social, Amando de Miguel y Salvador Giner; entre los economistas, Ramón Tamames, Miguel Boyer, Luis Ángel Rojo, Pedro Schwartz; en el campo muy variado de la filosofía, citemos a Manuel Sacristán, Gustavo Bueno, Manuel Garrido, José Hierro, Javier Muguerza, Jacobo Muñoz, Jesús Mosterín, Víctor Sánchez de Zavala, Carlos París, Diego Gracia, Emilio Lledó; en la historia de la ciencia, destacan Mariano y José Luis Peset, José María López Piñeiro, Juan Vernet, Ernesto García Camarero; en el campo de los diplomáticos apenas hubo gente que se adscribiese a una oposición decidida al franquismo, aunque los pocos que lo han hecho destacan por su valor: Fernando

Morán, Vicente Girbau, Gonzalo Puente Ojea y Rafael Lorente; en el mundo del periodismo hay que mencionar a Luis Carandell, Manuel Vázquez Montalbán, José Antonio Nováis, Manuel Vincent; en la esfera del cine no puede dejar de señalarse a José Ángel Escurra, Juan Antonio Bardem, Carlos Saura, Julio Diamante, Julián Marcos, Gonzalo Suárez. Me resulta difícil de adscribir a hombres tan versátiles y polivalentes como Enrique Miret Magdalena, Ignacio Sotelo, César Alonso de los Ríos, José Monleón, Manuel Fernández-Montesinos, Enrique Gimbernat, Eduardo Haro Tecglen, Pablo Sánchez-Bonmatí, Antonio López Campillo, Fernando Sánchez-Dragó; el capítulo de las mujeres sería muy amplio, pero entre los nombres que yo recuerdo ahora deben figurar: Valentina Fernández-Vargas, Carlota Bustelo, María Gómez de Mendoza, Pura y María Rosa Madariaga, Celia Amorós, Jimena Alonso...

La relación completa debe de ser inconmesurable, pero los citados pueden dar una idea del enorme cambio que la nueva generación representa para una salida pacífica de la dictadura. Son ellos —sus ideas y su influencia— lo que ha permitido que hoy vivamos en una democracia, por muy insuficiente que esta nos parezca. Y entre los que lo han hecho posible, me parece ineludible citar al principal artífice del cambio político, Adolfo Suárez [Cebreros (Ávila), 1932], a quien por su fecha de nacimiento y por su talante político *hay que incluir también en la generación del 56,* aunque sus antecedentes no lo hicieran presagiar así en un primer momento.

Quizá nada más definitorio de esta generación del 56 que compararla con la que va a sucederle: la generación de 1968, y con su inmediato antecedente en los disturbios universitarios de 1965, en el que son expulsados de la Universidad José Luis Aranguren, Enrique Tierno y Agustín García Calvo. La presencia de este último ya denota por sí misma el cambio de sensibilidad, y, en efecto, las jornadas

inmediatas del Mayo francés del 68 van a servir de catalizador de la generación emergente. Se lee menos a Marx, a Engels, a Lukács, a Gramsci o a Wittgenstein; ahora se lee a Cioran, a Deleuze, a Bataille, a Lacan, a Foucault, pero muy principalmente a Nietzsche, que se interpreta ahora desde la nueva perspectiva.

En otro lugar [57] he calificado a este grupo como de «neo-nietzscheanos», aludiendo así a su pretendida vinculación con Nietzsche, bien visible en el volumen colectivo *A favor de Nietzsche* (1972). Sin embargo, Fernando Savater, uno de los más destacados representantes de este movimiento, precisa bien los límites de esa inspiración: «De Nietzsche solo podemos guardar su aspecto negativo, pero no sabíamos qué hacer con su aspecto positivo, irremediablemente empeorado por el remedo que de la moral de los señores hizo la barbarie nazi y por el calculado olvido en que mantiene lo mejor de su mensaje esa misma cristalización de la voluntad de dominio que debería posibilitar su definitiva realización [58].» En definitiva, se trata de un pensamiento radicalmente iconoclasta que busca la destrucción de todos los valores y de todas las normas, cayendo en un sofismo, que se propugna programáticamente, por ejemplo, en la *Apología del sofista* (Madrid, 1973), del mismo Savater. Se cae así en un nihilismo, que va más allá del propiamente nietzscheano, como explícitamente nos dice el autor citado: «El nihilismo de Nietzsche es tan solo frente a los antiguos valores, ya muertos, pero anuncia su propia superación como nihilismo al proponer un nuevo juego de ideales que sustentará la libre y vigorosa imagen del superhombre. La fiesta dionisiaca, el juego y la vida torrencial

[57] Cf. *Panorama de la filosofía española actual. Una situación escandalosa,* Espasa Calpe, Madrid, 1978, págs. 55 y 56.

[58] Fernando Savater, *Nihilismo y acción,* Taurus, Madrid, 1970, pág. 82.

sustituirán a la moral de esclavos que reina en el mundo desde que el Gran Pan fue expulsado de los bosques por la sombra resentida del Crucificado; el superhombre, en su lúcida libertad, podrá ser realmente ateo y se saldará así la vieja cuenta con el origen de la razón[59].»

El caso de Fernando Savater, que vengo citando, resulta verdaderamente ilustrativo de esta nueva generación del 68. En su polémico *Panfleto contra el Todo* (1978), hace alarde de un violento rechazo a toda ordenación racional de la sociedad al equiparar un tanto dogmática y precipitadamente Razón y Dictadura. La rebelión contra la primera se pretende que lo sea también contra la segunda, a la que se acepta subrepticiamente, en función de que esa rebelión se hace desde los supuestos derechos de la individualidad proteica. Está claro que lo que Savater está rechazando no es el Orden de la Dictadura, sino cualquier Orden, y muy especialmente el Orden democrático desde el cual su rebeldía podría ser cuestionada. Se sitúa así este autor entre los nostálgicos del «Contra Franco vivíamos mejor». Por si pudiera haber alguna duda, aquí están sus frases meridianamente claras. Una de ellas: «Desde el punto de vista de la claridad política, la dictadura de Franco debe ser recordada con la más profunda nostalgia.» Y esta otra: «Uno a ratos recuerda con añoranza la subterránea claridad del odio indistinto a la dictadura»; es decir, aquella época a que nos referíamos en que la oposición era un bloque monolítico y solidario iluminado por la esperanza mesiánica. Ahora bien, mientras que para la mayoría esa esperanza era la utopía democrática, para Savater y las huestes del «pasotismo», que él encabeza, la utopía era el derrumbe de todo (= Todo) para mayor brillo y encubrimiento de su propia personalidad. Al no producirse así, entonan el *de profundis* y pasan a engro-

[59] Fernando Savater, *Nihilismo y acción,* Taurus, Madrid, 1970, págs. 80 y 81.

sar las nutridas filas que constituyen los corifeos del «desencanto». Muchos de los que han polemizado con ellos no han leído probablemente los apéndices al libro citado, donde las actitudes hondamente reaccionarias que allí subyacen se evidencian con un impulso digno de mejor causa; por eso recomendamos su lectura para que nadie se llame a engaño. En esas páginas —y en especial en el artículo «España convaleciente»— se aprecia cómo lo que a Savater le molesta es la claridad y la luz, echando de menos el oscurantismo de la dictadura, donde todos los gatos eran pardos. He aquí una frase verdaderamente reveladora: «No dudo que esta "desdramatización de la vida nacional" —la fórmula, como se supondrá, es de articulista liberal del día— sea en términos generales lo mejor que podía pasarle a este país, pero los que no entendemos de política, la poca "gente" que quedamos, nos encontramos ahora, con tanta luz, mucho más a oscuras que antes [60].»

En diversas ocasiones he señalado el interés que puede tener este movimiento: la sugestión de ciertas ideas, la depuración saludable a que se someten ciertos susodichos valores y la hipocresía con que se defienden, la crítica contra la sociedad establecida y sus pautas de conducta... Pero tampoco he dejado de señalar las contradicciones con que se debate: la utilización de la sociedad de consumo, que su filosofía proscribe, como medio para la difusión de sus ideas; el rechazo de una filosofía de identidad en la teoría —defensa de la máscara, del Carnaval y del «lenguaje de

[60] Fernando Savater, *Panfleto contra el Todo,* Dopesa, Barcelona, 1978, págs. 153-155. Me complace señalar que las posiciones filosóficas y políticas de Savater han cambiado sustancialmente desde aquellas fechas hasta hoy; sería oportuno hacerle justicia en este sentido, analizando la evolución de su pensamiento. Lamentablemente, esto es imposible en este escrito, salvo que nos desviemos en exceso de nuestro itinerario.

vacaciones»— que luego se cultiva de manera sistemática en todos los detalles de la vida; petición de destrucción de la Academia a la que luego se vinculan anhelantemente. En el punto de vista aquí expuesto coincide en la práctica Elías Díaz, quien se expresa así: «No querría asumir una actitud paternalista —pues reconozco a los nietzscheanos muchas "virtudes"— al afirmar que, sin embargo, esas filosofías han cumplido y están cumpliendo, me parece, una indudable función de enriquecimiento de nuestra vida cultural y, sobre todo, de incitación y crítica en el contexto del pensamiento español actual (descartada su asunción masiva por la burguesía, aunque no su utilización y manipulación): función crítica especialmente frente a todas las escolásticas, y en particular, frente a todos los abstractos racionalismos o formalismo científicos y, asimismo, frente al dogmatismo de algunas diferentes ortodoxias. Quizá tampoco se pretenda más, y no es, desde luego, poco lo ahí realizado. Pero sus limitaciones e insuficiencias desde el punto de vista de la ciencia y de la razón y, por tanto, también de "la vida", personal y social, de la realidad, en definitiva, me parecen asimismo indudables y muy necesarias de tenerse en cuenta[61].»

Mi opinión personal sobre este movimiento es que prolongó la línea de libertad crítica, reclamada por la generación anterior de 1956, llevándola a un extremo de radicalidad absoluta muy difícil de defender en la práctica. Esta postura fue, sin embargo, importante desde el punto de vista sociopolítico, pues realizó una función de exasperación iconoclasta frente a la dictadura franquista, que se prolongaba inmisericorde en el tiempo contra toda previsión y contra toda esperanza. Pero una vez desaparecida la dictadura, la función de higiene mental y política que la justificaba deja de tener sentido y se esfuma su base sociológica, al menos en su radicalidad inicial mantenida durante esos

[61] Elías Díaz, *Pensamiento español (1939-1973),* op. cit., pág. 248.

años. El nihilismo absoluto dejó en seguida de tener sentido, si es que lo tuvo en algún momento. De aquí que los proyectos y las metas de la generación del 56 vuelvan a tener vigencia en la sociedad democrática de hoy, y lo curioso es que la misma generación del 68 lo acepta también, sumándose ambas en un esfuerzo común. Ahí están hombres tan representativos de la democracia como Eugenio Trías y su importante obra filosófica. A su nombre habría que añadir otros tanto o más representativos de la nueva sensibilidad como Baltasar Porcel (n. 1937), Francisco Umbral (n. 1935), Juan Luis Cebrián (n. 1944), Luis Racionero (n. 1940), Xavier Rubert de Ventós (n. 1939), Rubén Caba (n. 1935), Andrés Ortiz-Osés (n. 1945), o Fany Rubio (n. 1949) y Lourdes Ortiz (n. 1943), por citar dos elementos femeninos. El propio Fernando Savater, de vuelta ya de sus genialidades anarcoides, defiende los principios democráticos frente al terrorismo vasco y dirige una revista como *Claves,* tan dentro de la ortodoxia del nuevo sistema.

Aquel primitivo irracionalismo ha dado paso a nuevas posiciones, revelando que la adhesión a aquellas actitudes era un obstáculo a la racionalización de la política y de la vida cotidiana. La «cultura de resistencia» contra el franquismo que primó en cierto momento fue siendo paulatinamente sustituida por una «cultura para la democracia». Para que eso se produjera fue necesario recuperar —junto a la idea del intelectual como crítico de la sociedad— su otra misión clásica: el sentido creador. Además de crítico de su mundo y de su época ha sido función tradicional del intelectual generar expectativas, señalar metas e ideales, orientar conductas, crear pautas de comportamiento, ser testimonio de su época, reflejar y analizar la sociedad en que vive, ofrecer temas de meditación a sus contemporáneos... En la dictadura de Franco todo eso fue dado de lado, y el intelectual quedó reducido —hablamos de quien no era mero ideólogo de la situación política— a crítico e

iconoclasta despiadado. Eso fue necesario en aquel momento, pero persistir en esa sola actitud hoy sería funesto para la sociedad española, que está pidiendo angustiosamente otras cosas. La desmoralización profunda que padecimos bajo el franquismo está siendo sustituida por un desencanto democrático verdaderamente peligroso. Se impone, pues, un paso adelante en la búsqueda de una nueva moralidad, de una sentimentalidad distinta y de un nuevo sentido de la convivencia.

Entre 1968 y la fecha en que ahora escribo —1996— creo que el proceso se ha cumplido, sobre todo a partir de lo que de incidencia histórica tuvo la muerte de Franco en 1975. No fue fácil en aquel entonces detener el espíritu iconoclasta e hipercrítico de la generación del 68, que se prolongó en actitudes que dieron lugar a la famosa frase «Contra Franco vivíamos mejor», pero el esfuerzo por llegar a una integración y a actitudes más positivas creemos que ha ido paulatinamente imponiéndose. Aún es precipitado pronunciarse al respecto, pues hasta 1998 no se cumple el período de quince años que da entrada a una nueva generación; pero con los datos que tenemos no es difícil predecir que el proceso de convergencia entre la generación de 1956 y la de 1968 irá acentuándose en los próximos años. En este sentido hay que entender el esfuerzo de readaptación a la nueva situación democrática que están haciendo los miembros de ambas generaciones, y dentro del cual ocupan lugar de especial importancia dos cuestiones teórico-prácticas básicas para el inmediato futuro de la sociedad española. Una de ellas es una teoría del Estado que sirva de base a la construcción de lo que se ha llamado el «Estado de las autonomías», y que dé expresión a los deseos insatisfechos de nacionalidades y regiones; a ello creemos que ha colaborado decisivamente el pensamiento socialista, y muy en especial el expresado por un exiliado del 39 —Anselmo Carretero— en su libro sobre el tema titulado *Las nacionalidades españolas* (1978).

La otra cuestión a la que me refería es la necesidad de una nueva moral para la construcción y el desarrollo de una sociedad democrática. El problema se agudiza a las puertas del siglo XXI, por varias razones. La primera es que todos somos conscientes de la insatisfacción que la democracia provoca en sectores de la población, constatable en los crecientes porcentajes de absentismo electoral que se están produciendo. La segunda razón es la producida por la deseducación democrática durante la dictadura. Tampoco los distintos partidos que han gobernado desde la muerte de Franco —UCD, PSOE, PP— han manifestado gran interés en hacer frente a dicha deseducación mediante las oportunas iniciativas. Al contrario, la democracia ha vivido en este país de un curioso espejismo que ha consistido en creer que con el advenimiento de la misma todos los problemas se resolverían. Ha habido una concepción utópica de la democracia según la cual, una vez instalada esta, todos los problemas quedaban mecánicamente encauzados hacia su solución. La constatación de que no es así —que la democracia es solo un medio y no un fin en sí— ha traído las actuales altas cotas de decepción y desencanto. La clase política ha caído en una de sus consideraciones más bajas de toda su historia ante la opinión pública, y superar esta situación no va a ser fácil; de aquí la necesidad de un esfuerzo colectivo en ese sentido.

3

A la vista de lo escrito hasta aquí es claro que la generación de 1956 tiene en su haber importantes realizaciones, y entre ellas, la más importante: haber iniciado, en tan temprana fecha, la recuperación de la democracia. Llama, por ello, la atención que, en la mayoría de los libros y escritos actuales sobre la «transición española a la democracia», a

esa generación ni siquiera se la mencione; de aquí que haya sentido la obligación moral de escribir este libro, poniendo a disposición del lector informaciones y documentos que por fortuna he podido conservar a lo largo de las peripecias de mi vida. Es importante, pues, también que señalemos aquí, aunque sea someramente, algunas de esas realizaciones y el sentido en que se han inspirado.

En primer lugar, hay que constatar que la recuperación democrática se entendía por los protagonistas de ambas generaciones como una forma de racionalización de la convivencia; de aquí el interés por el estudio y desarrollo de las Ciencias Sociales, por parte, sobre todo, de la generación de 1956, aspecto que hemos puesto ya suficientemente de manifiesto en páginas anteriores. La democracia se nos presentaba como una forma de «reconstrucción de la razón», según la acertada expresión de Elías Díaz en un libro que tiene también mucho de autobiografía de nuestra generación [62]. Abundando en esto dice Javier Muguerza: «La filosofía española acaba de salir, como quien dice, de una larga cuarentena en que permaneció frustrada en la más asfixiante irracionalidad.» El libro donde se escribe esto, titulado *Desde la perplejidad,* puede constituir un buen ejemplo para ilustrar nuestro diagnóstico; el mismo título indica ya el fondo de inseguridad y de crisis desde el que Muguerza realiza su reflexión sobre la «razón dialógica» —en su caso, escrita con minúscula antihabermasiana— dirigida a algunos de los temas fundamentales que hoy preocupan a la joven generación: la ética, la justicia, la mujer, el liberalismo, la utopía, el contrato social, la política... El temple en que se inspira la variada temática que constituye este conjunto de ensayos es el mismo con que Muguerza escribió hace unos años *La razón sin esperanza* (1977), cuyo fondo de

[62] Elías Díaz, *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón,* Alianza Editorial, Madrid, 1994.

preocupaciones alimenta una buena parte de la bibliografía filosófica de los últimos años. La siguiente relación es ya de por sí bastante significativa: Jesús Mosterín, *Racionalidad y acción humana;* Isidoro Reguera, *La miseria de la razón;* Miguel Ángel Quintanilla, *A favor de la razón;* Margarita Boladeras, *Razón crítica y sociedad;* José María Gómez-Heras, *Historia y razón;* Adela Cortina, *Razón comunicativa y responsabilidad solidaria;* José María Mardones, *Razón comunicativa y teoría crítica;* Andrés Ortiz-Osés, *La nueva filosofía hermenéutica (hacia una razón axiológica posmoderna);* Esperanza Guisán, *Razón y pasión en ética;* Reyes Mate, *Modernidad, religión, razón;* Luis Martínez de Velasco, *Imperativo moral como interés de la razón;* Javier San Martín, *La fenomenología de Husserl como utopía de la razón;* M. A. Quintanilla y R. Vargas-Machuca, *La utopía racional;* Manuel Cruz, *Filosofía de la historia;* Félix Duque, *Los destinos de la tradición;* Javier Sádaba, *Saber vivir...* Es obvio el peso que en muchos de estos autores tiene la Escuela de Fráncfort o planteamientos afines a ella.

Como vemos, pues, el problema de la razón —su naturaleza y sentido, su función en la sociedad contemporánea— ocupó muy sustancialmente la atención de los pensadores de la generación del 56. El problema metodológico, y muy en especial las divergencias entre la razón analítica y la razón dialéctica, centró muchas de las meditaciones y las publicaciones de dichos filósofos. Un libro paradigmático, ya citado, en este aspecto es el de Enrique Tierno Galván, *Razón mecánica y razón dialéctica* (Madrid, 1969), pero junto a él habría que citar muchos otros que se mueven en torno a la misma cuestión. A dicho efecto es interesante repasar el libro colectivo *Filosofía y ciencia en el pensamiento español contemporáneo, 1960-1970* (Madrid, 1973), subtitulado *Análisis y dialéctica* y dirigido por Alfredo Deaño.

Una manifestación pública y resonante de tales diferencias podría ser la polémica entre Manuel Sacristán y Gusta-

vo Bueno con motivo de una distinta apreciación de la función de la filosofía en la enseñanza universitaria. A un folleto de Sacristán, *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores* (Barcelona, 1968), contestó Bueno con un denso libro sobre *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* (Madrid, 1970). Aunque a lo largo de la polémica se ha visto que las diferencias no eran tan grandes como a primera vista parecía, sí ha quedado muy claro que, en el fondo y con arreglo a lo que suele ocurrir en casos semejantes, había una distinta concepción de la filosofía: como crítica de los fundamentos del conocimiento positivo, en Sacristán; y como totalización trascendental de los mismos, en el caso de Bueno.

Esta clase de preocupaciones produce un tipo de literatura filosófica muy apegada al problema de la ciencia y de la razón científica, en cuya línea habría que situar las *Indagaciones praxiológicas,* de Víctor Sánchez de Zavala, o la *Epistemología de las Ciencias Humanas,* de Gustavo Bueno, para no mencionar el ciclo que con ese título dio en la Fundación Juan March durante el curso 1977-1978. Todos ellos, textos o investigaciones que rozan, o se enfrentan directamente, con el tema de la racionalidad.

Pero la que hemos llamado generación de 1968 tampoco es ajena a estos planteamientos; en amplios sectores de ella han remitido las posturas críticas para subsumir sus preocupaciones dentro de la misma problemática. También entre ellos la racionalidad y temas afines incumben de modo directo a una serie de publicaciones que dan tono a la producción filosófica más reciente. Dentro de estos ocupa lugar privilegiado el libro de Jesús Mosterín, *Racionalidad y acción humana* (1978), ya citado, así como los de Eduardo Subirats, *Figuras de la conciencia desdichada* (Taurus, Madrid, 1979) y de Jacobo Muñoz, *Lecturas de filosofía contemporánea* (Ed. Materiales, Barcelona, 1978). Los tres son una importante materia de reflexión para uno de los problemas que más afectan a la actual crisis de la cultura y su inmediato porve-

nir. En otras ocasiones, la reflexión en torno al tema de la razón se remonta a una meditación sobre la filosofía de Hegel. Es el caso del libro de Víctor Gómez Pin, *Ciencia de la Lógica y Lógica del sueño* (Taurus, Madrid, 1978), que ya empieza en el mismo prólogo a considerarse una nota a la *Ciencia de la lógica,* aunque la investigación se modifique en el camino para explorar aspectos inéditos en el pensamiento hegeliano, buscando una nueva versión ampliada del mismo, lo cual —a nuestro entender— supone una rectificación del fundamento último del pensador alemán. En otra línea, pero también como una reflexión sobre Hegel, está la investigación de José María Ripalda, *La nación dividida* (FCE, Madrid, 1978), que es un análisis de la primera filosofía hegeliana como expresión de la conciencia burguesa de su tiempo, haciéndonos ver la contradicción («la división») de la razón ilustrada, que perdura hasta nuestros días.

No me parece un disparate conectar el tipo de reflexión filosófica a que estamos aludiendo con las preocupaciones de teoría estética que desde antiguo viene manifestando Carlos Bousoño, en una línea de profundidad e interés cada vez mayor. Hace unos años empezó este autor a preocuparse por el tema de la irracionalidad poética, cuyo primer fruto fue su libro *El irracionalismo poético (El Símbolo)* (Madrid, 1977), donde, desde un campo de estudio muy parcial —el de la poesía—, trata de dar una explicación «racional» de lo que se presenta —al menos, aparentemente— como un fenómeno irracional. Ahora esa línea de investigación se continúa en otra investigación de extraordinario interés, *Superrealismo poético y simbolización* (Madrid, 1979). Aunque no son libros de filosofía, creo que presentan un aliciente fuera de lo común para los filósofos, y en especial para los interesados por el problema de la razón, sobre todo cuando esta tiene que enfrentarse con áreas de la realidad a las que solemos calificar de «irracionales». Bousoño nos ha dado aquí una lección que considero de inusitado interés.

El tema de la «reconstrucción de la razón» está estrechamente ligado con lo que podemos llamar la recuperación de la continuidad histórica, ligado a su vez a una de las grandes y seculares tentaciones de la cultura española: la insolidaridad con el pasado. En este caso es evidente que el régimen franquista pretendió desde los primeros momentos borrar el rastro de toda la cultura democrática —liberal y socialista, sobre todo— anterior a 1939. Se estableció una dura censura gubernativa para toda clase de publicaciones —libros, revistas, periódicos—; se depuraron las bibliotecas; se expurgaron los textos; se cambiaron los planes de estudio; se eliminó o se persiguió a los maestros y a los profesores. A pesar de todo no se consiguió exterminar la semilla, ni eliminar las huellas. Partiendo de un pequeño rescoldo se inició una penosa y lenta tarea de recuperación. Primero, se empezó con la generación del 98; luego, Ortega y los orteguianos, para lo que sería muy interesante repasar la polémica de los años cincuenta sobre el trasfondo religioso de la filosofía orteguiana [63]; después, los krausistas e institucionistas; en último lugar, el pensamiento republicano (Azaña, por ejemplo) y socialista (Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, etc.), así como la obra de los exiliados.

Las primeras recuperaciones —el 98, Ortega y los orteguianos— corrieron a cargo de lo que se ha venido llamando «falangismo liberal», y en esa tarea desempeñó un no desdeñable papel la revista *Escorial,* cuya función ha sido analizada en diversas ocasiones [64]. En la recuperación del krausismo, del institucionismo y del socialismo ha ocupado un papel

[63] El lector que ha llegado hasta aquí, sin saltarse nada, sabrá que he dedicado a esa polémica todo el capítulo 2 de la tercera parte de este libro.

[64] El estudio más completo sobre esta revista es el de José Carlos Mainer, «La revista *Escorial* en la vida literaria de su tiempo (1941-1950)», en *Literatura y pequeña burguesía en España,* Edicusa, Madrid, 1972.

fundamental la que hemos llamado generación de 1956. Las ediciones de Sanz del Río (Eloy Terrón), Azcárate (Elías Díaz), Fernando de Castro (Abellán), Fernando de los Ríos (Elías Díaz y Virgilio Zapatero) han sido hechas por hombres de esa generación a quien se deben también algunos estudios fundamentales. A título de ejemplo, citemos: *La filosofía social del krausismo español,* de Elías Díaz; *El reformismo español,* de J. J. Gil Cremades; *La Institución Libre de Enseñanza,* de V. Cacho Viu; *El krausismo español desde dentro,* de F. Martín Buezas; *Adolfo Posada: Política y sociología de la crisis del liberalismo español,* de F. J. Laporta; *Los reformadores de la España contemporánea,* de María Dolores Gómez Molleda... Modestamente, quien esto escribe se empeñó en una tarea de recuperación del exilio filosófico, iniciada en el libro *Filosofía española en América, 1936-1966* (Madrid 1967) [65], y continuada después en la obra colectiva *El exilio español de 1939* (6 vols., 1976-1978), a través de la cual me he ocupado en coordinar a veinticinco autores, que han realizado una primera aportación al tema desde muy distintos ángulos y perspectivas.

La recuperación de la obra y el pensamiento de los krausistas, los institucionistas, los socialistas y los exiliados ha tenido el efecto de ser una verdadera «reconstrucción crítica de la razón», en un panorama cultural que se hallaba cegado por las fuerzas del irracionalismo y del oscurantismo. La generación de 1956 creemos que ha realizado así un inestimable servicio a la comunidad cultural, poniendo las bases de una posible convivencia democrática cimentada en los principios de la libertad, de la solidaridad, del progreso y de la razón. Pero esas bases no estarán definitivamente asentadas hasta que no tengamos una auténtica historia de

[65] Ha aparecido una segunda edición de este libro con el título de *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939,* FCE, México, 1998.

la filosofía española, posibilitada a su vez por una interpretación armónica de la historia de España.

Esto ha planteado a la reflexión filosófica de modo generalizado el problema de la identidad nacional. Es evidente, por lo demás que el tema de las nacionalidades y regiones ha servido de estímulo al resurgimiento de un problema que está siempre latente en España. Muy interesante a este respecto es saber que —tras la muerte de Franco— se ha podido publicar en nuestro país por primera vez quizá lo que ha sido la aportación decisiva del pensamiento del exilio a dicho tema; me refiero a los libros que llevan por título: *Las nacionalidades españolas* (1977) y *La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos* (1977), de Anselmo Carretero. Es claro que la aparente cuestión histórica de las «nacionalidades» ha dado vida a la concepción política del «Estado de las autonomías», en el que se inspiraron los diputados al redactar la Constitución de 1978. En ello me confirmó el entonces líder de la oposición, Felipe González, cuando en la moción de censura presentada al Gobierno en el Parlamento el 20 de mayo de 1980 citó el nombre de Anselmo Carretero y el concepto que fundamenta su idea del Estado: «España como nación de naciones» *(Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados,* sesión 94, 29 de mayo, 1980, pág. 6170).

El hecho es que el problema de la identidad nacional es —desde el punto de vista del interés mayoritario— sin duda el más importante de los que preocupan a los ensayistas y a los pensadores que han publicado en los últimos dos años, y en esa preocupación se inspira gran parte de la literatura «autonómica» surgida en los últimos treinta años. A mi juicio, esa literatura no trata de dividir a España, sino, por el contrario, vigorizarla y enriquecerla, al eliminar un centralismo empobrecedor y excluyente. España sería una nacionalidad superior con respecto a los pueblos que la componen, asumiendo sus intereses y enriqueciéndose así

con las aportaciones de todos esos pueblos. La Unión Europea cometería un contrasentido si realizase su integración con Estados centralistas que oprimen o anulan la varia personalidad de sus pueblos; como decía Fougeyrolls, el camino hacia la Europa unida ha de pasar por la regionalización o federación interna de sus miembros.

Desde luego, la generación del 56 vio siempre estrechamente vinculado el problema de las «autonomías» al de ingreso de España en la Unión Europea. Así se sumó al acuerdo firmado en Múnich el año 1962, en que españoles del interior y del exilio aprobaron por unanimidad la siguiente resolución:

> El Congreso del Movimiento Europeo reunido en Múnich los días 7 y 8 de junio de 1962 estima que la integración, ya en forma de adhesión, ya de asociación de todo país a Europa, exige de cada uno de ellos instituciones democráticas, lo que significa en el caso de España, de acuerdo con la Convención Europea de los Derechos del Hombre y la Carta Social Europea, lo siguiente:
>
> 1. La instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el gobierno se basa en el consentimiento de los gobernados.
> 2. La efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial los de libertad personal y de expresión, con supresión de la censura gubernativa.
> 3. El reconocimiento de la personalidad de las distintas comunidades naturales.
> 4. El ejercicio de las libertades sindicales sobre bases democráticas y de la defensa por los trabajadores de sus derechos fundamentales, entre otros medios por el de la huelga.
> 5. La posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos políticos con el reconocimiento de los derechos de la oposición.

Como se ve, el punto 3 era todo lo explícito que podía ser un documento firmado por fuerzas políticas tan dispares, pero dejaba bien sentado el principio de que la entrada en Europa implicaba el reconocimiento jurídico de las «nacionalidades». Ello hace evidente el paso que había dado la generación del 56, obligada por sus circunstancias, del viejo lema de la «europeización», proclamado por Ortega y Gasset y los miembros de su generación, a un «europeísmo» operante y activo. Si el primero había sido en su momento un eslogan programático, ahora el «europeísmo» se convertía en praxis política, de acuerdo con los cambios que el tiempo había impuesto.

A la vista de esta situación es claro que la concepción tradicional de la cultura española se ha puesto en entredicho y que el viejo «problema de España», tan arraigado en nuestra tradición, vuelve a ponerse en cuestión, como ocurre siempre en épocas de transición como la que vivimos. En esta línea, al menos, he procurado insertar mi esfuerzo intelectual desde hace muchos años y en ella he inspirado mi trabajo sobre la filosofía española, cuyos volúmenes han aparecido con el título *Historia crítica del pensamiento español* (7 vols., Espasa Calpe, Madrid 1979-1992). Desde el punto de vista empleado en esta obra —la historia de la filosofía como historia de la «conciencia nacional»— el pensamiento español, tomado en su mayor generalidad, puede servir de elemento aglutinante a las nacionalidades y regiones constitutivas de lo español, puesto que históricamente dicho pensamiento se nos aparece como un producto que se vincula a pensadores de muy distinta filiación geográfica o lingüística dentro de la península Ibérica y sus islas. Pensamos por ello que el cultivo de la filosofía española y la reflexión sobre temas afines pueden ser instrumentos de análisis y clarificación decisiva a la hora de una nueva toma de conciencia sobre esa identidad nacional, que ha vuelto a saltar en el tapete de nuestras preocupaciones culturales.

Muy orientador al respecto puede ser un repaso a las *Actas del I Seminario de Historia de la Filosofía Española* (Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1978), celebrado en Salamanca entre el 27 de abril y el 1 de mayo de 1978, donde se ve en la práctica la función esclarecedora que dicha disciplina puede ejercer en lo relativo al «problema español».

En conclusión, del panorama expuesto creo que se desprende que los pensadores españoles de las generaciones del 56 y del 68 han cumplido su cometido y que la función del pensamiento en el proceso de transición de la dictadura a la democracia ha sido muy importante, sin que en ningún momento hayan faltado a la cita de la responsabilidad y de la solidaridad contraída con el país. Si alguien no ha cumplido en la esfera de la cultura habrá que mirar hacia otros ángulos; no, desde luego, al de los intelectuales, al menos así considerados como un bloque monolítico y sin matizaciones.

5
La marginación de una generación

Al año 1983 le correspondía, según el automatismo cronológico, el nacimiento de una nueva generación, pero, como las sociedades tienen secretos —igual que los individuos— que la razón no conoce, el hecho se produjo un año antes. El 28 de octubre de 1982 triunfó el Partido Socialista (PSOE) en las elecciones generales por una mayoría absoluta y aplastante y ello dio entrada en la vida pública a la nueva y esperada generación. El hecho fue tanto más significativo por cuanto el año anterior —23 de febrero de 1981— se había producido un intento de golpe militar que tuvo en vilo al país durante varias horas y que amenazó con producir una involución histórica —baño de sangre incluido— de imprevisibles y amenazantes consecuencias.

El triunfo socialista del año siguiente fue en parte una respuesta a aquella acción armada, pero fue también mucho más. A la polémica que dividió a la opinión pública durante los años precedentes —¿reforma o ruptura?—, la inmensa mayoría de los electores dieron una contestación rotunda: «ruptura pactada». Al fin y al cabo, el socialismo era una opinión política odiada e inviable para el régimen franquista, y su elección mayoritaria suponía —al menos, eso se creía— una dirección de marcha irreversible. El hecho de

que el PSOE estuviese entonces mayoritariamente en manos de la «nueva» generación que acababa de ingresar en la vida pública daba por supuesto que estaban incontaminados de cualquier virus franquista o similar. El lema «vota cambio» que aireó el PSOE en su campaña electoral fue una interpretación oportuna y correcta por parte de dicho partido del amplio estado de opinión del país. Por eso cuando al llegar al poder Felipe González subió al *Azor,* un estremecimiento recorrió la espina dorsal de la opinión.

Es un hecho que en años anteriores el socialismo había ido ganando adeptos en los círculos sociales e intelectuales más emblemáticos. Para comprender el fenómeno hay que remontarse a la guerra civil (1936-1939) y lo que esta significó de ruptura histórica. La situación quedó muy bien descrita por José Luis Aranguren cuando escribió lo siguiente:

> Los hombres de 1936 fuimos «arrojados» a la guerra; arrojados porque la vivieron con arrojo; arrojados porque lo fueron a la cárcel, al exilio; arrojados porque lo fueron de su modo de vida, teniéndola que volver a empezar; arrojados también, y a cientos de miles, de la vida misma; arrojados, en fin, y a esto quería llegar, dentro de sí mismos o, a lo sumo, a una vida privada intrapersonal, confinados en ella, más o menos, oscuramente, teníamos conciencia de que, en la vida pública, a la que no se puede nunca renunciar sin mutilarse, estábamos *de más*[66].

La ruptura histórica de 1936-1939 puso así las bases para que se produjera un doble fenómeno: el del exilio en 1939 y el de las generaciones de posguerra en el interior de la Península a partir del mismo año. La generación del exilio en 1939 merece un comentario especial por su situación

[66] José Luis Aranguren, *Memorias y esperanzas españolas,* Taurus, Madrid, 1969, pág. 67.

de desarraigo, que la convierte en una rama desgajada del árbol de las generaciones. Así la caracteriza Vicente Llorens cuando, al hablar del tema filosófico, dice: «Mientras que en la filosofía del interior, por decirlo así, se han sucedido varias generaciones, desde la formada por la escolástica en la etapa siguiente a la guerra hasta la de unos jóvenes que recientemente preconizan la vuelta de Nietzsche, el pensamiento de los expatriados se reduce casi totalmente a una sola generación. Gaos, Imaz, García Bacca, Recasens, Medina, Ayala, María Zambrano, Nicol estaban entre los treinta y dos y los veintinueve años de edad; solo Ferrater Mora y Sánchez Vázquez eran algo más jóvenes, y Joaquín Xirau, más viejo, dejando aparte a Serra Hunter, el único anciano. Grupo brillante pero sin sucesión; un escalafón a extinguir, como se decía entonces en el lenguaje burocrático. Las emigraciones son como ramas arrancadas de un árbol quizá fructífero, pero que no vuelven a florecer [67].»

Por el contrario, en el interior de España se produce una convivencia de grupos generacionales diversos, a partir de 1939, en una situación particularmente abigarrada. Por un lado, se hace ostensible la inmensa oquedad dejada por los que han marchado al exilio, que tiende a llenarse con rapidez por los jóvenes que la oportunidad histórica ha lanzado a la palestra pública. Dionisio Ridruejo lo expresó así: «Nuestra probatura juvenil, todavía casi impersonal, se encontró en la mano con posibilidades desmesuradas. Lo nuestro fue algo parecido a un rapto, que nos levantó en una precoz y falsa madurez, sobre el pavés de una rara ocasión [68].»

---

[67] Vicente Llorens, Prólogo al libro de José Luis Abellán, *Panorama de la Filosofía española actual,* Espasa Calpe, Madrid, 1978, pág. 10.

[68] Dionisio Ridruejo, Prólogo al libro de Francisco Fernández-Santos, *El hombre y su historia,* Ediciones Arión, Madrid, 1961, págs. 26 y 27.

Estos hombres de la generación del 36, que figuraron entre los considerados vencedores, van a convivir con los verdaderos triunfadores —los que habían provocado la guerra—, aplastando a un tercer grupo, que es el de los que, perteneciendo al bando vencido, se quedaron en España en una particular situación de opresión y marginación social, la cual ha conducido a clasificarles como «exilio interior». Los grupos que tuvieron el protagonismo intelectual durante este período se movían en una aceptación (o semiaceptación) a veces explícita, a veces implícita, de la situación política que les colocaba en una específica homogeneidad ideológica. De hecho, la dictadura franquista paralizó la historia y, en cierta medida, el ritmo de las generaciones, alterando la alternancia de los períodos quincenales. Si 1936 precipita el surgimiento de una nueva generación, tras la de 1927, sin esperar a que se cumplan, ni siquiera de manera aproximada, los quince años, ahora ocurre exactamente lo contrario: la historia se remansa de tal manera que para que surja una nueva generación posterior a la del 36 hay que esperar hasta 1956, es decir, veinte años.

La muerte de Ortega y Gasset en octubre de 1955 va a ser un aldabonazo en la conciencia estudiantil, que hará del curso 1955-1956 un año particularmente interesante en nuestras generaciones intelectuales. Es entonces cuando surge precisamente la primera generación crítica de posguerra: la de 1956. Me he extendido sobre ella en todos los otros capítulos de este libro y no es cuestión de repetir lo ya dicho. El hecho es que las cotas de libertad crítica que la generación de 1956 fue conquistando e imponiendo como hecho consumado contrastaba con la persistencia de la dictadura como hecho de fuerza, y esta situación contribuyó al surgimiento de una nueva generación en 1968, donde, por la fecha, percibimos cómo se va restableciendo, por aproximación, el ritmo de los quince años. Sobre esta nueva generación del 68 también nos hemos extendido lo suficiente para no necesitar añadir nada más.

La realidad es que en los años posteriores a la muerte del general Franco, en 1975, han ido paulatinamente acercando posiciones las distintas generaciones de la posguerra, y en especial la del exilio de 1939 a las de 1956 y 1968. En este sentido, la tendencia a la crítica racional de la generación del 56 se une a los impulsos hipercríticos de la del 68 para una búsqueda común en torno al problema de la razón y de la racionalidad, así como de nuevos planteamientos sociofilosóficos desde una plataforma de reflexión que une la actitud crítica con el impulso utópico. Este es el motor que sirve de impulso a la recuperación de la democracia. Muy vinculada a esta doble problemática está la tendencia hacia un entronque del pensamiento actual con los aspectos más progresistas del pasado intelectual inmediato. Junto al intento de reconstrucción crítica de la razón como recuperación del pasado, se produce en concomitancia una tentativa de recuperación de la generación del exilio de 1939, que adquiere en el período de 1975-1980 unos caracteres particularmente interesantes.

Un análisis de las dos ramas del exilio a que nos referimos anteriormente, el exilio del 39 y el llamado «exilio interior», nos confirma en esa convergencia de tendencias cuando lo ponemos en relación con otro exilio al que hasta ahora no hemos hecho referencia. Estoy aludiendo al que, en otro lugar, he llamado «exilio del franquismo», con cuya expresión señalo al numeroso grupo de jóvenes intelectuales que, habiendo nacido durante la guerra civil o en los años anteriores, huyeron después al exilio, presionados por la situación política de la dictadura y sus adversas circunstancias para la creación intelectual; entre ellos habría que citar a Miguel Sánchez Mazas, Juan Goytisolo, Ignacio Sotelo, Manuel Ballestero, Francisco Fernández-Santos, Agustín García Calvo, Fernando Sánchez-Dragó, Salvador Giner... A estos nombres hay que añadir el exilio anterior de 1947-1948, años en que salieron Nicolás Sánchez-Albornoz,

Manuel Lamana, Manuel Tuñón de Lara, Antonio Remis, José Martínez —el fundador de los importantes *Cuadernos de Ruedo Ibérico*—, César y Xavier Flores...; ellos son los que acogieron a los exiliados del 56 y los orientaron en sus primeros pasos fuera de España.

A este doble exilio se refirió en su momento Elías Díaz con estas palabras: «Un nuevo "exilio", de gente más joven, iba a comenzar precisamente cuando el anterior, el de la guerra, empezaba a remitir en su alejamiento físico e intelectual.» Y añade en nota a pie de página: «Puede decirse (aunque existan también situaciones de doble significado y condición) que se trata ahora de un éxodo más directamente cultural y científico-profesional que estricta y propiamente político. Pero las angostas y con frecuencia discriminatorias condiciones de nuestra vida académica e intelectual han impulsado, es bien cierto, a un buen número de profesores, científicos y escritores a abandonar un país que, por triste paradoja, reconoce a veces necesitarlos de manera apremiante en la investigación, en la enseñanza, en la Universidad y en las plurales manifestaciones de nuestra vida cultural (por todas partes se dice, en efecto, que "los profesores no se improvisan"). Ese éxodo intelectual de la posguerra —que comenzó quizá, o al menos se incrementó notablemente y de manera gradual con posterioridad a 1956— no es una emigración que, aunque no faltan elementos comunes, pueda identificarse del todo con la que han sufrido (por lo general, hacia Estados Unidos) otros países de la Europa occidental. Sería interesante disponer de un libro que recopilase nombres, actividades, circunstancias, trabajos de ese nuevo y permanente éxodo intelectual español, éxodo, advirtamos, que —por supuesto— no se ha dado solo entre los intelectuales[69].»

[69] Elías Díaz, *Pensamiento español (1939-1973),* Edicusa, Madrid, 1974, págs. 94 y 95.

El hecho es que se produjo entre esas diferentes ramas del exilio una peculiar convergencia que les aglutinaba en torno a la ideología socialista como elemento de maduración y profundización en la democracia. La misma tendencia socialista, aunque con diferentes matices, afloró entre algunos exiliados americanos que volvieron a España, aunque fuese en forma libresca; entre ellos resulta paradigmática la figura de Adolfo Sánchez Vázquez.

Solo en esta confluencia en torno a la ideología socialista se entiende una expresión intelectual de la importancia que el socialismo como partido político ha adquirido en la estructura política española establecida a partir de la recuperación democrática. Por otro lado, no está de más señalar que esa conjunción de tendencias encuentra uno de sus denominadores comunes en una coincidente «crítica a la sociedad de consumo», si bien hecha desde distintos planteamientos.

La convergencia hacia el socialismo entre generaciones tan dispares y sectores sociales tan diversos llegó a afectar a un amplio núcleo de católicos progresistas, que propiciaron una serie de diálogos y encuentros entre cristianos y marxistas, del cual tenemos un ejemplo muy ilustrativo en el libro que se publicó en España con el título de *Cristianos y marxistas: los problemas de un diálogo* (1969), donde se establecen con claridad sus posibilidades y sus más que evidentes limitaciones. En todo caso, ahí está el fenómeno como símbolo de aquel tiempo en que el triunfo del socialismo en unas próximas elecciones parecía ineluctable; de hecho, somos muchos los que anticipamos en escritos o conferencias la victoria de 1982.

Esta confluencia en torno a la ideología socialista se me aparecía a mí entonces como una expresión intelectual de la importancia que el socialismo como partido ha adquirido en la estructura política establecida a partir de la recuperación democrática. Por otro lado, debemos subrayar que esa

conjunción de tendencias encontraba un denominador común en la coincidente «crítica a la sociedad de consumo», aunque estuviese hecha desde distintos planteamientos. Ahora bien, en esa ideología socialista entendida como «crítica a la sociedad de consumo» veía yo una de las constantes más persistentes del pensamiento español: la que en mis libros he llamado «negación de la religión del éxito». Así descubrimos una especial fecundidad de nuestro pensamiento al entroncar las nuevas tendencias con una tradición de vieja raigambre en la historia intelectual española.

Con la victoria socialista entró, como dijimos al comienzo de este capítulo, en la escena de la vida pública una nueva generación, a la que podemos denominar como de ese año, aunque, desde el punto de vista cronológico, su nacimiento no le correspondiera hasta 1983, pero —como también dijo Ortega— las generaciones son de «sustancia vital, no matemática». Pero si la predicción del triunfo socialista no pudo sorprendernos, sí nos sorprendió el talante con que empezaron a ejercer el poder. La prepotencia de que hicieron gala desde el primer momento no era sino una versión del «pragmatismo» con que se revistieron.

Los miembros de las generaciones anteriores que nos habíamos conjurado contra la dictadura sabíamos mucho del esfuerzo y del sacrificio que tuvimos que hacer para su desaparición. Éramos además conscientes de que la construcción y desarrollo de una sociedad democrática exigía una nueva moral. Durante la etapa de la dictadura se produjo una moral de lucha y de combate que fructificó en dos posturas opuestas, pero igualmente radicales: la necesidad de triunfar a toda costa, a menos de ser aplastado y sofocado por un régimen que no admitía ningún tipo de piedad con el caído; o colocarse desde el primer momento en una actitud de oposición marginal y muchas veces clandestina que hacía de la solidaridad en la lucha una ley sagrada. La nueva situación democrática permitió recuperar una nueva

moral donde la piedra clave no estuviera situada tanto en el triunfo o el fracaso como en la persecución de unos ideales de vida, con independencia de su éxito o no. El ciudadano español se dio cuenta de que el sentido de una vida no está tanto en el éxito o no de lo que emprende, sino en el servicio que presta a la comunidad y a sí mismo guiándose por unas pautas de conducta y unos ideales en los que cree firmemente como capaces de orientar sus acciones y su papel en el mundo. En una democracia, donde el respeto a las minorías está asegurado, nuestra vida puede seguir teniendo sentido, a pesar del fracaso momentáneo de nuestros ideales, pues si tenemos fe en ellos nada impide que mañana triunfen, y —en cualquier caso— nuestra vida se realiza en ese empeño.

La generación que sube al poder en 1982 tenía algo más de treinta años cuando muere Franco, y eso hace que mayoritariamente se apunte a esa «moral del éxito» a que antes me refería; de aquí su pragmatismo. Nos equivocamos los que pensamos que el triunfo del PSOE iba a servir para racionalizar la sociedad española, canalizando el capital político que representaban diez millones de votos hacia un freno de la sociedad de consumo mediante la articulación de un sugerente proyecto colectivo. Por el contrario, asistimos a partir de ese momento a una sucesiva serie de logros y errores que tuvieron como origen una inmensa equivocación: abrir las compuertas del partido a todos los que quisieran ingresar en él, deshaciéndose de la colaboración desinteresada y entusiasta de todos los que habíamos contribuido a su triunfo, y dando así entrada a los arribistas y medradores que quisieron hacerlo.

Esto no quiere decir que no se consiguieran grandes éxitos. Movidos por el criterio de la «modernización», los socialistas han roto con el aislamiento secular de España, propiciando el ingreso en la UE y participando activamente en la construcción de la Europa unida. Además han conse-

guido la subordinación del Ejército a la sociedad civil, restableciendo la unidad jurisdiccional y limitando «el ejercicio de la jurisdicción militar al ámbito estrictamente castrense», al reglamentar dicho ejercicio que en la Constitución (art. 117.5) aparecía meramente enunciado. Por último, la gestión gubernamental permitió un crecimiento económico considerable, alejándose de los índices del «subdesarrollo tercermundista», si bien endeudando al Estado hasta límites inimaginables.

Junto a estos importantes logros, un franquismo sociológico residual, diluido en el conjunto de la sociedad española, pero que no dejó de operar en los miembros del PSOE, ejerció una función ambivalente, aunque en la mayoría de los casos con carácter retardatario. Se desactivaron los importantes elementos utópicos que existían en la sociedad española, primando el pragmatismo de cortos vuelos, en beneficio de una idolatración del poder, al que se consideró un bien absoluto sin mezcla de mal alguno.

El resultado de tales premisas fue un proceso de desideologización creciente, que en algunos casos llegó a rozar la traición de los ideales supuestamente defendidos. El socialismo se alió con el capitalismo de las grandes multinacionales, haciendo el juego a los intereses del Banco Mundial y sus asociados. La escala de valores de la izquierda —justicia, solidaridad, igualdad— fue sustituida por otra menos altruista —libertad, individualismo, hedonismo, riqueza— que prima el derecho de los fuertes sobre los más débiles. Convertir a España en un país con un alto nivel de consumo fue vaciando la política socialista de todo contenido ideológico hasta el punto de que al PSOE se le han ido cayendo sucesivamente las letras de sus siglas —primero fue la O de «obrero», luego la S de «socialista» y finalmente la E de «español», para beneficiar a sus opuestos: «empresarios», «capitalistas» y «multinacionales»—. De las siglas, solo queda, pues, la P de Partido, es decir, el puro afán de poder. Es evi-

dente que el triunfo del PP en las elecciones del 4 de marzo de 1996 vio allanado su camino por la labor que a favor de sus intereses hicieron los que decían estar en la oposición.

El peor resultado de esta situación es el estado de desmoralización en que se ha dejado a la sociedad española. El ciudadano español no cree ya en la clase política como tal, y esta es la triste herencia que deja el partido todavía en el poder. Los políticos han perdido toda la credibilidad, con lo que será imposible —de ahora en adelante— dinamizar la ilusión de la opinión pública; se votará al menos malo —o al que se vea menos malo— sin entusiasmo. Ningún país puede vivir sin un proyecto colectivo de vida en común; cuando este se desbarata, triunfa el egoísmo. El amor al dinero se ha impuesto, acabando por arruinar a aquellos que lo propugnaron. El Partido Socialista ha ignorado las responsabilidades políticas de sus miembros subordinándolas a las responsabilidades penales. Este proceso de judicialización de la vida política, en un partido que hizo en su momento de la ética seña de identidad, es un error gravísimo y de consecuencias incalculables, pues lleva en su seno una potente carga explosiva que puede acabar con la democracia. Hay indicios para pensar que la última convocatoria de elecciones se realizó precisamente por no haber podido depurar el PSOE sus responsabilidades políticas en el interior del partido; con la convocatoria de elecciones se quiso disolver ese problema ante la opinión pública. De aquí la gravedad de la situación.

Ahora bien, la denuncia de esta no resuelve el problema, aunque sí lo sitúa en su exacta dimensión. El problema no es ya un problema electoral, sino el estado de desorientación intelectual y de desmoralización social en que se ha situado a la sociedad española, poniendo en peligro al mismo sistema democrático. El partido o partidos que ganen las elecciones sucesivas afrontan, pues, una labor de máxima envergadura: regenerar la democracia española. Estamos, pues, ante una crisis de enormes dimensiones que es mucho más que

una crisis política. Se trata de algo más hondo y que afecta a estratos profundos de la sociedad española.

En contra de lo que las generaciones del 56 y del 68 habíamos propugnado, el PSOE impulsó durante su mandato un modelo de sociedad opuesto: desarrollismo, colocando la economía del país en manos de las grandes multinacionales, así como recortando la libertad de expresión y fomentando el culto al «becerro de oro». Por oposición a todo principio de solidaridad se ha obviado la «crítica a la sociedad de consumo», estimulando un desarrollo competitivo basado exclusivamente en las recetas monetarias de la macroeconomía, eludiendo toda propuesta social alternativa, es decir, la posibilidad de un modelo español con mínima originalidad. Era más fácil —y así se ha hecho— uncir el carro nacional a los mandatos internacionales, ya sea de la OTAN, de la UE o de la ONU por no mencionar al Banco Mundial o al FMI.

Esto es lo que se ha llamado pragmatismo y cuyo último fundamento está en tomar decisiones con el mínimo riesgo, que impidan poner en peligro la posesión del poder político como supremo bien. Estamos, pues, ante el triunfo sin paliativos de la moral del éxito, es decir, lo contrario de lo que tantos habíamos propugnado y que juzgábamos más acorde con las necesidades nacionales y con las ideas socialistas.

Así creyó el PSOE que podría marginar a los intelectuales, como de hecho hicieron con Rodolfo Llopis unos años antes; también creyeron que eran inmunes a la corrupción por el mero hecho de esgrimir el lema de los «Cien años de honradez», como hicieron durante su primera campaña electoral. Al final, vemos cómo la realidad ha desmentido ambos supuestos.

La «moral de éxito» que ha impulsado todas las acciones del partido de Felipe González estaba ya en sus mismos orígenes políticos, incluso antes de que tuviesen mando en el partido. Hay una anécdota enormemente reveladora al

respecto, en la que Enrique Múgica le confiesa a Santiago Carrillo su estrategia de poder. He aquí cómo lo cuenta el dirigente comunista en sus memorias:

> Lo más interesante de la conversación con Múgica fue su explicación de cómo habían conseguido derrotar al equipo de Llopis, es decir, cómo habían logrado desplazarlos de la ejecutiva, puesto que políticamente le habían derrotado ya desde el momento en que las únicas fuerzas del veterano líder eran los residuos del PSOE emigrados, mientras sus oponentes controlaban a los socialistas que actuaban en el interior.
>
> Pero arrebatarle a Llopis el "aparato" de las manos había requerido una curiosa triquiñuela. Resulta que la UGT del interior recibía ayuda financiera de la CIOSL (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres). Con esta ayuda la dirección del PSOE en el interior pagaba cuotas a la ejecutiva de Toulouse por un número superior de afiliados al que realmente existía. Toulouse no tenía modo de verificarlo, pues las reglas burocráticas de la cotización no incluían informar del nombre de los cotizantes, que eran clandestinos. Y Llopis, que quizá en un momento se felicitara del aumento de los ingresos del interior, descubrió en Suresnes que se había quedado en minoría; los cotizantes que le apoyaban desde la emigración eran formalmente menos que los que apoyaban desde el interior al nuevo equipo encabezado por Felipe González.
>
> No cabe duda que esta trampa evitó polémicas, a la hora del cambio, sobre la legitimidad representativa del PSOE, entre unos y otros, que de todas maneras hubiera originado dificultades políticas al partido.
>
> Múgica me contaba el hecho con toda naturalidad, sabiendo que yo simpatizaba más con el nuevo equipo que con Llopis, visceralmente anticomunista[70].»

[70] Santiago Carrillo, *Memorias,* Planeta, Barcelona, 1993, pág. 600.

Así se hizo el PSOE de Felipe González con el «aparato» del partido en el Congreso de Suresnes, lo que después le facilitaría el acceso al «aparato» del Estado español. Con esos métodos no puede extrañar todo lo que ha pasado después. La «moral del éxito» conduce inevitablemente a esas aberraciones, y entre ellas la de haber marginado a las generaciones que más habían luchado por la democratización de la sociedad española. La actitud despiadada llega en este caso a afectar a algunos de los miembros más destacados del propio PSOE, como ocurrió con Fernando Morán, que, tras su paso por el Ministerio de Asuntos Exteriores como artífice del ingreso de España en la Comunidad Europea, va a ser paulatinamente marginado.

Algunos amigos que leyeron este manuscrito antes de publicarse el libro me hicieron un reproche muy serio al llegar a este punto. ¿Cómo es posible —me preguntaron— que consideres marginada a una generación que ocupa el primer plano de la vida española en sus diferentes especialidades? Me sorprendió la cuestión, pero en seguida comprendí que tenían razón; por eso debo enfatizar mi postura, al tiempo que trataré de matizarla.

Cuando hablo aquí de marginación me refiero exclusivamente al aspecto político. Es evidente que una parte importante de la generación del 56 había intervenido en política, luchando contra la dictadura franquista y apoyando al Partido Socialista, y eso es lo que sorprende: que llegada la democracia se les margine de toda actividad política —por la que habían manifestado vocación y capacidad de sacrificio—, suplantándoles por el primer joven desconocido que se presentase ostentosamente con el carné del PSOE en la mano. Somos muchos los que hubiéramos prestado nuestra colaboración —de forma desinteresada, en bastantes casos— a las tareas políticas de una reconstrucción de la democracia, y no deja de sorprender que se nos postergara a favor de gente venal y sin principios morales; pienso en los

tantísimos casos de corrupción y cinismo que han proliferado durante el mandato socialista.

Estamos, pues, ante una historia de marginación, que tiene precisamente su origen en un afán desmedido por el poder y que se traduce en lo que una conocida historiadora de la transición española, Donatella Montalto, ha llamado «la dictadura del lenguaje», poniendo con esa expresión de manifiesto la oposición entre esta y «el lenguaje de la dictadura»[71] de la época franquista. Se refiere así a una ingeniosa manera de hacer tragar a la opinión pública lo que por naturaleza es intragable.

Alude con la «dictadura del lenguaje» a las perversiones lingüísticas practicadas por el PSOE desde el poder con el fin de hacer una política opuesta a la que se había predicado desde la oposición: congelación de la relación con la OTAN, amortiguamiento y evasión de las responsabilidades políticas en el caso GAL, desviación de la atención pública con galimatías lingüísticos como el del «cambio sobre el cambio». De acuerdo con Ferrater Mora, Montalto define la perversión lingüística como aquella que «tiene lugar cuando se usa el lenguaje para decir cosas que significan otras (generalmente las opuestas), a la vez que, en virtud de una hábil elección... parece seguir queriéndose decir lo que se dice»[72]. La conclusión de esta profesora italiana es que del «análisis del discurso político del gobierno socialista que ha dirigido al país —solo, hasta fin del 93, y en coalición, después— se tiene la impresión de que la palabra tiende a perder su valor referencial; el significante parece haber perdido su significado»... y así ocurre que *«il discorso político si*

[71] Donatella Montalto Cessi, «La transicione spagnola: dal linguaggio della dittatura a la dittatura del linguaggio», en *Culture. Annali dell'Instituto di Lingue della Facoltà di Scienza Politiche dell'Università degli Studi di Milano,* 9-1995, págs. 207-225.

[72] Ibídem, pág. 225.

staca del contesto e funciona per sé solo, vive di vita propia». Es el resultado de una ambigüedad calculada que ha presidido todo el discurso de Felipe González y sus ministros durante la totalidad de su mandato; por eso dice Montalto al final de su análisis: «*Il discorso político, depauperato della sua referenzialità, si giustifica da solo, presentando situazione verosimili, ma non reali. Siamo cosi giunti al secondo elemento del chiasmo del titolo: la dittatura del linguaggio*[73].»

Con esa suerte de trabalenguas lingüístico —Felipe González ha llegado a hablar de tribalismo lingüístico— se ha dado satisfacción a la derecha, haciendo una política favorecedora de sus intereses, y se ha engañado a la izquierda, acallando a los intelectuales críticos y marginando a las generaciones —del 56 y del 68— que más habían contribuido a traer la democracia. Con ello se arruinó la ilusión y la esperanza de todo un pueblo.

[73] Donatella Montalto Cessi, op. cit., págs. 223 y 224.

Apéndices

1

Carta de los hijos de Ortega y Gasset a «ABC» (28 de mayo de 1975)

Muy señor nuestro:

Esperamos de su consideración que reproduzca en sus páginas estas líneas motivadas por la entrevista con el padre Félix García que apareció en el suplemento dominical del diario de su digna dirección, el pasado día 27 de abril.

La entrevista a que aludimos ha provocado distintas polémicas y no queremos que nuestro silencio pudiera interpretarse como aceptación de los términos concretos que en ella se refieren a nuestro padre José Ortega y Gasset.

En la fecha de la muerte de éste —octubre de 1955— un amplio sector de la Prensa y agencias de información aseguró falsedades como lo de que nuestro padre había pedido un sacerdote y recibido los últimos sacramentos. Creímos entonces oportuno escribir una carta —fechada en 23 de octubre de 1955— al entonces ministro de Educación Nacional, nuestro buen amigo Joaquín Ruiz-Giménez, en la que, entre otras cosas, decíamos lo siguiente:

«Nuestro angustioso cuidado —una vez descartada la posibilidad de restablecer su salud— se centró en procurar respetar su conciencia que, ya obnubilada, no nos podía decir nada concreto. Que nuestro padre puso durante toda su vida —y a la vez que Dios estuvo presente en su obra— el más pulcro cuidado, dentro del máximo respeto, de que

todos sus actos —aun los que pudieran parecer más nimios— mostrasen su voluntad de vivir "acatólicamente" es cosa de la que no cabe a nadie la menor duda. Y de que, aun horas antes de la operación seguía en el mismo sentimiento y en semejante actitud, no nos cabe duda tampoco a nosotros, por cosas que nos dijo en esos momentos. Después de la operación sólo Dios lo sabe. Atendimos el deseo ferviente de nuestra madre de que lo visitase el padre Félix García, por cuya persona y por cuya orden había tenido nuestro padre siempre clara simpatía, y el padre Félix, según nos dijo, le administró la absolución "sub conditione" con la aquiescencia de nuestro padre. Si este lo hizo con la cabeza clara —que hasta ese mismo instante, y en la medida que los ojos humanos de los médicos y de la familia pueden juzgar, estaba impresionantemente perdida— o si lo hizo con la conciencia disminuida, es punto que, como ha dicho el padre Félix en su artículo de "ABC" ("ABC", 19 de octubre de 1955) —en el que demuestra tener gran corazón e inteligencia— pertenece al misterio de Dios».

Con la reproducción ahora de estos párrafos de la carta que entonces no pudo publicarse en España, estimamos que queda suficientemente aclarada la cuestión planteada en el momento actual.

Reiterándole nuestro agradecimiento por la publicación de toda esta carta, le saludamos muy atentamente, Miguel, Soledad y José Ortega Spottorno.

2

Informe secreto de la Policía sobre el Congreso de Escritores Jóvenes y el Homenaje a Ortega y Gasset

GRUPOS ACTIVOS COMUNISTAS E INSTITUCIONISTAS EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Actividades de dichos grupos en relación con la preparación del «Congreso de escritores jóvenes» y con el Homenaje laico a Ortega.

Son dos los grupos aludidos, con ciertas relaciones entre sí, que se especificarán después:

A) GRUPO COMUNISTA.—El cerebro es *Enrique Múgica Hertzog,* de origen hebreo alemán por vía materna —extinguida por los alemanes—, cuyos padres y abuelos fueron fusilados por los nacionales; su familia tiene una peletería muy buena en San Sebastián. Apareció en la Facultad de Derecho de Madrid en el curso 1953 procedente de Francia. Decía abiertamente que era comunista, pero que hacía falta acuerdo, armonía y comprensión entre todas las tendencias ideológicas.

Infiltración en el S.E.U.—Se le encargó de la sección cultural del S.E.U. de Derecho dentro de la Campaña del Sindicato, para hacer ver que dentro de él cabían todos. Entró primeramente en dicha sección como subalterno y colaborador del jefe de la misma, *Francisco Eguiagaray,* falangista intelectual. En tal situación organizó con positivo éxito los «Encuentros entre la poesía y la Universidad», en el curso de los cuales pasaron por las aulas los mejores poetas españoles. Este éxito prestigió a Múgica ante la jerarquía del S.E.U. a la vez que se relacionó con personas de la mayor relevancia, a pesar de ser alumno de 4.º curso de Derecho.

Protección rectoral.—Inmediatamente se hizo, con gran audacia, muy amigo de *Laín* y de *Dionisio Ridruejo;* gracias a las promesas del primero de solucionar la cuestión militar, no presentó su documentación para incorporarse a las Milicias Universitarias. Comenzó a asistir con regularidad a las tertulias políticas en casa de estos señores. Una vez con su prestigio y amistades, se desentendió, a final de curso, de las labores del S.E.U., disgustándose con Eguiagaray la rama falangista, intelectual y activa —de que se había venido sirviendo para sus fines.

Otros miembros del grupo comunista.—Por entonces ya se habían destacado los colaboradores auténticos de Múgica, que son: *Ramón Tamames* —hijo de un médico prestigioso, muy buena cabeza, gran capacidad de trabajo, ateo y formado en el Liceo Francés—, dentro de la Facultad de Derecho, y un tal *Pacheco,* en la Facultad de Filosofía y Letras. También tienen adictos en otras Facultades.

Organización de un «Congreso de escritores jóvenes». Boletín Informativo.—A principios del curso 1954-55, al margen del S.E.U. y con la protección de *Laín,* comenzó a organizar el llamado «Congreso de Escritores Jóvenes» cuya secretaría está en el Instituto de Cultura Hispánica (Vid. en el Boletín n.º 2 a *Laín* presidiendo).

Han publicado en tres ocasiones, por ahora, un *Boletín Informativo,* de las labores de organización del Congreso, cuyos editoriales tenían un matiz acusadamente molesto, como por ejemplo, uno titulado «Dogmatismo» lleno de reticencias.

Como *Jorge Jordana*, entonces Jefe Nacional del S.E.U. no quería darles ayuda para el Congreso, ya que éste había de quedar por completo fuera de las directrices falangistas, sobrevino la colisión y el empeño de los elementos falangistas, en impedir la colaboración del Congreso a toda costa, pareciendo incluso Fernández Cuesta haber tomado cartas en el asunto. *Laín estaba por el grupo comunista de Múgica.* Durante el verano pasado se ha venido preparando una colisión en las más altas esferas, que se ha concentrado en el intento de Múgica de cambiar al Jefe Nacional del S.E.U. con objeto de contar con apoyo económico.

Cambio del Jefe del S.E.U.—El candidato del grupo comunista de Múgica y según dicen estuvo a punto de ser nombrado —no salió por el voto de Elola— era un tal *Elorriaga,* falangista de izquierdas y que al parecer no practica religión alguna.

De todas formas esto no significaba que el presunto cuadro directivo del S.E.U. fuera comunista, sino sencillamente amplio y condescendiente con toda ideología posible dentro de los estudiantes. Ramón Tamames comentaba en la Universidad, a raíz del cambio de Jefe Nacional del S.E.U.: «Hemos estado a punto de tener un Jefe verdaderamente estudiantil».

El sucesor de Jorge Jordana, Serrano, cae por completo dentro de la línea Elola, procede del Frente de Juventudes, ha sido Jefe del S.E.U. zaragozano y es, al parecer, buen católico.

Este nombramiento ha sido un verdadero insulto al grupo Múgica, que se ve imposibilitado para conseguir medios económicos para el Congreso. Sin que se sepa exactamente la causa, Laín se ha eclipsado desde el principio del actual curso 55-56 —se comentaba que salía— y se ha desentendido, según todos los síntomas, del Congreso proyectado.

Preparativos y fines del Congreso.—En esta situación, el grupo comunista se ha dedicado con el apoyo de otros grupos intelectuales —apoyo con el que ha contado desde un principio la iniciativa del Congreso— a una febril actividad preparatoria de las futuras sesiones, a base de darles un contenido positivamente agresivo que haga intervenir a las autoridades, de suerte que el Congreso que habría de morir por causas económicas acabe «heroicamente» aplastado por el Gobierno con el consiguiente campanazo.

Dentro de estas últimas semanas, con motivo de la muerte de D. José Ortega y Gasset, los directivos del Congreso —comunistas y otros grupos— organizaron un homenaje laico y a propósito del Congreso de Escritores, la Directiva del mismo ha dirigido una carta al Diario A.B.C. —que publicó un número dedicado a Ortega a raíz de su muerte—,

brindándole la iniciativa de un homenaje nacional y rogándole la publicación de la carta cuya copia se adjunta.

Resurrección de la FUE bajo el nombre de «Juventud Universitaria».—En cuanto al homenaje laico aludido, más que organizado por el Congreso como tal, fué iniciativa de la «Juventud Universitaria» formada fundamentalmente por el grupo comunista de Múgica y los institucionistas. Ambos grupos están unidos solamente por el propósito negativo de acabar con la situación actual, unión que se refleja en la expresión «Juventud Universitaria», careta oficiosa de la organización de FUE, que se va llevando solapadamente a efecto por ambos grupos. Desde luego los institucionistas no quieren nada a largo plazo con el grupo de Múgica, a quienes creen unos exaltados. Además creen que el comunismo será para ellos aún peor que el régimen actual. Esperan poder servirse de Múgica y sus amigos y luego, por más inteligentes y preparados, deshacerse de ellos. Múgica debe estar pensando lo propio de los institucionistas. A pesar de eso, actúan juntos ahora en las manifestaciones exteriores del Congreso y del homenaje a Ortega. Hay incluso, en las «Juventudes Universitarias», individuos aislados que aún no parecen haberse adscrito a ninguno de los grupos de manera definitiva.

Otros cabecillas.—Así por ejemplo está *Javier Pradera* —nieto de D. Víctor Pradera—, inteligente, ateopráctico, comunistoide, pero más bien aislado en compañía de un grupo de amigos teorizantes; ahora parece estar más en contacto con Múgica Hertzog.

Sin permanecer dentro del grupo comunista —se sirve de él porque es un exaltado y buen conductor de masas— figura *Julio Diamante Steel,* verdadero mal sujeto hasta el punto de que los institucionistas lo desprecian, pero fué el que llevó la dirección práctica del homenaje a Ortega y arrastró a la gente hasta el cementerio. Ha estudiado en El Escorial probablemente bachillerato. Parece ser que estudia Medicina. En realidad, no es muy conocido hasta ahora en los ambientes universitarios, pues se ha dedicado más bien a la poesía. En principio puede ser adscrito al grupo comunista.

Otro poeta metido de lleno en el Congreso, estudiante de 4.º ó 5.º de románicas es *Claudio Rodríguez;* es ateo pero no se ve muy claro si se une a los comunistas ó institucionistas. Es un muchacho de mucho valor.

Más bien unido a los institucionistas, pero colaborador asiduo a Múgica en las labores del Congreso, es *Fernando Sánchez Dragó,* antiguo alumno del Pilar, ateo rabioso y blasfemo recalcitrante, aunque con una especie de buena intención subjetiva muy especial. Es un chico muy joven —a lo sumo 18 años— que tendría un gran placer publicando el clásico libelo subversivo, lleno de poemas más ó menos pornográ-

ficos. Múgica se encarga de suavizar sus iniciativas, a cuyo grupo pertenece de hecho.

Los comunistas se sirven de él y de esta serie de individuos oscilantes en sus actividades políticas e ideológicas. Aunque aparentemente pudiera parecer que el grupo comunista es un complejo aislado de jóvenes poetas o exaltados socializantes teóricos, de hecho no es así.

Conexiones con el extranjero.—Ramón Tamames, durante los dos últimos cursos, *ha estado al frente de la sección de intercambio del S.E.U. de Derecho.* Este organismo ha funcionado admirablemente, habiendo sido enviados muchos estudiantes a campos de trabajo y Universidades Extranjeras. Circunstancia que ha sido aprovechada por Tamames y Múgica para enviar sus elementos a ambientes protestantes alemanes y comunistas franceses en contacto con las células marxistas de los lugares de trabajo.

Los planes universitarios comunistas citados hasta ahora forman parte de una red mucho más amplia, extensivas a ambientes obreros españoles. Tamames ha dicho confidencialmente que las actividades comunistas van tomando un gran incremento y desarrollo y que cuentan con una serie de enlaces sindicales.

B) GRUPO INSTITUCIONISTA.—El grupo institucionista está bastante menos extendido; sus elementos son más jóvenes, pero son gente de bastante categoría, aparte de que los *grupos de personas mayores* con quien están en contacto parecen ser *peligrosas.*

El Colegio de Jimena Menéndez Pidal.—Se ha iniciado la fuerza de la institución entre los jóvenes, al incorporarse a la Universidad los alumnos procedentes del colegio «Estudio» regido por Jimena Menéndez Pidal y que ha reunido una serie de profesores procedentes de la Institución Libre de Enseñanza. De hecho los chicos de «Estudio» saben y dicen que son alumnos de la Institución. Los *métodos de enseñanza* y captación ideológica son los de siempre y *muy eficaces.*

Club institucionista.—Tiene incluso un piso en donde se reúnen los antiguos alumnos con los profesores en un ambiente muy grato.

Instituciones extranjeras.—Aparte de otros centros de enseñanza donde influye la Institución, el «Estudio» está instalado en una especie de palacio de la calle Miguel Angel donde radican igualmente el Instituto Internacional de Boston, ahí daba Marías sus conferencias con el que mantienen excelentes relaciones. El Instituto de Boston es una dependencia de la Embajada de los E.E.U.U. También radican en el mismo edificio de Miguel Angel 8, dos colegios extranjeros: Middlebury College y Smith College.

Las promociones de alumnos de Jimena Menéndez Pidal, recientemente incorporadas a la Universidad son francamente buenas, por lo que el colegio tiene un gran prestigio. Aún es poca gente.

El Jefe de los estudiantes institucionistas.—La cabeza del grupo estudiantil institucionista es un muchacho que estudió el pasado curso 1954-55 primer curso de Derecho, *con magnífico expediente.* Ahora se ha pasado a Filosofía, donde cursa primero de Comunes. Se llama *Javier Muguerza.* Han salido por ahora varias promociones del «Estudio» pero no había de influir en un plan un poco Corporativo.

Su Revista.—Estando en primero de Derecho comenzó el grupo de Muguerza a publicar una revista política, titulada «Aldebarán» como recuerdo a Unamuno, revista que salió, ya van publicados *cuatro números, sin permiso de Aparicio.* Después del verano pasado el grupo se ha constituido en minoría redactora de «Aldebarán». *Por lo pronto veinte muchachos, poetas y no católicos,* han decidido cambiar el pequeño formato de antes, para poner ahora un tipo de «Revista», «Insulina» o «Indice». Lo poético es ahora una pequeña parte de los temas a tratar. *El primer número de la nueva época, será el homenaje a Ortega,* en contra de las órdenes de la Dirección General de Prensa, con quien no tiene relaciones legales.

Otros artículos de la Revista.—Aparte del institucionista pleno que es Muguerza, son los restantes miembros de «Aldebarán» *José Ramón Marras,* creyente, no católico, *de intenciones subjetivamente honradas.*

Carlos Romero es el más moderado de todos, el año pasado era católico. Ha pasado el verano en Portugal en casa de un profesor comunista, de donde ha regresado solamente creyente. *Es el más recuperable* de todos y *excelente persona.*

Hay también un elemento más bien desconocido llamado *Rubio,* alumno de la Escuela de Estudios cinematográficos.

La nota discordante es *Fernando Sánchez Dragó,* de quien antes se habló y que se opone a que en «Aldebarán» figure, ni de casualidad la palabra de Dios. Los restantes lo acusan de exaltado y de juvenil, pero no es probable que rompan, porque *le tienen mucha simpatía.* Colaboran con él, a quien Muguerza desprecia.

Naturalmente *son gente desorientada, pero con buena intención,* conocida por el institucionista Javier Muguerza. Lo peor es que van a hacer al grupo organizado de mayores, en lo que respecta a la vida universitaria. *En política* desde luego tienen miras muy definidas en contra de la situación actual y de los comunistas: *son liberales.*

Los profesores de «Estudio».—El representante de la Institución Muguerza está en continuo contacto con los profesores de «Estudio».

Gracias al profesor de Filosofía del citado Centro, *Rodríguez Huéscar,* de la promoción de Gaos, al parecer están *en contacto con alumnos exiliados,* de quienes esperan incluso colaboración para «Aldebarán». Julián Marías les ha prometido un artículo a propósito de la muerte de Ortega.

El grupo «Aldebarán» no pretende, por ahora, tocar cuestiones religiosas directamente, *sino más políticas.* De todas formas, ha rechazado una colaboración porque refleja una actitud católica.

Objetivo del grupo Institucionista.—a) En principio andan buscando la manera de organizar un grupo republicano, bien preparado profesionalmente en todos los aspectos, a fin de intervenir inteligentemente cuando tengan ocasiones propicias.

b) Igualmente, como se ha visto antes, colaboran en el Congreso de Escritores Jóvenes.

c) Por otra parte intervienen en la formación naciente de la F.U.E.

d) Desde luego, prefieren reducir por ahora lo propiamente organizado a la redacción de «Aldebarán» y desde luego, influir desde ahí espiritualmente en todos sus simpatizantes. Lo demás vendrá después.

Homenaje laico a Ortega.—En cuanto al desarrollo del homenaje laico a Ortega fué el siguiente:

El grupo de poetas institucionistas y comunistas, dos o tres días después de la muerte de Ortega, imprimió una esquela sin cruz invitando al acto, cuya copia se acompaña, de carácter totalmente laico. De todas formas, dada la simpatía que por Ortega tenían los estudiantes en general, aumentadas en algunos por las noticias sobre su conversión, reunió a unos mil alumnos en el patio posterior de San Bernardo.

En la Universidad.—Figuran gente de todos los matices y había abundantes chicos de Filosofía que llevaban unas flores. La reunión tenía un *carácter totalmente estudiantil;* como nota de protesta contra el claustro oficialmente establecido que no dedica un homenaje público al «maestro». Una vez reunida la gente, sin saber nadie exactamente qué iba a pasar, salió a escena *Diamante Steel* acompañado de *Pacheco,* ambos del grupo comunista, que se pusieron a leer trozos de la obra de Ortega, que hiciesen resaltar el contraste con la situación actual. El grupo de simpatizantes de la Institución, los verdaderos orteguianos, asistía a todo. Los alumnos más jóvenes de Derecho comenzaron a gastar bromas en voz alta desde diferentes extremos del patio, comentando las frases trágicamente serias de los oradores, alguno de los cuales intentaba dar a su voz un timbre conmovido. Desde el principio, se personó en el patio el Decano de la Facultad de Derecho, Sr. Torres López. En calidad de Decano de la F. de Derecho no podía ser ajeno a un acto multitudinario

en centro bajo su jurisdicción. Tampoco podía dar su asentimiento total a aquello, ni oponerse, que hubiera resultado inoportuno e impopular.

Se limitó a callar cuando uno de los oradores, ante su presencia, agradeció el gesto. Luego se mantuvo de pie y en silencio sobre los escalones que servían de tribuna improvisada, con evidentes gestos de impaciencia, leyendo detrás del hombro de los oradores en sus cuartillas, e instando a que todo fuese breve. Los comentarios jocosos de los chicos de Derecho y la velocidad con que Torres López despachaba a la lista de oradores, antes de que tuvieran tiempo de explayarse, precipitaron los acontecimientos. De todas formas, los orteguianos sinceros no llegaron a advertir que el acto estaba siendo deslucido y que se excedían en sus pretensiones de discursear y leer.

Lo *más molesto que se leyó fue un trozo de Ortega* en que se dice que se coge la Religión como sustituto salvador cuando no se tienen ideas para moverse por la vida. Al fin, los directivos estudiantiles invitaron a Torres López a dirigir unas palabras a los reunidos y se limitó a decir «Descanse en paz».

Y se cerró el acto, desapareciendo Torres López del Patio.

En la calle la gente comenzó a no saber qué hacer. Entonces Diamante Steel y Pacheco comenzaron a gritar: «Al cementerio, al cementerio», con lo que unos setecientos chicos incluyendo la mayoría de los que procedían de la Facultad de Filosofía y que venían andando desde la Ciudad Universitaria, se fueron detrás de la cabecera de la manifestación. Por medio de la calzada, salieron a la calle de San Bernardo, subieron por la Gran Vía hasta Callao, bajaron por Preciados hacia Sol, y luego por el viejo Madrid y el Rastro fueron al cementerio de San Isidro. Diamante Steel, que era la voz cantante y llevó a la gente por las calles que quiso, impuso silencio total para que no se diese el espectáculo del patio de San Bernardo, en el que la gente aplaudía a los oradores, motivando las protestas de Torres López, que gritaba indignado: «No se aplaude, no se aplaude». Al llegar a Sol impuso también Diamante a los manifestantes un orden más o menos longitudinal para dar más impresión de orden.

En el cementerio.—Una vez en el cementerio se dirigieron todos hacia la tumba de Ortega. Volvieron a repetirse los discursos y las lecturas de los trozos de la Obra del difunto, repitiéndose igualmente los gestos melodramáticos del orador de San Bernardo que acabó diciendo con un puñado de tierra en las manos, que aquello era Castilla y que Castilla ha muerto. Entonces Diamante dió por terminado el acto, lo que motivó murmullos de desorientación, pues muchos opinaban que más oportuno sería rezar un padrenuestro por el alma de Don José. Las chicas de Filosofía se reunieron alrededor de la tumba y comenzaron a

rezar por su cuenta. Diamante, Pacheco y los demás directivos habían iniciado la retirada un momento antes. Algunos chicos se acercaron a Julio Diamante preguntando abiertamente si no se rezaba siquiera un padrenuestro, a lo que contestó que cada cual hiciera lo que quisiese ya que el acto había acabado. Entonces todo se disolvió volviendo cada cual con sus amigos, y con un ambiente en general molesto.

Si uno siquiera de los asistentes inicia con audacia una oración después del último discurso, todos hubieran contestado como un solo hombre según la opinión de muchos de los asistentes. De todas maneras, tanto comunistas como institucionistas están satisfechos con haber pasado públicamente por el centro de Madrid a unos cientos —unos miles dicen ellos— de estudiantes, manifestando una posición mal vista por el Gobierno. Precisamente lo que pretendían los comunistas, sirviéndose de Ortega como bandera. Diamante llegó a decir «por fin va ha servir el viejo para algo». Ante una severa mirada de Múgica, suavizó la expresión como dando a entender que no era eso exactamente lo que quería decir de Ortega.

Actos públicos en la Facultad de Letras.—Para hoy jueves día diez, a la una de la tarde, está anunciada la lectura de poemas de Rafael Alberti y Pablo Neruda en el salón de actos del segundo piso de la Facultad. El anuncio está colocado en lugar visible de la escalera por donde se sube desde el bar a la primera planta, es un cartel grande con letras de colores.

Como es sabido, Rafael Alberti y Pablo Neruda son los máximos cantores del comunismo en lengua española.

La semana pasada, en el mismo sitio y con cartel parecido, se anunció una rifa de las obras de Ortega y Gasset.

Madrid, 10 de noviembre de 1955

3

Manifiesto de los estudiantes de la Universidad de Madrid (1 de febrero de 1956)

Desde el corazón de la Universidad española, los estudiantes de las Facultades y Escuelas Especiales de Madrid, abajo firmantes, en la convicción de que ejercen un auténtico derecho y deber al buscar el medio

de salir de la grave situación universitaria actual, invitan a sus compañeros de todos los Centros Superiores de España a que suscriban la presente petición, elevada a las autoridades nacionales:

«Al Gobierno de la Nación, a los Ministros de Educación Nacional y Secretario General del Movimiento.»

En la conciencia de la inmensa mayoría de los estudiantes españoles está la imposibilidad de mantener por más tiempo la actual situación de humillante inercia en la cual, al no darse solución adecuada a ninguno de los esenciales problemas profesionales, económicos, religiosos, culturales, deportivos, de comunicación, convivencia y representación, se vienen malogrando fatalmente, año tras año, las mejores posibilidades de la juventud dificultándose su inserción eficaz y armónica en la Sociedad y comunicándose, por un progresivo contagio, el radical malestar universitario a toda la vida nacional que arrastra agravándolos todos los problemas antes silenciados.

Nosotros, los estudiantes españoles, queremos afrontar esta situación de una manera clara y definitiva. Queremos lograr una respuesta capaz de satisfacer los legítimos intereses y aspiraciones de miles de jóvenes universitarios, condición indispensable para una convivencia civil digna y estable entre los ciudadanos de nuestro país.

El estudiante se encuentra, a su llegada a la Universidad y a las Escuelas Especiales, con una carrera que consiste en ir salvando, con medios escasos y difíciles de conseguir, una serie de obstáculos al final de los cuales se presenta el hoy más grave de todos: ¿Qué hacer con el título académico?

Cuando las Residencias de Estudiantes y Colegios Mayores son escasos y caros, y muchos nos vemos reducidos a pensiones de precios crecientes donde la vida de estudio y convivencia universitaria es casi imposible, cuando los libros de texto son deficientes y costosos, cuando los precios de matrículas y seguros suben continuamente, el estudiante se ve falto de medios suficientes de asistencia universitaria y todas las cargas recaen sobre los agobiados presupuestos de las familias, que no ven compensación a tantos sacrificios. Así España, para su mal, permanece en vivo contraste clasista —en éste como en tantos otros aspectos— con la realidad universitaria europea, donde el Estado asume buena parte de tales cargas facilitando el acceso de todas las clases sociales a los Estudios Superiores.

La situación material y vocacional del universitario español es de indigencia, su perspectiva intelectual es mediocre —¡cuántos catedráticos y maestros eminentes apartados por motivos ideológicos y persona-

listas!— y su porvenir profesional totalmente incierto por la escasez de salidas y especializaciones y por la intervención de excluyentes criterios extraprofesionales, precisamente cuando las necesidades del país reclaman todo lo contrario: aportación de nuevas capacidades y esfuerzos.

Las causas de este desolador panorama, del que ningún buen fruto puede esperarse son múltiples y hunden sus raíces en todo el clima material y espiritual de nuestra actual sociedad, pero vienen a resumirse y anudarse en una: la organización que hoy se atribuye cada día de un modo más ilusorio el monopolio del pensamiento, de la expresión y de la vida corporativa de la vida universitaria en el aspecto profesional, social, cultural e internacional, posee una estructura artificiosa que o no permite o tergiversa la auténtica manifestación y representación de los universitarios.

Existe un hondo divorcio entre la Universidad teórica, según la versión oficial y la Universidad real formada por los estudiantes de carne y hueso, hombres de aquí y de ahora con sus circunstancias, opiniones y deseos. Este divorcio explica muy bien la esterilidad y los fracasos cosechados en el terreno intelectual, deportivo y sindical, fracasos que nos humillan en todo contacto internacional ante los estudiantes de otros países.

Al ambiente de desencanto como españoles que quisieran ser eficaces, colaborar y servir inteligente y críticamente a la empresa del bien común y ven ahogado este noble propósito, hay que unir ya la amargura que provoca la emigración creciente de cientos y miles de nuestros mejores graduados. Estos hechos sólo pueden perturbar hondamente en el futuro la ya nada fácil ni justa, en otros aspectos, vida social de la Nación. Porque el camino hasta hoy seguido es el de la ineficacia, la intolerancia, la dispersión y la anarquía.

Precisamente para evitar esta terrible amenaza, conscientes de nuestra responsabilidad y con espíritu constructivo, proponemos volver la vista a la Universidad real y pedimos con el mayor calor y energía un cambio de perspectiva para el bien de España.

Petición:

Que se convoque un *Congreso Nacional de Estudiantes,* con plenas garantías para dar una estructura representativa a la organización corporativa de los mismos.

Estas garantías, sin las cuales el Congreso sería una nueva ficción en perjuicio de la Universidad y del País son:

1.º — Que en el Congreso Nacional de Estudiantes tomen parte todos los estudiantes de Centros Superiores de Enseñanza de España,

por medio de sus representantes, designados por libre elección, garantizada por el control de los Claustros de Profesores. Y que estos representantes se constituyan automáticamente, una vez elegidos, en cada Distrito Universitario, en comisiones para la organización del Congreso.

2.° — Que las elecciones se celebren entre el 1 y el 15 de Marzo de 1956 y el Congreso tenga lugar en Madrid del 9 al 15 de Abril de 1956.

3.° — Que los representantes elegidos reunidos en el Congreso Nacional nombren a sus presidentes de Comisiones y que los acuerdos y conclusiones se aprueben por mayoría.

4.° — Que por los Ministerios correspondientes se alleguen los medios de toda índole precisos para la preparación y el desarrollo del Congreso así como para evitar toda clase de obstáculos que pudieran interponerse a su plena efectividad.

Madrid, 1 de Febrero de 1956

4

Nota de la Dirección General de Seguridad (25 de febrero de 1956)

Concluidas prácticamente algunas de las actuaciones gubernativas iniciales, conducentes a aclarar los móviles e inspiraciones de los complicados en la preparación del llamado Congreso de Escritores Jóvenes, del Congreso de Estudiantes, del Manifiesto y en los recientes incidentes universitarios de Madrid, en los que resultó gravemente herido un joven estudiante falangista y heridos leves varios más, ha quedado probada plenamente la filiación e inspiración comunista de un grupo de encartados, tanto pos sus declaraciones y por la confesión escrita encontrada en la casa de uno de ellos, como por las mutuas acusaciones que entre ellos mismos se han hecho.

De las primeras pruebas e investigaciones realizadas, se deduce que, por lo menos seis de los detenidos, estaban relacionados con centros comunistas situados en un país próximo y desde el cual eran distribuidas las consignas y el material de captación y propaganda. El objetivo común era el dividir y enfrentar entre sí a la juventud española, organizar células de inspiración comunista y aprovechar todos los con-

tactos posibles con grupos intelectuales, convenciéndoles de la necesidad de una fuerte «unidad de acción» contra las leyes y el Gobierno de la nación española.

Obedeciendo a las consignas dictadas en el último Congreso del Partido Comunista Español, celebrado en Praga, la táctica roja consistía en lograr una rápida labor de infiltración en sectores que se decían culturales, haciéndoles actuar al servicio de las normas de aquel Congreso. En los domicilios de los detenidos se han encontrado publicaciones comunistas de todo orden, prensa roja de diversos países, resúmenes de resoluciones del partido comunista y consignas para la «unidad de acción» con los sectores más afines. La rápida detención de estos grupos de comunistas teorizantes ha servido para desarticular la acción de otros grupos a cuyo cargo estaba la ejecución material de órdenes contrarias a la paz pública y a la seguridad de todos los españoles.

El objetivo inicial de esta campaña de excitación al descontento y a la acción era sorprender a la juventud española.

Con la intención de movilizar a su servicio a masas cada vez más amplias, los comunistas detenidos y sus instigadores querían hacer suyo el mundo universitario, explotando la vehemencia y buena fe de la juventud. He ahí el reparto de manifiestos, la pretensión de organizar un «congreso de escritores jóvenes» de inspiración comunista, la creación en el seno de la Universidad de «tribunas de estudiantes» donde se exaltaba a los escritores y políticos comunistas, y, finalmente, la incitación para que se rompiera la unidad sindical de los estudiantes amparada y reconocida por la ley.

Es cosa probada que este grupo, a través de un tal Campillo, mantenía relaciones con la Embajada soviética en la capital de Francia. Del contacto con este enlace estaban encargados Enrique Múgica Herzotg y Julián Marcos Martínez. En poder de este último se ha encontrado un testimonio escrito de su puño y letra, en el que dice «Yo soy comunista». En poder de Jesús López Pacheco, Julián Marcos Martínez, María Diago Roncal y otros más se ha encontrado literatura política comunista, panfletos para su distribución y un estudio manuscrito con las diversas etapas para llegar a la dictadura del proletariado en España.

Las pruebas ya reunidas y las declaraciones completas de los detenidos desmienten las informaciones inexactas aparecidas en el extranjero.

Finalmente, los hechos demuestran que algunos detenidos no comunistas aceptaron la «unidad de acción», inspirada por el comunismo, al que han servido consciente o inconscientemente.

5

Romance de los Estudiantes Presos

Encerrados en la cárcel / por propaganda ilegal
eso es lo que dice el juez / juez de Juzgado Especial
siete estudiantes gemían / lágrimas del lagrimal
consultando día y noche / el Derecho Procesal.

¡Cuántos años de prisión / por tus versos, oh, Julián!
Malhaya la inspiración / que causó tanto mal;
malhaya, malhaya sea / la Cultura General.

Esto le pasa a mi hijo / por no ser un animal
clamaba un digno abogado / padre del niño Abellán.

Coro de las madres

¡Ay, hijo de mis entrañas! / te acusan de liberal
y de otras cosas peores / que es preferible callar.
A ti a quien no te deja / tu padre ni trasnochar
y una peseta te daba / como cuota semanal.

Cárcel de Carabanchel / cárcel para encarcelar
a los que fueron amigos / o conocidos de un tal
López Campillo que ahora / feliz en París está
cantando la Marsellesa / en su idioma original.

Cárcel de Carabanchel / nuestra nueva Facultad
donde cursamos estudios / que no han de perjudicar
ni a España la patria nuestra / ni a su Caudillo inmortal.

Coro de estudiantes libres

Compañeros, compañeros / quien os mandó protestar.
Tenéis en libros profundos / la Ciencia para estudiar,
tenéis un sindicato / si os queréis sindicar
Sindicato, cato, cato / Sindicato Nacional
de estudiantes sindicados / por su propia voluntad.

¡Ay, compañero mío! / alumno de Facultad,
déjate de garambainas / prepárate a opositar.

Declaración ante la Policía

Ministros de la Justicia / nos fueron a consultar
por la tarde a dos o tres / por la noche a los demás,
y en sótanos, mientras tanto / bajo la Puerta Solar
nos tuvieron cinco días / sin poder comunicar.

En Madrid, a veinticinco / en la Brigada Social,
el que firma más abajo / ante Nos va a declarar
que estudiaba lenguas vivas / la Ciencia teologal,
Numismática y Alquimia / y Física nuclear;
Astronáutica e incluso / Etica trascendental;
que se acostaba a las ocho / por la Radio Nacional
y que escribía poemas / de la angustia existencial.

Que estando matriculado / en la misma Facultad
que Julián y que Pacheco / que Fernando y Abellán
recibió cartas de fuera / en tono confidencial
timbradas en veinte francos / ¡malhaya el corresponsal!
¡Malhaya la mi fortuna / y el Preboste Sindical!
Que la carta era inocente / y así lo puedo jurar,
mas los hombres que la tienen / la quieren desorbitar.

Cartero que traes las cartas / no me vengas a buscar,
tráeme tarjetas postales / del Africa ecuatorial
de Colombia o de Guayana / de Nigeria o Senegal,
pero jamás de la Francia / porque pueden sospechar.

Coro de abogados

Hemos visto los sumarios / que queremos reformar
aunque nunca se reforma / según costumbre ancestral.
Hay una bella leyenda / perdida en la antigüedad
que recuerda que una vez / hubo reforma verbal.

Mas dejemos la leyenda / volvamos a lo real.
Lo real es que estáis presos / por propaganda ilegal.
Artículo cuatrocientos / dos del Código Penal.
Dime todo lo que sepas / que te la vas a cargar.
Yo no sé nada de nada / se lo puedo asegurar.
Nuestras vidas son los ríos / que van a dar al penal.
Prisión menor sin fianza / el hecho es fenomenal.

Allí van los estudiantes / allí los poetas van,
allí la lógica tiene / su morada señorial,
allí la Jurisprudencia / encuentra también su hogar
y en llegando todos son / reclusos y nada más.
Pintores tiene la cárcel / pintores para pintar
hombres detrás de las rejas / de la Cárcel Provincial.

De lo que pasó en la calle / cuando estaba en libertad
muchas horas han pasado / vaya usted a preguntar
A Darío o a Cambises / y a la Grande y General
Historia de las Españas / que nunca se lo dirán.
Allí pasó lo de siempre / hubo una gran mortandad
en las huestes de estudiantes / y nada de lo demás.
Falsas voces femeninas / que nunca dicen verdad
llevaron aqueste asunto / al plano internacional.

Entra el Juez

Ya está aquí su Señoría / ya llegó para acusar.
Detrás viene el Secretario / y más atrás el Fiscal.
El auto tiene mil folios / y otros mil que añadirán.
¿Se ratifica en lo dicho / a la Brigada Social?
Con sueño de una semana / saliendo sólo a orinar
¿qué piensa su Señoría / que podía declarar?
Primero fuí un anarquista / anarquista sindical,
Más tarde fuí orteguiano / y lo fuí para mi mal,
Y acabé siendo estudiante / en la Cárcel Provincial.

6

Escrito de los estudiantes de la Facultad de Derecho (27 de febrero de 1956)

Los estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, brutalmente agredidos por haber expresado de un modo legítimo su amor por la Universidad y su preocupación por la misma, abandonados ante esta agresión, víctimas asimismo de una campaña ca-

lumniosa que no solo pone en peligro a muchos de sus amigos y compañeros injustamente detenidos y perseguidos, sino que se extiende a todos ellos, puesto que tal calumnia se aplica al ejercicio de un derecho reconocido en el Fuero de los Españoles y ejercitado en forma legal, deciden elevar a la opinión pública la siguiente relación circunstanciada de los hechos que han dado lugar a tal situación:

1.º El pasado día 1.º de Febr. los alumnos de las facultades de la Universidad de Madrid y los de las escuelas especiales elevaron un escrito al Gobierno de la Nación en el que, después de señalar la penosa situación de la Universidad Española, proponían medios para cooperar, dentro de su esfera estudiantil, en la solución de tales males.

2.º Este escrito mereció la aprobación unánime de los estudiantes, como lo prueba el hecho de que se recogieron miles de firmas en una sola mañana y el que fuera apoyado incluso por la primera línea del SEU en su escrito de 3 de Febr., en el que recoge el deseo estudiantil de una representación auténtica.

3.º El escrito fue elevado por conducto reglamentario a las autoridades competentes, y, al menos en parte, aceptado, puesto que se comenzaron a celebrar elecciones de compromisarios en los primeros cursos de la Facultad de Derecho, debidamente autorizadas por el Sr. Decano.

4.º El día 7, cuando iban a seguir las elecciones de compromisarios, los elementos del SEU, cuyos representantes habían resultado totalmente batidos en las elecciones, trataron de impedir que siguieran estas agrediendo a los estudiantes y maltratando al Sr. Decano, iniciándose así los disturbios en la Facultad que culminaron cuando al día siguiente fue esta ocupada por elementos extrauniversitarios provistos de armas contundentes, incluso de fuego.

5.º El día 9, tercero de los disturbios, cuando los estudiantes, justamente indignados por la agresión brutal de que habían sido objeto el día anterior, manifestaban esta indignación ante elementos que, fundadamente, presumían de ser solidarios de los agresores, fueron tiroteados por estos elementos produciéndose varios heridos. En ningún caso ha podido ser afirmado por las autoridades, ni mucho menos probado, que partiera algún disparo del grupo de estudiantes, existiendo la cada vez más fundada sospecha de que el disparo que tan gravemente hirió al pobre muchacho del Frente de Juventudes no fue sino un desgraciado accidente ocasionado por sus propios compañeros.

6.º La reacción de las autoridades ante estos hechos ha sido la de apoyo a los perturbadores del orden, destituyendo al Decano D. Ma-

nuel Torres López por haber cumplido dignamente con su deber, permitiendo y encauzando una campaña de prensa calumniosa y amenazante, que llegó en ocasiones a una verdadera incitación al asesinato, campaña que obligó a numerosas personas a adoptar medidas de precaución, especialmente a D. Manuel Torres López que, ante directas y concretas amenazas, hubo de tomar refugio más allá de las fronteras.

7.° En el curso de esta actividad represiva fueron detenidas innumerables personas. Es de notar que el Gobierno para proceder a estas detenciones se consideró obligado a suspender la vigencia de los art. 14 y 18 del Fuero de los Españoles, de lo que parece deducirse que el mismo Gobierno considera vigente este texto legal y por tanto titulares a los Españoles de los derechos que en el mismo se contienen, entre los que se cuenta el de petición, ejercido por los estudiantes en el escrito de 1.° de Febr., de notoria moderación, y en el que se proponen soluciones constructivas y de cooperación con las autoridades. Pero solo por eso podrían ser responsables los detenidos, pues de los incidentes de los días 7, 8 y 9 solo pueden serlo quienes, contra todo derecho, irrumpieron en la Universidad, impidiendo el ejercicio de una actividad legítima, no cejando ni ante la formal conminación del Sr. Decano, sino más bien perpetrando desmanes, como el vergonzoso asalto al colegio «Estudio» realizado el mismo día 8 por la mañana.

8.° En vista de ello las Autoridades decidieron realizar una conjura fantasmal, farsa que culminó en la nota de la Dirección General de Seguridad del día 25 de contextura grotesca, y que si no fuera porque denota el peligro en que se encuentran algunos amigos y compañeros no podría comentarse sino humorísticamente.

9.° En líneas generales, las autoridades académicas no han defendido adecuadamente a los alumnos que tenían encomendados ni han actuado con la dignidad de su función. Solamente D. Manuel Torres López hermanado con los estudiantes en la defensa contra la agresión y algún otro profesor de todos conocido, han hecho honor a la tradición Universitaria. El Rector, tan ligado por amistad a muchos de los detenidos y protector de muchas de las actividades oficialmente consideradas como parte de la conjura, ha permitido la tergiversación de su protesta del día 8, y ha observado una asombrosa pasividad, que en muchos casos se transformó en participación activa, como Rector de la Universidad, en actos oficiales ligados con esta línea de sucesos.

Ante estos hechos, los alumnos de la Facultad de Derecho nos solidarizamos con el escrito de protesta de los estudiantes católicos de fecha 12, y en defensa de nuestra dignidad de Universitarios manifestamos

nuestra firme repulsa de los burdos intentos de presentar como una conjura, de inspiración comunista, la limpia y constructiva propuesta de medios legítimos para cooperar con las autoridades en la resolución de los males Universitarios, nuestra indignación por los medios brutales con que se trató de impedir el ejercicio de esos medios legítimos, nuestra protesta por el apoyo prestado a los perturbadores del orden público y del fuero universitario, nuestra solidaridad con los compañeros y amigos que han padecido persecución en los últimos días, y aún la siguen padeciendo, nuestro respeto y admiración por la noble y digna actitud de nuestro Decano y de aquellos otros profesores que no han traicionado la dignidad de su función, nuestra sorpresa ante el silencio de D. Pedro Laín, que después de ver atropellada la universidad, a él encomendada, ha guardado hasta el presente tan absoluta pasividad, y finalmente nuestro dolor por la medida con que aquellos que están llamados a representar la Universidad han culminado sus vejaciones dispersando nuestra facultad, tratando de evitar así la expresión unánime de nuestra razón.

Por todo lo cual, por nuestra honra y dignidad de universitarios, por solidaridad con nuestros compañeros perseguidos, expresamos nuestro firme propósito de protestar por todos los medios pacíficos que se nos ocurran, siempre lejos de algaradas y de violencias indignas de la claridad de nuestra conciencia y del peso de nuestras razones, y que podrían confundirnos con quienes brutalmente nos agredieron.

Y en primer lugar apelando nuevamente a la conciencia de las autoridades, elevamos formalmente la siguiente petición:

1.º Que nuestros compañeros y amigos detenidos y ultrajados sean liberados y rehabilitados.

2.º Que nuestro Decano, D. Manuel Torres López, sea repuesto en el ejercicio de sus funciones.

3.º Que sean desenmascarados y castigados los culpables del asalto a la Universidad.

4.º Que en lo sucesivo sólo puedan disponer de armas aquellas organizaciones encargadas por su función del mantenimiento de la paz pública.

5.º Que sea restablecido en toda su integridad el Fuero Universitario.

6.º Que sea dejada sin efecto la medida de dispersar nuestra Facultad, volviendo todos los cursos a nuestra casa de la calle de S. Bernardo, en tanto no esté terminado el edificio de la Ciudad Universitaria.

7.º Que se conceda lo solicitado en el escrito de 1.º de Febr. estudiándose la reunión del Congreso Nacional de Estudiantes.

7

Llamamiento de estudiantes universitarios a la opinión pública (16 de marzo de 1956)

LLAMAMIENTO QUE LAS FACULTADES DE DERECHO Y DE CIENCIAS POLÍTICAS Y ECONÓMICAS DE MADRID DIRIGEN A SUS COMPAÑEROS DE TODA ESPAÑA Y A LA OPINIÓN PÚBLICA

El día 27 de febrero, con ocasión de la reapertura de las clases en nuestras Facultades, llevamos un escrito a la opinión pública en el que expresábamos nuestra protesta por la agresión de que habían sido objeto nuestras Facultades por elementos extrauniversitarios, nuestra repulsa por la infame tergiversación de los hechos realizada por la propaganda oficial, nuestra solidaridad con los amigos que han sido tan injustamente detenidos y procesados.

Hoy, viernes 6 de marzo, transcurridos veinte días desde aquel escrito, nuestros amigos siguen detenidos y nuestras justas peticiones han sido totalmente ignoradas (liberación y rehabilitación de los detenidos; reposición de don Manuel Torres; castigo de los verdaderos culpables del asalto a la Facultad; desarme de aquellas organizaciones que no tienen como función el mantenimiento de la paz pública; restablecimiento del fuero universitario; vuelta de todos los cursos de Derecho al edificio de San Bernardo; reunión del Congreso Nacional de Estudiantes).

En el escrito manifestábamos nuestro firme propósito de protestar «por todos los medios pacíficos que se nos ocurran, siempre lejos de algaradas y de violencias indignas de la claridad de nuestra conciencia y del peso de nuestras razones, y que podrían confundirnos con nuestros brutales agresores».

Ahora creemos necesario reavivar nuevamente la conciencia viva del ultraje que hemos sufrido y, para que el carácter pacífico de nuestra protesta no se confunda con una pasividad inadmisible y con un abandono de nuestros compañeros detenidos, proponemos que se manifieste en las siguiente posturas concretas:

1.° Mantener de modo indefinido nuestro vacío y nuestro desprecio por el SEU y con los contados individuos que aún se atreven a mantener su representación. ¡Abajo el SEU!

2.º Difundir por todos los medios a nuestro alcance nuestra repulsa a quien tenía en aquellos días el mando de los matones profesionales que asaltaron la Universidad y de las fuerzas de orden público que contemplaron complacientemente este atropello. ¡Abajo Blas-Himmler!

8

La conjura tiene nombres propios

(Reportaje aparecido en El Español, núms. 379 y 381, de 4-10 y 18-24 de marzo de 1956, respectivamente)

I

UN PLAN COMUNISTA: CORROMPER Y SUBVERTIR A LA JUVENTUD

LA POESIA Y LOS CONGRESOS DE ESCRITORES, COMO INSTRUMENTOS DE LA «AGIT-PROP»

En su número del día 16 de febrero, «L'Humanité», órgano del partido comunista francés, publicaba un artículo de Santiago Carrillo.

Entre otras confesiones, de las que ya nos ocuparemos más adelante, se encuentran las siguientes: «Lo que no negamos, evidentemente, es la parte de responsabilidad que nos incumbe en la lucha de los intelectuales contra la España actual. Estamos orgullosos de esta responsabilidad...». «Es un hecho que el partido comunista español, dirigido por su Comité central, cuya cabeza es Dolores Ibarruri, se encuentra en el centro de toda esta lucha...». «Dolores Ibarruri y nuestro Comité central han repetido en diversas ocasiones que el partido comunista está dispuesto a formar un frente nacional con todas las fuerzas y todos los elementos...».

Las declaraciones de Santiago Carrillo, miembro del citado Comité central y sujeto para los españoles de trágica memoria, las pasó por alto «La Croix» al ocuparse de este asunto. El diario parisiense y su supuesto corresponsal en Madrid, Pierre Donissan, cuya existencia hay que creer por artículo de fe, pues ni está acreditado legalmente ni nadie le conoce,

tienen su línea preestablecida e inalterable en cuanto a España se refiere o pueda referirse: la línea panfletaria y pasional de coincidencia y ultranza con todo aquel y todo aquello que, dentro o fuera de nuestro país, suponga un ataque frontal o indirecto, explícito o implícito –no importa el origen, la causa ni la profesión política o ideológica de los promotores– al régimen nacido de una Cruzada y a sus instituciones. En el número de ese periódico del día 20 de febrero, en una crónica amañada de su pseudo corresponsal, siempre al servicio de las turbias corrientes informativas subterráneas, cuyos conductos tortuosos nos son perfectamente conocidos la mayor parte de las veces, silencia lo que su colega francés «L'Humanité» había proclamado, y no siente empacho en servir a sus lectores esta versión: «De hecho, el estudiante Miguel Alvarez no fue víctima de ningún atentado, sino de un tiro disparado con mala suerte...»; «No es cierto que estos tristes acontecimientos sean maniobra comunista...»; «Que los comunistas han intentado perturbar el orden y cometer crímenes, carece totalmente de fundamento».

Pero la maniobra comunista que «La Croix» pretende escamotear, obedeciendo a su cínica y permanente actitud antiespañola, tiene sus nombres propios, tiene su mecanismo, tiene su desarrollo y sus etapas, tiene sus centros motores –como tantas veces, con ramificaciones en la Babel parisiense–, tienen sus objetivos inmediatos y últimos, ha tenido sus cómplices y ha tenido la suicida cooperación, consciente o insconsciente, de los ya clásicos «compañeros de viaje» del comunismo. De todo ello existen pruebas y testimonios irrefutables. Existió maniobra comunista y hubo «compañeros de viaje». Santiago Carrillo decía en su artículo: «Así como los comunistas no tienen la pretensión de ser los únicos inspiradores del movimiento de oposición, así saben los que participan en él, sin que sea necesario explicárselo, que marchan conjunta o simultáneamente, según los casos, con los comunistas». El lo dice y nosotros prescindimos ahora del mayor o menor valor de esta aseveración. Lo que sí resulta comprobado, evidente, es que a la juventud universitaria española se le venía poniendo cerco; que el neoliberalismo, el progresismo y el neutralismo ideológico, juntamente con el comunismo, habían penetrado hábilmente en su recinto. Por lo que a la acción comunista se refiere, los hechos documentalmente confirmados en toda su crudeza y aleccionadora realidad para propios y extraños, son los siguientes:

DOS HOMBRES BAJO UNA MISMA DISCIPLINA

Enrique Múgica Hertzog tiene ahora veintitrés años. Nació en San Sebastián, y su madre, Paulette Hertzog, es una polaca de origen hebreo. Su padre fue un militante destacado en la zona marxista. Con die-

cinueve años corridos, marcado acento vasco, dotes muy cultivadas para las relaciones sociales, unos ojos siempre vigilantes a cuanto ocurre en su alrededor, con un ideario político de neto sabor filocomunista y una audacia extraña para penetrar en los más distintos núcleos, tertulias y grupos, universitarios y extrauniversitarios, hace su aparición en la Facultad de Derecho de Madrid. Todo le preocupa, pero particularmente las actividades culturales y literarias. Trabaja y participa con actividad sorprendente en la organización de los llamados «Encuentros entre la Poesía y la Universidad», organización y sesiones poéticas que aprovecha sutilmente para extender el radio de sus relaciones a esferas superiores y aun a zonas distintas a las específicamente estudiantiles. Por sus amistades más íntimas tiene, como quien dice, un pie en la Facultad de Derecho, otro en la de Filosofía y Letras, a través de Jesús López Pacheco; una mano en la de Medicina, mediante Julio Diamante, y la otra en la de Ciencias, donde su novia, María del Carmen Diago Bozal, una chica riojana cuyos padres viven en San Sebastián, está matriculada y tiene o va adquiriendo cierta fama de mujer intelectual y abierta a todas las corrientes del pensamiento.

Estamos en el curso académico 1953-54. Precisamente en marzo de 1953, Enrique Múgica ha hecho un viaje fuera de España. En París, del hotel Lafayette –rue de Lafayette, 8–, va y viene a la casa donde reside Antonio Terrones, esposo de una prima carnal de su madre, exilado, de manifiesta ideología comunista, con el que tiene un cambio de impresiones políticas y coincidencias ideológicas. Pasa sus ratos en el café Italiano, del bulevar de Saint Germain –rogamos al lector que no olvide el nombre de este establecimiento–, y consigue ponerse al habla con Jean Cassou, intelectual entonces comunista staliniano, y actualmente titista, esperando que se le abran de nuevo las puertas de Moscú. Jean Cassou se negaba, en un principio, a conceder entrevista a quien procedía de España. Pero Múgica le tranquiliza diciéndole que es un escritor contrario al régimen español imperante.

Esta explícita confesión no será obstáculo para que cuando llegue a Madrid procure desarrollar activamente un acercamiento al S. E. U., aunque, una vez situado socialmente, procure luego ir cortando estas relaciones. De vez en cuando manifestará el mundo de ideas que íntimamente profesa y habitualmente defenderá la necesidad de mutua armonía, convivencia y comprensión entre todas las tendencias ideológicas. Más adelante, ya en 1954, mes de noviembre, en pleno curso, recalará nuevamente, durante casi quince días, a orillas del Sena. Cuando llegue el momento de su incorporación al Ejército, Múgica no solicitará ingresar en la Milicia Universitaria.

Al mismo tiempo que realiza su toma de tierra Enrique Múgica Hertzog, se mueve también en los medios universitarios Antonio López Campillo, éste de bastante más edad que el anterior. En el curso de 1952-53 lo veremos matricularse en la Facultad de Filosofía y Letras, pero a sus clases no asistirá más allá de un mes. Campillo no destaca por su actividad pública. Campillo será el consejero que «aclare» dudas de orden religioso o intelectual a universitarios muy jóvenes. Da la impresión de que se desliza en la penumbra. Desaparece y vuelve a aparecer sin hacer ruido. Vive en la madrileña calle de la Salud, con su madre, pero conoce muy bien el camino de París.

Dos hombres con distintas funciones pero ciertamente sujetos a una misma disciplina. Se tratan, pero no se presentarán como amigos muy íntimos. Sin embargo, la relación existente entre ellos se va revelando fuerte, sólida, de una solidez cuyo origen tiene su explicación en dos palabras: partido comunista.

LA TOMA DE CONTACTO

Veamos las pruebas a través de todo un largo proceso, el proceso desarrollado sistemáticamente sobre un grupo de jóvenes universitarios, mediante unos procedimientos técnicamente orientados a corromper su mentalidad, a desarraigarlos de sus creencias religiosas para moverlos, en la ocasión propicia, como peones sobre un tablero de ajedrez, dentro de un plan perfectamente estudiado, para manejarlos automáticamente, aunque ellos puedan creer que obran por impulso propio, por su propia voluntad.

Julián Marcos Martínez, Jesús López Pacheco, Fernando Sánchez Dragó, Luis Abellán García González, Jaime Maestro Aguilera –todos ellos alumnos de Filosofía y Letras– y Julio Diamante, de la Facultad de Medicina. Sánchez Dragó, concretamente, tiene hoy diecinueve años. Julián Marcos Martínez, veintiuno. El de mayor edad ha cumplido veinticinco a estas fechas.

La Filosofía y las Letras son conductos tenazmente utilizados en todos los países por el comunismo para el contrabando de su mercancía. Si la mercancía va especialmente destinada a jóvenes universitarios, tanto más fácil y rentable será el trabajo de la «célula». El «apparat» internacional de su dispositivo propagandístico se encarga constantemente de orquestar bien los nombres de los escritores oficialmente comunistas y de otros utilizables permanente o circunstancialmente, para los objetivos concretos que en cada momento le interesa cubrir.

Por su parte, el «activista» trabajará al mismo tiempo en las tomas de contacto con aquellos elementos jóvenes que por vocación, tempera-

mento e inquietud se inclinan hacia la creación literaria. Es éste un campo más fácilmente abordable por su formación incipiente y su menor resistencia, aunque siempre haya de procederse con tacto y constancia, máxime en los países donde la gente ha de moverse en la clandestinidad. Tal es el caso de los que hemos citado.

Julián Marcos Martínez, por ejemplo, se entrega morbosamente a la lectura de Alberti, Neruda, Aragón, Miguel Hernández. Cuando sus inquietudes poéticas e intelectuales comienzan a perfilarse también políticamente, tiende a frecuentar el trato de amigos que se dicen ser liberales y demócratas. Entre ellos, de manera especial con Enrique Múgica y Julio Diamante Steel. En un principio, el primero se le presenta como defensor entusiasta del Estatuto Vasco y del Estatuto Catalán. Más tarde este mismo le facilitará un gran lote de libros «por los que podía conocer las nuevas corrientes filosóficas», a la vez que le aconseja de modo insistente que procure llenar su personal producción poética de contenido y sentido social, proponiéndole como maestros determinados escritores comunistas.

Julián Marcos Martínez es ya, sin percatarse, un catecúmeno, cuya iniciación en los modos de sentir y en los principios comunistas es un hecho. Su acción, su actividad exterior, dirigida y controlada, comenzará por cosas sencillas, aparentemente sin significación especial; tal el Círculo de Poesía, en el que primordialmente se da a conocer a sus compañeros de Facultad los autores comunistas. Cuando la intoxicación alcanza los grados necesarios, ya serán él y otros sobre los que se ha venido ejerciendo el mismo magisterio y tratamiento los que intentarán una lectura pública en la Universidad, a base de los citados autores. Lógicamente tropiezan con dificultades y la rebeldía salta sobre su conciencia, y la «total» libertad de pensamiento, la «total» libertad de divulgación y de lectura parece revelárseles como una necesidad absoluta, como una meta personal y política, a la vez que por entonces culmina su alejamiento y separación del S. E. U. Con una sincronización perfecta, estas mismas etapas se han ido cumpliendo, por ejemplo, en López Pacheco y en Jaime Maestro Aguilera. Julio Diamante las ha superado a mayor velocidad.

LA TECNICA DE LA CORRUPCION INTELECTUAL

Jaime Maestro Aguilera es huérfano de un redactor de «El Siglo Futuro», asesinado por los rojos. Recibió una esmerada formación religiosa. Cuando José Luis Abellán García González establece contactos con él en las bancas de la Facultad de Filosofía y Letras, se manifiesta ya anticatólico, anticlerical, contrario a la doctrina del Movimiento y políticamente adscrito al ideario comunista. El mismo ha manifestado

cómo al iniciarse su período de dudas ideológicas, religiosas y políticas, era al López Campillo, que iba y venía de París, a quien acudía en busca de esclarecimiento y orientación. Fernando Sánchez Dragó –dieciocho años–, uno de los miembros de la revista «Aldebarán» –publicación clandestina que ha sido suprimida por su existencia ilegal, y que estuvo dirigida por Javier Muguerza, alumno que fue del colegio «Estudio»–, se pronuncia entre sus compañeros en un ateísmo rabioso y blasfemo. Sus relaciones con Múgica eran manifiestas. Campillo, pues, es el hombre que asesora en la intimidad «amistosa» a los prácticamente iniciados. Múgica es el agente que vive en la calle, que lleva a cabo las primeras tomas de contacto, que actúa en la recluta. La edad de Múgica armoniza más con la de los jóvenes que acuden a las aulas. La de Campillo puede inducir a ciertas sospechas. Campillo puede ser el hombre de los hilos directos y ocultos. Múgica puede y debe ser ahora el subalterno de Campillo. De todas formas ambos aparecen siempre en el centro de la conjura y de la maniobra, y a ambos, cada uno en su papel, los veremos ocupar su puesto en el Congreso de Escritores Universitarios Jóvenes.

LOS SECRETOS DEL CONGRESO DE ESCRITORES JOVENES

Los Congresos de escritores y Asambleas similares son ya casi una institución típica dentro de la táctica comunista internacional, como nos lo ha revelado la experiencia, particularmente en estos diez últimos años. Son estas Asambleas el escenario ideal, la plataforma para el «diálogo», para la «comprensión» entre las distintas tendencias ideológicas: es el tinglado de la farsa para «los manifiestos de los Amigos de la Paz». Pero sobre todo son la ocasión propicia para que la minoría bien disciplinada y gobernada pueda, en el momento exacto, realizar el golpe de mano, como por sorpresa, aprovechando la inconsciencia, la ingenuidad o la torpeza de la mayoría, para jugar una baza que en aquel instante interese a los fines políticos del Kremlin.

Por lo que se refiere al Congreso de Escritores Universitarios Jóvenes de España, al parecer la idea partió de Julián Marcos Martínez y José López Pacheco. Ciertamente que Múgica fué puesto al corriente del propósito cuando esto no era sino una simple sugerencia. La aceptación de Múgica es calurosa; tanto, que a las pocas de cambio hace circular el propósito como cosa suya. De hecho, su colaboración es decisiva por las facilidades y ayudas que consigue, tanto de orden moral como de tipo económico, entre gentes muy encumbradas. Surge muy pronto la Secretaría del Congreso, que está integrada por Múgica, Marcos Martínez, López Pacheco –accésit de Premio «Adonais» de poe-

sía–, Claudio Rodríguez –Premio «Adonais»– (resaltamos esta curiosa reiteración) y Ortiz Cañabate. A juzgar por los números del «Boletín del Congreso» que aparecieron clandestinamente, éste se perfila sobre estas tres bases: eje de marcha, al margen del S. E. U. Principio doctrinal que preside su planteamiento: alejamiento de todo dogmatismo, venga de donde viniere. Línea intencional: reivindicar a todo evento la más absoluta y total libertad para todas las ideas de tipo religioso, filosófico y político.

Múgica maniobró para que los organizadores aceptaran ciertas sugerencias y matizaciones políticas y el hecho es que, más o menos claramente, esta matización política se reflejó en los citados «Boletines». Marcos Martínez hablará después del maquiavelismo político de Múgica Hertzog. Entre otras cosas, porque mientras parecía operar de acuerdo con lo previsto por la Secretaría del Congreso, simultáneamente buscaba contactos con algunos miembros del S. E. U. para que colaboraran, aunque, desde luego, trataba de persuadirles de que el Congreso debía quedar al margen de toda directriz u orientación falangista. Oficialmente, el S. E. U. no aceptó este planteamiento. El juego era, en realidad, complejo, pero, sin duda, de largo alcance. Convenía provocar la colisión entre los elementos destacados del S. E. U., la escisión en su seno a la vez que, si las circunstancias lo aconsejaban, la oposición oficial del Sindicato al Congreso. Con esta oposición oficial, si se lograba, se podría estimular una adhesión más calurosa en los medios no tan afectos al S. E. U., lo cual podría facilitar hasta una postura antiseuísta en determinados sectores estudiantiles. Si a pesar de todo la celebración del Consejo se llevaba a cabo, esto podría representar un acto de fuerza frente al S. E. U. Como al mismo tiempo se le iba perfilando insensiblemente cierto carácter agresivo al Congreso, ello podría, bien antes de la inauguración o ya verificada ésta y en marcha las secciones, determinar que la autoridad procediera a su suspensión, con el consiguiente revuelo y la posible reacción de descontento activo en los medios universitarios. Para quien conoce la dialéctica sobre la que discurre y a la que obedece la acción comunista en los períodos encomendados al «agit prop», no encierra todo esto la más mínima novedad. Es el juego amplio y cínico característico de las etapas subversivas.

No obstante, mientras los objetivos secretamente planeados se cumplen o no, se trabaja con ahínco. Con la extrañeza de los miembros de la Secretaría, Múgica es quien realiza las visitas a personalidades importantes, sin aceptar la compañía de los demás. Múgica asiste asiduamente a las reuniones en las que ahora reaparece Campillo, quien, sin pertenecer a la Comisión organizadora, interviene en las discusiones,

emite su juicio y da, sin ser requerido para ello, su consejo. La Secretaría anunció que dispone de un despacho en el pabellón de gobierno de la Ciudad Universitaria.

Cristalizaba en este intento toda una primera etapa del proceso a que nos referimos más arriba.

Conscientemente por unos, inconscientemente por otros, se estaba concediendo carta de ciudadanía a algo que ni ideológica ni moral ni políticamente era aceptable. Desde luego, el partido comunista no perdía el tiempo. Quien se adhería cumplimentaba una especie de media filiación, y a propuesta de Múgica, con estas filiaciones y otra serie de direcciones que fueron aportando adheridos y colaboradores, tanto de Madrid como de provincias, se organizó un fichero. Desde el primer instante, este fichero presta un buen servicio; la mayor parte de los fichados comenzaron a recibir, con el matasellos de distintos puntos de España, propaganda comunista: el «Mundo Obrero», «Cuadernos de Cultura», «Manifiesto de los intelectuales progresistas», «Conclusiones del V Congreso comunista español», etc., etc. Conviene subrayar que estos envíos misteriosos coinciden con un período en que Campillo se encuentra en Francia. Ya en este punto es elocuente incluir aquí la relación de libros, folletos y manuscritos hallados en los domicilios de algunos de estos jóvenes: «Un testamento español», de Arthur Koestler; «Hora marítima», de Alberti; «Odas», de Pablo Neruda; ocho folletos de la Campaña de la Juventud Europea; «Estatuto de la comunidad europea»; «Unión federal interuniversitaria», de Michel Moushelly; «Por la unidad de Europa»; libretos de los Jóvenes Liberales Europeos; «Cinco convenios europeos», editado por el Consejo de Europa y fechado en Estrasburgo; un folleto sobre la X Asamblea de Políticos Jóvenes; fotografías que representan niños de suburbios en estado de miseria, ejemplares de «Mundo Obrero», etc., etc.

Nunca les indicó Múgica que él tuviera intervención directa en este asunto, pero sí procuraba conocer sus opiniones sobre dicho material. Ante el juicio poco favorable que casi siempre les merecía la calidad literaria y la finura ideológica de esta propaganda a los más jóvenes, les manifestó que no estaba destinada a intelectuales, pero que, cuando las condiciones de libertad en España fueran mayores, estaría mejor escrita y se ajustaría a cada uno de los sectores a que fuese orientada. Es obvio que Campillo y Múgica mantenían un contacto permanente y cumplían un plan meticulosamente previsto. Por si los datos anteriores no son suficientes, he aquí otro botón de muestra.

UNA ENTREVISTA EN EL CAFE PARISINO DE SAN GERMAN

Marcos Martínez prepara un viaje a Francia. Enterado Múgica, le habla de la necesidad de que se entreviste con algunos amigos residentes en París, al objeto de que discutiera con ellos el problema político español en general y particularmente en relación con los estudiantes, citándole, entre los que debía localizar, a López Campillo. No le da la dirección particular de éste, pero sí la del café Italiano del bulevar San Germán, exactamente el mismo al que acudía asiduamente Múgica los años 1953 y 1954, durante su paso por París. Cuando Marcos Martín llega al café Italiano, Campillo está allí con una nutrida tertulia. El saludo es rápido y López Campillo pasa sin pérdida de tiempo al análisis de los problemas intelectuales, políticos y sociales, sin olvidar el ya conocido consejo de que debía, en su producción poética, ser exponente de inquietudes sociales. Para su lectura y formación en este sentido le entrega un tomo de poesías de Aragón y otro de un escritor ruso, Premio Stalin. No consta que le expusiera teorías abiertamente comunistas, pero sí le insistió en que, en Madrid, debían constituir algo similar a la Organización de Intelectuales Progresistas, existente ya en otros países; en que él y otros jóvenes liberales como él debían formar tertulias reducidas, en las que, además de los temas filosóficos y literarios, se planteara el estudio de sus reivindicaciones y aspiraciones estudiantiles.

A partir de este viaje –septiembre último–, Marcos Martínez está decididamente frente al Sindicato Español Universitario y a sus postulados. Habla, se pronuncia y vive dentro de un clima ideológico, político y moral del que es reflejo un Canto General –mimetismo de Neruda– que tiene bastante adelantado y que comienza con esta afirmación taxativa: «Yo soy comunista, a pesar de tu oposición.» En diciembre escribiría una carta a Múgica, en la que le decía: «Me ha gustado tu carta, que demuestra una idea clara de nuestra situación... Creo que esta toma de contacto será, como tú dices, fecunda.»

LOS AUTOMATAS, EN ACCION

Múgica es ya soldado, con destino en San Sebastián. Ha preferido ser soldado raso a figurar entre los aspirantes al honor y a la responsabilidad de una estrella de seis puntas en la bocamanga. El sabe, además, que existe un Código de Justicia Militar. A estas alturas de nuestra información a ninguno de nuestros lectores puede extrañarle esta decisión de Múgica. Pero él seguirá manteniendo sus contactos asiduos con Madrid. Múgica disfruta con frecuencia permisos. Los estudios, los

exámenes, etc., son buenos recursos para abandonar el cuartel. En sus ausencias, Diamante, a quien traspasó, prácticamente, la dirección de cuanto pudiera tener relación con el Congreso; Sánchez Dragó, Marcos Martínez, Abellán, López Pacheco, Maestro, etc., están siempre en la vanguardia de las quejas, las protestas, las reivindicaciones, las críticas airadas frente al S. E. U. y a la falta de libertad, polarizando, por su arriesgada combatividad, por su radicalismo y su agresividad verbal, un insensible liderazgo entre los estudiantes. Sin embargo, la presencia física de Múgica se acusará en dos momentos clave: el homenaje estudiantil a Ortega y Gasset y la aparición del «Manifiesto», de inspiración comunista.

DOS MOMENTOS CLAVE

El primero tuvo lugar en el patio posterior del edificio de San Bernardo. Pacheco figura entre los oradores que intervienen. Diamante será quien, a la salida, promueva, conduzca y aparentemente gobierne al grupo que se dirige y llega hasta el cementerio. Se repiten los discursos y la lectura de pasajes de Ortega. Con el último texto orteguiano Diamante da por terminado el acto. Cuando algunos le indican que lo procedente era rezar, siquiera un Padrenuestro, él contesta que cada cual haga lo que estime oportuno; pero que el acto colectivo había terminado. Indudablemente, el objetivo secreto del comunismo estaba conseguido. La euforia interior le hace afirmar rotundamente: «Por fin va a servir el viejo para algo.»

El viejo –Ortega y Gasset– es una pura ocasión para los jóvenes comunistas, como lo fué para aquellos otros no tan jóvenes que conocimos antes de 1936. Pero allí, precisamente, está Múgica, que con una mirada severa amonesta a Diamante, quien se precipita a explicar que su frase no tiene ningún sentido despectivo. La frase era peligrosa, pues descubría un flanco intencional que, por ahora, debe mantenerse bien cubierto. La filiación formal al partido comunista no se habrá registrado. Pero el dominio de la inteligencia, la desnaturalización e intoxicación de la voluntad y la trasmutación en el modo de sentir de este grupo universitario es un hecho claro. Esto le basta al partido comunista por el momento. Esto, por añadidura, es más conveniente y menos peligroso para el dirigente que se arriesga a actuar en un país como España. No es la acción sobre la masa; es la acción corruptora y subversiva directamente sobre el individuo. Es el asalto al más valioso tesoro del hombre joven. Es el asalto paulatino a la juventud, tesoro nacional. Es la infiltración, la penetración, que comenzó por la coexistencia, por la

comprensión, por el reblandecimiento técnico de los tejidos religiosos y políticos, por la descomposición dentro de la propia individualidad de los núcleos morales de resistencia personal, para desembocar en la entrega total, consciente o inconsciente, pero efectiva, a un sistema de criterios, fácil, por lo menos, a pactar cualquier integración social política o ideológica con el comunismo.

Demos un paso más y nos encontraremos a finales del pasado enero. Nuevamente está Múgica en Madrid. Oficialmente, para examinarse de Derecho mercantil. La idea de un Congreso Nacional de Estudiantes, con el S. E. U. o sin el S. E. U., más bien esto último, ha ido cuajando. En un café de la plaza de Alonso Martínez cambia impresiones con ciertos elementos, promotores destacados de la idea, a la que ni mucho menos es ajeno Múgica. En este cambio de impresiones se estima que lo procedente es redactar unas bases que sirvan de guión para el escrito o manifiesto, que recojan ya definitivamente el propósito de celebrar dicho Congreso Nacional de Estudiantes. La tarea se lleva a cabo a marchas forzadas. El Club «Tiempo Nuevo» ofrece las mejores condiciones de comodidad, entre otras muy estimables condiciones, para la primera reunión, la reunión como si dijéramos constituyente, la reunión de los futuros manifestantes directamente responsables. A juzgar por el número, edad y matiz de los que a ella acuden, salta a la vista que algo no estrictamente profesional, ni solamente estudiantil, late en los últimos fondos. Sólo este oscuro algo es lo que puede determinar esta actitud inicial de unidad en torno al propósito que se dice motivo fundamental de la citación y de la reunión.

Dolores Ibarruri acaba de decir en el reciente Congreso del partido comunista reunido en el antiguo salón de San Andrés, de los Zares, en Moscú: «Las nuevas tesis respecto a los caminos peculiares de cada país para llegar al socialismo y la coexistencia permitirían, por lo que a España se refiere, la colaboración no solamente con los socialistas, los anarcosindicalistas, sino también con la burguesía liberal española.»

Santiago Carrillo, en el artículo ya varias veces citado, aireó la bandera de la «unidad de acción».

En estas reuniones y en otras que se repitieron en días sucesivos, hasta la fecha del 5 de febrero, Múgica ocupa siempre un puesto nada secundario. Pero su actuación cambia ahora de modalidad y de tono. Con los que ahora se reúne sólo puede pretender marchar en compañía. Son los compañeros de viaje. La maniobra está llegando a sus últimas dimensiones y ramificaciones. Cuando todo esté listo, prácticamente unas horas antes de que comiencen los sucesos que España entera condenó y repudió virilmente, Múgica tomará el tren para San Sebas-

tián. En estos sucesos faltará su presencia física y la de la mayor parte de aquellos a quienes ha corrompido, ha desnaturalizado.

Pero todo esto merecerá otro estudio, que publicaremos próximamente. Cuando Múgica se encuentre encarado con los resultados acusatorios de la maniobra comunista y su abortamiento, mientras su antigua novia, Carmen Diago Bozal, callará y negará cuanto a él pudiera dejarlo más al descubierto, él, respondiendo a su mentalidad y a la crueldad connatural a la disciplina del partido, se manifestará demoliberal, mientras que de aquella muchacha riojana que conoció en las playas de San Sebastián y convirtió con su frío proselitismo, dirá rotundamente: «Es una comunista.»

II

COMPAÑEROS DE VIAJE

TRES RESORTES DE UNA MANIOBRA: IRRESPONSABILIDAD LIBERAL, VANIDAD INTELECTUAL Y CALCULO COMUNISTA

En la conjura comunista puesta de manifiesto por EL ESPAÑOL se perfilaba con toda claridad un doble movimiento, una doble maniobra.

Por una parte, como vimos, se desarrolló técnicamente la corrupción y perversión intelectual de un grupo de universitarios para convertirlos en auténticos peones del plan estudiado y preparado por el partido comunista para el asalto, desde dentro, a las presentes y futuras promociones estudiantiles. Pero al mismo tiempo se mantenía una tensa vigilancia y una permanente atención en torno a cuantos elementos universitarios, medios intelectuales o culturales y hombres de letras que en el momento preciso pudieran ser utilizados como «compañeros de viaje». Entre aquellos primeros y estos últimos existen objetivas e importantes diferencias. Diferencias y distancias que, sin embargo, no parecen eximirlos de responsabilidad. La naturaleza, el grado y la trascendencia de esta responsabilidad no es a nosotros a quien corresponde juzgarlo, medirlo o determinarlo. Pero sí consideramos que será de gran utilidad exponer una serie de hechos y de reflexiones sobre los mismos para provecho de todos y como aviso a los navegantes.

En la última quincena del mes de enero, Enrique Múgica Hertzog reaparece nuevamente en Madrid. Oficialmente viene para examinarse de Derecho mercantil. En realidad lo que ocupa su tiempo son asuntos bien distintos. Su táctica será ahora diferente a la empleada hace unos

meses, con ocasión del homenaje laico a Ortega, frustrado en la Universidad por las autoridades académicas. El Congreso de Escritores Jóvenes, a cuya organización administrativa supo el partido comunista sacarle frutos muy estimables, como veíamos en nuestro reportaje anterior, está prácticamente abortado ya desde antes del verano de 1954. Entonces las autoridades académicas lo prohibieron radicalmente, al advertir que la licitud inicial de su convocatoria, en la que por lo mismo participaba oficialmente el S. E. U., se desviaba sospechosamente, según iba poniendo de manifiesto el tono de los Boletines del Congreso, por lo que se hizo constar a las autoridades competentes que, pese a lo que se decía en su número 3, ni el disuelto Congreso tenía autorización oficial para editarlo ni para señalar su sede en el Pabellón de Gobierno de la Ciudad Universitaria, de donde, tras haberse instalado provisionalmente en el primer momento, fueron desalojados a principios de mayo, sin que tampoco llegaran a hacer efectiva ninguna ayuda económica oficial.

Pero en el panorama estudiantil se observa que la labor de zapa contra la significación política y encuadramiento del S. E. U. dentro de la disciplina y estructura orgánica del Movimiento está ya lo suficientemente avanzada como para, recogiendo y suscitando hábilmente otros problemas, unos reales y otros indudablemente artificiales, intentar el desencadenamiento de una acción masiva al servicio de más «importantes fines». El tesoro de inquietudes, de sanas insatisfacciones juveniles, hábilmente manejadas, pueden ser proyectadas en direcciones que, a través del plano inclinado de la insensatez y la garrulería liberaloide –si se encuentran los compañeros de viaje necesarios y los caldos ideológicos adecuados–, conduzcan a la consecución de los planes subversivos concienzudamente escalonados y previstos por el comunismo. De hecho se agitaron las deficiencias y se silenciaron las realizaciones. Fueron aireados los yerros y se olvidaron los grandes e innegables aciertos. Vestales cínicamente puritanas gritaban ante lo no llevado a cabo, mientras apartaban de la consideración y del balance partidas fabulosas ganadas en estos veinte años para la dignidad española.

EL NEUTRALISMO POLITICO

Dentro de esta línea de conducta, sobre los tres años de la Cruzada se habían sucedido las consignas de «no hablar ni escuchar nada relacionado con la Guerra de Liberación», de que la juventud actual nada tiene que ver con ella y nada de aquello debe contar para las actuales generaciones juveniles, de que la pacificación interior definitiva sólo

puede conseguirse situando en pie de igualdad –por lo que a su difusión se refiere– a todas las ideas y doctrinas políticas, morales y religiosas. Por lo que a la Universidad se refiere, el S. E. U., que «responde a un credo político», debe ceder el paso ya a una organización estudiantil «políticamente neutra», «religiosamente aconfesional», «estricta y exclusivamente profesional». Las frases entrecomilladas fueron consignas y slogans puestos en circulación por el comunismo y sus compañeros de viaje. Sabido es que el neutralismo, extendido a principios fundamentales, es ya de por sí una posición equívoca, pero en un país católico, con sus dogmas nacionales históricamente claros y consagrados es, además, el germen que indefectiblemente engendra la fragmentación de la unidad nacional y de la unidad religiosa. Así se presentó la F. U. E., mientras que en la realidad fué un mero instrumento de la Institución Libre de Enseñanza y del ateísmo militante, primero, y más tarde del socialismo marxista.

TRAS LAS PALABRAS, LAS INTENCIONES

Para Múgica Hertzog, el Sindicato E. Universitario no podía ser ya el órgano representativo de todos los estudiantes al «politizar» –palabra que empleaba con frecuencia y que es de inconfundible origen comunista– una actuación que debe reducirse a lo puramente profesional y porque sus directivos son personas que no pertenecen al núcleo estudiantil. El objetivo fundamental, pues, contra el que en última instancia se pretendía, desde el ángulo comunista, movilizar a la población universitaria es ni más ni menos que la radicación y adscripción ideológica del S. E. U. Para el partido comunista todo lo demás es la cortina de humo que se aprovecha tácticamente por cuanto esta cortina le sirve para no descubrir sus verdaderas intenciones. No obstante, si algún día le fuera posible hacer un pleno en el juego «politización» de cualquier organización estudiantil –léase Konsomol–, sería absoluta y dictatorialmente impuesta. Sobran ejemplos de todos conocidos. Pero en el camino para las etapas previas se encontraban ahora con elementos extraños a sus disciplinas, con los que el contacto era francamente viable; elementos, por otro lado, que en su mayor parte no son ya estudiantes. De aquí se deducen dos consecuencias. Primera, la objeción hecha al S. E. U., fundada en que algunos de sus dirigentes no integran ya la población escolar, es un mero recurso artificioso de cara a la propaganda y útil solamente en momentos de confusión y desorientación. Segunda, la raíz y significación últimas de la maniobra y de los hechos, que a continuación exponemos, no es posible, en buena lógica y dados los compo-

nentes que en ella toman parte, circunscribirlas a unas aspiraciones juveniles más o menos justas, más o menos incorrectamente planteadas, sino que es obligado pensar que en otras vertientes ajenas muchas de ellas al área estudiantil. Exactamente el mismo caso, las mismas circunstancias y, en buena parte, los mismos o similares trasfondos que se escondían tras las solicitudes y acciones de toda índole tomadas y desarrolladas entre los años 1928-1931 por la F. U. E. y contra las que hubo de nacer y combatir precisamente el S. E. U. de 1933 a 1936 en el seno de nuestra Universidad.

UN PROPOSITO, EN MARCHA

A fines de enero Múgica Hertzog, Ramón Tamames y Javier Pradera Cortázar, que desde hace tiempo mantienen frecuentes contactos, se citan en el café La Mezquita, sito en la plaza de Alonso Martínez. En esta entrevista Pradera Cortázar mantiene que la solución de los problemas que al universitario se le presentan hoy pudiera encontrarse en la organización de un Congreso Nacional de Estudiantes, en el que se discutieran con absoluta libertad todas las cuestiones. Desde luego, el Congreso tenía que celebrarse y desarrollarse concretamente al margen del S. E. U., ya que entre los temas esenciales que debían figurar en el programa tendría cabida el propugnar una nueva estructura y una nueva mecánica representativa para la actual organización sindical de los estudiantes. También propone la conveniencia de redactar unas bases que fueran directamente elevadas –prescindiendo de los cauces orgánicos– a los Poderes públicos. Todos los extremos de esta proposición quedan aceptados rápidamente. Para Pradera Cortázar esta cita tenía también la finalidad de preparar el contacto con un determinado grupo de universitarios. Por su parte Múgica sugiere que lo procedente era interesar la orientación y el juicio de personas influyentes y propicias, indicando entre éstas a Dionisio Ridruejo, con el que afirmó que le unía gran amistad. Todos de acuerdo, es Múgica quien se encarga de realizar esta gestión. A la mañana siguiente se ve de nuevo con Tamames y ya le indica que debe acudir a una reunión que tendrá lugar aquella misma tarde en el Club Tiempo Nuevo. Este Club depende de la Delegación Nacional de Educación. Fué concebido como un organismo de extensión universitaria. El local es amplio; el mobiliario, elegante y cómodo; el servicio de bar, francamente barato, hasta el punto que un buen cubierto no excede de las dieciocho pesetas. Alguno de los asistentes a la reunión era socio de Tiempo Nuevo. Tal vez por esto mismo fué escogido tan amable lugar. La primera reunión, que tiene lugar en él, pasa

inadvertida, como una tertulia más, a la directiva del Club. Cuando se abre el cambio de impresiones están presentes, entre otros, Múgica, Dionisio Ridruejo, Miguel Sánchez Mazas Ferlosio, Javier Pradera Cortázar, López Pacheco y Ramón Tamames.

Las bases sobre las que se centra la discusión son dadas a conocer por Múgica. Sánchez Mazas Ferlosio es uno de los que a lo largo de toda la sesión interviene más activamente. Al generalizarse el diálogo se perfilan ya puntos de vista sumamente significativos. En principio se trata de redactar un Manifiesto dirigido a todos los estudiantes españoles y que será elevado a los Poderes públicos solicitando la celebración de un Congreso Nacional para el estudio de sus problemas, y muy concretamente para determinar el carácter que debe tener la organización representativa de los estudiantes. Sánchez Mazas Ferlosio hace hincapié en que el contenido del Manifiesto debe hacerse extensivo a otros problemas nacionales, no tan específicamente estudiantiles, aunque de algún modo relacionados con éstos, señalando que debía darse cabida a la reincorporación a sus funciones docentes de profesores y catedráticos exilados, a lo que él califica de «humillante inercia nacional en materia universitaria», etc., etc. Otros asistentes, que tampoco son ya estudiantes, cargan el acento en que el manifiesto recoja el postulado de «libertad de expresión», e indican que procedería manifestarse pública y masivamente. No faltan en las bases que se tienen sometidas a estudio alusiones injuriosas o mortificantes para el S. E. U. Por fin prevalece el criterio de circunscribir el contenido del manifiesto a los problemas específicamente estudiantiles. Dionisio Ridruejo aconseja que el documento no debe aparecer como exponente de una tendencia política determinada y definida, sino que habría que contar con estudiantes representativos de las más diversas tendencias, lo que le daría un muy estimable carácter de unidad y unanimidad. La redacción definitiva se encomienda a una Comisión, que aquella misma noche se reúne en la Cruz Blanca, bar situado en la esquina Goya-Alcalá. Los miembros de la Comisión, entre otros, son: Miguel Sánchez Mazas Ferlosio, López Pacheco, Javier Pradera, Ramón Tamames y Enrique Múgica. Conseguida esta redacción definitiva, el primero de los citados se encarga voluntariamente de la tirada del manifiesto. Su diligencia es evidente.

UN ESCRITO, CON SORPRESAS

Cuando al siguiente día –31 de enero– se reúnen por segunda vez en Tiempo Nuevo, en una reunión producida por sorpresa y que será abortada a los pocos minutos, ya hay sobre la mesa unos doscien-

tos ejemplares del manifiesto. Entre la cita de la Cruz Blanca y esta nueva reunión en Tiempo Nuevo, Tamames supo que Sánchez Mazas había estado al habla con Dionisio Ridruejo, contacto que también realizó por su parte Múgica Hertzog. Sánchez Mazas Ferlosio ha desoído el acuerdo de suprimir determinadas expresiones y de no recoger cuestiones como la de que deben ser incorporados a sus funciones docentes los catedráticos exilados. El documento, pues, que circulará por las aulas y para el que se solicitará la firma de los estudiantes lanzará sobre el tapete este explosivo tema de una manera terminante. El sistema de enlaces ha funcionado a las mil maravillas, pues en esta segunda reunión el número de participantes ronda ya la centena. El rostro de algunos registra un aire de mera curiosidad, pero en los de otros hay un palpable regusto de «convención». Se da lectura solemne al manifiesto. Pero es en este momento cuando el director de Tiempo Nuevo, que no se hallaba en el local, avisado por los empleados del Club, hace acto de presencia y les obliga a abandonar el local e inmediatamente lleva un ejemplar del manifiesto al Ministerio de Educación. Luego comunica por carta de fecha 2 de febrero a Sánchez Mazas Ferlosio su baja como socio provisional, tanto por su actitud como por abuso de confianza. No importa. Pocos momentos después la sesión continuaba en la denominada La Ballena Alegre, es decir, en los sótanos del café León de Oro. Allí se concretan y se cursan las últimas instrucciones relativas a la lectura pública del manifiesto en las distintas Facultades y sobre el procedimiento más útil para la recogida de firmas.

EN MANOS EXTRANJERAS

Otro requisito importante se ha cumplido también a estas alturas, requisito que ahora se reitera; el documento ha sido cursado por correo a los corresponsales de Prensa y se ha remitido a periódicos extranjeros, sin olvidar a «Le Monde» y «L'Express», de París, envíos que desde La Ballena Alegre salen ahora en busca de otros destinatarios que también residen más allá de nuestras fronteras. Los que dicen hablar nada menos que «desde el corazón de la Universidad española», los que declaran que su petición va dirigida al Gobierno español, los que dicen que buscan honradamente y solamente la solución a los legítimos intereses y aspiraciones de nuestra juventud estudiosa, los que no aceptan la disciplina del Sindicato Español Universitario, los que dicen desear «una convivencia civil digna y estable entre los ciudadanos de nuestro país», los que se han erigido por sí y ante sí en los únicos representantes legítimos de la población universitaria nacional, acaban de estimar que su

primera determinación debe ser la de ofrecerse al coloniaje de los políticos extranjeros, al de la Prensa extranjera que más tenazmente niega a los españoles todos los días el pan y la sal, a los que injurian sistemáticamente al pueblo más digno y más señor del mundo, a los que boicotean sin descanso nuestros legítimos intereses morales, políticos y económicos; a los que azuzaron al hampa internacional contra la unidad española, a los periódicos que consumieron parte del Tesoro nacional, robado a mano armada en campañas contra la independencia de nuestra Patria. Su primer paso es la agitación, el suministro en almoneda y baratillo, al enemigo y al antiespañol de cuestiones de orden interior. También en este caso coinciden, como es fatal, el que está a las órdenes directas del partido comunista y sus compañeros de viaje.

Mientras se inicia la recogida de firmas simultáneamente en Facultades y Colegios Mayores por los procedimientos ya clásicos en estas maniobras, los dirigentes se mueven en torno a algunos hombres de la primera línea del S. E. U. Siempre el mismo doble juego. Tamames no tiene reparo en confesar por estos días que la Universidad podía ser el punto de apoyo para una política «democrática» en España, pues si bien creía que la masa del pueblo carece de la educación cívica necesaria para ello, a su juicio el universitario *sí está ya suficientemente preparado.* Múgica –en la línea del XX Congreso bolchevique, de Moscú– manifestará cínicamente que la socialdemocracia constituye su ideal político. Es obvio que la finalidad del movimiento estudiantil que se prepara es muy distinta de la que se pretende presentar como principal en el manifiesto.

BALANCE DE LA SITUACION

El día 5 de febrero volverán a reunirse Sánchez Mazas Ferlosio, Javier Pradera, Tamames, Gárate y otros invitados por aquéllos. Tampoco falta Múgica. No bien se ha iniciado la conversación, hace su aparición José María Ruiz Gallardón, abogado en ejercicio. El ojo clínico de Múgica registra cómo Ruiz Gallardón, a pesar de ser ésta la primera vez que sale a escena, está perfectamente al corriente de todas las cuestiones. No intervino en la redacción del manifiesto, pero lo suscribe y aprueba en su totalidad. A las pocas de cambio, Ruiz Gallardón es figura central. Se pasa revista a la situación, se habla de la división del trabajo, del desarrollo de los puntos sólo enunciados esquemáticamente en el manifiesto. Se estima que el nuevo hombre –por su calidad de profesor adjunto– es el más idóneo. Como interesa muy vivamente conocer cuál sería la definitiva actitud del S. E. U., la presión recae sobre los miembros del mismo presentes en la reunión. Gárate Murillo, de

acuerdo con sus Mandos superiores, se limita hábilmente a realizar su misión de observador.

La reunión en la noche de este mismo día 5 tendrá lugar en el número 10 de la calle de San Opropio, domicilio particular de Ruiz Gallardón. En la jornada nocturna Pradera presenta el texto para una nueva hoja, en la que además de un resumen de los hechos y una reiteración de los propósitos iniciales, más ampliamente explicados, se inserta una invitación a todos los estudiantes falangistas. El nuevo documento se discute ampliamente, sin que se llegue a un acuerdo definitivo. Ruiz Gallardón insiste en la conveniencia de protocolizar ante notario el manifiesto, así como los pliegos de firmas ya recogidos y los que en días sucesivos vayan recogiendo. A su juicio, este procedimiento es el más hábil y el más eficaz para que lo pretendido por el manifiesto se lleve a efecto. También la comunicación de la existencia del mismo debe hacerse por este conducto notarial. A estas alturas, Ruiz Gallardón es ya indudablemente uno de los «hombres fuertes» dentro del clan directivo.

UN TAXI, CAMINO DE SAN SEBASTIAN

Dos ausencias cabe registrar en este momento: la de Gárate, que sigue ajustando su conducta a lo que estimó procedente en cada instante el Mando sindical, y la de Múgica. Enrique Múgica Hertzog tiene plena conciencia de que la mecha está encendida. Para los fines del partido comunista, su presencia ya no es necesaria. Más aún: los acontecimientos pueden precipitarse, y en buena táctica a él le corresponde ahora desmarcarse. Su misión, por el momento, ha terminado. Precipitadamente –hay rumores de detenciones–, la tarde de este día 5 de enero el estudiante Enrique Múgica, soldado con licencia, alquila un taxi –esperar a la hora del tren no es conveniente– y rueda camino de San Sebastián.

Sin embargo, tan vastos planes quedan localizados en Madrid. De las doce Universidades, once sufren alteración. En las dos Facultades madrileñas en donde se producen los hechos, las autoridades académicas prohíben la difusión del manifiesto, haciendo público, por acuerdo de Junta de Gobierno, que el único cauce legítimo para los estudiantes es el S. E. U.

Estos son los hechos relacionados con la gestación, difusión y utilización del manifiesto origen y ocasión de los incidentes ya conocidos. EL ESPAÑOL continuará denunciando la acción del comunismo dirigida a la corrupción y perversión intelectual de nuestra juventud, con miras

a enfrentar a españoles contra españoles y a perturbar el ordenado perfeccionamiento de nuestras instituciones sociales y políticas. Para que el juego de la convivencia pueda ser realmente libre se necesita, como en el fútbol, un reglamento, un campo de cincuenta por cien y un árbitro. Sólo dentro de estas condiciones son lícitas las jugadas.

9

Auto de procesamiento y decreto de incomunicación al autor del libro y otros encartados

AUTO.–Dada cuenta y

RESULTANDO: Que en el día de la fecha y con oficio de la Dirección General de Seguridad han sido remitidas diligencias referentes a la detención de Jesús López Pacheco, Julián Marcos Martínez, Fernando Sánchez Dragó, y José Luis Abellán García González por estimarles complicados en los incidentes estudiantiles que han tenido lugar recientemente en Madrid, así como en la difusión de manifiesto lanzado en la Universidad, poniendo a disposición de este Juzgado a los detenidos dichos en la Prisión Provincial.

CONSIDERANDO: Que apareciendo de las precedentes diligencias la comisión de un delito y presuntos responsables del mismo, Jesús López Pacheco, Julián Marcos Martínez, Fernando Sánchez Dragó, y José Luis Abellán García González, se está en el caso de decretar su detención, según preceptúa el artículo cuatrocientos noventa y dos de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, en su párrafo cuarto, y en relación con el cuatrocientos noventa de la propia Ley.

CONSIDERANDO: Que habida cuenta la naturaleza de los hechos que sirven de base a las presentes diligencias, y haciendo uso de la facultad que al que provee conceden las disposiciones vigentes para el mejor esclarecimiento de los hechos perseguidos dada su excepcional trascendencia se está en el caso de decretar su incomunicación, según determinan los artículos quinientos cinco y siguientes de la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

SE DECRETA LA DETENCION INCOMUNICADA de Julián Marcos Martínez, Jesús López Pacheco, Fernando Sánchez Dragó y José

Luis Abellán García González, por un plazo inferior a tres días, haciéndose saber a los mismos, librándose los oportunos mandamientos.

Dese vista de las precedentes diligencias al Excmo. Señor Fiscal a fin de que dictamine lo que estime conveniente respecto a conocimiento e instrucción de las mismas.

Lo zanja y firma el señor don Acisclo Fernández Carriedo, Magistrado, Juez Especial de Orden Público en Madrid, a veintidós de febrero de mil novecientos cincuenta y seis, doy fe.–Acisclo Fernández.–Manuel Torres.–rubricados.

Es copia.

10

Imposición de un correctivo militar al autor del libro

UNIDAD ESPECIAL DE I.P.S. ORDEN N.º 66

PRIMERA REGION MILITAR

CORRESPONDIENTE AL DIA 8 DE AGOSTO DE 1956

Art. 1.º.–TIRO.–En el día de mañana las Unidades del 1.er Bón. de Infantería realizarán de 8'00 a 12'00 y de 16'00 a 20'00 horas ejercicios de tiro que correspondan con arreglo al programa e instrucciones dictadas por la Jefatura de Estudios.

El Oficial Ayudante se hará cargo de la munición y material de tiro en el Depósito de Armamento de esta Unidad Especial, trasladándolo al campo de tiro en el camión dispuesto al efecto.

Los respectivos Capitanes cuidarán de la recogida de vainas y cartuchos no disparados. QUEDA TERMINANTEMENTE PROHIBIDA LA RETENCION DE CARTUCHOS DE GUERRA.

Al ejercicio de tiro asistirán: Un Capellán, El Capitán Jefe de Armamento con un Maestro Armero y un Oficial Médico que establecerá un puesto de socorro en las inmediaciones del campo de tiro.

Deberán observarse con la máxima escrupulosidad las normas relativas a instrucciones de tiro (1-20-C-5).

Art. 2.º.–RECONOCIMIENTO DE EFECTOS.–En el día de hoy se procederá a efectuar el reconocimiento de varios efectos por los Capitanes de Infantería DON EDUARDO GANCEDO SACRISTAN y DON SANTIAGO RIVAS ROLDAN, para su ingreso en el Almacén de esta Unidad, dándome cuenta del resultado del mismo.

Art. 3.º.–CORRECTIVOS.–Los C. Sargentos-Aspirantes de la 11.ª Compañía de Inf.ª DON FRANCISCO CARLES EGEA y DON JOSE ABELLAN-GARCIA GONZALEZ sufrirán el correctivo de DIEZ Y SEIS días en la Corrección por retrasarse en la incorporación después de haber disfrutado permiso faltando a dos listas el primero y a una lista tratando de burlar la vigilancia del Superior el segundo.

Asimismo el C. Sargento Aspirante de la misma Compañía DON JULIO DOMINGO MINGUEZ sufrirá el correctivo de QUINCE días de arresto en la Corrección por haberse retrasado en la incorporación de permiso faltando a una lista.

Campamento, 8 de Agosto de 1956.–El Coronel Jefe.–Jacobo López García.

11

Informe secreto de la Policía sobre los grupos de oposición política al régimen de Franco surgidos durante los sucesos universitarios de 1956

10 abril 1957

Caracterización de los grupos coaligados de oposición y filiación de sus componentes más destacados.

En principio se advierte claramente cuatro grupos ideológicos: Comunistas, socialistas, sindicalistas (de procedencia falangista) y liberales (republicanos y algunos monárquicos). Todos ellos tienen contactos por lo cual los contornos de los grupos están muy difuminados en algunos casos. De hecho, estos grupos teóricos se escinden en tantos otros como personas han logrado formar un equipo alrededor de sí. En este sentido cabría distinguir así la enumeración anterior: Comunistas: Mú-

gica Hertzog e individuos aislados. Grupo Villar Massó. Tertulia poética del Ateneo de Madrid. Cineclubs del SEU. Socialistas: Asociación socialista universitaria, ASU. Grupo Vigil. Sindicalistas: Grupo Ismael Medina, grupo Gabriel Elorriaga, grupo Falanges juveniles y centurias (FFUU), grupo Rubio Gordón, Rafael García Serrano, grupo Emilio Romero, grupo Jorge Jordana. Liberales: grupo Ridruejo, grupo Tierno Galván, Colegio Mayor César Carlos, grupo de la Facultad de Filosofía, grupo Javier Conde.

Además de los cuatro bloques señalados, existen tres principales focos de inquietud permanente, de origen sano pero mal dirigidos y peor formados ideológicamente, de los que han salido las desviaciones luego agrandadas de muchos de los citados sindicalistas y marxistas: Servicio Universitario del Trabajo (SUT); Labor del Pozo del Tío Raimundo, Colegio Mayor Antonio de Ribera.

Ahora al ir caracterizando los grupos se verá hasta qué punto se les puede aplicar con exactitud las correspondientes calificaciones empleadas, ya que existen particularidades que determinan a cada equipo o persona, pues a veces más que de un grupo se trata de un individuo aislado que, incluso con buena intención, hace el juego a los otros.

COMUNISTAS.–Múgica Hertzog e individuos aislados. Gente muy activa sobre todo en los meses anteriores a los disturbios de febrero 56. Después, habiendo estado alguno de ellos en la cárcel, se les ha visto menos, hasta que recientemente han empezado a moverse en la coalición general de la oposición. Suelen trabajar aislados aunque se les supone unidad en la base o centro de donde reciben las consignas. Procuran no hacer bulto, sino más bien influir en amigos en los que cultivan un filocomunismo más o menos destacado. Por ahora hacen discretamente el juego a los liberales. Enrique MUGICA HERTZOG: No se sabe a ciencia cierta si se trata de un elemento agitador aislado, perteneciente a alguna célula, o si él mismo es jefe de alguna. Hijo de izquierdista vasco fallecido y de judía polaca. Familia materna extinguida por los nazis. Venido hace dos años de Francia para entrar en tercero de Derecho en Madrid. Infiltrado en el SEU de esa Facultad, ostentó cargo directivo en la sección de actividades culturales donde organizó un brillante ciclo de poesía. Amistad grande con Ridruejo que le vale la protección de Laín Entralgo. Ya elevado, organiza el Congreso de Escritores Jóvenes y trabaja en el SEU de Jordana, pretendiendo colar a Elorriaga en su lugar. Participante activo en el manifiesto liberal y disturbios de febrero 56. Detenido, figura en la lista de nueve nombres que publicó la policía en toda la prensa. Ahora está en contacto con el grupo del Instituto de Estudios Políticos de acuerdo con Elorriaga y los

seguidores de Javier Conde. JESUS LOPEZ PACHECO: poeta joven conocido y finalista del Nadal 1957. Participante en disturbios y detenido en 1956. JULIAN MARCOS: agitador activo, tanto en 1956 –detenido– como ahora al salir de la cárcel. CLAUDIO RODRIGUEZ GARCIA: poeta joven y premio Adonais. Figura significada en el ambiente de Filosofía y Letras. Hombre retraído y extraño, no parece ser elemento activo, sino más bien simpatizante. BOSCO ALARCON: se mueve eficientemente, hace años, en el SEU de Sevilla, en forma parecida a la de Múgica.

Grupo Villar Massó.–Comunistas puros, se mueven en células. Contactos con las Falanges Universitarias. Poco proselitistas, si bien Villar Massó se halla presente en todos los disturbios y desórdenes universitarios. Sus seguidores, que parecen ser muchos –se habla de 27 células–, pasan inadvertidos y no se conocen sus nombres. ANTONIO VILLAR MASSO: ateo, comunista, fué delegado del SEU de la Facultad de Derecho de Madrid. Extrañamente protegido por el catedrático don Joaquín Garrigues. Intimo amigo de Gabriel Elorriaga. Apoyó el Congreso de Escritores Jóvenes y colaboró en el manifiesto liberal del 1-2-56. JOSE MARIA RODRIGUEZ: se cree que es nombre supuesto, parece ser huyó a Francia tras de los referidos disturbios. Unico conocido del grupo en los ambientes universitarios.

Tertulia poética del Ateneo.–En dicho centro se reúnen –no se les puede impedir– una serie de comunistas conocidos, de los que sólo se dará el nombre, por ser notorios. Acuden estudiantes, poetas poco destacados, que reciben el espíritu y mantienen el ambiente marxista. Contactos con Ridruejo. Recientemente patrocinaron una lectura de poetas comunistas en la Facultad de Ciencias de Madrid. Figuras destacadas: Angela Figueras, Gabriel Celaya (la prensa del movimiento destaca con grandes titulares un reciente premio obtenido por éste), Blas de Otero.

Cineclubs del SEU.–Los cineclubs del SEU, sobre todo en Salamanca y en Madrid, han tomado un matiz esteticista filobolchevique. El ambiente que ha rodeado la frecuente aparición en sus programas de films rojos es de verdadero éxtasis y de exageración snob. Verdadero culto a Bardem y Buñuel. Apoyados por Tovar y Tierno Galván. La revista del Cineclub de Salamanca basta para advertir la tendencia del grupo. JULIO DIAMANTE STEEL: activísimo participante en los disturbios, relacionados con la muerte de Ortega y Gasset y en los de febrero 5. Agitador nato. RABANAL TAYLOR: Filomarxista e izquierdista rabioso. HERMANOS CARLOS y ANTONIO SAURA: el padre al parecer ocupa un alto cargo en el Ministerio de Agricultura. Muy

amigos de Diamante Steel. MARTINEZ PASTOR: MARCELO ARETA JAUREGUI: después de participar desde Alcalá y Juventud en la campaña izquierdista del SEU, de acuerdo con Laín, Tovar, etc., actúa ahora en los cineclubs. PATIÑO: uno de los principales elementos del cineclub de Salamanca.

SOCIALISTAS.–Asociación socialista universitaria.–Se mueven muchísimo en la Universidad de Madrid, Socialisas genuinos, Jefes desconocidos, si bien actúan notoriamente. Han presentado muchos candidatos a las elecciones para delegados de Facultad, sobre todo en Ciencias políticas. PEÑA: delegado del SEU en 4.° curso de Ciencias Económicas.

Grupo Vigil.–Republicanos socialistas. Trabajan por el advenimiento directo del régimen que propugnan. Se mueven sobre todo en Barcelona y parecen tener muchos adictos. Contactos con el grupo de Ridruejo y demás enemigos del régimen. MANUEL VIGIL: Ex-delegado del SEU del D. U. de Barcelona. Fundador y jefe del grupo que dirige.

SINDICALISTAS.–Grupo Ismael Medina: tienden directamente hacia una República sindical, en una democracia liberal con partidos políticos. Disponen del diario ARRIBA, la revista JUVENTUD. Van a fundar una revista llamada MAÑANA ESPAÑA NUEVA. Controlan la red de emisoras del movimiento. Protegidos por Solís y Correa Veglison. Gran influencia sobre el Frente de Juventudes y los Colegios Mayores del SEU. Oposición desde su prensa a la actual política del régimen. ISMAEL MEDINA: redactor jefe de ARRIBA, perteneció al equipo de la primera época de La Hora y Juventud. Ascendió gracias a Correa Veglison. ANTONIO CASTRO VILLACAÑAS: utiliza en ARRIBA el seudónimo de Juan de Alcalá, sobradamente conocido por sus ideas. Partidario de una república sindical con fuertes tendencias socialistas. Posibles deseos de medrar. Designado como crítico político de «Mañana España Nueva». Es la persona de máxima autoridad ideológica por las llamadas falanges universitarias, a las que se dirigió por última vez hace pocos días –acto publicado por «Arriba» y «Pueblo»– y donde casi se proclamó la República. DEMETRIO CASTRO VILLACAÑAS: colaborador de su hermano Antonio, de ideología menos extremista. SALVADOR JIMENEZ: resentido. Liberaloide, socialista cultural, redactor de «Arriba». Ex-director del TEU. Designado crítico literario de «Mañana España Nueva».

Grupo Gabriel Elorriaga.–De creciente influencia y de los más peligrosos. Ideología republicanasindicalista, a través de un liberalismo de tránsito que acabe con el régimen actual. Prescinden absolutamente

de la religión. Gran influencia sobre Solís y Arrese. Contactos con todos los demás grupos de la oposición. Disponen de «La Hora», el Distrito Universitario de Madrid, «Jornal» (revista sindical), secretaría nacional de propaganda y prensa de los sindicatos. Influyen decisivamente en el Frente de Juventudes, Colegio mayor Santa María de Europa e Instituto de Estudios Políticos, así como –en forma decisiva igualmente– sobre las falanges universitarias. GABRIEL ELORRIAGA: marxista, partidario de una república social sindicalista. Arreligiosidad total. Antifranquista. Cínico sinuoso y sin escrúpulos de ninguna clase. Ambición política desmedida. Ha colaborado con todos los grupos y a todos ha traicionado con su política personal. Acceso a FET relativamente tardío en Ferrol. Del SEU de Madrid pasó a los mandos nacionales. Se le presumen contactos con el extranjero. Intervino en la preparación de disturbios de febrero del 56, de cuyos organizadores era candidato para la jefatura nacional del SEU. También había participado en la preparación del Congreso de escritores jóvenes. Detenido durante los disturbios, gracias a la gestión de Arrese –se cree– salió de la cárcel y fué nombrado director de «La Hora», secretario nacional de propaganda, jefe de redacción de «Jornal», colaborador de «Arriba». Intimo amigo de los hermanos Pastor –comunistas– se cree que pertenece a alguna célula. Amigo de Solís y de Arrese, influye mucho en la secretaría general del Movimiento y en Falange. Sus colaboradores, redactores de «La Hora» y de «Jornal»: Juan José Bellod, subdirector de «La Hora». Trabaja en los sindicatos. Falangista republicano de tendencias socialistas, de carácter poco religioso en sí, es un títere de Elorriaga.

Grupo Falanges Universitarias y Centurias.–Las Falanges universitarias es el nombre que han adoptado unos cuantos estudiantes falangistas reunidos por Pérez de Lama y su testaferro Raúl Chávarri. Se mueven en Madrid, en amplio contacto con liberales y socialistas. Pretenden directamente una república sindical en total separación de la Iglesia y el Estado y con partidos políticos. Su pensamiento está influido por Elorriaga, Castro Villacañas y Rubio Gordón. Se han formado a partir de la antigua primera línea del SEU que demostró su carácter izquierdista en febrero pasado, así como de las centurias de jóvenes de la Guardia de Franco –antifranquistas– sobre todo las 24, 21 y 16. Encuadran a todos los falangistas jóvenes de la oposición. En primero de Derecho han creado la revista OMNIS... (ilegible). Publican una hoja volante semanal para sus afiliados. Redactan asimismo la revista «Garra», adscrita a alguna de las centurias falangistas de Madrid, abiertamente izquierdista y republicana. Aquí interviene directamente Ramón Isidoro, jefe de la centu-

ria Ramiro Ledesma. Actúan sobre todo en las facultades de Derecho y de Ciencias Económicas. PEREZ DE LAMA: jefe de las falanges universitarias. Secretario del DU de Madrid; Director del círculo Amadís del colegio mayor Santa María de Europa. Provocó la rebelión falangista contra Salas Pombo. Fiel secuaz de Elorriaga y Castro Villacañas, ha controlado diferentes distritos de falanges juveniles y centurias que estuvieron bajo su mando. Pertenece a la centuria 24 de la Guardia de Franco. Eterno estudiante de Derecho. RAUL CHAVARRI: instrumento sin opinión de Pérez de Lama. Incluso con buena intención. Es un testaferro blando de los otros, que lo manejan; Jefe del DU del SEU de Madrid. Hace días, en las elecciones para delegado del SEU de la Facultad de económicas se presentó con la autoridad de Jefe del Distrito para aconsejar a todos que votasen a un marxista –PEÑA– de la ASU, haciendo constar que era marxista, pero que lo haría muy bien. Intimo amigo de Rubio Gordón, republicano, socialista, jefe del grupo. Alto cargo de la prensa de Cultura Hispánica. ANGEL DE LUCAS: igual que Pérez de Lama. Del servicio de información de Falange. De la centuria 24 de la Guardia de Franco, del círculo Amadís. Jefe de acción sindical del SEU de Madrid, está comprometido a la acción por vivir de las becas y apoyo económico del SEU. ADOLFO GARCIA IBAN: del servicio de información de Falange. Vividor calumnioso y resentido. Socialistoide. Dependiente económicamente del SEU.

Grupo Rubio Gordón.–Republicanos socialistas, de izquierdismo a ultranza. Contactos con los demás grupos sindicales y con el extranjero. Pretenden implantar directamente la república. Relaciones con Ridruejo y Sánchez Ferlosio. Influyen en la prensa de Cultura Hispánica a través de Chávarri, de las falanges universitarias. Sólo se tienen referencias del jefe del grupo: JOSE LUIS RUBIO GORDON: encargado de cátedra en la facultad de ciencias políticas. Trabaja con Chávarri en la prensa de Cultura Hispánica. Escribió «El vivir y convivir de los españoles», programa de las falanges universitarias.

Rafael García Serrano.–Falangista nostálgico, que se cree aún en 1939, ayuda con toda su mejor intención –indudable– al grupo Ismael Medina.

Grupo Emilio Romero.–Está localizado alrededor del director de «Pueblo», sindicalista furibundo, que hace jugadas de política personal desde su periódico y tiende hacia la república. Altavoz fundamental del sindicalismo que estos días se enfrenta con la política del gobierno, junto con grupo de «Arriba».

Grupo Jorge Jordana.–Más que la persona de Jorge, que parece estar algo retirado, se trata de un grupo por él influido, radicado en el

colegio mayor José Antonio. La línea ideológica queda determinada por el antiguo grupo de Laín y Tovar, en su alma más propiamente falangista. El peligro de este grupo es más bien ideológico que de actividad, al parecer.

LIBERALES.–Grupo Ridruejo.–En sentido estricto, Ridruejo dirige un partido con ramificaciones en provincias, llamado partido nacional de la unión democrática y que busca una república liberal izquierdista, con partidos. Ultimamente, como táctica, irían a su fin a través de una monarquía liberal, a fin de conseguir de momento el apoyo de los monárquicos para hundir al régimen actual. Por su carácter de unión, este grupo tiende a englobar y encauzar a toda la población, objetivo conseguido al parecer en estos días, respecto a socialistas y demás grupos en contacto, como liberales, falanges universitarias, etc. Ridruejo ha asumido la presidencia de la coalición y ha procurado infructuosamente la adhesión de los monárquicos alfonsinos. Como apoyos de sobra conocidos –se omite por ello la caracterización– se halla una serie de intelectuales, con sus seguidores respectivos. Así: Laín, Tovar, Aranguren, Pérez Villanueva, Ruiz Jiménez, Ruiz Gallardón, Gaspar Gómez de la Serna, Sánchez Bella, etc. Entre los estudiantes no caracterizados de forma más concreta, el espíritu de este grupo encuentra bastante eco, sobre todo en los colegios mayores Nebrija y Cisneros, así como en la Universidad de Salamanca. En general Ridruejo es ahora el líder liberal más destacado, seguido de cerca por el activo Miguel Sánchez Mazas Ferlosio, su segundo de a bordo. No es preciso insistir sobre la filiación completa de ambos. Ultimamente, Ridruejo ha hecho gestiones para la liberación de dos de sus amigos detenidos por la policía, José Manuel Borges y Mariano Suárez.

Grupo Tierno Galván.–Actúa sobre todo en Salamanca con bastantes influencias en la Universidad de Murcia. Bajo una capa europeísta ejerce una política liberal e izquierdista. También hay reuniones ocasionales en el Ateneo de Madrid, cuando viene Tierno. Gente peligrosa por lo solapada. ENRIQUE TIERNO GALVAN: médula ideológica de su grupo, fué sancionado hace pocos años por un discurso tendencioso. Dirige en Salamanca, desde su cátedra de derecho político, un seminario europeísta, vivero de inquietudes e ideologías desviadas. Prepara a mucha gente para la carrera diplomática, causando verdadero daño, pues deforma a sus alumnos desde bases filosóficas heterodoxas, cosa que ya se viene notando desde hace tiempo en su cátedra. El pasado verano tuvo incidentes en Santander por tal causa. Es presidente de una sospechosa y extraña Unión funcional europea. Contactos con Laín,

Tovar, cineclubs del SEU y el extranjero. Es quizá más peligroso que Ridruejo porque no se le ve venir tan de frente. Ha intentado recientemente convencer a don Juan de Borbón de que es monárquico. Ante mucha gente su acción pasa inadvertida.

Colegio Mayor César Carlos.–Es un foco de resentidos, carácter que le viene de ser una residencia de opositores. Muchos proceden del SEU, otros son independientes. Ambiente contrario al gobierno a izquierda. Aquí se han formado muchos catedráticos jóvenes que hoy militan en la oposición más o menos declarada. El actual rector es Pedro Bermejo.

Grupo de la Facultad de Filosofía y Letras.–Foco de liberales, bajo la influencia directa de la Institución Libre de Enseñanza, a través de ex-alumnos del colegio ESTUDIO de Jimena Menéndez Pidal. En rigor, todos los enemigos del régimen en esta facultad son amigos y actúan juntos. Se registra la ausencia de sindicalistas. Exceptuando los comunistas y socialistas, queda el grupo de Muguerza, Sánchez Dragó, Marra López, Carlos Romero, Gonzalo Torrente Ballester, Abellán, etc. Influyen en el ambiente general de la facultad y han creado un clima, incluso entre las chicas –también actúa una sobrina de Madariaga– positivamente liberal, heterodoxo y sectario. La inmensa mayoría de ellos se confiesa acatólica. Son los que fundaron la prohibida revista «Aldebarán», e intervinieron con Múgica en la preparación del Congreso de escritores jóvenes, disturbios de la muerte de Ortega y Gasset y de febrero del 56. Sánchez Dragó y Abellán estuvieron en la cárcel. Contactos con gente de más edad de los partidos de la antigua izquierda, con Ridruejo y con exilados. Entre sí se consideran como encarnación de la FUE que están tratando de organizar desde hace dos o tres años y cuya consecución clandestina es ya un hecho. El ambiente más maduro a quien representan está constituido, a grandes rasgos, por la prohibida revista «Insula» –José Luis Cano–, la desaparecida y muy izquierdista «La ye» –Castellet–, «Indice» –Fernández Figueroa–, Jimena Menéndez Pidal e institucionistas, Julián Marías, etc. El Instituto Internacional de Boston –dependiente de la Embajada Norteamericana–, les apoya eficazmente. Como influidos directos del grupo habría que señalar las revistas inspiradas en «Indice» y abiertas a la izquierda: «El Ciervo» y «La Jirafa», de Barcelona. La primera de ellas es una revista católica de tipo crítico.

Grupo Javier Conde.–Está constituido por un equipo de gente joven que Javier Conde ha ido reuniendo al amparo del Instituto de Estudios Políticos y que estaba totalmente sujeto a su influencia ideológica. Conde, de quien no se hará caracterización más detallada, manifestó su

deseo de construir un partido republicano a su regreso de Estados Unidos, con vistas a la implantación de una república liberal. Respecto a sus ideas anteriores ha sido un cambio radical, por lo que se le considera como un escéptico total en materia política, con enorme ambición personal y peligrosidad. Se ha comentado abundantemente su pretensión –al parecer– de ser presidente de la futura III república española. Al ser nombrado embajador, Conde sigue actuando por medio de correspondencia dirigida a sus amigos e incluso a gente ajena a su grupo, como Elorriaga, Múgica, Tamames, etc. Aparte del Instituto de Estudios Políticos se hallan incluidas por estas tendencias la revista «Clavileño», la de Administración pública, y sobre todo la cátedra de derecho político de Conde, en Madrid. El grupo forma parte de la coalición general y el ambiente anterior de oposición ha cristalizado con otras tendencias afines en la serie de reuniones llevadas a cabo en el Instituto de Estudios Políticos. Forman parte de este grupo, en sentido amplio, una serie de administrativistas, como Garrido Falla, Serrano Guirdado, García Enterría, etc. El último citado –es de los que actualmente critican la política administrativa del Gobierno– sustentó doctrinas socialistas en el congreso de municipalistas atacando al municipio. MANUEL JIMENEZ PARGA: encargado de la cátedra de Conde desde la que actúa muchísimo. Ambiente de oposición a la política del gobierno. Es un auténtico lacayo de Conde. Ambicioso y muy creído. JAVIER PRADERA: filomarxista. Detenido en febrero del 56. Ateo, resentido. Ayudante de derecho político y teniente jurídico del Aire. Muy inteligente. Colabora en la revista de administración pública. Trabaja ahora con Jiménez de Parga en la línea de Conde, tras sus contactos con el grupo de Múgica antes de su detención. Estuvo en el SEU con Chávarri y Ramón Tamames. También detenido en febrero 56. Ateo, socialista, inteligente. Ex-colaborador del equipo de Múgica, hoy está afecto a Conde y participa en las actividades del Instituto de Estudios Políticos. Desempeñó en el SEU, en tiempos de Múgica, la jefatura de la sección de relaciones culturales de la facultad de Derecho de Madrid, época en la que fueron al extranjero muchos elementos de la oposición a tomar contactos.

Epílogo

El lector de este libro que haya llegado hasta el final se habrá sorprendido quizá al ver que los últimos capítulos nada se refieren a la biografía de Ortega y Gasset. Me ha parecido, sin embargo, que eran necesarios. Solo ellos explican el nacimiento de una generación —la de 1956— con clara conciencia crítica respecto del régimen franquista, y esa generación tiene una deuda evidente con el legado orteguiano y muy especialmente con las circunstancias que rodearon su muerte. Son estas las que explican el lugar de protagonista que nuestro filósofo tuvo en la vida española durante la dictadura franquista, a pesar de su silencio —o precisamente por él.

La muerte de Ortega y Gasset, así como las circunstancias que la precedieron y las secuelas que dejó, hicieron del filósofo un protagonista de la transición española a la democracia, a la que tanto contribuyó, por lo demás, la citada generación. Era necesario dejar constancia de ello, y muy especialmente después de que en los últimos tiempos se nos presentase un Ortega y Gasset prendido en las garras de la dictadura y prácticamente absorbido por ella. Esta es una imagen falsa, desde luego, por más que el propio filósofo fuese una víctima del régimen. Quizá cometió un error —es más que probable— volviendo a España en 1945, en lugar de adscribirse a las coordenadas del exilio, como hicieron

tantos de sus compatriotas, pero de ahí a convertirle en un colaboracionista del franquismo, hay un abismo que no puede franquearse sin tergiversar muy seria e injustamente la verdad histórica.

El precio que Ortega y Gasset pagó por ese casi seguro error fue enorme y no tuvo otra motivación que su apasionado amor a España. Al final de su vida Ortega podía haber firmado lo mismo que escribió en 1916, muy al principio de ella: «Mi juventud se ha quemado entera, como la retama mosaica, al borde del camino que España lleva por su historia. Hoy puedo decirlo con orgullo y con verdad. Esos mis diez años jóvenes son místicas trojes henchidas solo de angustias y esperanzas españolas.» En este párrafo bastaría sustituir «juventud» y «diez años jóvenes» por *toda la vida* para que expresen una verdad indiscutida. Ortega quemó su vida en el amor a España y, aunque solo fuera por eso, se convierte en uno de los más eminentes protagonistas de la España del siglo XX.

Índice onomástico

Abad Nebot, F.: 267.
Abellán García González, José Luis: 15, 109, 112, 115, 254, 258, 259, 269, 291, 298, 327, 328, 337, 338, 343, 353-355, 362.
Abril, Manuel: 139.
Adler, Mortimer: 182.
Adorno. *Véase* Wiesengrund Adorno, Theodor.
Alarcón, Bosco: 357.
Alarcón, Daniel: 139.
Alberti, Rafael: 263, 322, 338, 341.
Alcalá, Juan de. *Véase* Castro Villacañas, Antonio.
Alcayde y Vilar, Francisco: 139.
Alcázar, Cayetano: 197.
Alfonso XII, rey de España: 19.
Alfonso XIII, rey de España: 37, 90, 98, 102, 189.
Alonso, Jimena: 278.
Alonso de los Ríos, César: 278.
Alonso Novo, Manuel: 259.
Álvarez, Melquiades: 62.
Álvarez, Miguel: 227, 253, 335.
Álvarez, Valentín: 139.
Álvarez Bolado, Alfonso: 276.
Álvarez Pastor, Joaquín: 139.
Álvarez Santullano, Luis: 115, 139.
Amadeo de Saboya, rey de España: 19.
Amorós, Celia: 278.
Anacleto, botones: 93.
Andrés Monedero, Ricardo de: 139.
Anson, Luis María: 153.
Antón Tejero: 47.
Aparicio, Juan: 215, 319.
Aragon, Louis: 263, 338, 342.
Araquistáin, Luis: 63, 269-271.
Arbós. *Véase* Fernández Arbós, Enrique.
Areilza, José María de: 148.
Aresti, conde de: 66.
Areta Jáuregui, Marcelo: 358.
Aristófanes: 202.
Aristóteles: 161.
Arrese, José Luis: 359.
Ashby, Ross: 275.
Attlee, Clement: 148.
Aumente, José: 277.
Ayala, Francisco: 85, 86, 94, 112, 197, 298.

Azaña, Manuel: 62-64, 99, 101, 139, 290.
Azcárate, Gumersindo de: 62, 291.
Azcárate, Pablo: 139.
Azorín. *Véase* Martínez Ruiz, José.

Baeza, Ricardo: 139.
Ballestero, Manuel: 300.
Ballesteros, Salvador: 139.
Banqué, José: 27.
Bardem, Juan Antonio: 277, 278, 357.
Baroja, Pío: 47-49, 120, 191.
Basterra, Ramón de: 140.
Bataille, Georges: 279.
Bécquer, Valeriano: 19.
Begoña, Ricardo: 139.
Bellod, Juan José: 359.
Belmonte, Juan: 189, 191.
Benítez, Jaime: 84, 86, 194.
Beobide, Julio: 188.
Berdegué, Antonio: 187.
Berenguer, Dámaso: 68, 90, 99, 100.
Bergamín, José: 124, 132.
Bermejo, Pedro: 362.
Bernaldo de Quirós, Constancio: 140.
Bernis, Francisco: 139.
Bertuco: 25, 26.
Besteiro, Julián: 111, 290.
Black, William: 275.
Blanch, Antoni: 276.
Blasco, Eusebio: 20.
Bleiberg, Alicia: 223.
Bleiberg, Germán: 212.
Boladeras, Margarita: 287.
Bonilla y San Martín, Adolfo: 43.
Borges, José Manuel: 361.
Borghese, Giuseppe: 180.
Born, Max: 67.
Bousoño, Carlos: 289.
Boyer, Miguel: 277.
Braithwaite, Richard B.: 275.
Brentano, Franz: 94.
Broad, Charlie Dunbar: 275.
Bueno, Gustavo: 277, 287, 288.
Buñuel, Luis: 357.
Burell, Julio: 20.
Bustelo, Carlota: 223, 278.
Bustelo García del Real, Francisco: 256, 259, 277.

Caba, Rubén: 283.
Cabañas, Francisco: 139.
Cabrera, Blas: 94, 95, 115.
Cacho Viu, V.: 291.
Calvo, Álvaro: 139.
Calvo, Rafael: 20.
Calvo Sotelo, José: 116.
Camba, Julio: 150.
Cambises, rey de Persia: 329.
Cambó, Francesc: 152.
Campo Cerdán, Ángel del: 139.
Campomar, Marta: 129-131.
Cano, José Luis: 362.
Cánovas del Castillo, Antonio: 20.
Carande, Ramón: 44.
Carandell, Luis: 278.
Carazo Landa, José: 139.
Carles Egea, Francisco: 355.
Caro Baroja, Julio: 167.
Carpintero, Helio: 238, 239.
Carreño España, José: 139.
Carretero, Anselmo: 284, 292.
Carril, Julia del: 73.
Carrillo Solares, Santiago: 308, 334, 335, 344.
Cases Casas, Antonio: 139.
Caso y Blanco, José: 43.

Cassou, Jean: 336.
Castellet, José María: 362.
Castilla, Dolores (Lolita): 93.
Castilla del Pino, Carlos: 277.
Castro, Américo: 62, 64, 86, 140.
Castro, Fernando de: 291.
Castro Villacañas, Antonio (Juan de Alcalá): 358-360.
Castro Villacañas, Demetrio: 358.
Castro y Castro, José: 43.
Caturla, María Luisa: 75.
Cebrián, Juan Luis: 283.
Cejador, Julio: 27.
Celaya, Gabriel: 245, 357.
Cervantes Saavedra, Miguel de: 41.
Chacón, José: 140.
Charcot, Jean Martin: 24.
Chávarri, Raúl: 359, 360, 363.
Chinchilla, Rafaela: 19.
Chueca, Federico: 21.
Chueca, Fernando: 150.
Churchill, Winston: 148.
Cid Campeador. *Véase* Díaz de Vivar, Rodrigo.
Cierva, Juan de la: 42.
Cilla, caricaturista: 20.
Cioran, Emile Michel: 279.
Cohen, Hermann: 39, 41.
Coloma, Gonzalo: 25, 26, 29.
Conde, Javier: 356, 357, 362, 363.
Cooper, Gary: 181.
Cordón Barrera, José: 139.
Corpus Barga. *Véase* García de la Barga, Andrés.
Correa Veglison: 358.
Cortina, Adela: 287.
Cossío, José María de: 33, 34.
Cossío, Manuel B.: 51.
Costa, Joaquín: 29, 57.
Covián, Juan: 139.
Croce, Benedetto: 238.
Cruz, Manuel: 287.
Curtius, Ernst Robert: 180, 181.

Dante Alighieri: 86.
Darío, rey de Persia: 329.
Deaño, Alfredo: 287.
Deleuze, Gilles: 279.
Descartes, René: 177.
Diago Bozal, María del Carmen: 336, 345.
Diago Roncal, María: 326.
Diamante Steel, Julio: 222, 249, 254, 259, 277, 278, 317, 320-322, 336-338, 343, 357, 358.
Díaz, Elías: 267, 268, 277, 282, 286, 291, 301.
Díaz-Cañabate, Antonio: 150, 187.
Díaz de Vivar, Rodrigo (Cid Campeador): 14, 49.
Díez-Canedo, Enrique: 139.
Díez del Corral, Luis: 150, 182, 192
Domingo, Marcelino: 109.
Domingo Mínguez, Julio: 355.
Donissan, Pierre: 334.
Driesch, Hans: 94.
Duarte, Pascual G.: 213.
Duque, Félix: 287.

Echegaray, José: 20.
Echevarría, F.: 27.
Eguiagaray, Francisco: 315.
Einstein, Albert: 94, 122, 143.
Elola, José Antonio: 316.
Elorriaga, Gabriel: 247, 254, 259, 277, 316, 356-360, 363.
Elorrieta, Octavio: 139.
Encina, Juan de la: 116.
Engels, Friedrich: 279.

Escurra, José Ángel: 278.
España y Heredia, Eduardo: 139.
Espina, Antonio: 94, 103.
Esteban Muñoz, Juan: 139.
Etchecopar, Máximo: 126, 131.

Falla, Manuel de: 191.
Fernández Almagro, Melchor: 21, 94.
Fernández Arbós, Enrique: 191.
Fernández Ardavín, Luis: 139.
Fernández Carriedo, Acisclo: 257, 354.
Fernández-Cuesta, Raimundo: 254, 316.
Fernández Figueroa, Juan: 362.
Fernández-Montesinos, Manuel: 256, 259, 260, 277, 278.
Fernández-Santos, Francisco: 266, 267, 298, 300.
Fernández-Vargas, Valentina: 278.
Fernández y González, Francisco: 43.
Fernández Zabala, José: 139.
Ferrater Mora, José: 86, 112, 298, 310.
Ferrer Guardia, Francisco: 37.
Fichte, Johann Gottlieb: 41.
Figueras, Ángela: 357.
Flores, César: 301.
Flores, Xavier: 301.
Flórez, Cirilo: 272, 273.
Flórez, Rafael: 140.
Fogazzaro, Antonio: 27.
Foronda, marqués de: 50.
Foucault, Michel: 279.
Fougeyrolls: 293.
Fraga Iribarne, Manuel: 254.
Franco, Dolores: 167.
Franco Bahamonde, Francisco: 118, 125, 128, 136, 148, 150-153, 158, 159, 163, 220, 225, 233, 243, 246, 256, 263, 264, 269, 272, 274, 275, 280, 283-285, 292, 300, 304, 327, 355, 359, 360.
Frank, Waldo: 141.
Frascuelo. *Véase* Sánchez Povedano, Salvador.
Freud, Sigmund: 37.
Frías, duque de: 152.
Frobenius, Leo: 94.
Frondizi, Risieri: 230.

Galarza y Gago, Ángel: 140.
Galdós. *Véase* Pérez Galdós, Benito.
Gallegos Rocafull, José: 109, 111, 112.
Gamazo, Germán: 42.
Gancedo, Gabriel: 140.
Gancedo Sacristán, Eduardo: 355.
Ganivet, Ángel: 203.
Gaos, José: 52, 80, 86, 95-97, 108, 109, 111-115, 120, 121, 156, 160, 161, 298, 320.
Garagorri, Paulino: 75, 111, 167, 192, 212.
Gárate Murillo: 351, 352.
García, Félix: 213, 216, 217, 313, 314.
García Bacca, Juan David: 112, 298.
García Bellido, Joaquín: 140.
García Bilbao, Luis: 140.
García Calvo, Agustín: 278, 300.
García Camarero, Ernesto: 277.
García de la Barga, Andrés (Corpus Barga): 94.
García del Diestro, José: 140.
García Enterría, Eduardo: 363.

García Gómez, Emilio: 150, 167, 212, 223, 224.
García Gómez, matrimonio: 212.
García Ibán, Adolfo: 360.
García Lorca, Federico: 93.
García Martí, Victoriano: 140.
García Morente, Manuel: 47, 62, 67, 94, 109, 111, 126, 140, 229, 230-232.
García Ortega, Lucio: 223, 225-227.
García Sanmiguel, Luis: 277.
García Serrano, Rafael: 356, 360.
García Valdecasas, Alfonso: 150, 167.
García y García, Diego: 140.
Garrido, Manuel: 277.
Garrido Falla: 363.
Garrigues, Joaquín: 223, 224, 357.
Garrigues, Juan Sebastián: 247, 249.
Gasset y Artime, Eduardo: 19, 22.
Gasset y Chinchilla, Dolores: 19, 20, 22, 24, 121.
Gasset y Chinchilla, José: 33.
Gasset y Chinchilla, Ramón: 59.
Gaya, Benito: 167.
Germain, José: 150.
Gibson, Ian: 275.
Gil Cremades, J. J.: 291.
Gil Robles, José María: 152.
Gimbernat, Enrique: 278.
Giner, Gloria: 44.
Giner, Salvador: 277, 300.
Giner de los Ríos, Francisco: 51, 61.
Girbau, Vicente: 259, 277, 278.
Gödel, Kurt: 275.
Goethe, Johann Wolgang von: 86, 180-183.
Gómez, Enrique: 140.
Gómez Caffarena, José: 276.
Gómez de la Serna, Gaspar: 249, 251, 361.
Gómez de la Serna, Ramón: 93-95, 103, 126.
Gómez de Mendoza, María: 278.
Gómez-Heras, José María: 287.
Gómez Izquierdo, Alberto: 43.
Gómez Molleda, María Dolores: 291.
Gómez Pin, Víctor: 289.
González Álvarez, Ángel: 223, 224, 229.
González del Valle, Virginia: 75.
González Magro, Pedro: 140.
González Márquez, Felipe: 292, 297, 307-309, 311.
González-Muñoz, José María: 256, 260.
González-Ruiz, José María: 277.
González Tomás, Julio: 140.
Gonzalo Blanco, Andrés: 140.
Gosset, doctor: 120.
Goytisolo, Juan: 267, 300.
Gracia, Diego: 277.
Gramsci, Antonio: 279.
Granell, Manuel: 109-112.
Granés, Salvador María: 20.
Grillo, poeta: 21.
Guerra Bejarano, Rafael: 21.
Guillén, Jorge: 86.
Guisán, Esperanza: 287.
Guixé, Juan: 140.
Gutiérrez, Avelino: 75.
Gutiérrez, Luis: 140.
Gutiérrez, Ricardo: 140.

Haro Tecglen, Eduardo: 278.
Hartmann, Nicolai: 40.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 289.
Heidegger, Martin: 97, 185, 186, 205.
Heimsoeth, Heinz: 40, 94.
Hernández, Miguel: 263.
Hernández González, Cesáreo: 140.
Hernández Sampelayo, Jesús: 140.
Hernando, Teófilo: 116, 124, 148, 196, 213.
Herrero Bahillo, Fermín: 140.
Hertzog, Paulette: 335, 336, 356.
Hessen, Johannes: 94.
Hierro, José: 277.
Hilbert-Hackermann, David: 275.
Hitler, Adolf: 118.
Hobbes, Thomas: 86.
Homero: 86.
Hoyos, Luis de: 140.
Huici, Serapio: 129, 130.
Huizinga, Johan: 120.
Humboldt, Wilhelm von: 179.
Husserl, Edmund: 37, 94, 115.
Husserl, matrimonio: 115.
Hutchins, Robert: 181, 182.

Ibáñez, Jesús: 259.
Ibarruri, Dolores: 334, 344.
Iglesias, Pablo: 60, 61.
Imaz, Eugenio: 112, 124, 298.
Inmann Fox, E.: 59.
Iranzo, ministro: 212.
Iriarte, Joaquín: 163, 233.
Isabel II, reina de Inglaterra: 245.
Isidoro, Ramón: 359.

Jarnés, Benjamín: 94, 103.
Jaureguiberría, Lesmes: 50, 113.
Jenofonte: 202.
Jiménez, Juan Ramón: 86, 116.
Jiménez, Salvador: 358.
Jiménez Fraud, Alberto: 47, 51.
Jiménez Parga, Manuel: 363.
Jordana de Pozas, Jorge: 247, 316, 356, 360.
Juan XXIII, papa: 276.
Juan de Borbón, príncipe de Asturias: 135, 150, 152, 362.
Jung, Carl Gustav: 94.
Justino, san: 276.

Kant, Immanuel: 39, 40.
Keyserling, conde de: 95, 184.
Kierkegaard, Sören: 94.
Kindelán, Alfredo: 151, 152.
Koestler, Arthur: 341.
Kojima, profesor: 195.
Korn, Alejandro: 142.

Lacan, Jacques: 279.
Lafora, Gonzalo R.: 116.
Lafora y García, Juan: 140.
Lafuente Ferrari, Enrique: 189, 190.
Lagartijo. *Véase* Molina, Rafael.
Lago, Antonio: 247.
Laín Entralgo, Pedro: 21, 214, 215, 217, 223-225, 235, 237, 238, 246-248, 252-254, 276, 315, 316, 331, 332, 356, 358, 361.
Laín, Milagro: 223.
Lamana, Manuel: 301.
Laporta, F. J.: 291.
Larrea, Juan: 112.
Lasalle, Fernando: 58.
Laza, Enrique: 140.
Ledesma, Ramiro: 360.
Leibniz, Gottfried Wilhelm: 161.
Lequerica, José Félix de: 148.

Lipps, Teodoro: 38.
Litt, Theodore: 94.
Lledó, Emilio: 277.
Llopis, Rodolfo: 307, 308.
Llorca, Ángel: 140.
Llorens, Vicente: 298.
Lolita. *Véase* Castilla, Dolores.
López, Mario Justo: 15.
López Aranguren, José Luis: 236, 274, 275, 278, 297, 361.
López Campillo, Antonio: 260, 264, 278, 326, 327, 337, 338, 340-342.
López Campillo, Evelyne: 91, 92.
López García, Jacobo: 355.
López Moreno, José: 249.
López Pacheco, Jesús: 222, 246, 247, 254, 259, 260, 262, 277, 315, 320-322, 326, 328, 336-339, 343, 349, 353, 357.
López Piñeiro, José María: 277.
Lorente, Rafael: 278.
Lorenzana, Ramiro A. de: 139.
Lorenzo, Félix: 103.
Lucas, Ángel de: 360.
Lukács, György: 279.
Luzuriaga, Lorenzo: 103, 112, 126, 140.

Machado, Antonio: 46, 68, 116, 140.
Madariaga, María Rosa de: 223, 278.
Madariaga, Pura de: 223, 278.
Madariaga, Salvador de: 64, 103, 140, 152.
Maestro Aguilera, Jaime: 222, 254, 259, 260, 277, 337, 338, 343.
Maeztu, María de: 44, 47, 74, 126.
Maeztu, Ramiro de: 30, 31, 42, 57, 59, 60, 62-64, 140.
Maimónides. *Véase* Maymón, Mosé ibn.
Mainer, José Carlos: 290.
Málaga, obispo de. *Véase* Muñoz Herrera, Juan.
Malclés, Noelle: 120.
Mallea, Eduardo: 126.
Mallet, Víctor: 150.
Mallo, Jerónimo: 235, 238.
Mallo, Tomás: 109, 115.
Manolete. *Véase* Rodríguez, Manuel.
Marañón, Gregorio: 48, 68, 115, 116, 120, 124, 152, 196, 213, 223, 225.
Maravall, José Antonio: 150.
Marcos Martínez, Julián: 222, 246, 247, 254, 259, 263, 277, 278, 326-328, 337-340, 342, 343, 353, 357.
Mardones, José María: 287.
Margenau, Henry: 275.
María Cristina de Habsburgo-Lorena, reina y regente de España: 20.
María Victoria Eugenia, reina de España: 37.
Marías, Julián: 14, 111, 150, 156, 157, 160-162, 167, 172, 212, 229-240, 320, 362.
Marichal, Juan: 270, 271.
Marichalar, Antonio: 94, 116.
Márquez, Manuel: 140.
Márquez, Margarita: 68.
Marra-López, José Ramón: 218, 319, 362.
Marrero, Domingo: 85.
Martín Artajo, Alberto: 150.
Martín Buezas, F.: 291.
Martín Luengo, Mercedes: 175, 176.

Martín Patiño, Basilio: 358.
Martínez, José: 301.
Martínez, Manuel: 24, 32.
Martínez, Santiago: 27.
Martínez Campos, Carlos: 151.
Martínez Cuadrado, Miguel: 277.
Martínez de Velasco, Luis: 287.
Martínez Estrada, Ezequiel: 80.
Martínez Nadal, Rafael: 153.
Martínez Pastor: 358.
Martínez Ruiz, José (Azorín): 48, 103, 120, 191.
Marx, Karl: 57, 279.
Mate, Reyes: 287.
Mateo Sagasta, Práxedes: 20.
Mateos, Agustín: 109.
Maura, Antonio: 37, 42.
Maymón, Mosé ibn (Maimónides): 96.
Mecachis, caricaturista: 20.
Medina, Ismael: 298, 356, 358, 360.
Membrillera, Ciriaco: 140.
Membrillera, Inocente: 140.
Menéndez Pelayo, Marcelino: 42.
Menéndez Pidal, Jimena: 318, 319, 362.
Menéndez Pidal, Ramón: 46, 80, 116, 124.
Menéndez Valdés, Julio: 140.
Mesa, Enrique de: 140.
Miguel, Amando de: 277.
Millán Puelles, Antonio: 229.
Mira, Francisco: 140.
Miranda, Sebastián: 120.
Miret Magdalena, Enrique: 276, 278.
Mirsch, Hermann: 38.
Molina Ravello, Enrique: 140.
Molina, Rafael (Lagartijo): 20.
Monchito, El: 258.
Monleón, José: 278.
Montalto Cessi, Donatella: 310, 311.
Montero, Matías: 253.
Morán, Fernando: 277, 278, 309.
Morán, Gregorio: 153, 166, 184, 195.
Moreno Villa, José: 47, 140.
Morral, Mateo: 37.
Mosterín, Jesús: 277, 287, 288.
Moushelly, Michel: 341.
Moya, Carlos: 277.
Múgica Herzog, Enrique: 246, 247, 249, 251, 254, 259, 264, 277, 308, 315-318, 322, 326, 335-345, 347-352, 355-357, 363.
Muguerza, Javier: 218, 223, 277, 286, 319, 339, 362.
Müller, Georg Elias: 94.
Muñoz, Jacobo: 277, 288.
Muñoz Herrera, Juan (obispo de Málaga): 25.
Muñoz Marín, Luis: 83, 195, 207, 212.
Muñoz Roca y Tallada, Carmen (condesa de Yebes): 75.
Mussolini, Benito: 118.

Nagel, Ernest: 275.
Natorp, Paul: 39, 56.
Navarro Flórez, Martín: 140.
Navarro Ledesma, Francisco: 30, 37.
Navarro Tomás, Tomás: 140.
Neira Fernández, Ricardo: 140.
Neruda, Pablo: 246, 263, 322, 338, 341, 342.
Nicol, Eduardo: 112, 298.
Niedermayer, Franz: 192.

Nietzsche, Friedrich Wilhelm: 279, 298.
Nováis, José Antonio: 278.
Núñez Moreno, Francisco: 140.

Obrador, Sixto: 253.
Ocampo, Victoria: 73, 74, 119, 126, 128, 229.
Olarra, Manuel: 129-131.
Oliveira Salazar, Antonio de: 136.
Onieva, Antonio: 140.
Onís, Federico de: 46, 47, 62, 140.
Ontañón, María: 44.
Ortega, Domingo: 150, 187.
Ortega y Gasset, Eduardo: 22, 25-27, 86, 87, 149, 173.
Ortega y Gasset, Manuel: 22, 25, 29, 33, 35, 36, 93.
Ortega y Gasset, Rafaela: 22, 126.
Ortega y Munilla, José: 19, 20, 22, 26, 68.
Ortega y Munilla-Gasset, familia: 35.
Ortega Spottorno, José: 97, 128, 147, 150, 166, 186, 197, 216, 313, 314.
Ortega Spottorno, Miguel Germán: 40, 45, 50, 115, 121, 128, 130, 148, 149, 182, 188, 189, 191, 195, 196, 213, 216, 313, 314.
Ortega Spottorno, Soledad: 23, 34, 38, 60, 73, 116, 128, 135, 148, 212, 216, 313, 314.
Ortega y Zapata, José: 19.
Ortiz, Lourdes: 283.
Ortiz Cañabate, M.: 340.
Ortiz Echagüe, Fernando: 126.
Ortiz-Osés, Andrés: 283, 287.
Orueta y Duarte, Ricardo de: 140.
Otero, Blas de: 245, 357.

Paepcke, Walter P.: 181, 182.
Palacios, Leopoldo E.: 140, 229.
Palomares de Duero, marqués de: 140.
Panero, Leopoldo: 246.
París, Carlos: 275, 277.
Parménides de Elea: 40.
Pastor, hermanos: 359.
Patiño. *Véase* Martín Patiño, Basilio.
Peña: 358, 360.
Peña y Goñi, Antonio: 21.
Peral, Isaac: 20.
Pereda, José María de: 20.
Pérez, Blas: 255, 334.
Pérez de Ayala, Ramón: 25, 26, 47, 48, 64, 68, 116, 120, 124, 140.
Pérez de Lama: 359, 360.
Pérez Galdós, Benito: 20.
Pérez Villanueva, Joaquín: 247, 361.
Perriaux, Jaime: 172.
Peset, José Luis: 277.
Peset, Mariano: 277.
Pfänder, Alexander: 94.
Pildaín, monseñor: 234.
Pinillos, José Luis: 248.
Pittaluga, Gustavo: 94, 116, 140.
Pla y Deniel, Enrique (arzobispo de Toledo): 153.
Platón: 185, 202.
Popper, Karl Raimund: 275.
Porcel, Baltasar: 283.
Portero, Florentino: 153.
Pradera Cortázar, Javier: 249, 254, 259, 277, 317, 348, 349, 351, 352, 363.
Pradera, Víctor: 317.
Prieto, Indalecio: 102.
Primo de Rivera, José Antonio: 117.

Primo de Rivera, Miguel: 63, 65-68, 90, 151.
Pucciarelli, Eugenio: 230.
Puente Ojea, Gonzalo: 278.
Puig Campillo, Antonio: 140.
Pumarega, Ángel: 93.

Quintanilla. Miguel Ángel: 287.

Rabanal Taylor: 357.
Racionero, Luis: 283.
Raley, Harold C.: 180.
Ramírez, Santiago: 163, 218, 235-237, 239.
Ramos-Olineiva, A.: 66.
Recasens Siches, Luis: 109, 111, 112, 298.
Rego, Ángel do: 140.
Reguera, Isidoro: 287.
Reichenbach, Hans: 275.
Remis, Antonio: 301.
Reyes, Alfonso: 47, 133, 134, 141-143.
Rickert, Heinrich: 67, 94.
Ridruejo, Dionisio: 246, 247, 249, 254, 259-262, 266, 267, 298, 315, 348-350, 356-358, 360-362.
Río Hortega, Pío del: 116.
Río y Labandera, José del: 24.
Ríos Urruti, Fernando de los: 64, 103, 109, 140, 290, 291.
Ripalda, José María: 289.
Rivas Roldán, Santiago: 355.
Rivas Scheril, Cipriano: 140.
Rocamora, Pedro: 149.
Rodrigálvarez: 34, 49.
Rodrigo, general: 254.
Rodríguez, José María: 357.
Rodríguez, Manuel (Manolete): 24.
Rodríguez de Mata, Tomás: 140.
Rodríguez García, Claudio: 222, 247, 317, 340, 357.
Rodríguez Huéscar, Antonio: 111, 150, 167, 212, 320.
Rodríguez y García Laredo, Cesáreo: 242.
Roig Gironella, Juan: 163, 233.
Rojo, Luis Ángel: 277.
Rojo Arias, Ignacio: 140.
Roldán Casilari, Andrés: 140.
Romajaro, Tomás: 254.
Romero, Carlos: 218, 222, 319, 362.
Romero, Emilio: 356, 360.
Romero, Francisco: 111.
Rubert de Ventós, Xavier: 283.
Rubin de Cendoya: 34, 48, 49.
Rubio, Fany: 283.
Rubio, Miguel: 218, 319.
Rubio Gordón, José Luis: 356, 359, 360.
Ruiz-Castillo, José: 150, 212.
Ruiz-Gallardón, José María: 247, 249, 254, 259, 277, 351, 352, 361.
Ruiz-Giménez, Joaquín: 214, 216, 224, 246, 253, 254, 313, 361.
Ruiz Gutiérrez, Francisco: 140.
Ruiz-Ramón, Francisco: 220.
Russell, Bertrand: 94.

Sacristán, Manuel: 277, 287, 288.
Sádaba, Javier: 287.
Sagasta. *Véase* Mateo Sagasta, Práxedes.
Said Armesto, Víctor: 140.
Sainz Barberá, Juan: 234.
Sáinz Rodríguez, Pedro: 151, 152.
Salas Pombo, Diego: 360.
Salazar. *Véase* Oliveira Salazar, Antonio de.

Salinas, Pedro: 86, 94, 140.
Salmerón, Nicolás: 43.
San Martín, Javier: 287.
Sánchez Albornoz, Claudio: 126.
Sánchez-Albornoz, Nicolás: 300.
Sánchez Bella, Alfredo: 361.
Sánchez-Bonmatí, Pablo: 256, 278.
Sánchez Cantón, Francisco Javier: 214, 215, 223, 224.
Sánchez de Muniaín, José María: 229.
Sánchez de Zavala, Víctor: 277, 288.
Sánchez-Dragó, Fernando: 218, 254, 259, 262, 263, 277, 278, 300, 317, 319, 328, 337, 339, 343, 353, 362.
Sánchez Mazas Ferlosio, Miguel: 249, 250, 254, 259, 275, 277, 300, 349-351, 360, 361.
Sánchez Povedano, Salvador (Frascuelo): 20.
Sánchez Rivero, Ángel: 94, 140.
Sánchez Vázquez, Adolfo: 298, 302.
Sánchez Vicente, Consuelo: 247.
Sánchez Villaseñor, José: 163, 233.
Sancho Panza: 41.
Sansinena, Bebé. *Véase* Sansinena de Elizalde, Elena.
Sansinena de Elizalde, Elena (Bebé): 73, 126, 128.
Santos, Elvira: 223.
Santullano, Luis. *Véase* Álvarez Santullano, Luis.
Sanz, Rodrigo: 140.
Sanz del Río, Julián: 291.
Sanz y Escartín, Eduardo: 43.
Sarmiento, Domingo: 80.
Saura, Antonio: 277, 357.
Saura, Carlos: 277, 278, 357.
Savater, Fernando: 279-281, 283.
Scheffer, Paul: 40.
Scheler, Max: 94.
Schwartz, Pedro: 277.
Schweitzer, Albert: 180.
Seco de Lucena, Daniel: 140.
Semprún, Jorge: 249.
Serra Hunter, Jaume: 298.
Serrano Guirdado: 363.
Serrano Montalvo, J. A.: 247, 316.
Serrano Salvador, Fernando: 140.
Serrano Súñer, Ramón: 152.
Sevillano, Virgilio: 140.
Shakespeare, William: 86.
Shaw, Bernard: 203.
Simarro, Luis: 43.
Simmel, Georg: 94.
Sócrates: 202.
Solís Ruiz, José: 358, 359.
Sombart, Werner: 94.
Sotelo, Ignacio: 278, 300.
Spender, Stephen: 18.
Spengler, Oswald: 67.
Spottorno y Topete, familia: 35.
Spottorno y Topete, Rosa: 44, 45, 60, 115, 135, 196, 212, 213, 217.
Suárez, Adolfo: 278.
Suárez, Francisco: 136.
Suárez, Gonzalo: 278.
Suárez, Luis: 153.
Suárez, Mariano: 361.
Suárez González, Carlos: 227.
Suárez Zuloaga, María Rosa: 198, 199.
Subirana, Luis: 140.
Subirats, Eduardo: 288.

Tamames, Ramón: 211, 249, 254, 259, 277, 315, 316, 318, 348-351, 363.

Tenreiro, Ramón: 140.
Terrón, Eloy: 277, 291.
Terrones, Antonio: 336.
Tieck, Ludwig: 41.
Tierno Galván, Enrique: 86, 274, 275, 278, 287, 356, 357, 361.
Toledo, arzobispo de. *Véase* Pla y Deniel, Enrique.
Tomás Cuesta, Ángel: 140.
Torán, José: 148.
Torquemada, Tomás de: 276.
Torre, Guillermo de: 94, 133, 134, 141, 144.
Torrente Ballester, Gonzalo: 362.
Torres, Antonio: 153.
Torres López, Manuel: 219, 252, 253, 320, 321, 330-333, 354.
Tortella, María Teresa: 223.
Tovar, Antonio: 357, 358, 361, 362.
Trías, Eugenio: 283.
Tudela, José: 94, 150.
Tuñón de Lara, Manuel: 301.
Tusell, Javier: 215.

Uexküll, von: 67.
Ugarte de Ercilla, E.: 27.
Umbral, Francisco: 283.
Unamuno, Miguel de: 27, 42, 43, 46, 60, 64, 155, 176, 203, 217, 234, 319.
Urgoiti, Nicolás María: 65-67, 102-104.

Valentín, sacerdote: 25.
Valentina: 199.
Varela, José: 148.
Vargas-Machuca, R.: 287.
Vázquez Montalbán, Manuel: 278.
Vegas Latapié, Eugenio: 152.
Vegue y Galdoni, Ángel: 140.
Vela, Fernando: 92-94, 103, 111, 115, 150, 167, 173, 174, 192, 195, 212.
Vergara, José: 150.
Vernet, Juan: 277.
Vico, Antonio: 20.
Vidal-Beneyto, José: 273, 277.
Vigil, Manuel: 358.
Villar Massó, Antonio: 356, 357.
Vincent, Manuel: 278.
Viñuales, Agustín: 140.

Wagner, Peter Josef: 21.
Weyl, Helene: 115.
Wiesengrund Adorno, Theodor: 185.
Wilder, Thornton: 181.
Wittgenstein, Ludwig: 275, 279.
Wundt, Wilhelm: 38.

Xirau, Joaquín: 112, 298.

Yanguas Messía, José: 152.
Yebes, condesa de. *Véase* Muñoz Roca y Tallada, Carmen.
Yela Utrilla, Juan Francisco: 229.

Zambrano, María: 74, 111, 112, 115, 124, 298.
Zapatero, Virgilio: 291.
Zaragüeta, Juan: 159, 229-232.
Zubiri, Xavier: 94, 109, 111, 115, 167.
Zugazagoitia, Joaquín: 148.
Zuloaga, Ignacio: 116, 188-191, 198, 199.
Zulueta, Luis de: 94.

DATE DUE
DATE DE RETOUR

TRENT UNIVERSITY
0 1164 0411603 4

ESPASA FÓRUM